



## DIALÉCTICA DE LA CONCIENCIA AMERICANA

Leopoldo Zea

### PROLOGO

*No es difícil ver que nuestro tiempo es un tiempo de parto y  
transición a una nueva época.*

*Hegel*

*Es la hora de los hornos y no se ha de ver más que la luz.*

*Martí*

Este nuevo libro, *Dialéctica de la conciencia americana*, pretende redondear y terminar una meditación que se me ha venido imponiendo desde mis primeros trabajos. Fue el Dr. Silvio Zavala, presidente de El Colegio de México en 1964, el que me instó, en diversas ocasiones, a continuar trabajos que había realizado, en pasado todavía mediato, dentro de esa institución. Me sugirió en especial que intentase hacer con el siglo XX latinoamericano, un estudio semejante al que había ya realizado con el siglo XIX. Historia de las ideas, por un lado, e interpretación o filosofía de esas ideas por el otro. En este sentido me insistió, igualmente, el maestro Luis González, director del Centro de Estudios Históricos del mismo Colegio.

Fueron esta invitación y-sugerencias las que motivaron mi interés por realizar dicho trabajo, al que me entregué, entrelazando dicho interés con otras preocupaciones y quehaceres que si bien no eran académicos ayudaron a mi trabajo abriéndome aspectos de la historia y la cultura contemporáneas a nivel nacional e internacional. Allí está la experiencia de los sucesos de 1968 que tan importantes fueron para las instituciones de cultura superior de México. He tardado diez años en terminar este libro, entreverada su meditación con situaciones compulsivas, las propias del tiempo y el mundo que he querido exponer.

¿En qué sentido tenían que ser continuados mis anteriores trabajos? Estos han marchado, relativamente y veremos por qué, en dos direcciones. Una, la empeñada en elaborar una historia de las ideas de nuestra América, de la que forman parte mis libros sobre *El positivismo en México* (1943-4) y *Dos etapas del*

*pensamiento en Hispanoamérica* (1949) ampliado con el nombre de *El pensamiento latinoamericano* (1965). Otra, buscando una interpretación de esta historia, su sentido como totalidad y como parte de la historia universal, la historia del Hombre. En esta línea están mis libros *América como conciencia* (1953) y *América en la Historia* (1957), y también, en una forma que, combina ambas líneas, mi reciente pequeño libro *La filosofía americana como filosofía sin más* (1969). En realidad, se trata de una sola preocupación y dirección, con el empeño puesto en todos mis trabajos, por desentrañar el sentido de nuestra historia; nuestra historia como mexicanos, como latinoamericanos, como americanos y como hombres sin más. Preocupación que se encuentra por igual en la totalidad de mis trabajos. Mi maestro José Gaos, al hablar del segundo de mis libros en línea histórica, *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, decía: "El sentido unitario y la significación instructiva del proceso histórico que es tema de su libro serían lo más valioso de éste, si no fuera lo que los hace posibles, la nueva filosofía a que acabo de aludir, Este libro de usted quedaría prendido, inestablemente, de su 'Introducción', si usted.;, no procediese a desarrollar la interpretación filosófico-histórica adelantada en ella, a llevar por su parte a plenitud la nueva filosofía iniciada", Este material ha sido encuadrado y visto "desde la altura de una nueva filosofía de la historia de Hispanoamérica".

En este aspecto abundan no ya el señalamiento, sino las críticas, de algunos de los estudiosos estadounidenses de la historia intelectual al referirse a mi obra, como Harold Eugene Davis, Charles A. Hale y Charles C. Griffin. En especial William D. Raat, que ha hecho un cuidadoso análisis de mis libros sobre el positivismo en México, considerando inadecuada la combinación historia y filosofía, esto es, al no atenerse simplemente a los hechos históricos sin tratar de interpretarlos, "Para Zea -dice- la importancia de su trabajo sobre el positivismo está en relación con un contexto y preocupación más amplios, la filosofía de la historia del Nuevo Mundo." "Ahora el mexicano, como americano, puede universalizarse a partir de su situación particular de mexicano para desarrollar una filosofía del Nuevo Mundo que puede compartir con toda la humanidad. La filosofía americana salvará a la cultura

occidental de la crisis espiritual y cambiará el curso de la deshumanización. Este es, pues, para lea, el gran esquema y esperanza en el futuro. Se ha dicho que la filosofía de la historia es filosofía pobre y mala historia. Todo lo que yo puedo decir es que en conclusión, la meditación de lea sobre la historia queda más allá del dominio del análisis histórico común. Se trata de metahistoria y no de historia intelectual." Habrá que agregar que esta crítica la comparten los que a sí mismos se consideran profesionales de la filosofía, para los cuales también es una falta de rigor, falta de profesionalismo" el confundir o mezclar la filosofía con otras expresiones culturales, como la historia, esto es, hay que atenerse a los hechos sin tratar de interpretarlos, sin buscarles sentido. Tal cosa es ya ideología, metafísica, metafilosofía.

Debo entonces confesar y aceptar mi anacronismo al insistir, como lo hago en este libro, en no atenerme a los hechos, sino buscar su sentido. El sentido de una historia y de una cultura que, por serio, no sólo es historia y cultura latinoamericana, sino Historia y Cultura sin más, la que hace, ha hecho y hará el hombre como Hombre. Pienso, como justificación de este anacronismo, que la misma preocupación por hacer historia o filosofía puras, por crear estancos inconfundibles, sin relación entre sí, con olvido de su origen, el que le da unidad, el hombre que las hace posibles, es también expresión, pura y simple, de una concepción del mundo y una ideología, la propia del mundo tecnificado en que vivimos. Es el mismo mundo de la guerra fría, de la guerra calculada, de la violencia profesionalizada. Detrás de esta actitud hay una ideología, la propia del orden del que son expresiones las diversas técnicas del pensar y del hacer profesionales, calculables, mecánicas. El todo como expresión, pura y simple, de una etapa del hombre en su ya larga historia.

En este libro, sobre las bases que expongo en la Introducción, continúo la línea de mis trabajos anteriores, lo mismo los referentes a la historia de las ideas, que aquellos en los que he intentado una explicación de esta misma historia, su interpretación, lo que insistentemente llamo su toma de conciencia. Toma de conciencia de una realidad y una historia a partir de la cual será posible una acción más racional, la que pueblos como el nuestro necesitan llevar a cabo para que sus hombres no sigan siendo instrumentados, ni subordinados a intereses que, una y otra vez, les han sido siempre ajenos. Toma de conciencia sobre nosotros mismos, y de lo que, asimismo, tenemos de otros hombres. El

mexicano, y como mexicano el americano, como punto de partida de una toma de conciencia más amplia, la propia de la humanidad de la que como hombres somos parte.

¿Una filosofía de la historia de nuestra América? De serlo tendrá que ser, pura y simplemente, filosofía de la historia y, como toda filosofía de la historia, lo será a partir de una determinada realidad, la de quien reflexiona sobre la misma. En este caso concreto, de México y América. Confieso que dar tal nombre a trabajos como el que ahora presento, me preocupaba por lo que podría tener de pedante. Pero vemos que en nuestros días una propuesta así peca más bien de anacronismo: el insistir en un modo de hacer historia y filosofía que los profesionales de la una y la otra rechazarían de inmediato. Es en este sentido en el que me propongo insistir en tal anacronismo, tratando de ofrecer una interpretación de la historia de esta América a partir de su historia en este siglo XX y la de Latinoamérica con su natural contexto, los Estados Unidos y el mundo que ha originado la acción de esa nación. Parto de los principales hechos de este siglo XX, pero no me atengo a su exposición, sino que busco su relación y sentido con la historia de nuestros pueblos. Lo inicio en los principios de la expansión estadounidense sobre el mundo y lo cierro con la Revolución Cubana y sus consecuencias. Aquí, pienso, se termina una experiencia latinoamericana, que es también mundial, abriéndose otra a nivel también universal. Una historia universal de la que nuestra América es ya parte activa.

No quiero terminar el prólogo, como explicación y justificación de este trabajo, sin dejar de hacer expresos mis agradecimientos a las instituciones y personas que han colaborado en su posibilidad. Desde luego, a Silvio Zavala y a Luis González por las razones ya expuestas. El P. Angelo Arpa a quien dedico este trabajo, director del malogrado *Columbianum*, en Génova, Italia; terco veneciano, empeñado en redescubrir una América que los europeos ignoraban o se empeñaban en ignorar. Mis pláticas con él, y con otros europeos que pensaban como él me ayudaron a esclarecer las pretensiones de este libro. Quiero agradecer también a los profesores y a los jóvenes estudiosos del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras, lo mucho que aprendí de ellos, a través de sus exposiciones, investigaciones y trabajos sobre América Latina. En especial, a María Elena Rodríguez de Magis, quien, junto con Carlos, su esposo, trabajan arduamente en el conocimiento y comprensión de

esta América. A ella debo una cuidadosa atención en la elaboración de este libro, reuniendo y controlando la bibliografía; preparando y aligerando lecturas de una erudición innecesaria y, cuidando, igualmente, de su mejor redacción. Gracias también, a varios de los amigos que han leído este trabajo y me han dado sus estímulos, así como sus sinceros puntos de vista sobre el mismo.

## INTRODUCCIÓN

*América es el país del porvenir. En tiempos futuros se mostrará su importancia histórica acaso en la lucha entre América del Norte y América del Sur.*

*Hegel*

*La lucha en América adquirirá en su momento dimensiones continentales. Será escenario de muchas grandes batallas dadas por la humanidad para su liberación.*

*Che Guevara*

Hegel, en sus *Lecciones sobre filosofía de la Historia*, al hablar del porvenir del espíritu en la lucha por alcanzar su plenitud, como conciencia y realización de la libertad, se refiere a la América. A la América en su doble expresión: la sajona y la latina, como dos polos de intereses de signos contrarios que, algún día, serán instrumentos de realización de este mismo espíritu en sus esfuerzos por vencer su estado natural, expresarse como libertad. No dice, por supuesto, mucho. Hegel hace filosofía, habla de lo que ha sido y lo que es, pero no quiere hablar de lo que puede llegar a ser; esto es, no hace profecías. Sin embargo, allí está ya la América, aún informe, imitando y revolviéndose contra sí misma. Enfrentándose a sí misma, en largas guerras civiles en búsqueda de un porvenir que no sabe ver con precisión. Una América, en el momento en que Hegel habla de ella, aún fuera de la historia; al menos de la historia como conciencia. Es el futuro, el porvenir de esta historia, pero no la historia aún. La historia, para serio auténticamente, ha de ser conciencia de las metas que han de ser alcanzadas. La historia del hombre, la historia de la humanidad, es la penosa y larga marcha del espíritu por realizarse como libertad. Hegel ha narrado esta historia, la historia como encarnación de la conciencia que el espíritu tiene de sí mismo.

La libertad, como fin último del mundo y de la historia, es lo que se hace expreso en la toma de conciencia del espíritu. La libertad, dice Hegel, es el fin último que se alcanza a través de la historia, y es aquello a que aspira el espíritu en su larga e interminable marcha. Y es también a través de ella que el espíritu va desplegando la conciencia que tiene de la libertad.

La conciencia es realización, concretización de la libertad, en un pueblo o conjunto de pueblos. Son los esfuerzos del espíritu por realizarse como libertad los que originan la historia. Para su concretización, para su realización, el espíritu toma de sí mismo, de lo que tiene como naturaleza, el material para tal realización. La libertad se va haciendo expresa a través de hechos concretos, pasando por diversas etapas a través de las cuales el espíritu en su estado natural va haciendo posible el espíritu como libertad. Libertad, precisamente, frente a la naturaleza, la que es puesta a su servicio. La historia de esta toma de conciencia del espíritu, la conciencia y realización de su libertad, va desplegándose a través de la obra hegeliana. Se pasa por la limitada conciencia que el espíritu tiene de la libertad en los pueblos orientales, los cuales ignoran que el espíritu, o el hombre, en cuanto tal, es libre, aceptando tan sólo la existencia de un hombre libre, la del déspota, arbitrario, bárbaro y dominante, frente a una mayoría mansa, blanda, dominable. De allí se pasa a la conciencia de la libertad encarnada en el griego. Aquí es todo un pueblo el que se sabe libre; pero un pueblo incapaz de reconocer en otros esa libertad. Los otros son los bárbaros, son hombres sin derecho a la libertad. La historia se continúa en los pueblos que han adoptado el cristianismo, en los que la conciencia de la libertad llega a su plenitud. El hombre, por el hecho de ser hombre, es libre. Todos los hombres son libres. La conciencia está dada, pero no aún la realización de su idea. Por su realización los hombres lucharon a través de varios siglos, culminando esta lucha en la Revolución Francesa. Es entonces, según Hegel, cuando la conciencia de la libertad pasa a su explicitación, a su iniciación, a su realización. Es la etapa final de la larga historia a que se refiere Hegel en su *Fenomenología del espíritu* y en sus *Lecciones sobre filosofía de la Historia*.

El espíritu como conciencia plena de la libertad, como su concretización en la acción de los hombres, ha alcanzado su más alta expresión. Aquí culmina todo el pasado del que han sido protagonistas los pueblos orientales, los pueblos que hicieron posible la cultura greco-romana hasta culminar en el cristianismo. La Revolución Francesa ha hecho explícita la conciencia de la libertad en su más alto grado, negando las limitadas formas de esta libertad. Europa encarna este espíritu, como su más amplia posibilidad. En las acciones de sus hombres estará el porvenir de esta historia, el despliegue de todas las posibilidades del espíritu. La lucha, naturalmente, tendrá que continuar, a través de otros

hombres, de otros pueblos. En el futuro, todavía muy lejano, se perfila América. En su oportunidad el espíritu tomará allí conciencia de sí mismo, realizando aún más ampliamente las posibilidades de la libertad. En América ya están formándose los pueblos que encarnarán esta posibilidad. Pero esto ya es profecía y Hegel se niega, como filósofo, a hacer profecías.

El protagonista de la historia, el presente, es, para Hegel, Europa, el mundo que ahora llamamos occidental. Protagonista, que en su despliegue, naturalmente, entrará en contradicción con otros pueblos y mundos, dando origen a una lucha dialéctica. Lucha mediante la cual el espíritu irá tomando conciencia de sí mismo. Una toma de conciencia, cada vez más amplia, de su libertad. Y América será, algún día, el escenario de esta nueva lucha en la que se hará realidad una más amplia conciencia de libertad. Tal piensa Hegel en los inicios del siglo XIX. Un siglo más tarde, en los inicios del XX, la lucha, que era sólo una profecía, se plantea abiertamente en América. Lucha de la que habrá de originarse una más amplia toma de conciencia de la libertad, más allá de lo que la pudo alcanzar Europa, el mundo occidental. Este mundo al expandirse sobre el resto del mismo en nombre de la libertad y como donador exclusivo y privilegiado de la misma, origina la conciencia en otros pueblos de la libertad, todavía limitada por los intereses, las pasiones y las ambiciones de sus portadores. Las pasiones de las que se sirve el espíritu para realizarse. El occidente como abanderado pero también como dueño de la libertad y, por lo mismo, incapaz de aceptar que esta bandera pueda ser enarbolada por hombres que no sean los occidentales.

Pero la nueva lucha es ya ajena a la filosofía de la historia de Hegel. Preveía, sí, la lucha, la nueva contradicción, pero no la forma como la misma iba a realizarse. Esta historia se inicia con el descubrimiento, conquista y colonización de América. Una América que surge dividida por las metas a las que apuntaban los hombres que se instalan en una y otra América, buscando, cada grupo, satisfacer sus intereses, pasiones, anhelos y deseos.

En los Estados Unidos de Norteamérica, como ya lo preveía Hegel, la idea de libertad ha encontrado su más extraordinaria encarnación. Pero una encarnación limitada a sus propios creadores. Hombres que han levantado la bandera de la igualdad de todos los hombres, pero que se las ingenian para

regatear este reconocimiento a la totalidad de los hombres. Ya que limitado el reconocimiento a unos cuantos hombres, se limitará también la idea de la igualdad entre ellos mismos. Todos los hombres son iguales, pero algunos son más hombres que otros, de aquí que sus derechos no puedan ser nunca semejantes. Y son los hombres que enarbolan estas doctrinas los encargados, a su vez, de dictaminar sobre quiénes son plenamente hombres y quiénes no. Sin embargo, y esto es lo más importante en la historia de la expansión del mundo occidental sobre el resto del mundo, dicha expansión planteará a los hombres que forman los pueblos que la sufren, una problemática que de otra forma les sería extraña. La idea que de su libertad tienen los occidentales será el punto de partida de la conciencia que sobre su propia libertad tendrán los hombres a los que se niega la simple posibilidad de la misma. Como consecuencia de esta toma de conciencia, en diversas partes del mundo se alzan banderas exigiendo el reconocimiento de las libertades que el mundo occidental viene reclamando exclusivamente para sus hombres y siendo esta expansión de alcance planetario por primera vez en la historia del espíritu, la conciencia de la libertad y posibilidad de su realización serán también planetarias. Conciencia de la libertad, pero sin limitaciones. Todos los hombres son libres, pero también semejantes y para demostrado lucharán hasta alcanzar este reconocimiento. Un reconocimiento cuyo reclamo alcanza en nuestros días a la totalidad del mundo.

La lucha por tal reconocimiento se inicia en América. Una lucha que tomará características universales como se verá ya en el futuro inmediato de su historia. En América, son los Estados Unidos los primeros en encarnar el espíritu que va tomando la más alta conciencia de la libertad. El destino de este pueblo será llevar tal conciencia, aún a pesar suyo, hasta los confines del mundo, atravesando fronteras y surcando mares. Algo ha hecho ya la Europa occidental en otras zonas del mundo, actuando en nombre de la civilización, la cultura y la propia humanidad. Los Estados Unidos se han destacado ya en el ejercicio de la libertad a través de las instituciones que Tocqueville ha ensalzado. Sin embargo, al expandirse no expanden también la libertad, reconociéndola en otros hombres, sino reservándose el derecho de otorgar, o no, esta libertad a otros hombres de acuerdo con la capacidad de éstos para aceptar o no esta expansión. Limitados por su propia naturaleza, por sus naturales ambiciones, los hombres que se consideran encarnación de la libertad en su plenitud hacen de la

posibilidad de la misma en otros pueblos instrumento para satisfacer sus ambiciones y ampliar y afianzar sus intereses. Se niegan a conceder a otros hombres el derecho a la libertad en la medida en que este derecho puede ser un obstáculo para satisfacer sus ambiciones limitando sus intereses. Invirtiendo valores, ven la propia expansión y el acrecentamiento y conservación de sus intereses, como expansión, conservación y acrecentamiento de la misma libertad.

En nombre de la libertad y su posible realización, hombres concretos pueden ser encadenados, apresados y aniquilados. La libertad deja de ser algo concreto, la encarnación cada vez más amplia de su espíritu en la humanidad, convirtiéndose, por el contrario, en una abstracción utilitaria, puesta al servicio de fines que niegan la misma libertad, que niegan el espíritu como libertad. Lejos de librarse de la naturaleza se transforman en instrumentos de la misma. Instrumentos de la naturaleza como ambición, como pasión y como negación de la libertad. Los Estados Unidos, el primer pueblo que reclama el derecho de sus hombres para la libertad, el mismo que reclama al viejo mundo libertades a las que éste ha podido llegar trabajosamente, se resiste a reconocer los mismos derechos y libertades a pueblos que inclusive han visto en ellos el modelo a seguir. Se enfrentan a pueblos que reclaman para sí lo que los Estados Unidos reclamaron para sí mismos ante el viejo mundo. El pueblo que se ha enfrentado al colonialismo, no se muestra reacio en implantar nuevas formas de colonialismo; y ante los reclamos de independencia reclama su derecho a llenar el vacío de poder que viejos colonialismos se ven obligados a dejar en el mundo ante las exigencias de libertad de pueblos que sufren su dominio.

Latinoamérica, por su lado, al nacer el siglo xx, tiene ya una conciencia más amplia de la libertad. Una idea que trasciende la que tienen quienes se consideran sus exclusivos detentadores. Tratando de ser como los Estados Unidos, los pueblos latinoamericanos tendrán que enfrentarse a las fuerzas del pasado que se lo impiden, pero al mismo tiempo tienen que enfrentarse al gran modelo que se resiste a reconocer en otros pueblos valores que reclama para sí. La pugna de que hablaba Hegel se plantea al nacer el siglo XX; pugna que en un futuro próximo abarcará a la casi totalidad de los pueblos del mundo, hacia donde el espíritu, encarnado por los Estados Unidos, ha logrado expandirse creando las contradicciones de las que ha de originarse una más amplia



conciencia de la libertad. Libertad cuya conciencia ha de abarcar sin discriminación alguna a toda la humanidad. Es la historia de este espíritu, y de sus peripecias al tomar una más amplia conciencia de la libertad, tan amplia que ha de abarcar a la totalidad del planeta, la que a continuación relatamos. La historia de la América cuyo suelo ha venido siendo escenario de luchas que ahora se extienden al orbe entero. Continuación de la lucha latinoamericana para realizar libremente el destino de sus pueblos, enarbolando el derecho a la autodeterminación -que será ya la lucha de otros muchos pueblos en Asia, África y Oceanía- enfrentándose a las fuerzas represivas de un imperio originado en Europa y que ha encontrado su máxima encarnación en los Estados Unidos. Se trata de la misma lucha, con las mismas exigencias, frente a las mismas justificaciones de dominio que abrieron la pugna entre la América sajona y la América latina. Lucha ahora expresa en otros muchos pueblos, a miles de millas del nuevo gran líder de la cultura en la que Hegel veía ya encarnar al espíritu como más plena conciencia de libertad, pero una conciencia limitada, angostada, ante todo reclamo de ampliación. La lucha por la realización más amplia del espíritu encarnará en otros pueblos; en todos los pueblos que ahora luchan por su posibilidad en la totalidad del orbe. Pueblos en los que se habla ya de un nuevo hombre, en el que la conciencia de la libertad y su posibilidad alcance horizontes jamás logrados en el pasado.

De las peripecias, de los aciertos y fracasos de esta lucha, a través de los cuales el espíritu, la humanidad de la que son encarnación los pueblos que forman la América en su doble expresión, hablaremos en este trabajo tratando de continuar el relato de la historia del espíritu que, en Hegel, había llegado a la extraordinaria etapa que representó la Revolución Francesa de 1789 y su antecedente americano la Revolución de 1776. En esta revolución, Hegel pudo ver la explicitación de un futuro del que no quiso ya hablar, negándose a hacer profecías.

Intentamos una filosofía de la historia de nuestra América, como expresión concreta de la historia de la humanidad pugnando por realizar ampliamente la idea de libertad, por llegar a ser su máxima encarnación. Europa lo fue ya en altísimo grado, como lo fueron los Estados Unidos. Encarnación de una idea que, al transformarse en instrumento de dominio, despertó a su vez la conciencia de la libertad, pero a niveles nunca alcanzados, entre pueblos a los que este espíritu parecía ser extraño. Conciencia que

ha originado demandas, exigencias, y, con ellas, la lucha por su logro, arrebatando banderas a quienes se presentaban como exclusivos abanderados y dueños de esta libertad.

Demandas de liberación que fueron siempre limitadas a los intereses de sus demandantes, extrañas a los de la totalidad de pueblos en nombre de los cuales se hablaba. Así sucederá también con el liberalismo y el nacionalismo en Latinoamérica, justificando tan sólo a grupos de poder y oligarquías. Y frente a estas desviaciones, y como respuesta, nuevas demandas que, asimilando experiencias anteriores, tratarán de romper estas limitaciones mediante exigencias que irán más allá de las planteadas por liberalismo y nacionalismo latinoamericanos. El resultado será una pugna cada vez más violenta entre la América que enarbola libertades pero no las concede y la América que las reclama una y otra vez, tratando de alcanzadas plenamente. Lucha que dará origen a una dialéctica, a afirmaciones y negaciones, a través de la cual los pueblos de una y otra América irán tomando una conciencia más amplia de la libertad. Por un lado, los Estados Unidos encontrarán estímulo en sus propias contradicciones que dan origen a una lucha interna entre sus ideales y sus intereses. Por otro, América latina lo encontrará, a su vez, al tratar de alcanzar las metas propuestas por la otra América, que las limitadas ambiciones de cuerpos de intereses frenan, dando origen a nuevos y más amplios reclamos.

Hegel había visto en la Revolución Francesa el inicio de un nuevo tiempo, y en el mundo del que ella era expresión, como un mundo de transición, punto de partida de un cambio, el parto de algo nuevo, inicio de una nueva época. Era el inicio de un cambio más amplio respecto a la conciencia que el espíritu tomaba de su libertad. Un siglo más tarde, el cubano José Martí hacía expreso un sentimiento semejante respecto a una toma de conciencia aún más amplia de ese mismo espíritu de libertad. Se iniciaba otra revolución,' a través de la cual el espíritu iba a poder realizar con mayor amplitud su idea de libertad. Revolución contra otras formas de dependencia y dominio.

En esta ocasión el escenario de la nueva lucha iba a serlo, como ya lo anticipara Hegel, el continente americano. Una lucha que alcanzaría, como todas las luchas del espíritu, dimensiones universales. Hora de los hornos, llamó Martí a este momento, punto de partida de la nueva lucha. Hora de los hornos en que

habría de forjarse el hombre nuevo. Sería a partir de América y en América donde el espíritu, consciente e una más amplia libertad, se enfrentaría a sí mismo para parir una nueva humanidad. Una humanidad más libre, más consciente de su libertad, luchando por su logro. En esta ocasión la libertad tendría que hacerse consciente en la totalidad de los hombres y llegar hasta los últimos rincones de la tierra. Esto era la hora de los hornos, la hora de la libertad para todos los hombres. El espíritu, esto es la humanidad en su plenitud, luchará, una vez más, para alcanzar la plena conciencia de su libertad y la realización de la misma. Será esta lucha la que dé sentido a la historia de la América en el siglo XX. Una historia que trascenderá sus fronteras naturales, como parte de una historia más amplia en la que se jugará el destino total de la humanidad. En las demandas de libertad nacidas en América, otros muchos pueblos encontrarán el sentido de sus propias demandas y, a su vez, en las demandas de estos pueblos la América se encontrará a sí misma, como conciencia concreta de un sólo gran espíritu.

## Capítulo 1

### EL OCCIDENTE Y LA CONCIENCIA DEL HOMBRE

#### 1. Toma de conciencia

La toma de conciencia ha sido una de las preocupaciones claves del pensamiento latinoamericano contemporáneo. No se trata, desde luego, de una abstracción, todo lo contrario, se está aludiendo a una realidad, a una forma propia de toda existencia humana. Existencia en la más amplia de sus expresiones: la convivencia, el ineludible ser o estar con los otros. La conciencia de este ser o estar con los otros, independientemente de la dimensión que se guarde en esa convivencia, será lo que origine tal preocupación. Es en la convivencia donde los hombres toman conciencia, no sólo de su propia existencia, sino, también, de la existencia de los otros, sus semejantes. Pero una conciencia que no siempre muestra la "semejanza", el "ser igual que los otros", sino también la diversidad, que puede llegar hasta la negación plena de esa semejanza. En esta toma de conciencia el hombre se puede concebir a sí mismo no sólo como donante, sino también como receptor de humanidad. Reconoce en el otro al semejante, pero también se reconoce semejante al otro; reconocerse y saberse reconocido. Decir, "soy un hombre" y "aquél es un hombre como yo". Se da, pero también se pide la igualdad, el reconocimiento de que somos iguales, que todos los hombres son iguales; que yo soy semejante a los otros y que los otros son mis semejantes.

Pero -y en esto se hace expresa otra dimensión de la convivencia- se puede también poner el acento en la diversidad. Esto es, en la personalidad, en la individualidad, común a todos los hombres. Es común a todos los hombres ser individuos, personas concretas y, por ello, diversos de otros individuos y personas. Y es precisamente en esta escala de la convivencia en la que se hacen difíciles las relaciones entre los que resultan ser semejantes por su individualidad. Es en esta dimensión en la que se plantean los conflictos que afligen a la humanidad, al mismo tiempo que le sirven de acicate en su desarrollo. Se pasa aquí del reconocimiento de mi semejanza con los demás al reconocimiento de mi diversidad de los demás: "yo no soy como tú", "tú no eres como yo". Y en esta afirmación se puede, también, pasar a afirmar mi superioridad. "yo soy un hombre, pero tú sólo serás hombre en la medida en que te asemejes a mí." ¿Asemejarse en qué? ¿En que como yo tenga

individualidad o personalidad? No, en que renuncie a ella y tenga la mía, en que sea mi semejante en el sentido de que sea mi calca. Si esta calca no se da, no habrá semejanza; no será mi igual, no será, inclusive, otro hombre, un hombre, sino algo que para serlo tendrá que luchar para destruir lo que tiene de propio, para renunciar a ello y aceptar, sin resistencias ni protestas mi propia individualidad, mi personalidad. Esto es, pura y simplemente, que anulo la humanidad del otro, lo que le hace ser hombre, su personalidad e individualidad, y le impongo la mía. Más que reconocer en el otro a un semejante hago del otro un instrumento o prolongación de mi propia individualidad, de mi propia personalidad; lo convierto en simple campo de mi desarrollo, me agrando, crezco a costa de él. En el otro no reconozco a mi semejante, sino a mí mismo como prolongación personal mía. No sé, ni me importa, lo que el otro sea como individuo, sólo lo que el otro puede ser como una prolongación de mi personalidad, de mi individualidad.

Tomar conciencia es, entonces, saberse en relación con los otros, es la racionalización de la convivencia. Esto es, saberse en relación con los otros semejantes o como individuo. Reconocer en el otro al individuo que también es y, en este sentido, como un semejante; o a partir de esta individualidad negarse también a reconocer la existencia de otra individualidad que no sea la propia y, como contrapartida, la exigencia del otro a que se le reconozca como un semejante, como un igual; no imponiéndole otra individualidad, sino reconociéndole la propia. Y esto es natural, yo también me resisto a ser semejante al otro, en el sentido de ser su calca, parte de su persona, prolongación de su individualidad, Me resisto pero, pese a ello, puede serme incomprensible la resistencia de los demás a ser como yo. Lo que exijo para mí mismo puede serme incomprensible como exigencia de los demás. ¿Por qué? Porque esta exigencia, de una manera u otra, limita la mía. No puedo exigir respeto a mi individualidad sin ofrecerlo también a quienes lo pido. Mi individualidad, quírase o no, está limitada por la individualidad de los demás. Y es, precisamente en este sentido, en el que los otros son mis semejantes y yo soy semejante a los otros. Pero aceptar tal cosa ha sido siempre el nudo de los problemas que aquejan a la humanidad. Porque tomar conciencia es saberse con los demás, hacerse cómplice de la existencia de éstos, al mismo tiempo que ellos se hacen cómplices de nuestra existencia. Es la más difícil de las tareas; una tarea a la que se resiste todo individuo que se siente con ello menoscabado.



Pareciera, que siempre estamos más capacitados para imponer a otros nuestra existencia que para aceptar la suya.

La historia de la humanidad es, precisamente, la historia de esta lucha; la historia de una pugna que realiza el hombre para situarse ante sí y ante los otros. Una dolorosa lucha en la que el hombre hiere y es herido por su semejante. Una lucha en la que las heridas y el dolor van haciendo al hombre consciente de su humanidad, de su ser hombre, esto es, de su ser con otros, entre otros. La conciencia de esta situación se da a través de la historia en una serie de afirmaciones que, al enfrentarse a otros, se presentan también como negaciones. Al juego afirmaciones-negaciones le ha dado Hegel, y posteriormente Marx, el nombre de dialéctica. Mi afirmación como individuo, y lo que digo del individuo puedo también decido del grupo social, implica la negación o menoscabo de la individualidad de los otros individuos o grupos. E igualmente la afirmación de éstos puede presentarse como una negación de mi afirmación. En la medida en que el otro se afirma a sí mismo, si no niega, al menos sí limita mi afirmación. Mi afirmación no puede valer o ir más allá de la afirmación de los otros. Por ello la siento como un "no" a mi "sí". Y, a la inversa, el "sí" de los otros puede ser un menoscabo de mi "sí" y por ello, un "no". Y esta situación no tendrá fin sino en la medida en que mi afirmación y la afirmación de los otros puedan coincidir, conciliarse. Y conciliarse implica reconocer en los otros lo mismo que reclamo para mí. Es aceptar que mi afirmación no puede significar la negación de los demás; ni la de éstos la mía. Sentirme, plenamente, como los demás, no exigir para mí nada de lo que no esté dispuesto a otorgar a otros. La vieja forma cristiana expresada racionalmente por Kant. La síntesis de la dialéctica hegeliana; pero una síntesis que sólo podrá llegar a su plenitud después de largas y penosas afirmaciones y negaciones que van haciendo al hombre consciente de los alcances y límites de su humanidad.

## *2. Negación y afirmación en la Historia*

El hombre es el único ente de la creación que tiene la capacidad de dar sentido a lo que le rodea: a hombres y cosas, a sus semejantes y a la naturaleza. Obligado a situarse en el mundo, a ser parte del mundo, tiende siempre a ver este mundo en función del punto de vista que tiene sobre sí mismo. Lo que le rodea será acomodado, calificado, valorado, en función de la conciencia de su

propio ser. Trata siempre de crear lo que se ha llamado horizonte familiar, esto es, un mundo propio, no extraño. Y no le será extraño si acomoda este mundo en función de lo que le es propio, lo que le es familiar. Separará lo bueno de lo malo, lo útil de lo inútil, lo bello de lo feo, etc., en, función de sus posibilidades y limitaciones. Claro es que estas posibilidades y limitaciones pueden cambiar, y cambiar como resultado de la propia acción, al ser transformado el orden establecido en el horizonte que hemos llamado familiar. Un horizonte familiar, un orden de valoraciones y una forma de valorar que pueden cambiar de un individuo a otro y, por supuesto, de una sociedad a otra. Y aquí volvemos a encontrarnos con el problema que señalábamos respecto a la individualidad y la semejanza. El orden, el horizonte familiar, esto es, la forma como el hombre ha organizado el mundo que le rodea, puede no ser semejante al organizado por otros hombres, por sus semejantes. Estos serán también distintos por la forma como organizan su horizonte familiar. Y un horizonte dentro del cual él mismo está incluido, tal y como ellos lo están en el suyo. Tal horizonte puede ser distinto del suyo, lo que allí es bueno, útil o bello puede ser malo, inútil o feo en su propio horizonte, en su personal relación con el mundo. Aunque sea parte del mismo mundo, parte del mundo de los otros y los otros del suyo, este mundo común podrá ser distinto para él y para los otros y, en esta distinción, tener un papel y un lugar distinto del que se atribuye a sí mismo y del que atribuye a otros en ese mundo. Su sentido de la vida, su modo de concebir y ordenar el mundo podrá ser bueno para él, pero no necesariamente para los otros, y a la inversa. Aquí es donde, también, se le presenta la necesidad de limitar el propio horizonte, aceptando o buscando la conciliación con el horizonte de orden de los otros. Situarse, o, al menos, esforzarse para acomodarse en el horizonte de los demás y preguntarse hasta qué punto su propio horizonte no entra en conflicto con el de los demás, y si estará dispuesto a aceptar el papel que los demás le señalan en su horizonte.

Y lo que decimos de los individuos, lo podemos también decir de los grupos sociales, de las comunidades, pueblos y naciones. El modo de vida de una nación, el orden en que ésta se basa, por perfecto que parezca a sus creadores, no será necesariamente el modo de vida de otras naciones. Más aún si en este modo de vida de una nación, en su orden, se pretende ordenar el de las otras naciones señalándoles el lugar que los creadores de tal orden quieren imponerles, y no el que estas naciones se señalan a sí mismas. Estas tienen también su propio

modo de vida, en el que también está incluido el modo de vida de los otros.

Es la presencia de los otros, una presencia activa, la que pone en crisis el mundo familiar del hombre como individuo. Su mundo no es sino un mundo que los demás pondrán a prueba tratando de crear el suyo. Cada hombre pretende hacer de su mundo un mundo firme, seguro, en el cual los objetos que le rodean y con los cuales tiene que contar tengan una determinada función, la que él les ha asignado, sólo que él mismo, al formar parte del mundo de los otros, tiene ya otro papel, el que los otros le han asignado. Cada hombre señala a los otros hombres un papel a jugar en función con lo que él es o se considera; pero éstos a su vez realizan una operación semejante con él. Se realiza lo que Sartre ha llamado 'cosificación: los otros son como una cosa más entre las muchas que rodean al hombre y, como tal, objeto de aprovechamiento; sólo que a su vez, él es también un objeto, algo por aprovechar. Los otros no sólo se niegan a ser cosas, sino que a su vez se le enfrentan y tratan de cosificarlo. Por ello, para su seguridad, para afirmar su existencia, como ya la ha afirmado frente a la naturaleza, el hombre como individuo se enfrentará a sus semejantes, al igual que éstos se enfrentarán a él. Y el resultado será una lucha llena de contradicciones y paradojas. No sólo se enfrentará a los otros para cosificarlos, como ha cosificado el mundo natural, sino también se enfrentará a ellos como conciencias cosificadoras, como conciencias que, como él, realizan la misma tarea de cosificación. Y se enfrentará a ellos para que le acepten, y le reconozcan como su semejante, como su igual. Por un lado, mediante una tarea cosificadora, tratará de imponer a los otros su semejanza, su ser iguales a él, su ser hombres, para tratarlos como objetos, como cosas útiles; 'pero también tratará de que se le reconozca como su igual, como un hombre y, lo que es más aún, como el hombre por excelencia, como la expresión máxima de lo humano y, por lo mismo, superior a ellos, ya que carecerán de la humanidad como plenitud. Usando múltiples subterfugios buscará, así, negar a los otros su humanidad, haciendo de lo propio la máxima expresión del hombre; pero buscando al mismo tiempo el reconocimiento de esta su pretensión, dotándoles así de la humanidad que en vano les regatea. Paradójicamente él será un hombre en la medida en que su humanidad pueda ser reconocida por aquellos a quienes él niega humanidad.

De allí surge la dialéctica como regateo mediante el cual se exige y concede humanidad. Y en este regateo lo que se juega es la existencia del hombre mismo. Regateo que veremos alcanzar en la historia caracteres de tragedia al entrar en juego la fuerza, la imposición brutal y la conquista mediante las cuales el hombre cree afirmarse obligando a los otros a reconocer una humanidad que ha negado a éstos. Para él, los otros no serán sino expresiones limitadas a lo humano, formas de lo humano, a las que ha amputado una parte de esa humanidad, a las que se ha rebajado a la escala de lo infrahumano. Proyectos, en todo caso, de lo humano que aún no son; mientras él se presenta como el hombre por excelencia, como el porvenir de los que aún no son hombres. Y mientras adviene este porvenir los otros serán sólo los esclavos, los siervos, los obreros, los útiles para el desarrollo de una humanidad que ellos aún no han alcanzado.

La expresión externa de la infrahumanidad al servicio de los que se consideran modelos de humanidad puede darse en la pigmentación de la piel, negra, morena o amarilla; la clase social a que pertenece, el sexo o la religión. Se trata de expresiones accidentales, pero transformadas en determinantes de una situación controlada por quienes se consideran a sí mismos como el arquetipo de toda posible humanidad. Todo lo que no guarde semejanza con lo que el arquetipo ha destacado de sí mismo será signo de infrahumanidad. De la infrahumanidad justificativa que permite señalar a los otros el papel que han de jugar en el orden establecido por los autores de esta organización. Y no sólo serán hombres concretos, determinados, los que serán objeto de tales juicios, sino también sociedades y pueblos enteros. Sociedades y pueblos cuyos miembros serán vistos con las características que son propias de lo infrahumano.

Así nos encontraremos en la historia a pueblos que se presentarán a sí mismos como la máxima expresión de lo humano, y por ende, como los únicos donadores de humanidad. De una humanidad a partir de la cual ha de ser medida toda posible humanidad, Pueblos que hacen de sus propias expresiones, cultura o civilización, el modelo conforme al cual ha de ser medida la humanidad de otros pueblos; y a partir del cual ha de ser justificada toda posible pretensión a formar parte de la comunidad propia de los hombres. Pueblos que se presentan a sí mismos como la encarnación de toda posible cultura o civilización humanas. Pueblos que se erigen a sí mismos cultivadores y

civilizadores de otros pueblos; como los exclusivos encargados de toda posible humanización. Por ello, éstos -los que han de ser objeto de humanización, si es que han de poder ser considerados como iguales, como pares, como los otros por excelencia, los semejantes- tendrán que aceptar ser sometidos a la acción civilizadora y cultivadora de los primeros. Ya que todo aquello que no encaje dentro del mundo familiar de los pueblos que se han dado de sí mismos el privilegio de la humanización, tendrá que ser eliminado o, cuando menos, adaptado a los términos propios de la comprensión de un mundo que no es el propio.

¿Pero qué sucede frente a esta imposición? Frente a ella, los que la sufren, y como resultado del choque de sus horizontes de comprensión, hombres y pueblos, van tomando conciencia de su propia humanidad al mismo tiempo que de la humanidad de los otros. Esto es, de sí mismos y de los otros. Una humanidad como extensión y limitación de la individualidad de sus componentes; como reconocimiento de posibilidades y limitaciones.

Posibilidades y limitaciones que hacen a un hombre semejante a otro. Y lo humano, precisamente, no es lo que separa o distingue, sino lo que asemeja. Una semejanza que no depende de accidentes como el color de la piel, la clase social, el sexo, la religión, la cultura, la educación, etc. Lo humano se da precisamente en la capacidad de reconocimiento de la propia humanidad en los otros; en saberse su semejante. Capacidad de reconocimiento basada en la capacidad de comprensión de la individualidad de los otros, de lo que los hace distintos; pero no tan distintos que no tengan algo en común, ese algo que le hace reconocerlos como sus semejantes. Conciencia que se da a través de una lucha en la que el hombre, antes de comprender al hombre, se le enfrenta y trata de hacerlo su instrumento.

Lucha que es, al mismo tiempo, imposición y repulsa para terminar en la comprensión de lo que no debe ser impuesto y lo que debe ser rechazado. A través de esta toma de conciencia el hombre va conociéndose a sí mismo en sus limitaciones y a los otros por referencia a las mismas. A través de esta toma de conciencia se va haciendo patente la accidentalidad de las diferencias para expresarse en las semejanzas como vía para una más amplia comprensión de lo humano. Las semejanzas que nos permiten hablar, pura y simplemente del hombre, de la humanidad en concreto.

### 3. *Afirmación y negación occidental*

Entre las culturas, a través de las cuales se ha expresado el hombre, ha sido la occidental la que más ejemplarmente se ha caracterizado por la capacidad de proyección de sus expresiones sobre otras culturas. Capacidad de proyección que ha implicado, a su vez, una actitud ciega para otros puntos de vista que considera ajenos. Ceguera para lo distintivo, para lo que no se acomoda a los lineamientos que marcan sus propias expresiones. Y podríamos aquí ya usar la palabra imperialismo, derivada, a su vez, de la actitud que las naciones que originaron la cultura occidental han mantenido frente a otras naciones y pueblos. El imperialismo que ha originado los sistemas coloniales, incluyendo, por supuesto, el propio del mundo llamado occidental en su expansión sobre el resto de la tierra. Imperialismo como forma de imposición de los puntos de vista de un pueblo, lo mismo políticos que económicos y culturales, sobre otro pueblo. Y si algo ha caracterizado a la cultura occidental ha sido, precisamente, su capacidad para expandir sus expresiones, negando, a su vez, las que considera distintas, para someterlas. Y así como los hombres de otros pueblos son considerados como subhombres, igualmente culturas diversas de la occidental son vistas como subculturas, primitivismo, naturalismo, etc. Y así como el hombre occidental se ha presentado al resto de la humanidad como el hombre por excelencia, su cultura será presentada como la Cultura, la cultura universal, la cultura por excelencia. Y de igual forma como el hombre, para ser considerado como tal, ha de semejarse al occidental, toda cultura, para ser llamada así, deberá cumplir los requisitos que caracterizan a la cultura occidental.

Pero si bien el hombre occidental nunca había creído necesario justificar su humanidad en relación con la de otros hombres, ni su cultura en relación con otras culturas, la crisis originada en su propia actitud le va haciendo tomar conciencia de la necesidad de tal justificación. Todo lo que este hombre ha sido, su cultura, su historia y su misma existencia, era presentada sin más como la más alta expresión de lo humano, y lo que no se le asemejaba quedaba relegado, decíamos, a lo infrahumano, la barbarie y el salvajismo. Todos los demás hombres y sus expresiones no eran sino balbucientes formas del hombre y su cultura. El hombre humano y su cultura eran medidos de acuerdo

con el punto de vista que sobre el hombre y la cultura tenía el hombre occidental. Nunca a este hombre, el occidental, se le había planteado el problema de su ser hombre, tal y como se le plantea a los hombres de otros pueblos y culturas. Difícilmente se podían plantear preguntas sobre el ser del hombre francés, alemán o inglés, como se han planteado sobre el ser del hombre latinoamericano, asiático y africano. Y es que para el occidental el ser concretamente francés, alemán, inglés o europeo, lejos de ser una forma accidental de su ser, eran formas concretas del ser hombre sin más. Por ello, sus expresiones culturales, aunque naturalmente teñidas por la realidad concreta en que se originaban, eran expresiones del hombre por excelencia. Ninguno de ellos tenía que rendir cuenta de su humanidad ni de su cultura, ya que eran expresión de la humanidad y la cultura sin más. Tendrían que ser los otros, -hombres y pueblos, los que deberían rendir cuentas de su ser y sus expresiones, mostrar si estaban a la altura del único paradigma.

Sin embargo, decíamos, no sólo los hombres y pueblos no occidentales han ido tomando conciencia de la realidad de su ser, sino también los hombres y pueblos del llamado mundo occidental. La crisis más reciente, la que se ha expresado a partir de las dos últimas grandes guerras en que se han desbaratado los grandes imperios coloniales de Europa en el mundo, ha puesto también en crisis la pretensión de universalidad del hombre occidental y su cultura. El mismo hombre occidental va tomando conciencia de lo que es su más auténtica realidad. La pretensión de universalidad de la cultura occidental y su creador está siendo puesta en tela de juicio por su mismo creador. El hombre occidental tiene ya conciencia de la existencia de otras expresiones de humanidad que no tienen, necesariamente, que ser juzgadas de acuerdo con el punto de vista que sobre lo humano y sus obras tiene el hombre occidental. Las crisis y, por supuesto, esta crisis, ponen de manifiesto la relatividad de las valoraciones que parecían ser esenciales al hombre y su cultura. Crisis que se ha expresado en la actualidad a través de las filosofías europeas más recientes. El hombre occidental va ya tomando conciencia de la relatividad de sus puntos de vista y, por ende, también de lo humano en su más amplio sentido. Lo humano por excelencia no depende ya de puntos de vista limitados, de interpretaciones circunstanciales.

Lo humano no es una abstracción que delimita, sino una realidad que, por serlo, es común a todos los hombres, y muestra,

no sus diferencias, sino sus semejanzas. Es en lo concreto en donde lo humano es plenamente captado. Es en lo aparentemente limitado, por su concreción, donde se capta lo que es propio de todos los hombres, lo que los hace semejantes.

El hombre occidental, al tomar conciencia de la limitación, por concreción, de su humanidad y de la limitación de sus puntos de vista, por igualmente concretos, va tomando también conciencia de la existencia de otros puntos de vista, de otras expresiones de lo humano que, en su conjunto, muestran lo humano por excelencia, al hombre sin más. Y, como contrapartida, los hombres que hasta ayer estaban obligados a justificar ante el occidental y su cultura su ser hombres y el valor de sus expresiones, van ahora tomando conciencia de su propia humanidad, y del valor indiscutible de sus expresiones por diversas que sean de otras. Dejan de ser los hombres marginados, de pueblos igualmente marginados, que hasta ayer hacían depender su existencia de su relativa semejanza con los hombres y pueblos que habían hecho de su ser el modelo indiscutible de lo humano y su cultura. Dejan de ser los hombres que formaron pueblos subordinados a otros pueblos, el mundo de que se nutren los imperios, las colonias. Estos hombres no buscan ya justificarse como tales ante otros hombres, para saberse sus iguales, sus semejantes. Tampoco buscan ya justificar sus puntos de vista sobre la realidad en relación con otros puntos de vista. Con independencia de estos otros puntos de vista, sólo pretenden mostrar, ante sí mismos y ante los otros, su indiscutible calidad de hombres. Ha sido a partir de su realidad, del mundo circunstancial que les ha tocado en suerte, como han ido tomando conciencia de su propia e indiscutible humanidad. Hombres que hasta ayer se habían visto obligados a aceptar puntos de vista que les eran ajenos, para así justificar su humanidad, buscan ahora, dentro de sí mismos, dentro de las circunstancias que los determinan y concretizan, la única y verdadera justificación de su ser hombres. De lo que hace que el hombre de este o aquel lugar, de este o aquel tiempo, de esta o aquella raza, sea simplemente un Hombre.

Partiendo de su propia realidad, pero no para quedarse en ella, sino para abstraer de la misma el conjunto de características que le muestran su semejanza con otros hombres, y con ello, sus posibilidades para una acción que ha de ser común a todos los hombres, va tomando conciencia del propio ser, de lo que se es como hombre concreto, y es a partir de esta conciencia como los

hombres se sitúan ante los demás en un plano de igualdad, de semejanza, con independencia de cualquier accidentalidad, de la accidentalidad que es, también, propia, común a todos los hombres.

" Esta toma de conciencia de lo humano, surgida de la violencia de unos hombres sobre otros, irá dando origen a la ineludible comprensión entre ellos, esto es, al reconocimiento de la propia humanidad en relación con la humanidad de los otros. Esta toma de conciencia se expresa en la historia. La historia en que actúan hombres concretos en permanente lucha por afirmar su humanidad, pero, como contrapartida, obligados, a su vez, a aceptar y reconocer la humanidad de los otros.

Esta es la historia de la humanidad, la que tiene ahora como protagonista al mundo occidental, cuya expansión ha despertado y estimulado a otros pueblos y sus hombres a encontrar su humanidad. Frente al regateo de humanidad surgirá la pregunta: ¿Acaso no soy también un hombre? Pregunta a la que se dará una respuesta afirmativa; la que encontraremos también en esta nuestra historia, sobre los hombres y pueblos del continente americano.

#### 4. *Dialéctica de la enajenación.*

Es algo natural a todos los hombres, decíamos, en sus relaciones de convivencia, el considerarse como él hombre por excelencia y a sus expresiones, como lo único justificable culturalmente. Pero es también natural la conciencia que, como respuesta, se da entre hombres y pueblos respecto a la situación de subordinación y rebajamiento a que son sometidos por quienes parten de un falso cotejo ante supuestos modelos de humanidad. Acción que da origen a cristalizaciones que hacen olvidar el origen de la misma. Cristalizaciones que enajenan a sus mismos creadores. Los productos de esa acción pueden acabar siendo vistos como independientes de ella misma hasta el grado de subordinar a sus creadores. Estos productos, originados en la acción libre y concreta de los individuos, acabarán presentándose como fuerzas trascendentales, por encima de la voluntad del hombre que las hizo posibles. Se crean situaciones de dominio y subordinación que sólo una nueva conciencia de la libertad del

hombre frente a sus propias creaciones, consciente de su poder para transformar lo que ha creado, puede impedir.

Los hombres, lejos de parecer creadores, se presentarán como instrumentos de una creación cuyo origen ha sido olvidado, dando origen a situaciones en las que parece escamoteada la libre voluntad de los individuos que las hizo posible. He dicho parece, porque de hecho esa voluntad sigue actuando aunque disfrazando los intereses concretos que la hacen actuar, presentándolos inclusive como resorte de una acción trascendental de la que se dicen instrumento. Se hace a un lado la libertad que originó la acción, y se da de ésta y sus consecuencias una interpretación en la que el hombre que la realiza" parece ser instrumento de sus propias consecuencias. La enajenación nace, expresa, tanto en el éxito como en el fracaso, no como expresión de una voluntad concreta, la de un hombre o un grupo de hombres, sino como resultado de una voluntad supraindividual que utilizando esa libertad logra sus propios fines. El fracaso concreto, de un determinado individuo o grupo, es visto como expresión de una falta de coincidencia de esa voluntad o voluntades con una voluntad supraindividual.

Para que la acción tenga éxito será necesario que la misma sirva a los fines de esa supuesta voluntad supraindividual; y si no es así, serán otros individuos, otros grupos, los que alcancen los resultados que mejor concuerden con esa supravoluntad: Dios, Espíritu o como se le quiera llamar. Se hablará entonces de individuos, grupos o pueblos abocados, esto es, llamados a cumplir una determinada misión que no es la propia sino aquella que esa voluntad suprema les va señalando. Frente a ellos, o a un lado, individuos, grupos o pueblos cuyas acciones se apartan o, simplemente, son ajenas a los fines de tal voluntad y, por lo mismo, destinadas a fracasar, cuando tales acciones interfieren en la acción encaminada a realizar tan altos fines. Se hablará de individuos y pueblos predestinados a realizar los propósitos de una gran voluntad, que se sirve y encarna en ellos; pero se hablará también de individuos y pueblos predestinados, a su vez, a no ser ya la encarnación de esa voluntad, sino pura y simplemente su materia de realización. Instrumentos ambos; pero unos predestinados a actuar encarnando la voluntad divina, del espíritu, o como se le quiera y llamar, y otros a ser, simplemente, el campo de esa acción, el material de que ha de valerse esa acción.



Pero ¿cómo se origina la anulación del individuo y su voluntad, el cual acepta ser instrumento de una voluntad que se considera por encima de él? Tratemos de explicarlo a partir de lo más simple. Imaginemos un individuo, llamémosle *A*, el cual aspira a lograr ciertos fines que le son necesarios como individuo, y para el logro de los cuales realizará una acción libre, la que él considera adecuada para lograr tales fines, los que considera como propios. Pero, frente a él está el otro, el individuo que llamaremos *B*, que aspira al logro de fines que también considera necesarios y propios, y en función de los cuales realiza también libremente una determinada acción. Nada pasará, si lo que quiere *A* no interfiere en lo que quiere *B*; pero sucederá todo lo contrario si la acción de *A* tropieza con la de *B* en los intentos que ambos realizan por alcanzar sus respectivos fines. Estos fines, a los que llamaremos *X*, coinciden en *A* y en *B*, sólo que, tanto *A* como *B* necesitan de *X* con exclusividad. *X* tiene que ser alcanzado por *A* o por *B*. Cada uno de ellos lucha por hacer suya esta *X*, lucha que habrá de concluir con el triunfo de *A* o de *B*. *A* triunfante y *B* derrotado o viceversa. Derrota que, al igual que con el cortador de cabezas de Hegel, signifique el sacrificio absoluto de uno de los contendientes y el triunfo absoluto del otro. Salvo que no siempre sucede así. Lo común será que *X* no sea ni de *A* ni de *B*, sino que los esfuerzos que para atraerla realicen el uno y el otro originen que *X* quede situada en un lugar, que no es el querido por *A* ni por *B*, pero que, de alguna manera, sirva en algo, aunque no plenamente, a los fines del uno y del otro.

La situación que ahora guardará *X* será el producto del encuentro de dos voluntades libres que no han podido coincidir en sus esfuerzos y se han enfrentado. Sin embargo, el hecho de que ni *A* ni *B* hayan podido hacer suya a *X*, y *X* se mantenga en una situación que parece ajena a la voluntad de ambos, puede hacer pensar que *X*, la meta, el fin, posee voluntad propia. Voluntad que no es la de *A* ni la de *B*. Una voluntad independiente de una y otra. Es la falta de coincidencia en los fines lo que hace que *A* y *B* puedan pensar que *X* tiene una voluntad propia, que impide que la una o la otra la posean plenamente olvidando que tal cosa es sólo el resultado de dos fuerzas que chocan o tiran, y que, al no terminar con el triunfo pleno de una de ellas, alcanza sólo un desplazamiento que ni una ni la otra deseaban. *X* no estaría en donde está sin las encontradas voluntades de *A* y de *B*. *X* no tiene voluntad propia, está y estará en donde la coloquen los esfuerzos encontrados de *A* y *B*.

Sin embargo, el fracaso de *A* y de *B*, al no lograr que *X* sea exclusivamente de una de ellas, puede hacer pensar no sólo que *X* tiene voluntad propia, sino que las encontradas voluntades de *A* y de *B* son pura y simplemente instrumentos para que *X* logre el desplazamiento que su ya supuesta voluntad desea. Parece que *X* no sólo posee voluntad propia, sino que además hace de la voluntad de *A* y de *B* instrumentos de la propia. *A* y *B* están encarnadas, son expresión de individuos concretos, mientras *X* es sólo un fin, una meta, y como fin no es una fuerza como lo son *A* y *B*, no es un individuo, es un proyecto, algo ideal, por alcanzar. Pero al transformarse *X* en una voluntad, en una voluntad con metas y fines propios, los individuos *A* y *B* que la hacen posible van a ser vistos como una fuerza puramente instrumental. Pasiones y ambiciones forman el instrumental que hacen posible la realización de ciertos fines, el logro de ciertos proyectos, la fuerza que hace que el proyecto que es *X* se transforme en realidad. *A* y *B*, individuos concretos, hombres sin más, son el instrumento de esa *X* que parece tener sus propios fines y desplazarse de acuerdo con su propia voluntad. *A* y *B* servirán a los fines de *X* y harán posible, como fuerzas naturales, su realización. Se olvidará, en un acto de enajenación, que *X* es, pura y simplemente, un proyecto de *A* y de *B*, y que lo que parece dotada de voluntad es sólo expresión de las encontradas voluntades de ambas. Si *A* y *B* pudiesen ponerse de acuerdo, *X* no sería sino un proyecto a realizar por ambas. La dificultad está en ponerse de acuerdo, el aceptar, la una y la otra, que *X* no puede ser exclusivamente de una o de otra, que para que sirva a ambas, las dos tendrán que renunciar a su limitada ambición, compartiendo a *X*. El lugar que tome *X*, como resultado de la voluntad de *A* y de *B*, será expresión de tal acuerdo y no expresión de una voluntad suprahumana. *X* será expresión de la libertad de *A* y *B* como individuos y nunca al revés.

Pero es precisamente esta situación la que es difícil que se haga consciente. Difícilmente el individuo toma conciencia de su relación con los otros y de lo que esta relación significa como ajuste de su voluntad, como ajuste de sus ambiciones, anhelos, proyectos. Y es esta falta de conciencia, la lucha, la pugna por realizar sus propios fines, negando si es necesario los de los otros, lo que origina que esos fines se desplacen como resultado de esa lucha de libertades y se presenten con voluntad propia, tomando caminos que no satisfacen a los combatientes. No sólo luchan *A* y *B* por hacer suya a *X*; también *C*, *D*, *E*, hasta abarcar a todos los



individuos que forman la humanidad. La X por alcanzar no será plenamente de ninguno de esos individuos, de ninguno de esos grupos sociales, de ninguno de los pueblos en que se agrupan los individuos. La X por alcanzar, al realizarse en formas concretas, que no son plenamente las queridas por quienes han actuado en su realización, se van presentando como entidades ajenas a la voluntad de los individuos que las hacen posibles, como entidades ajenas a la libertad de los individuos que las originan. X ya no es un proyecto, no es la expresión de los deseos de un hombre o grupos de hombres, ni su realización la conjugación de esos esfuerzos por realizada. X parece tener voluntad propia, una voluntad que se sirve de todas las ambiciones de los hombres, de todas sus grandezas y debilidades, para realizarse a sí misma; para realizar fines que no son los de esos hombres, que no serán por ello lo que sus ambiciones y anhelos esperan. Los hombres han llamado a esta X, dotada de voluntad y libertad propias, de diversas maneras: divinidad, espíritu, civilización, etc.

Los hombres, igualmente, no verán ya, en el supuesto fracaso de sus ambiciones y proyectos, su falta de conciliación con otras voluntades que pugnaban también por el logro de ciertas metas, sino que verán en ese supuesto fracaso la señal de que no coinciden con una voluntad superior a la suya con sus propios fines o metas. No verán en esa supuesta voluntad superior expresiones de voluntad de los otros semejantes que, al expresarse, impiden el pleno logro de algo que debe ser conciliado. Y así, en lugar de buscar la conciliación de sus intereses, proyectos y ambiciones, con los intereses, proyectos y ambiciones de sus semejantes, piensan simplemente que el éxito o el fracaso de sus limitadas aspiraciones no es ni puede ser otra cosa que expresión de un estar, o no, de acuerdo con los fines de esa supravoluntad que se realiza y desarrolla sirviéndose de las ambiciones, intereses y proyectos de los individuos. y el hecho de que determinados proyectos alcancen un cierto éxito, querrá decir que tales proyectos, por personales que parezcan, son también los proyectos de esa voluntad superior, llámese dios, espíritu, etc., y, además, manifestación clara de un cierto destino: La predestinación, de que hablará el puritanismo, el destino manifiesto de que hablarán sus herederos en los Estados Unidos. Pueblos a los que parece estar encomendado el destino del mundo, la humanidad, la civilización, la cultura.

El fracaso, por el contrario, será visto como un estar aparte, alejado de tan altos fines; el no estar predestinado, el no estar abocado, el no tener un destino manifiesto. No se piensa que el éxito o el fracaso sean resultado de la conciliación o no de voluntad de unos hombres con otros hombres.

Lejos de verse en los resultados de las acciones humanas el juego de fuerzas e intereses concretos, se verá en ellos la expresión de una voluntad ajena a ese juego, pero que se sirve de él. En función con esta idea los individuos justifican sus acciones, aunque las mismas representen la negación a toda posible conciliación con otros participantes del juego. Se hablará de una voluntad, de la cual se consideran representantes estos individuos, en nombre de la cual actúan, y estos individuos tendrán éxito hasta el momento en que sea útil su acción a los fines de esa supravoluntad. De aquí derivará, no la necesidad de una concialización con la voluntad de los otros, sino con algo superior a ellos. Se hablará de individuos y pueblos predestinados, elegidos, como encarnación de una determinada divinidad, espíritu o fuerza superior. Se hablará de árbitros supremos, superhombres y, por ende, de donadores de esa humanidad de que hablábamos. Serán los otros los que, al mostrar con sus obras su incapacidad para el éxito, la falta de concialización de sus aspiraciones con los fines de una voluntad suprema, tendrán que esforzarse en demostrar que son parte de la humanidad y no simple material de realización de quienes, sabiéndose encarnación de esa voluntad suprema, sirven a los fines de la misma.

Los hombres y pueblos que en tal forma se enajenan y enajenan a sus semejantes, actuarán como si sus intereses fueran los intereses de la suprema voluntad de la cual se dicen encarnación. Sus ambiciones, pasiones y egoísmos vendrán a ser el necesario instrumento de realización de una voluntad suprema. Por ello sus decisiones serán infalibles y no cabrá apelación. Nada, salvo el fracaso, podrá demostrar que no son la encarnación de la voluntad por excelencia. Serán modelo, paradigma, de todo aquello a que han de aspirar hombres y pueblos. Será sólo la toma de conciencia de estos otros, y sus esfuerzos por imponer sus propios fines, limitando los de quienes se consideran paradigma, lo que hará que los mismos tomen a su vez conciencia de su enajenante juego. Conciencia de que su éxito, al igual que su posible fracaso, depende, no de una especial misión que les ha sido encomendada, sino de un modelo de ser que les es propio, pero que también lo es

de todos los hombres y pueblos. Serán expresión de otra estructura, aquella que se forma con el juego de intereses de individuos, grupos sociales y pueblos. Sólo así se tomará conciencia de que todos ellos son hombres entre hombres, pueblos entre pueblos.

Toma de conciencia de la enajenación, sufrida en doble dimensión. Por un lado, toma de conciencia de quienes en esa dialéctica en la que pugnan diversos intereses se encuentran en situación no privilegiada. Una situación que no han elegido pero que les ha sido impuesta por el juego de intereses, un juego en el que sus propias fuerzas han tenido que ceder en un mayor grado a otras. Una situación en la que los intereses que han logrado predominar, presentando tal predominio como expresión de una voluntad superior de la cual son encarnación e instrumentos. La toma de conciencia de esta situación muestra además que la situación privilegiada de tales individuos o grupos no es sino resultado del juego en el que participan diversos individuos y grupos sociales. La propia situación, como la de esos otros, es expresión de esas fuerzas en juego. De esto se deduce la posibilidad del cambio, de una transformación, si se calcula y precisa el resultado de las acciones en conjunto.

Algunos grupos predominan, es cierto, pero este predominio debe explicarse como resultado de la acción en que también han participado quienes no han alcanzado predominio. Acción que de haber sido orientada en otro sentido, pudo haber cambiado la situación creada en un determinado juego. Ningún individuo, como ningún grupo social o pueblo, está condenado a mantenerse en una determinada situación. Su propia acción, como la acción de los otros, podrá dar origen a nuevas situaciones. Situaciones en las que la estructura creada puede ser alterada, alterándose, por supuesto, las situaciones de los protagonistas del juego. Debería ser en este sentido en el que los esfuerzos de los individuos o grupos sociales no privilegiados se enfocasen para dar origen a nuevas situaciones y juegos en los que se diera nacimiento a otras nuevas situaciones. Situaciones nuevas que benefician a los individuos o grupos que se encontraban en situación de subordinados. Se va tomando conciencia del elemento libertad, libertad en situación, comprometida, como se la quiera llamar, pero libertad; una libertad con la cual hay que contar y de la cual depende el que aquella X de que hablábamos se sitúe en este

o aquel lugar, sirva o no al conjunto de hombres que la solicitan para la solución de sus problemas.

##### *5. Conflicto estructural.*

El llamado mundo occidental -incluyendo a su actual líder, los Estados Unidos-, ante la presión del resto del mundo, va tomando conciencia de la relación que guarda su poder, prosperidad y grandeza con el mundo. No es fácil una plena conciencia de esta situación, ya que tiende, por naturaleza, a enajenarse considerándose no sólo el arquetipo a realizar, sino a sus pueblos y hombres como los únicos y posibles realizadores de tal arquetipo en el mundo. Lo importante, sin embargo, es la conciencia que se va adquiriendo, conciencia de la relación que, necesariamente, guarda la estructura del mundo. Mundo que forma un todo con el llamado occidental. Se ha creado un gran sistema social, económico, político y cultural, un todo del que no se aparta ya ningún pueblo u hombre. Un gran sistema, una gigantesca estructura, que abarca a la totalidad del mundo de nuestros días, y cuya marcha, desarrollo y transformación dependen de todas y cada una de sus partes: el poderoso sistema capitalista que va del primitivo sistema del libre juego de intereses, con todas sus consecuencias, al socialismo como salida natural a la estructura que ese juego origina. De la sociedad, de que hablaba Tonnies, a la comunidad; del capitalismo al comunismo. Una gigantesca estructura que ningún pueblo, en nuestros días, puede eludir, pero sí actuar dentro de ella, y actuar como uno de los factores que determinan el puesto que en la misma tienen todos los pueblos del mundo. El capitalismo no puede ya desentenderse del conjunto de fuerzas que lo hacen posible, incluyendo las que tienden a su transformación en una estructura que necesaria e ineludiblemente concilie fuerzas e intereses que no pueden ser ya marginados. De allí la creación de poderosas organizaciones internacionales empeñadas en el mantenimiento de determinadas situaciones con un mínimo de cambios que no alteren situaciones que se consideran deben permanecer, o bien organizaciones empeñadas en acelerar la transformación de esas estructuras, en forma tal que puedan ser tomados en cuenta otros intereses, otras fuerzas, de las que dependen también dichas estructuras.

Por otro lado, en sociedades, pueblos, a los que parezca haber tocado el simple papel de instrumentos y donadores de

materia prima para la formación de la estructura capitalista, se va tomando, también, conciencia del papel que ardan dentro del todo. Se va pasando del nacionalismo, más o menos ingenuo, sin conciencia del conjunto de la estructura de que es parte, a una conciencia de la relación que cada una de estas partes guarda con el todo. Con el todo dentro del cual se saben subordinados, pero también con el conjunto de pueblos que son parte de esta subordinación. Esto es, en relación con otros pueblos, con otras naciones, que en la estructura capitalista tienen el mismo papel de subordinación que ha tocado a otros pueblos, Conciencia de voluntades empeñadas en el logro de metas que les son comunes, Conciencia, también, de que la transformación a que se aspira no depende del simple cambio de un determinado conjunto de individuos, sino de toda la totalidad estructural. Una realidad en la que están inmersos todos los pueblos, parte de ella activa, pero dentro de una actividad encaminada a fines limitados, no a aquellos que pudieran conciliar los intereses de todo el conjunto. En estos pueblos están surgiendo burguesías nacionales que tan sólo aspiran, no a desplazar a las poderosas burguesías que han hecho posible la estructura capitalista, sino a ser llamadas a la mesa en la que se hace el reparto de utilidades, aunque en este reparto les toque la tajada del ratón, Pero también están surgiendo grupos sociales que no se conforman con esta miserable parte y pugnan por un cambio estructural en el que sacrificios y beneficios sean equitativamente repartidos. Se buscan soluciones, en fin, a la multitud de problemas que se plantean a las diversas 'capas sociales de la estructura capitalista y que no podrán ser alcanzadas parcialmente, con limitaciones geográficas o políticas, sino en función con la totalidad de la estructura, con el todo del que son parte pueblos que deben ser tomados en cuenta.

Expresado en filosofía abstracta, se trata de pasar de lo concreto a lo universal. De ese concreto de que hablaba el romanticismo filosófico con Hegel; y de esa universalidad que no es sino la toma de conciencia de las partes con el todo. Un todo, a su vez, ya no más como una abstracción ajena a las partes que lo hacen posible, sino como un conjunto expreso de todas esas partes. Las partes pugnando -con sus concretas libertades, las propias de los individuos que las forman- por hacer suya la codiciada y necesaria X; pero, también, conscientes de que la situación de esta X no es ni podrá ser sino expresión de los esfuerzos hechos por la totalidad, como conjunto de libertades. Una X que sólo satisfará la totalidad, si todos los que la forman son

capaces de conciliar sus esfuerzos y pugnar, no por una solución unipersonal, de grupo, nación o bloque, sino la propia de la totalidad. Los hombres que forman parte de esta totalidad, no serán, por supuesto, plenamente felices como individuos concretos, pero sí podrán alcanzar satisfacción. La satisfacción que todavía no alcanzan millones y millones de hombres que, pese a que han hecho posible la estructura social en que vivimos, siguen siendo en ella simple materia prima, fuente de satisfacciones ajenas y fuente de felicidades nunca satisfechas.

En fin, nuestro mundo hace ya patente la conciencia que los individuos -que lo forman guardan con el todo del que son ineludible parte. Conciencia todavía limitada por grupos de intereses parciales que se presentan comunes, y a partir de los cuales conciben el conjunto. Pero conciencia al fin, que se va ampliando, resquebrajando resistencias. Esta conciencia no ha sido ni podrá ser, desde luego, ajena a nuestra América. En ella se dan situaciones, pugnas, luchas, que están resultando semejantes a las que se dan en otros lugares. Expresión de situaciones dentro de un sistema que es común a todo el mundo en nuestros días. Pugnas locales, geográficamente determinadas, pero en función de problemas y situaciones planetarias y que se plantean a otros muchos pueblos del mundo. Conflictos dentro de una sola y gran estructura; la estructura capitalista encabezada ayer por Europa occidental y, ahora, por los Estados Unidos.

Una estructura cuyo poder había descansado en la actividad servil de un conjunto de pueblos en beneficio de los que asumieron la dirección de la misma.

## 6. La experiencia latinoamericana

Pasando al plano concreto del mundo en que nos ha tocado la suerte de vivir; se hace claramente expresa la toma de conciencia en que vengo insistiendo. Toma de conciencia que permitirá la desenajenación, y un enfoque más real de los problemas que han aquejado al hombre en su relación con otros hombres. Con los otros en sus diversas expresiones, que van del individuo al grupo social, nación o poder de cualquier especie. Decíamos que si algo caracteriza al mundo de nuestros días, es la conciencia que de su libertad van tomando los pueblos que lo forman. La libertad en su más amplio, pero también en su más

limitado, sentido, el de la libertad del hombre. La libertad de pueblos formados, desde luego, por hombres concretos, esto es, con posibilidades y limitaciones, pero con una cada vez más clara conciencia de la responsabilidad que esta libertad implica por la relación que la misma guarda con la libertad de los otros. Una conciencia que vemos surgir entre diversos hombres y pueblos de nuestro orbe a partir de la segunda mitad del siglo que estamos viviendo. Asia, África y Oceanía se estremecen ante las demandas de libertad que reclaman sus hombres, y por las cuales luchan con denuedo y sacrificios extraordinarios. En función con este reclamo vemos surgir nuevas naciones, de todas las formas y tamaños, al mismo tiempo que surgen nuevas demandas reclamando libertades y autonomías. Y vemos, también, a las grandes potencias, ya conscientes de situaciones que no pueden ser eludidas, regatear frente a estas demandas o, aceptándolas a regañadientes, tratando de encontrar nuevas formas de justificación que permitan el mantenimiento de situaciones que no quisieran ver alteradas.

Lo paradójico de esta situación, lo que la hace más molesta para las potencias que se ven resignadas a limitar su fuerza, es el hecho de que tales demandas tienen su origen en reclamaciones que han planteado ellas mismas. A pesar suyo, sin quererlo, han dado al mundo lecciones de libertad que el mundo ha asimilado rápidamente haciéndolas suyas y practicándolas con todas sus consecuencias. Los orgullosos señores llamado mundo occidental han enseñado a otros hombres y pueblos a comportarse con el mismo orgullo y a exigir para sí lo que parecía exigencia exclusivamente occidental. El Occidente ha levantado banderas que ningún hombre discute y que, por el contrario, hace suyas. Banderas respecto a la dignidad del hombre, que por el hecho puro y simple de ser hombre, deben ser el centro del mundo en que vive. Banderas de dignidad, reclamos de libertad, exigencias de autonomía y autodeterminación que el occidental ha hecho para sí y que hombres de otras partes del mundo reclaman igualmente como propias. Tanto en Asia, como en Oceanía, en África y en nuestra Latinoamérica, se alzan banderas que antes fueron izadas por las poderosas naciones que forman el llamado mundo occidental. Las mismas banderas con que los franceses frenaron el absolutismo, reclamando respeto para el hombre y sus derechos. Las banderas que en los Estados Unidos dieron origen a una nación celosa de las libertades de sus ciudadanos y de la soberanía de su pueblo. Revoluciones libertarias, originadas en

varias partes del mundo llamado occidental, que van extendiéndose a la totalidad de los confines del mundo, alcanzando así la más auténtica universalidad. La lucha que se inició en Europa, prolongándose en los Estados Unidos, y que se ha extendido al mundo entero. Una sola y única lucha, contra los mismos y únicos enemigos, sin importar cuál sea el rostro de ese enemigo, cuál sea el color de su carne, ojos y cabello, como tampoco el rostro del hombre concreto que trata de alcanzar lo que otros hombres y pueblos han alcanzado. Más que guerra entre naciones, se trata de guerra civil dentro de una gran sociedad de la que son y se saben parte todos los hombres y pueblos. Guerra civil que tuvo su inicio en las luchas de independencia de los Estados Unidos y en la caída de la Bastilla en Francia, que ahora continúa en las batallas que van dando los pueblos de Asia, África, Oceanía y la América latina.

La América latina de hoy, como la de ayer, ha luchado y viene luchando por realizar, dentro de sus pueblos, los valores que orgullosamente han enarbolado Europa y la poderosa nación al norte de esta América. Las mismas banderas que hicieron posible la revolución inglesa de 1649, la estadounidense de 1776 y la francesa de 1789 contra el absolutismo son también las que enarbolan los pueblos latinoamericanos. Guerras civiles como la que en Francia hizo caer las cabezas de monarcas absolutistas, o movimientos de independencia como el de los Estados Unidos sirvieron de ejemplo a los movimientos libertarios de Latinoamérica.

Es desde este punto de vista que la América latina, ayer y hoy, y los países coloniales en nuestros días, continúan dando los pasos que antes dieron los pueblos del llamado mundo occidental. Toman sus banderas y marchan por las mismas rutas para alcanzar la universalización de las mismas. En la América latina, sus pueblos repetirán las hazañas de otros pueblos revolucionarios, luchando como éstos por la igualdad de los hombres y del derecho de autodeterminación de los pueblos. Ante ellos están los ejemplos de los pueblos inglés, francés y estadounidense, independientemente de que en estos pueblos los intereses creados por ellos los hagan ciegos a los intereses de otros pueblos, independientemente de que éstos traten de seguir sus mismas banderas y prolongar sus caminos.

Paradójicamente, los pueblos modelos, los pueblos del mundo llamado occidental, serán en un futuro cercano los obstáculos a vencer. Lejos de encontrar en ellos aliados poderosos, encontrarán enemigos dispuestos a mantener situaciones ya establecidas, opuestos a cambios de las mismas. Los pueblos que iniciaran la revolución, enarbolando banderas de libertad y en pro de la dignidad del hombre y de las naciones, harán de ello algo exclusivo, combatiendo a quienes pretendan hacerlas suyas, reclamando su exclusividad. Exclusividad en defensa de los intereses que esa revolución hizo posibles y que serían amenazados si otros pueblos pudiesen alcanzar iguales metas. Las nuevas naciones occidentales, transformadas ya en potencias, sólo buscarán la formación de nuevos imperios, en los que será necesaria la existencia de pueblos que les sirvan de soporte. Soporte a cargo de las naciones rezagadas en la marcha por ellos iniciada. Dentro de esta marcha, aunque en rezago, se encuentra la América latina. Es América latina una de las primeras en tomar conciencia de su paradójica situación: se ve obligada a luchar, por un lado, contra sus propias y anacrónicas estructuras coloniales y, por el otro, contra las presiones de los nuevos imperios, empeñados en imponerle nuevas subordinaciones, estructuras en las cuales sólo tienen un papel que en nada se diferencia del que tuvieron bajo el imperio ibero. Nuevos imperios enarbolando ideales universalistas, pero buscando justificar nuevos pero no menos exclusivos privilegios. Imperios que se extenderán, como ningún otro en la historia, por la totalidad del orbe creando nuevas situaciones de subordinación, pero originando también rebeldías. Las rebeldías de pueblos que se saben iguales a sus semejantes, pero obligados a aceptar una desigualdad moralmente insostenible en un ámbito de dignidad como la enarbolada por los mismos pueblos que pretenden negada para defender sus limitados intereses.

Será desde este punto de vista que la experiencia latinoamericana alcance una especial y gran importancia. Será en Latinoamérica, antes que en Asia, África y Oceanía donde se presenten situaciones y experiencias que ahora vemos repetirse en el resto del mundo. La experiencia de pueblos que en Latinoamérica se ven obligados a luchar, tal y como ahora lo hacen los pueblos de Asia, África y Oceanía, al mismo tiempo contra viejos intereses coloniales y contra las fuerzas expansionistas del mundo occidental, contra el imperio por ellas creado.

Pueblos latinoamericanos conscientes ya de la insuficiencia de la emancipación política, de la insuficiencia de acciones descolonizadoras que no vayan seguidas de acciones que impidan nuevas formas de subordinación, que lejos de desaparecer, van siendo "establecidas. Veremos cómo muchas de las experiencias que en nuestros días tienen pueblos subdesarrollados o en vías de desarrollo son ya viejas experiencias latinoamericanas.





## Capítulo 2

### LA OCCIDENTALIZACIÓN COMO IDEAL

#### 7. Latinoamérica y su occidentalización

Apenas alcanzada la independencia política de los países que forman la América latina, se planteó de inmediato el problema de su organización. ¿Cómo organizarse política, social, cultural y económicamente una vez lograda la emancipación de sus metrópolis en Europa? Los primeros esfuerzos, esto es, los que partían de los grupos sociales que heredaban la fuerza política de las fuerzas metropolitanas desplazadas, se encaminaron al mantenimiento de una estructura que les favorecía con el desplazamiento alcanzado. El llamado criollismo nutrió las fuerzas políticas empeñadas en el mantenimiento de un orden sin España, o como continuación del orden del imperio portugués. Un orden semejante al establecido por las metrópolis ibéricas, pero ahora a cargo de los descendientes legítimos de los conquistadores y colonizadores nacidos en tierra de América. Fueron estos herederos del poder español y portugués los más empeñados en que no se produjese ruptura alguna con el pasado colonial, salvo el reconocimiento de la emancipación política, al mismo tiempo que se mantenía, como indispensable, el viejo orden bajo otros dirigentes. Los criollos hispanoamericanos, como un símbolo de esta situación, ofrecieron la corona de las colonias independientes al hijo del rey legítimo de España, Fernando VII; idea que es realizada por los brasileños al crear un imperio bajo el gobierno del hijo de su rey, el que sería llamado Pedro I. Serán estos mismos grupos de "herederos legítimos" los que nutran las fuerzas conservadoras que a lo largo de la historia de América latina en el siglo XIX se enfrentan a cualquier cambio que amenace a la estructura social que consideran su herencia.

Frente a este grupo estarán los que se sientan desplazados o subordinados a una estructura social de la que no pueden sentirse herederos, ni menos responsables. En países con gran densidad de población indígena y en los que los iberos y criollos se han mezclado con representantes de ella, surgen grupos sociales que no encuentran acomodo ni en la sociedad predominante del padre ni en la de subordinación de la madre indígena. Mestizos que no pueden adaptarse a la subordinación de la raza materna; pero que tampoco pueden formar parte del mundo social del padre, el mundo de los hijos legítimos. En otros lugares

de esta misma América no serán precisamente los mestizos los que se encuentren en esta situación, sino otros grupos sociales que consideran que han llegado tarde a un mundo ya repartido, o que por alguna causa han sido desplazados de él. Lo cierto es que todo este grupo en su conjunto se niega a aceptar el orden, la estructura creada por la Colonia, en la cual sólo tendrían un lugar de subordinación, que se niegan a aceptar por principio. Serán estos grupos los que desde los mismos inicios de la independencia política de la América latina se empeñen en un cambio estructural, en la formación de un orden social, político, económico y cultural diverso del que dejó la Colonia y en cuyo mantenimiento se empeñan los que se consideran sus herederos legítimos, los grupos conservadores. Serán, pues, otra parte, los considerados como hijos ilegítimos en la Colonia, los que nutran las fuerzas de los partidos liberales, de los partidos reformistas, que tratan de crear un orden en el que tengan cabida sus aspiraciones. Conservadores contra liberales, pelucones contra pipiolos, barbarie contra civilización, catolicismo frente a republicanismo expresarán la forma como los herederos de la colonia por un lado, y los desplazados de ella por el otro, se enfrenten tratando de afirmar o crear un nuevo orden que concilie sus intereses con los intereses creados.

Ahora bien, el choque que se plantea entre estos dos grupos sociales -sangriento y violento en Hispanoamérica, relativamente pacífico y evolutivo en el Brasil- va a quedar enmarcado en un horizonte histórico que trasciende al propio continente americano, el horizonte en el que se desarrolla la historia universal de la cual será sólo una expresión la de esta América, la América latina y cada uno de sus pueblos. Marco dentro del cual se inicia el descubrimiento, la conquista y colonización de América, el marco del que son expresión estos mismos hechos: el paso de la cultura cristiano-medieval a la llamada modernidad. La modernidad que origina la búsqueda de nuevas tierras y la expansión de Europa sobre el resto del mundo; tanto la ibérica como la de Inglaterra, Francia, Holanda, pese a su diversa concepción del mundo. El mundo ibérico será el último reducto de la concepción católico-cristiana puesta en crisis por la modernidad, abanderada por los países que forman la Europa occidental. Por ello, las formas de la conquista y la colonización a que dan origen iberos y occidentales en América, serán determinantes en las relaciones que guardarán las Américas por ellos creadas. La América ibérica, como prolongación del mundo



apoyado aún en la concepción que sobre este mundo guardan las metrópolis iberas, empeñadas en mantener un orden y una serie de estructuras expresadas en catolicismo de las mismas; un catolicismo empecinado en una ortodoxia cristiana que ya no se compagina con la diversidad de expresiones que este mismo cristianismo origina en la Europa occidental. Una concepción del mundo que, por estrecha, acabará por encontrarse a la defensiva y en retirada.

En América se encontrarán separadas expresiones que en Europa eran etapas sucesivas de su desarrollo histórico. El paso de la cristianidad a la modernidad europea da origen en América a una doble realidad originada en cada una de las etapas de la evolución, crecimiento y cambio de un solo sujeto.

Dos mundos diversos, formados en dos diversas etapas del crecimiento de un mismo sujeto, Europa. Dos expresiones de una sola historia, que al continuar su crecimiento, con independencia de su autor, originarán mundos diversos opuestos y contradictorios. Por un lado la América ibera, como prolongación de Europa en una etapa de su desarrollo, y por el otro la América llamada sajona, como la prolongación de esa misma Europa, pero en otra etapa de su historia. Los latinoamericanos tomarán conciencia de este hecho al alcanzar su emancipación política de España y Portugal. Y sentirán su formación y orígenes como una condena. Condenados a permanecer en una etapa de la historia del mundo en que han sido formados por cuatro largos siglos de colonización. Parte estática de una historia que ha continuado su marcha dejándolos rezagados y marginados. Frente a ellos la otra América como etapa de una historia que marchaba ya por los caminos que seguía la Europa occidental, la cual no sólo se había incorporado a la marcha de la misma, sino además se irá perfilando como la nación que habrá de marcar el futuro de una historia que no se habrá detenido ni podría detenerse.

Ante los ojos de los líderes de la emancipación política de Latinoamérica se ofrecerá un doble espectáculo; el de su realidad inmediata, la propia de sus pueblos, así como la de otros pueblos que apuntaban ya rutas nuevas de las que eran no sólo pioneros sino conductores. Latinoamérica tomará conciencia de su anacronismo frente a una realidad que marcha velozmente hacia metas que parecen ya ser ajenas a los pueblos formados por la Europa del siglo xv, las metas que marcan ya pueblos que en el

siglo XVI originaron nuevas rutas, nuevas formas de desarrollo, que parecían ser ya extrañas a la América ibérica. Se " planteará el dilema entre la aceptación plena de la herencia colonial, con todo su anacronismo, o el rechazo de ésta y la rápida asunción de los valores que estaban haciendo posible la modernidad. Los modelos a elegir, serán, por un lado, el anacrónico mundo del que eran expresión las metrópolis iberas, y por otro, el mundo que había surgido en el occidente europeo y marchaba a pasos agigantados hacia metas infinitas expresadas como progreso. La Europa occidental y los Estados Unidos de Norteamérica mostraban al nuevo continente los modelos a realizar por los partidarios del progreso. Un nuevo mundo con sus instituciones democráticas y sus fabulosas técnicas que ponen a la naturaleza al servicio del hombre.

¿Cómo podría ser realizado este mundo en América? La respuesta a este interrogante la daban los Estados Unidos. Esta nación había mostrado el camino a seguir por pueblos que, como ellos, estuviesen dispuestos a continuar. Por ello las fuerzas liberales y progresistas de Latinoamérica verán en los Estados Unidos el gran modelo a seguir. El espíritu de la modernidad había encarnado en esa nación conduciéndola a la realización máxima del mismo. Y lo que había sido realizado en los Estados Unidos, podría también ser realizado, y con creces, por los países latinoamericanos.

#### 8. *Utopía latinoamericana y realidad estadounidense*

Ahora bien, el afán por hacer de las nuevas naciones latinoamericanas naciones semejantes a los grandes modelos que marcaban la marcha hacia el progreso, conduciría a un violento choque con las fuerzas empeñadas en mantener el *status* colonial. Un conflicto semejante al que se había creado en el Viejo Mundo en los siglos XVI Y XVII, se planteará a la América latina en el siglo XIX. Pareciera que se extendiese a los países latinoamericanos el conflicto que en Europa se había ya planteado entre feudalismo y modernidad. Mantenerse en el feudalismo colonial o incorporarse a la modernidad será el dilema de los próceres de la emancipación política de Latinoamérica, pero más aún lo será para los próceres de su emancipación mental. Arrancar, borrar y anular toda expresión de un pasado que no se resignaba a ser tal, será la consigna de los latinoamericanos empeñados en hacer de esta

parte de América un mundo semejante a los grandes modelos del mundo occidental, incluyendo a los Estados Unidos. En esta parte de América, los latinoamericanos continuarán la lucha que había sido iniciada en Europa en el siglo XVI terminando con el triunfo absoluto de la modernidad en esa parte del mundo. Para alcanzar los mismos resultados tendrán que empezar repudiando todo el pasado, surgiendo así el tajante dilema: ¿catolicismo o liberalismo?, ¿barbarie o civilización?, ¿retroceso o progreso?, planteado por los Bilbao en Chile, los Sarmiento en la Argentina y los Mora en México.

Dilema tajante, de carácter decisivo e inmediato, ya que era imposible esperar que por la vía de la evolución natural de la sociedad heredada se produjese el anhelado cambio. La espera sólo conduciría a un mayor anacronismo. Lo importante en este siglo XIX en que las naciones occidentales y los Estados Unidos estaban logrando su máximo desarrollo, era ganar el tiempo perdido, recuperar, de la forma más pronta posible, el tiempo que separaba a Latinoamérica del mundo occidental. Realizar en décadas lo que los pueblos occidentales habían realizado en siglos. Para ello sería menester renunciar a toda una herencia, concretamente a la herencia colonial que les mantenía en tal anacronismo. Había que ganar tiempo para incorporarse prontamente a las fuerzas del progreso encarnadas ya en la Europa occidental y los Estados Unidos. Sería este afán, el afán por modernizar u occidentalizar a la América latina, el que origine los conflictos con fuerzas que, en esta misma América, se empeñarán en mantener una situación que consideraban no debería ser alterada. Conflictos que se asemejaban a los que se dieron en Europa al enfrentarse los partidarios de la modernidad a las viejas fuerzas de la ortodoxia política y religiosa.

Sin embargo, en Latinoamérica, el dilema planteado entre lo que se era por herencia y lo que se quería ser por decisión conduciría a una doble utopía. Doble utopía que, por serio, difícilmente podría ser alcanzada con plenitud en una o en otra dirección.. Doble utopía en cuanto se quería, por un lado, mantener un viejo orden que no se adaptaba ya a las situaciones que la acción de los pueblos modernos estaban creando y, por el otro, la creación de un nuevo orden a partir de cero, rompiendo con todo lo que se había sido o todo lo que se estaba siendo. Por un lado, la utopía conservadora, la utopía del orden colonial sin España, con olvido del mundo que, en torno a estas anacrónicas colonias, había

sido creado por las fuerzas de la modernidad. Y por otro, la utopía del orden liberal, un nuevo orden, un orden extraño a la mayoría de esos pueblos, pueblos formados en el orden despótico, del despotismo que hizo posibles cuatro siglos de colonialismo. Andrés Bello expresa esta conciencia cuando escribe: "En nuestra revolución, la libertad era un aliado extranjero que combatía bajo el estandarte de la independencia y que, aun después de la victoria, ha tenido que hacer no poco para consolidarse y arraigarse." ¿Cómo triunfar? A ello contesta el argentino Esteban Echeverría, diciendo: "La emancipación social americana sólo podrá conseguirse repudiando la herencia que nos dejó España y una vez repudiada esa herencia, ¿de acuerdo con qué modelo habrá que rehacer la sociedad latinoamericana? Para fortificar la América sería necesario, o el predominio absoluto del catolicismo -dice el chileno Francisco Bilbao- con todas sus consecuencias, como en Roma, o el predominio de la libertad, como en los Estados Unidos. ¿Roma o los Estados Unidos? Es el dilema. El argentino Sarmiento tiene bien clara la elección ante el dilema: "¡Llamos los Estados Unidos de la América del Sur, y el sentimiento de la 'dignidad humana y una noble emulación conspirarán en no hacer un baldón del nombre a que se asocian ideas grandes."

Por esta doble utopía se enfrentarán entre sí los hijos de los pueblos latinoamericanos tratando, cada uno, de imponer al otro la utopía que consideraba salvadora. Doble utopía en torno a la cual se desangrarían los pueblos tratando de imponer la una o la otra, enfrentándose en guerra fratricida. Unos contra: otros, tratando cada uno de configurar el futuro de acuerdo con una determinada utopía: orden colonial sin España u orden liberal semejante al de los Estados Unidos. Por cerca de medio siglo los pueblos latinoamericanos se debatirán entre la anarquía y el despotismo. Anarquía liberal y anarquía conservadora, o bien despotismo conservador o despotismo liberal; dictaduras para el orden o dictaduras para la libertad. Lo cierto es que el regreso a un orden como el colonial era ya imposible, como imposible era la adopción inmediata de un orden liberal por un conjunto de pueblos que no estaban educados para su posibilidad. Esta doble utopía mantuvo en suspenso la anhelada incorporación de los pueblos latinoamericanos a la marcha del progreso. La incorporación, lejos de acelerarse, como lo querían los seguidores del progreso y la libertad, quedó suspendida, mientras continuaban su acelerada marcha las naciones que les servían de modelo. Una de estas naciones eran los Estados Unidos. Una nación cuyo camino

deseaban seguir las fuerzas liberales que, en Latinoamérica, se enfrentaban a los partidarios del despotismo que había hecho posible la Colonia.

Una nación que marchaba aceleradamente para llegar a ser un día el líder de esa marcha, líder del mundo nuevo. Pero a su vez, en el continente americano se encontrarán, frente a frente, los pueblos latinoamericanos que aspiran a ser semejantes al gran modelo de orden liberal y progreso material, los Estados Unidos, y el propio pueblo estadounidense que en su desarrollo tenderá a expandirse sobre el ámbito que le es, por lo pronto, más cercano, el de sus vecinos latinoamericanos. Así, mientras éstos luchan entre sí por hacer realidad un mundo semejante al que se alzaba en la América del norte, los Estados Unidos buscarán, no ya la forma de hacer de esta utopía de sus vecinos una realidad, sino la forma de extenderse sobre otros pueblos, otras tierras, en su propio beneficio.

Frente a ellos está, como campo abierto a su expansión, la tierra y riqueza de sus vecinos; una tierra y riqueza inexploradas, ocupados como estaban en luchar entre sí para imponer sus encontradas utopías. Pronto, y en nombre de los más altos ideales de la humanidad, los Estados Unidos reclamarán el derecho a explotar tales tierras, a sacarles fruto y a hacer suyas riquezas que los latinoamericanos, entregados a la violencia, no habían sabido explotar. De esta manera, si el regreso al pasado colonial en Latinoamérica resultaba imposible, sería igualmente imposible, o difícil, la incorporación al nuevo orden que estaba surgiendo, por obra del mundo occidental, con los Estados Unidos.

Los pueblos latinoamericanos, lejos de formar parte indiscriminada de este nuevo orden, serían el campo de expansión de los poderosos abanderados de la libertad y el progreso. Una libertad y un progreso que sus abanderados acabarían negando a pueblos que en lugar de participar en tal orden se habían debatido en la violencia y la anarquía. Apenas habían alcanzado su emancipación política los países latinoamericanos, enfrentados a sus metrópolis en Europa, cuando ya se iniciaba una nueva expansión, y con ello una nueva subordinación, la de los hijos de las naciones que habían enarbolado la bandera de la libertad y el progreso. Nueva expansión destinada a dar a los miembros de estos pueblos el máximo de elementos para hacer posible la plenitud de sus ideales. Nuevas tierras y nuevos campos de

influencia que con sus riquezas darían a los nuevos conquistadores los elementos para asegurar la realización de sus supuestos ideales libertarios, pero también el máximo de comodidad material. Primero, las grandes potencias de la Europa occidental, Inglaterra, Francia y Holanda, después los Estados Unidos, se empeñarán en llenar los "vacíos de poder" que España y Portugal habían dejado al verse obligados a reconocer la independencia política de sus colonias en América. "Vacío de poder" que las naciones de la Europa occidental trataron de llenar de inmediato, mientras los Estados Unidos, por su parte, se preparaban para ocupar también en un futuro inmediato este mismo y supuesto "vacío" de poder en Latinoamérica, enfrentándose a los europeos que se habían apresurado a llenarlo. La doctrina Monroe, enunciada en los mismos inicios de la independencia política de Latinoamérica, expresaba ya la decisión de los Estados Unidos de tomar el lugar dejado por España y Portugal, o por cualquier otra nación europea, en Latinoamérica. "América para los americanos", esto es, toda la América para el poderoso país que se alzaba al norte del continente americano. Latinoamérica sería vista como coto cerrado de intereses, en el que no debían interferir naciones extrañas a esta América.

### 9. La forja del destino latinoamericano

De esta manera, quienes en Latinoamérica soñaban con hacer realidad la utopía liberal y el progreso material que ésta implicaba para sus pueblos se encontraron enfrentados a una realidad aún más dura que aquella de que hablaba Andrés Bello. Ya que no sólo tendrían que enfrentarse a la dura realidad latinoamericana, esto es, a las fuerzas conservadoras, sino también a las fuerzas de los pueblos cuyas banderas eran modelo a realizar por los latinoamericanos empeñados en transformar su realidad. Ya que, lejos de encontrar en los pueblos de la Europa occidental y de los Estados Unidos aliados para hacer entre sus pueblos lo que éstos habían hecho posible para sí mismos, encontrarán poderosos obstáculos. Nada sabían o querían saber los pueblos de la Europa occidental y los Estados Unidos de los pueblos que soñaban en emularlos. Poco les importaba saber que los latinoamericanos, en su afán por transformar la realidad como ellos la suya, se habían empeñado en luchas intestinas. Nada sabían, ni querían saber, de los esfuerzos realizados por quienes, como ellos en un reciente pasado, habían luchado por que se les

reconociese el derecho a la libertad y a la dignidad de la persona, así como el derecho a un mundo más justo, haciendo de la riqueza de sus tierras instrumento para el bienestar de todas sus comunidades. Nada más, ni nada menos, que lo que los ingleses, franceses y estadounidenses habían hecho o estaban haciendo por sus respectivos pueblos.

Paradójicamente, en lugar de que las fuerzas liberales y progresistas de la América latina encontrasen en los pueblos del mundo occidental aliados para hacer realidad en esta parte del continente un mundo semejante al que esos pueblos habían creado en la Europa occidental y al norte de esta América, encontraron en ellos a poderosos opositores. Y en esta oposición dichos pueblos acabarán por ser aliados, no de los grupos progresistas en Latinoamérica, sino de grupos que en esta misma América se empeñarán en mantener un *status* que no altere sus limitados intereses. La colaboración que los liberales latinoamericanos hubieran esperado encontrar, dada la comunidad de ideales, la alcanzarán, por el contrario, las fuerzas conservadoras, dada la comunidad de intereses. La comunidad de ideales resultará incompatible con la comunidad de intereses y esto era así porque los liberales latinoamericanos se habían empeñado en cambiar la estructura social. Cambio que perjudicaba no sólo a las fuerzas conservadoras que usufructuaban estas estructuras sino también a los intereses de los supuestos representantes de la libertad y el progreso en Europa y Norteamérica. Los ideales liberales, de realizarse en Latinoamérica, no sólo alterarían los intereses del conservadurismo colonial, sino también de los diversos grupos que en otras naciones se decían abanderados de la libertad y el progreso en el mundo. La realización de tales ideales en pueblos que hasta ayer habían sido dependencias coloniales podía ser un freno a la expansión y al desarrollo de los intereses de las naciones occidentales. Harían imposible, entre otras cosas, que estos ocupasen el "vacío de poder" que las metrópolis ibéricas habían dejado en América. Los ideales de libertad y progreso, al ser realizados en otros lugares que no fueran sólo los del mundo occidental en que se habían originado, frenarían la expansión y el predominio de ese mundo. Pretendiendo dichos ideales, los latinoamericanos -lo mismo que Inglaterra, Francia y los Estados Unidos- pretendían también, sin sospecharlo, limitar las posibilidades de mayor poder y expansión de estas grandes naciones. Nada importaba que dichas naciones enarbolasen ante el mundo las banderas de libertad, progreso Y

justicia, ya que estas mismas banderas, enarboladas por otras manos, significaban una limitación a las posibilidades de poder de las nuevas potencias. A éstas, poco o nada les importaba la universalización de sus banderas e ideales, haciéndose conscientes en otros pueblos, ya que esta conciencia, de alcanzarse, daría origen a resistencias y al repudio moral de esos pueblos, ante cualquier intento por ocupar el "vacío de poder" del viejo imperio.

Uno era el mundo de los ideales, otro el de la realidad. Ante esta disyuntiva; las naciones occidentales estarán más de acuerdo con fuerzas capaces de mantener el viejo orden colonial que con fuerzas que al tratar de hacer realidad los ideales de libertad individual y justicia social, entrasen en competencia material con quienes se decían sus abanderados. Una América latina liberal y progresista sería necesariamente opuesta a cualquier nueva subordinación y a cualquier expansión que la sumiese en las tinieblas de un nuevo despotismo nada distinto de aquel del que acababa de libertarse. La extensión a otros pueblos de las ideas de libertad y progreso, mantenidas por las naciones occidentales y los Estados Unidos, obligaría a éstos a autolimitarse o a ser frenados. Autolimitación y freno considerados contrarios a los intereses de quienes estaban convirtiendo las banderas de libertad y progreso en simples instrumentos de su expansión. Hablaban de la libertad y el progreso, pero para sus propios pueblos, haciendo de la ampliación de sus posibilidades materiales, expresión p.e. la ampliación de esa libertad y progreso. Libertad y progreso reconocidos sólo entre quienes se consideraban sus hacedores, nunca entre extraños que tratasen de apropiárselos. Libertad y progreso que había que establecer en todo el mundo, hasta el más apartado rincón de éste, pero enarbolados siempre por sus creadores y en su beneficio. Banderas que no tenían por qué cambiar de manos. Libertad y progreso, sí, pero sólo entre los pueblos que se consideraban sus exponentes, ya que dejar tales banderas en otras manos equivaldría a un suicidio. La libertad quedaría entonces limitada por la libertad de los demás; y el progreso, el progreso del mundo occidental, limitado por el progreso de otros pueblos en la tierra. Limitado, precisamente, por aquellos pueblos que se encargaban de pagar el costo que la libertad y progreso del mundo occidental reclamaba. Esto era algo que no se podía, ni debía ser admitido, aunque para ello fuese necesario aliarse con las fuerzas conservadoras que deseaban lo que los abanderados de la libertad

y el progreso se suponía querían cambiar; esto es, mantener el viejo orden. Serían los soñadores los que deberían ser sometidos para que no estorbasen el desarrollo y marcha de la libertad y el progreso encarnados en el mundo occidental, del que eran expresión los Estados Unidos de América.

De esta forma, paradójicamente, las fuerzas conservadoras en Latinoamérica encontrarán, en su lucha con las fuerzas liberales, un inesperado aliado en las supuestas fuerzas progresistas y liberales del mundo occidental como los Estados Unidos. En la lucha entre liberales y conservadores latinoamericanos se verá a las fuerzas liberales de Europa y los Estados Unidos golpear no a los segundos, sino a los primeros. El mundo occidental seguirá en Latinoamérica la misma política que ya seguía en Asia, África y Oceanía para mantener el orden que favorecía a sus intereses, al desarrollo de su propio progreso y a su expansión en beneficio propio. Dicho orden sería posible si se impedía el cambio, si se lograba mantener en el poder a grupos conservadores, feudales, colonialistas, a fuerzas que no desearan sino mantener el orden, un orden que sirviese igualmente a sus intereses, frente a cualquier cambio que los alterase, orden anacrónico, pero que por serlo, no afectaría a los intereses de los progresistas representantes del mundo occidental. El ideal conservador, por anacrónico, no representaba peligro alguno para las fuerzas del progreso en Europa y Norteamérica. El peligro lo representaban las fuerzas liberales y progresistas latinoamericanas, ya que realizar sus ideales alteraría los intereses de la Europa occidental y los Estados Unidos. El triunfo liberal en Latinoamérica sólo abriría la posibilidad de existencia de naciones semejantes a los Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Una posibilidad que implicaba la aparición de nuevas naciones capaces de competir con las naciones occidentales en busca también de su propio progreso. Competencia que implicaba un freno al desarrollo y expansión del progreso Y la libertad que se consideraba encarnados en las naciones occidentales.

Así, de esta forma, veremos a las fuerzas progresistas latinoamericanas enfrentarse a un doble obstáculo: por un lado a los grupos conservadores, y por el otro a los intereses del llamado mundo occidental, que no querían saber de cambios sociales que implicasen la limitación de sus intereses. Doble presión que limitará las posibilidades de la América latina para incorporarse al mundo moderno. Los grupos conservadores harían de yunque sobre el

que los pueblos latinoamericanos recibirían los golpes de las fuerzas occidentales y estadounidenses tratando de ponerlos al servicio de sus intereses. Doble presión que encontrará la natural resistencia de quienes la sufrían. Resistencia que determinará la marcha de la historia propia de los pueblos latinoamericanos. Esta historia se hará precisamente consciente en los inicios del siglo xx. Ya que será con el nacimiento de este siglo cuando se inicie, igualmente, la abierta expansión de los Estados Unidos sobre el resto del continente y el mundo en general. Será la resistencia a la doble presión interna y externa la que modele la historia de cada uno de los pueblos de la América latina. De esta resistencia; débil o poderosa, dependerá la organización y desarrollo de estos pueblos en su afán por incorporarse a un mundo cuyos valores consideraban como propios y no sólo su instrumento.

#### *10. Conciencia del fracaso de la occidentalización*

Los azarosos años de anarquía y dictadura que sufrirán los países latinoamericanos en el siglo XIX, serán seguidos, en el siglo XX, por la conciencia respecto a la inutilidad de los esfuerzos realizados hasta entonces por incorporarse a la marcha del progreso del que eran adelantados la Europa occidental y los Estados Unidos. Conciencia de los fracasos sufridos por haber olvidado la realidad con que este cambio tenía que haber contado y, al mismo tiempo, conciencia de los obstáculos, tanto internos como externos, que habían impedido e impedían la anhelada transformación. Habían ya pasado varios lustros desde que los pueblos latinoamericanos se habían emancipado políticamente de sus metrópolis; pese a ello, no habían podido emanciparse del espíritu colonial que ellas les impusieron. Pese a los desesperados esfuerzos de los líderes de la "emancipación mental" por arrancar de sus pueblos los hábitos que les había impuesto la Colonia, los latinoamericanos no habían alcanzado dicha emancipación y habían seguido actuando de acuerdo con la mentalidad heredada de la Colonia. Sus hombres, pese a que ya utilizan un nuevo lenguaje, este lenguaje, al ser traducido en actos, respondía siempre al modo de ser que le impusieron tres siglos de coloniaje. En el último tercio del siglo XIX habían surgido dictaduras y despotismos que pretendían justificarse hablando de un nuevo orden que substituyera al colonial y pusiera fin a un largo intermedio de guerras intestinas; el lenguaje era moderno, las palabras de libertad y progreso aparecían en las proclamas y



discursos, pero la situación seguiría siendo semejante a la que dejara la Colonia.

Estaba surgiendo, es cierto, un nuevo tipo de oligarquía diversa de la que pretendió implantar el criollismo que se consideraba legítimo heredero del orden colonial; aparecían nuevos grupos de intereses, pero para el desarrollo y sostenimiento de los mismos se seguirán utilizando instrumentos de explotación que en nada se distinguían de los utilizados en la Colonia. Base de la nueva explotación continuaba siendo la tierra y el hombre que la trabajaba; la industria, que había hecho y hacía la grandeza del mundo tomada como modelo, era abandonada a las fuerzas expansivas de este mundo que se encargaba de su utilización y de la explotación de toda riqueza. No había tal incorporación de los pueblos latinoamericanos al progreso. En su lugar, surgían caricaturas del mundo que se decía iba a ser creado. Detrás de estas caricaturas se mantenía inalterable el mundo que iba a ser transformado.

Incipientes grupos sociales con las características de las llamadas clases medias -las burguesías de que hablaba Justo Sierra, los grupos que habían encabezado los movimientos liberales en Latinoamérica para hacer posible el progreso- se frustrarán en el mismo momento en que llegan al poder y se transforman en dictaduras, como la de Porfirio Díaz en México, en oligarquías que se conforman con el papel de amanuenses de la gran burguesía que había dado origen al poderío de la Europa occidental y los Estados Unidos. En vez de que surjan grupos sociales, burguesías, semejantes a las que hicieron posible el desarrollo y expansión de las naciones occidentales, lo que surgen son seudoburguesías con una mentalidad que poco se diferencia de la del criollismo que se consideró heredero de la Colonia y de los grupos peninsulares que mantuvieron el dominio colonial. Seudoburguesías cuya relativa prosperidad seguía descansando en las mismas fuentes de explotación de sus antepasados; esto es, el dominio de la tierra y del hombre que la trabaja. Las instituciones liberales que sirvieron de modelo y bandera revolucionaria de los paladines de esa gran utopía en el siglo XIX serán letra muerta. Los nuevos conservadores -que en esto se transforman los liberales del medio siglo- no tendrán ya empacho en hablar del utopismo de las instituciones liberales en Latinoamérica. En cuanto al adelanto material, técnico e industrial que debía poner a la naturaleza al servicio del hombre, base del proclamado progreso

en Latinoamérica, no será sino un reflejo de la potencia de fuerzas que le son extrañas, y que van creando un nuevo coloniaje. El progreso, del que hablarán a sus alumnos los educadores inspirados en el positivismo, pretendiendo hacer de ellos hombres prácticos, semejantes a los que originaron el progreso de Europa y los Estados Unidos, no será, a su vez, sino reflejo del progreso que iban alcanzando las nuevas potencias al expandirse sobre el mundo, incluyendo a la América latina.

Sólo el mundo occidental era capaz, con su poderosa técnica, de explotar y transformar adecuadamente las materias primas que hacían la riqueza de esta América. Los latinoamericanos sólo podían ofrecer al progreso de que se beneficiaban las naciones capaces de crear los necesarios instrumentos de transformación, sus materias primas y el mal pagado esfuerzo de sus hombres. Venían a ser parte de una explotación que en nada se diferenciaba de la que realizaba el mundo occidental en Asia, África y Oceanía. Frente a la gran burguesía occidental, una gran oligarquía que abrazaba ya la totalidad del mundo y tenía su sede en las capitales de las naciones que conducían el destino del mundo occidental, las seudoburguesías latinoamericanas, sus oligarquías, sólo habían dado origen a un nuevo conservadurismo. Su papel dentro del progreso era el de amanuenses,' el de intermediarios entre los explotadores internacionales y explotados nacionales. Se convertían en celosos guardianes de intereses que eran ajenos a sus naciones. La fuente de su relativo poder, riqueza y bienestar material, seguía siendo la explotación de la tierra y del hombre que la hace producir, y un pequeño porcentaje de intereses que recibirá de los grandes inversionistas extranjeros a cambio de una garantía de seguridad, de orden. Un orden que permitirá una mejor explotación de las riquezas cuya concesión les había sido otorgada.

Sin embargo, será en las postrimerías del siglo XIX y los inicios del siglo xx cuando otros grupos sociales -con características semejantes a las de las clases medias que habían fracasado, y se habían transformado en oligarquías neoconservadoras- toman conciencia de la situación que originó tal fracaso, así como del origen del nuevo conservadurismo creado en Latinoamérica. Grupos sociales que no participan en las componendas de la oligarquía, ni son ya parte de las mismas. Grupos sociales que se sentían desplazados por tales oligarquías



y, por lo mismo, sin porvenir. José López Portillo, al hablar del descontento que se hacía sentir en el México que antecedió a la revolución que puso término a la oligarquía del porfiriato, decía: "Los abogados y hombres de negocios que no pertenecían al círculo dominante miraban con desagrado y hasta con ira la inaudita prosperidad de los bufetes y despachos rivales; y el público en general, que veía salir de la mediocridad pecuniaria a la opulencia a aquellos señores, fue concibiendo contra ellos una malevolencia sorda, todos los días creciente... que pronto se convirtió en odio." ¿Simple envidia? No. Manuel Calero completa la descripción diciendo: "Desde el momento en que todo lo podían, los hombres de la oligarquía dieron preferencia a sus amigos en la distribución de las migajas de su prosperidad, y a la sombra de los bancos locales se formaron camarillas de favoritos que monopolizaron los beneficios, inmovilizaron los recursos de los bancos y dejaron el resto de la comunidad en el mismo desamparo de antes.

Este grupo de desplazados, cada vez más creciente, como resultado de la misma expansión occidental que no encuentra acomodo dentro de las oligarquías de latifundistas e intermediarios, va tomando conciencia de la realidad que ha originado su situación y, por supuesto, de la urgencia de realizar cambios radicales, que pusiesen fin al *status* colonial que la larga batalla liberal contra el conservadurismo en un siglo de lucha fue incapaz de lograr. Toman clara conciencia del doble esfuerzo que han de realizar, de la doble lucha que hay que emprender.

La lucha, por un lado, contra el conservadurismo colonial y el neoconservadurismo latifundista, al mismo tiempo; por el otro, contra la expansión del imperialismo occidental, que arrebató a los pueblos latinoamericanos riquezas de las que dependía su anhelada transformación. La explotación no debía ya descansar en la tierra ni menos en el hombre que la trabajaba; por el contrario, había que hacer de este hombre un elemento activo del progreso nacional. La prosperidad y fuerza alcanzadas por las naciones que forman el mundo occidental mostraban la existencia de otras fuentes de riqueza que no se limitaban a la simple explotación de materias primas, sino también a la transformación de las mismas, haciendo de ellas mercadería de uso universal. Era menester realizar esto, pero en propio beneficio, esto es, industrializarse haciendo de sus riquezas naturales y del trabajo de sus hombres la fuente de una auténtica prosperidad y progreso de Latinoamérica.

Tal sería la preocupación central de los nuevos grupos sociales que surgirían en Latinoamérica reaccionando, al mismo tiempo, contra las oligarquías locales y el imperialismo externo.

Latinoamérica podía hacer por sus pueblos lo que Europa y los Estados Unidos habían hecho y estaban haciendo por los suyos. Para ello le bastaba seguir el ejemplo de esas naciones: crear industrias para transformar sus riquezas naturales, en lugar de permitir que las mismas sirviesen para un destino ajeno al de sus dueños. Una vez más el viejo sueño de occidentalización de Latinoamérica, pero ahora tomando en cuenta las experiencias unidas entre ellas, los fracasos que significaron desvíos de la meta por realizar. Tendría que ser, auténticamente, cambiado el viejo orden colonial que aún seguía intacto a pesar de un siglo de luchas; poner fin a un orden que descansaba en la explotación de la tierra y sus hombres. Pero sería menester, también, poner freno a la voracidad de la burguesía occidental que nada quería saber de cambios que alterasen sus intereses. Lo más urgente era una reforma que pusiese fin a una anacrónica forma de explotación, la reforma agraria que terminase con esa explotación y elevase el nivel de vida de los latinoamericanos, creando así las posibilidades de absorción de los productos de la industrialización de sus países en que había de desembocar esta reforma. Y como complemento, igualmente urgente, una política de carácter nacionalista defensiva, frente a la desmedida explotación de que eran objeto las riquezas de los pueblos latinoamericanos. Explotación en la que descansaba la admirada grandeza del llamado mundo occidental.

De esta manera, las clases medias marginadas por sus oligarquías latinoamericanas y el imperialismo occidental irán reaccionando, de diversas formas, a lo largo de toda esta América. La reacción se haría sentir, con toda su fuerza, al término del siglo XIX y los inicios del XX. Coincidiendo esta reacción con una nueva etapa de la expansión de los Estados Unidos sobre la América latina, para seguir a otras zonas del mundo. Los nacionalistas latinoamericanos comprenderán, de inmediato, la fuerza de esta nueva expansión, la expansión de una nación que quería ser líder del mundo, encabezado, hasta ayer, por la Europa occidental. Coincidirán, naturalmente, el afán de expansión estadounidense con el afán nacionalista y por resistir al Inismo en la América latina. Los latinoamericanos se enfrentarán, al mismo tiempo, con las oligarquías que se resistían al cambio y con las fuerzas del joven imperialismo estadounidense que iba transformándose en el líder

del mundo occidental, arrebatando ese liderato a Europa. Un encuentro desproporcionado, dada la enorme diferencia de poder material de los contendientes, se originará entre las dos Américas y en el cual jugará, de preferencia, la fuerza moral en que buscará descansar el nacionalismo latinoamericano. Fuerza moral que no material, que obligará al poderoso contendiente a buscar justificaciones morales para su expansión material. El juego moral entre la expansión y la resistencia dará origen a una dialéctica que explicará no tan sólo la marcha de la historia de América, sino también la del resto del mundo que, de una manera u otra, va siendo envuelto por el juego e encontrados intereses

### 11. *Ariel frente a Calibán*

El tránsito del siglo XIX al XX será, para la América latina, el tránsito de conciencia del fracaso y decepción por un pasado que no supo realizar los sueños latinoamericanos, a la conciencia de un nuevo sueño, de una nueva esperanza en que se vuelve a hablar de realizar los cambios no satisfechos. Expresión de esta nueva esperanza será un pensador que hablará de esa esperanza, condenando, al mismo tiempo, un pasado que fue incapaz de realizarla. En 1897, año en que ya se anuncian, no sólo el nuevo siglo, sino alteraciones en el juego de intereses de los pueblos de América, José Enrique Rodó escribe un libro que es, al mismo tiempo, crítica y profecía: *El que vendrá*.

"...hay en nuestro corazón y en nuestro pensamiento muchas ansias -dice-, a las que nadie ha dado forma..." Los sueños y esperanzas del siglo que termina han sido simplemente eso, sueños y esperanzas. Sueños y esperanzas que han carecido de instrumentos y vías para su realización. "De todas las rutas hemos visto volver a los peregrinos -agrega Rodó-, asegurándonos que sólo han hallado ante su paso el desierto y la sombra." "En medio de su soledad, nuestras almas se sienten dóciles, dispuestas a ser guiadas," "¡La hora ha llegado! ... y ésta es la hora en que la 'caravana de la decadencia' se detiene angustiada y fatigada en la confusa profundidad del horizonte." ¿Nuevos sueños? ¿Nuevas esperanzas? José Enrique Rodó las hace vibrar en todo el continente latinoamericano.

Anuncia algo que advendrá, algo que ya se perfila en el futuro y que surge de las mismas cenizas del fracasado siglo: algo

que advendrá con el nuevo siglo y que aparece con el signo de la esperanza. ¿El siglo del progreso? De él se habla en todo el mundo. Nada menos que el siglo en que soñaron nuestros próceres. Rodó hace una declaración afirmativa. El siglo del progreso, sí, pero dando al mismo otro sentido, como se lo daría, igualmente, a sus instrumentos de posibilidad, la ciencia. El sentido que a toda obra humana ha de darle su creador, el de lo humano propiamente dicho. Hay una profesión universal, dice Rodó, "la del Hombre". Y hablar del hombre como centro de esa nueva posibilidad, implicaría hablar de la verdadera realidad de este hombre, de lo que es y al mismo tiempo quiere ser. De ese ente empeñado en alcanzar nuevas metas, pero al mismo tiempo imposibilitado de dejar de ser lo que es. Esto es, el hombre como conciliación de sí mismo, conciliación de sueños y realidad. No más renuncia a un ser con el que hay que contar para seguir siendo; ni al poder ser como aliento de lo que se es. No más la ruptura trágica en que se había empeñado el latinoamericano, con un pasado en que se había formado para ser algo distinto; sin la necesidad de contar con ese ser, para poder ser otra cosa distinta. Afirmar el pasado, como punto de partida para el futuro será la mejor garantía de la posibilidad de este futuro. Tal se desprenderá de un nuevo mensaje de Rodó.

Este nuevo mensaje aparece en el *Ariel*, publicado por Rodó al iniciarse el nuevo siglo, en 1900. El siglo de la esperanza, pero de una especial esperanza para los pueblos de origen latino. No ya la esperanza, pura y simple, en los grandes avances del progreso, sino la esperanza en que este progreso servirá, a su vez, para realizar el espíritu de estos pueblos. Los pueblos latinoamericanos no tienen por qué renunciar al espíritu que les es propio, a cambio de alcanzar un supuesto progreso y bienestar material. Debe alcanzarse este progreso, pero con vistas al desarrollo que es espíritu propio de los pueblos latinoamericanos. No más la disyuntiva, en que se empeñaron los emancipadores mentales de Latinoamérica. La disyuntiva sólo tenía sentido cuando lo que se quería era renunciar al propio modo de ser para adoptar otro que le era ajeno. Y no se trata de esto; de lo que se trata es de hacer de ese otro supuesto modo de ser, la capacidad para la ciencia y la técnica, un instrumento al servicio del ser que es propio de los pueblos de esta América. Una América que no tiene por qué asemejarse a la que se ha formado al norte de la misma. Dos modos de ser que pueden complementarse, pero no anularse. Latinoamérica no tiene por qué negar lo que le es propio

el espíritu que ha heredado y que nada tiene que ver con el sentido de subordinación colonial-, tratando de ser aquello que no es. De este espíritu, el propio de los pueblos que forman la América latina, hablará José Enrique Rodó y al hablar de él, abre nuevas esperanzas. Rodó es el profeta de la esperanza de los pueblos latinoamericanos. La esperanza que nace con el siglo, el siglo que apunta hacia las grandes hazañas de la ciencia, la técnica y el absoluto dominio del hombre sobre la naturaleza.

*Ariel* es un canto de esperanza al espíritu de la América latina. Frente a Ariel está Calibán. Calibán es el espíritu práctico que en vano han tratado de adquirir para sus pueblos los mentores latinoamericanos. El espíritu práctico que, en opinión de éstos, había hecho posible a naciones como los Estados Unidos. El espíritu que en vano se trató de imponer a los educandos latinoamericanos mediante el positivismo. El siglo XX -decíamos- se ha iniciado con la conciencia de su fracaso. El positivismo no ha hecho de los latinoamericanos hombres semejantes a los de la América sajona y, en cambio, si ha anulado sus posibilidades naturales. Cerrando los ojos a su propio modo de ser y posibilidades, los propios de su formación ibera y latina, los latinoamericanos se han quedado sin nada. Siguen semejándose a los hombres que formara la Colonia, sin que nada hubiesen hecho para su cambio la adopción de instituciones y una educación copiadas de esos pueblos que consideraba modelos a realizar. ¿Cuál es el espíritu propio de los pueblos latinoamericanos? Rodó llama idealismo, en contraposición con el pragmatismo que considera propio de los sajones. Ariel encarna este idealismo, mientras Calibán encarna al pragmatismo que ha hecho posible el desarrollo material de la América sajona. ¡Hay que adoptar ése y realizar este idealismo! Un idealismo que es también capaz de crear pueblos que no tienen por qué ser inferiores a los que se han empeñado en el dominio absoluto de la naturaleza. La historia habla ya de lo que este espíritu ha hecho por el mundo de la cultura, espíritu idealista, y que caracteriza a los pueblos de origen latino. Son estos pueblos los que han señalado las metas que han de ser realizadas con los poderosos instrumentos de la práctica. No se tiene por qué renunciar a este espíritu, como tampoco poner a un lado la posibilidad de su realización. Calibán, el espíritu práctico, debe entrar al servicio de Ariel -éste deberá señalar las metas, los ideales que ha de alcanzar el primero.

El siglo XX tiene así conciencia del fracaso de una orientación cultural ajena al espíritu que era propio de los pueblos latinoamericanos. De allí la inutilidad de insistir en repetir nuevos fracasos. Los pueblos latinoamericanos no son ni pueden ser semejantes al modelo, los Estados Unidos. Pueden, desde luego, ser grandes, pero siguiendo siempre su propio y original espíritu. Un modo de ser, insistimos, que no tiene por qué implicar renuncia a la adquisición de determinados bienes materiales, que parecían ser exclusivos del espíritu práctico de los sajones. El positivismo, al ser adoptado por los latinoamericanos, no hizo de ellos pueblos semejantes a los angloamericanos; anuló, en cambio, sus propias posibilidades. Por esto pide Rodó que no se imite las expresiones de un mundo que nos es ajeno, en detrimento de lo que nos es propio. El mundo de Calibán no es el de Ariel. Rodó está contra "la América deslatinizada". Una América ajena a su propio destino, a un destino que, de una manera u otra, le ha marcado su ineludible historia. Una historia que no puede ser borrada y que es el punto de partida de la formación de los pueblos que se han originado de ella. Rodó critica abiertamente lo que llama la "nordomanía", esto es, la manía por semejarse a los poderosos constructores de Norteamérica. Intento inútil ha sido negarse a sí mismo para ser otro distinto.

"No veo -escribe- la gloria ni el propósito de desnaturalizar el-carácter de los pueblos, su genio personal, para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifican la originalidad irremplazable de su espíritu, ni en la creencia ingenua de que eso puede obtenerse alguna vez por procedimientos artificiales e improvisados de imitación." "La imagen de una democracia formidable y fecunda allá en el norte ostenta las manifestaciones de su prosperidad y poder, como una deslumbradora prueba que abona en favor de la eficacia de sus instituciones y la dirección de sus ideales. Si ha podido decirse del utilitarismo que es el verbo del espíritu inglés, los Estados Unidos pueden ser la encarnación del verbo utilitario." La América latina, tratando de adquirir instituciones como la democracia y la capacidad para el dominio de la naturaleza, ha pensado que bastaba con imitar el espíritu y doctrina de ese pueblo, para semejarsele y adquirir su poderío. Falsa premisa que sólo ha conducido a la subordinación, no sólo material sino espiritual de Latinoamérica ante el poderoso vecino al norte de esta América. "La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral." Se la imita, porque "se imita a aquel en cuya

superioridad y prestigio se cree". De hecho nuestros países se van subordinando moralmente para ser fáciles presas materiales en un futuro que ya se anuncia en los principios del siglo en que habla Rodó.



### Capítulo 3

## LA REVOLUCIÓN NORTEAMERICANA Y SUS PARADOJAS

### 12. *Los Estados Unidos y la esencia del hombre*

Ya en otro lugar, me preocupé por mostrar las relaciones de la historia de América con la historia universal. Así como las relaciones que dentro de esta misma historia guardaban las dos Américas: la América latina y la América sajona. Relaciones que no son sino continuación y expresión de las que guardan el llamado mundo occidental y el resto del mundo. La historia universal, al desenvolverse, parecía que hubiese asignado un determinado papel a cada una de estas Américas. Un papel que coincide, por lo que respecta a la América sajona, con el que guarda el occidente europeo con los pueblos no occidentales: Asia, África y la propia América latina. En el desenvolvimiento de esta historia los Estados Unidos de Norteamérica eran la encarnación del espíritu expresado por mundo y cultura occidentales. Una encarnación que, por serio, había heredado las limitaciones y defectos propios de este espíritu. Pasiones, egoísmos y todo lo que limita y dificulta la realización de los más altos ideales del mundo y cultura occidentales. Encarnación que origina y provoca los conflictos que sacudirán y sacuden el mundo del cual parecen ser ahora el principal protagonista en la historia de nuestros días los Estados Unidos. Conflictos que sacuden sus mismas entrañas, como sacuden las de los pueblos tomados como simples instrumentos para la realización de ideales y principios que les eran regateados. Regateados ante los limitados puntos de vista de un pueblo que, por considerarse la encarnación de los mismos, encontraba difícil comprender la posibilidad de estos principios e ideales en otros hombres que no fuesen los suyos.

No ha sido culpa especial de esta nación el que haya sido y sea así siempre en la historia. El espíritu, en el sentido que lo entendía Hegel, se realiza de esta forma como carne viva y actuante. Ya en el trabajo citados me refería a la tragedia de los creadores de la llamada cultura occidental, que habiendo hecho del hombre, de todo hombre, el centro de todo lo existente, independientemente de su fragilidad, han sido sin embargo incapaces de reconocer lo humano en todos los hombres. Han creado la idea de lo humano y de la humanidad en abstracto.

Una humanidad y una idea de lo humano, tan universal y tan amplia que, siendo de todos, no es de ninguno, para acabar siendo pura y simplemente exclusividad de sus creadores. El europeo ayer, como el estadounidense ahora, han encontrado y encuentran difícil reconocer lo humano en otros hombres, reconocerse a sí mismos en otros. La universalidad de lo humano queda limitada a la supuesta encarnación de la misma en ellos, sus creadores. Ha sido necesario que esos otros hombres juzguen y enjuicien, a su vez, a sus estrechos jueces, a los creadores de elevadas Ideas sobre lo humano, pero que no saben ver fuera de sí mismos, ningún otro signo de humanidad. De allí el conflicto, y con él, una dialéctica histórica que da origen a nuevas y más altas concepciones del hombre... Concepciones por las que hay que pagar precios altísimos. De allí el conflicto que sacude ahora la conciencia del nuevo líder del mundo occidental, los Estados Unidos, como en otra hora sacudió la conciencia de la Europa occidental. Conflicto del que habló con su aguda inteligencia André Malraux, cuando un reportero le pidió su opinión sobre los Estados Unidos y sus problemas. Más o menos, sus palabras fueron éstas: "Son los problemas de una nación de fabricantes de máquinas de coser que se han encontrado un día dueños del mundo y no saben qué hacer con él." Y lo que ahora se dice de los Estados Unidos pudo también decirse de toda la civilización occidental y de los pueblos que la han encarnado. Pueblos creadores de grandes técnicas y poseedores de un gran sentido de lo práctico, lo que ha hecho posible su situación de predominio y desarrollo. Pero fueron, al mismo tiempo, los descubridores y abanderados del espíritu que ha dado sentido a esa técnica, el sentido de lo humano, expresado en la dignidad y libertad esenciales al hombre. Dignidad y libertad propias del hombre, que son al mismo tiempo conciencia de autolimitación, tal y como lo expresa la ética kantiana. Esto es, freno al libertinaje, al atropello y a todas las formas de negación de lo humano por otros hombres. Pueblos que han dado origen a las grandes técnicas que permiten el dominio del hombre sobre el mundo, pero que también han descubierto las cualidades propias de lo humano, y ha sido en nombre de estas cualidades que han reclamado el derecho a dominar la naturaleza. Pero, y en esto está la tragedia de esos supuestos fabricantes de máquinas, no han sido capaces de reconocer lo humano en otros hombres. Sólo han querido ver lo infrahumano, lo natural, que, por serio, puede ser también objeto de explotación.

Se trata de un viejo punto de vista, tan viejo como la historia del hombre. Los griegos, primeros descubridores de la esencia del hombre, no pudieron, tampoco, encontrar lo humano fuera de sí mismos, fuera de las limitaciones de su cultura, lenguaje y raza. Tal hacen ahora los occidentales, lo mismo europeos que estadounidenses: empeñados en regatear la humanidad a otros hombres, ya sea por la raza o por el color de la piel. Simples pretextos para hacer del hombre, del otro hombre, un objeto, una cosa; la cosa a utilizar tal y como se utiliza la materia, la flora y la fauna de la naturaleza. Su problema es que, junto con la técnica de expansión que domina lo mismo tierras que naturaleza y hombres, se expanden, igualmente, las ideas que sobre su propia humanidad tiene el hombre capaz de estas hazañas. Las ideas de dignidad y libertad humanas que otros pueblos y otros hombres van haciendo suyas. Los grandes creadores de máquinas, dueños del mundo, van creando, sin proponérselo, un mundo que no se limita al control de la naturaleza, sino un mundo que busca la conciliación de la libertad y dignidad de todos los hombres, exigiendo su reconocimiento. El hombre occidental no está solo en el mundo, y al transformarse en dueño y señor del mismo, se va dando cuenta de que existen otros hombres, sus semejantes, frente a los cuales no cabe hablar ya de diferencias, apoyados en la diversidad de pigmentos que dan color a la piel, ni en diferencias de cultura, religión, lengua, política o sociedad. Ya que lo que caracteriza al hombre es esta su diversidad, lo que hace del hombre un individuo, creador de valores y realizador de ideales. Es el conflicto que ahora sacude a los herederos de la cultura occidental, a los encargados de su expansión, los Estados Unidos, que se encuentran frente a un conjunto de pueblos que reclaman para sí lo que antes éste reclamó frente a Europa. Son herederos de una cultura y Civilización que han dejado de ser de su exclusividad. Frente a otros pueblos la reclaman también como propia, considerándose también sus herederos. Cultura y civilización que alcanza así el más auténtico sentido de universalidad.

### 13. Consecuencias de una revolución

Arnold Toynbee, historiador y conciencia crítica del mundo occidental, ha destacado el gran problema que escinde el alma del pueblo de los Estados Unidos, transformado en el líder de ese mismo mundo. Mundo que es, a la vez, expresión del dominio

sobre la naturaleza y dignificación de lo humano en su más alta expresión. En una de las conferencias pronunciadas por él en la universidad de Pennsylvania, decía: "Cuando formule críticas a Norteamérica y a los norteamericanos tendré conciencia, en todos los casos, de que tales críticas pueden también aplicarse a mi propio país y a mis propios compatriotas. No soy capaz de decir: 'Sólo por la gracia de Dios perduran Gran Bretaña y los británicos'. Diría yo que los británicos ya han cometido todos los errores que los norteamericanos están cometiendo ahora o están en peligro de cometer. Después de todo, la posición de Gran Bretaña en el mundo durante el siglo XIX tenía mucho en común con la posición que ocupa Norteamérica en el mundo de hoy." Errores, podríamos agregar, de todas las naciones que hicieron de líderes de la expansión occidental del mundo. Toynbee ha hecho ya la crítica de esta expansión y sus efectos en el mundo contemporáneo; no podrían ahora escapar a su crítica los Estados Unidos como líderes de esta expansión. Expansión que se inició sobre tierras vírgenes, aún sin explotar; para ahora ocuparse de llenar el "vacío de poder" que el imperialismo de la Europa occidental se había visto obligado a abandonar.

Los Estados Unidos heredaron no sólo el liderato de la expansión occidental, sino también el espíritu que lo ha hecho posible. Salvo que ahora este espíritu tropieza contra sí mismo, al enfrentarse a los frutos a que ha dado origen esa misma expansión en el mundo. Un mundo occidentalizado en su más amplio sentido. No ya el mundo objeto, el mundo cosa, el mundo naturaleza por explotar, sino el mundo que al occidentalizarse ha tomado conciencia de valores que en el pasado, y antes de sufrir la expansión, le fueran ajenos, extraños. Un mundo que, como consecuencia del impacto occidental ha tomado conciencia de su humanidad, de la humanidad de sus hombres y, con ella, de sus innumerables derechos y obligaciones como parte, no ya pasiva, sino activa de una comunidad que trasciende limitaciones geográficas e históricas. La Europa occidental, al igual que su heredero, los Estados Unidos, va tomando a su vez conciencia de este hecho. El hecho que implica la occidentalización del mundo. Una occidentalización que se hace expresa en la reclamación que hacen los pueblos no occidentales de valores que los occidentales consideraban de su exclusiva. Los valores de la cultura occidental, lejos de achicarse, lejos de quedar limitados a una determinada esfera, la propia de sus creadores, se extienden y universalizan al ser apropiados por otros muchos pueblos del mundo,



trascendiendo el ámbito de sus creadores. De allí el conflicto que se plantea no sólo a la Europa occidental sino a los Estados Unidos como nuevo agente del espíritu que anima a ambos. ¿Cómo van a reaccionar los Estados Unidos frente al conflicto que se les plantea como líderes de Occidente ante un mundo que ha asimilado la occidentalización y reclama para sí valores, ideales y derechos que no son ya exclusivos de los occidentales? La Europa occidental, Inglaterra, Francia, Alemania, Holanda, etc., tienen ya la experiencia de este conflicto, conflicto que conduce, no a guerras entre pueblos o naciones, sino a guerras civiles, intestinas. Guerras entre hombres que luchan por alcanzar las mismas metas; unos considerando éstas como de su exclusividad, los otros reclamándolas también como propias y exigiendo su extensión. Por ello es importante la respuesta que puedan dar los Estados Unidos a este reto, al reto originado en el desarrollo y universalización de la cultura occidental. El futuro de los Estados Unidos, frente a dicho reto, dice Toynbee, "es una cuestión de vida o muerte no sólo para la propia Norteamérica, sino para todo el género humano. Por eso, los asuntos de Norteamérica no son hoy sólo asuntos privados de ella: *ex-officio*, son asuntos públicos que incumben genuina, por lo tanto legítimamente, a todo el mundo. El interés del mundo por tales asuntos es legítimo porque el futuro del mundo depende de la acción de Norteamérica".

Los Estados Unidos, al asumir el liderato del mundo occidental, han asumido también todas sus responsabilidades, entre ellas, la de la auténtica universalización de los valores de su mundo. Los Estados Unidos no sólo han asumido los privilegios de la expansión material de su mundo, sino también las consecuencias espirituales, culturales, de la misma. No sólo han recibido un imaginario derecho a ocupar las que fueran colonias de la Europa occidental y a usufructuar los beneficios de su explotación, sino también la responsabilidad de las consecuencias de esta expansión y su reacción entre los pueblos que la han sufrido. Muchos de estos pueblos, como consecuencia de esa expansión, han sabido de libertades y derechos que les eran extraños; de libertades y derechos que el mundo occidental ha reclamado en todos sus actos y gestos. "Haber nacido rey significa -según Toynbee- verse condenado de antemano y para siempre a vivir en público, y esto es una servidumbre intolerable. Puede caer uno en esta servidumbre en virtud del accidente de nacimiento o puede caerse en ella por la fuerza de las circunstancias. Norteamérica cayó en su presente servidumbre de la segunda de

estas dos maneras y tal circunstancia hace la situación más fastidiosa." "El poder y la riqueza tienen ventajas obvias, pero existen asimismo penas automáticas ligadas a ellas." Los Estados Unidos aspiraron a ocupar, y lo lograron, el lugar de privilegio que tuvieron Inglaterra, Francia y otras naciones occidentales, esto es, a liderar el mundo por ellas representado. Alcanzado este privilegio, los Estados Unidos alcanzan también la responsabilidad de las acciones que hicieron posible su poderío y riqueza. Los hombres y pueblos que con su sacrificio hicieron posible el poderío y la riqueza del mundo occidental, saben ya de esta su participación como materia de realización y exigen ahora un equitativo reparto en los beneficios que han originado sus sacrificios. De la equidad, de la justicia, como de otros muchos valores, supieron también los hombres y pueblos que fueron obligados por la violencia a formar parte de una cultura que alcanzó su extensión a través de las ambiciones de los pueblos y hombres que fueron sus agentes.

Paradójicamente, el primer pueblo que reaccionó frente a la expansión occidental y se enfrentó a la misma, enarbolando valores que esa expansión llevaba consigo, fueron los Estados Unidos de Norteamérica, que fueran colonia del entonces líder del mundo occidental, Inglaterra. Fue en el mes de abril de 1775 cuando un grupo de labradores norteamericanos, hartos ya de ser simple instrumento de riqueza y poder ajenos, lanzaron el primer cañonazo contra los representantes del mundo occidental en América. ¿Fue para frenar el espíritu que hizo posible este mundo? Por supuesto que no, sino para hacerlo propio, expulsando tan sólo a sus limitados representantes, que habían hecho de él algo de su absoluta exclusividad. El 4 de julio de 1776 se iniciaría, en los Estados Unidos, el movimiento que, como explosión en cadena, alcanzaría a otros lugares del mundo creando las etapas de una nueva historia, historia que aún no termina, alcanzando también la cultura occidental su auténtica universalización. En esta fecha fue aprobada la Declaración de Independencia, redactada por Thomas Jefferson.

La que fuera colonia de la poderosa Inglaterra se rehusaba a seguir siendo instrumento del progreso y la prosperidad de la madre patria. No estaba dispuesta a continuar aceptando la política mercantilista de la corona inglesa, que violaba los derechos civiles y políticos que los colonos norteamericanos habían heredado de la Gran Bretaña. La política de la metrópoli ponía de lado los

intereses de las colonias para acrecentar los propios, impidiendo el desarrollo de las mismas. Impuestos numerosos y múltiples restricciones comerciales mantuvieron a la colonia inglesa en América en una situación de subordinación que acabó por ser insoportable. En la Declaración de Independencia, doctrina que dio origen a la nación norteamericana, se expresó la siguiente filosofía: "Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales; que a todos les confiere su creador ciertos derechos inalienables entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos, los hombres instituyen gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; que siempre que una forma de gobierno tiende a destruir esos fines, el pueblo tiene derecho a reformada o abolida, a instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en aquella forma que a su juicio garantice mejor su seguridad y su felicidad." Esto es, el cañonazo de 1775 y la declaración de 1776 dieron origen a una revolución que continúa hasta nuestros días. Una revolución que, por paradoja, se enfrentará al mismo pueblo que la inicia y que, al igual que otras naciones líderes del mundo occidental, se ha resistido y resiste a reconocer, en otros pueblos y hombres, derechos que antes reclamaba para sí.

"En los últimos ciento ochenta y seis años -dice Toynbee en 1961- el estampido de aquella descarga norteamericana estuvo desplazándose alrededor del mundo como un sputnik ruso. Se le oyó en Francia antes de que terminara el siglo XVIII; se le oyó en la América española y en Grecia a principios del siglo XIX. En 1848, el estampido retumbó como un trueno por toda la Europa continental. Se le oyó en Italia e Italia se levantó de entre los muertos. En 1871 tornó a oírse aquel estampido en París; esta vez la respuesta que dio París fue la Comuna." El mismo estampido se dejó oír en la Revolución Rusa de 1905, en la Revolución Turca de 1908. Por los mismos años se crea el Movimiento del Congreso Indio inspirado en la misma descarga norteamericana y del cual surgirán, posteriormente, los movimientos de independencia de los países asiáticos y africanos. En 1911 la revolución que alcanzó a México en 1910, se extiende por China. En 1917 vuelve Rusia a escuchar el estampido y se levanta en una poderosa revolución: Turquía también lo escucha y lo hace suyo Mustafá Kemal Atatürk. En 1948 vuelve a China y la revolución se extiende. Su poderosa explosión vuelve a la América, escuchándose entre los mineros bolivianos y los campesinos guatemaltecos. En 1960 es Cuba la

que hace suya esta revolución. Y la revolución se extiende sobre Argelia como antes sobre Indochina y el resto de Asia, África y la América latina. El ruido de ese estampido originado en los Estados Unidos, agrega Toynbee, se ha hecho ensordecedor. "Jefferson dio en el clavo cuando dijo que la enfermedad de la libertad es contagiosa." Ahora este estampido "recorre toda la tierra". Y en esto está la tragedia que se abate sobre los Estados Unidos; la tragedia de un pueblo revolucionario trascendido por su propia revolución.

"La revolución de Norteamérica -agrega el filósofo inglés- producida en su propia tierra y las revoluciones de Norteamérica producidas en el exterior fueron semejantes en todos los puntos importantes." Nacieron por obra de aquella descarga; "representaron triunfos sobre la injusticia social, la pobreza y la desesperación. Las revoluciones producidas en el extranjero son verdaderas hijas de la revolución norteamericana y el hecho de haber engendrado esta vigorosa estirpe es una obra de la que puede estar orgullosa". Pero ¿lo están los Estados Unidos? En este conflicto entre sus ideas revolucionarias y la expansión y defensa de sus intereses, ¿aceptarán la vigencia y extensión de las primeras? O una interrogación más grave: ¿aspiraron los Estados Unidos a hacer de su revolución una revolución mundial? Y esta interrogación vale también para toda la civilización occidental. ¿Aspiraron sus creadores a hacer de sus valores y logros valores universales? O, por el contrario, ¿sólo aspiraron a beneficiarse a sí mismos, sin considerar que tales beneficios podrían ser extendidos y reclamados por otros pueblos y hombres? Difícilmente un hombre, como un pueblo, puede sentir por otros la simpatía y consideración que guarda para sí mismo. Será siempre fácil justificar los propios actos y luchar por su justificación; pero difícil justificar los de otros si éstos afectan sus propios intereses. Pero esto es, precisamente, lo que no puede ser eludido. Uno es lo que una nación puede proponerse en función de sus propias libertades e intereses, y otro lo que esta propuesta origine con independencia de ellas.

"Sin duda alguna los padres fundadores -dice Toynbee- llevaron su revolución sólo hasta el punto en que se habían propuesto hacerlo, y evidentemente algunos de ellos no veían de buena gana que la revolución, ya en su patria, ya en el extranjero, progresara, siquiera una pulgada más.

Pese a la reticencia, la revolución trascendió y trasciende a los que fueran sus adelantados. Una meta alcanzada por una acción, en circunstancias limitadas, ha trascendido a las mismas, enfrentándose a sus primeros actores. "Los revolucionarios norteamericanos. . . no podían disparar su descarga sin que la oyeran otros oídos y sin que fuera tomada como señal para una acción norteamericana y acaso antinorteamericana." ¿Ha habido alguna vez una revolución o una guerra que haya producido sólo los resultados que sus autores esperaban y se proponían conseguir? Por supuesto que no, y ésta ha sido la tragedia de la civilización occidental y actualmente la de los Estados Unidos. Esta nación, inclusive, pudo ver con paternal simpatía la extensión de sus gritos revolucionarios en otros pueblos mientras éstos no alteraban o limitaban sus naturales intereses materiales. Muchas de sus ciudades, destaca Arnold Toynbee, llevan los nombres de varios de los grandes revolucionarios griegos, polacos, corsos y húngaros del siglo XIX. Una simpatía que dejó de existir en el mismo momento en que las revoluciones se enfrentaron a sus intereses. No se encuentran ya ciudades con los nombres de los revolucionarios del siglo XX, rusos, alemanes, chinos y, por supuesto, cubanos.

¿Un día -se pregunta Toynbee- podremos encontrar una población norteamericana que lleve el nombre de Fidel Castro? ¿O del Che Guevara?, podríamos agregar nosotros. "Fidel sería en verdad un nombre bastante bonito, si los labios norteamericanos pudieran pronunciarlo desapasionadamente." Pero no es nada fácil; nada fácil es la elección entre ideales e intereses. Este ha sido el problema y la desgracia de todas las grandes civilizaciones e imperios. La tragedia, dice Toynbee, empieza aquí. "En el momento en que el estampido de aquel histórico disparo norteamericano circundaba por tercera vez el planeta, en el momento en que el espíritu revolucionario norteamericano estaba a punto de inspirar a todo el género humano, la propia Norteamérica renegó de su paternidad, por lo menos en lo que respecta a las más jóvenes y menos decorosas generaciones de su descendencia." Los Estados Unidos no quieren ya saber de revoluciones, en Asia, África, Latinoamérica Y la misma Europa, que pongan en peligro los intereses de sus accionistas, limiten sus ganancias, frenen su expansión o pongan en peligro lo alcanzado. La nación que al término de la segunda gran guerra se apuntaba como líder de las revoluciones nacionalistas en Asia y África, por no tener allí sus colonias, sería ahora la encargada de someter, y

aplastar, movimientos revolucionarios que le impidan tomar el "vacío de poder" que la Europa occidental se ha visto obligada a dejar.

#### 14. *¿Abandono de una misión?*

¿Qué pasa con los Estados Unidos, ejemplo de revoluciones en el mundo moderno? Hegel decía que los individuos, al igual que los pueblos, suelen ser tomados por instrumentos del espíritu que se desarrolla en la historia para el mejor logro de este desarrollo. Así ha sucedido con la cultura occidental, así sería con los Estados Unidos como máximo líder de la misma. La grandeza de un individuo, como la de un pueblo, llega a su máxima plenitud cuando ésta coincide con los fines de ese espíritu. Pero una vez cumplida la misión, los caminos se apartan y el espíritu sigue actuando en otros individuos, a través de otros pueblos, mientras los que fueron su instrumento continúan sólo llevados por el impulso mecánico que hizo posible su acción creadora; siguen sólo impelidos por la inercia de este gran esfuerzo. Sirviéndose a sí mismos, individuos y pueblos han servido a este espíritu encarnado en todos y cada uno de los individuos y pueblos que han hecho, hacen y harán la historia por ello el héroe era, para Hegel, el individuo que, consciente de su papel de instrumento en una misión que trasciende su limitada existencia, acepta su función y, con ello, el fin y las consecuencias de la misión que le ha sido encomendada. Pero es difícil reconocer y aceptar este papel instrumental, papel de servicio a una entidad que siendo tan concreta como el hombre, es al mismo tiempo trascendental. Trascendencia simbolizada en la palabra humanidad' servicio a la humanidad, pero a la humanidad concreta de todos y cada uno de los hombres que han surgido y van surgiendo en la historia, que sólo podrá terminar cuando se extinga el último hombre. Servidumbre difícil de aceptar porque significa autolimitación, reconocimiento de metas que representan, no sólo abandono o limitación de las propias, sino, inclusive, el sacrificio de las mismas.

Los Estados Unidos, empeñados en mantener su liderazgo dentro de la civilización de que han sido y son importante parte, no podían escapar a este destino. Junto con ese liderazgo, que Europa se vio obligada a ceder ante la consecuencia de sus propias acciones, los Estados Unidos heredaron y aceptaron,

consciente o inconscientemente, las responsabilidades y las consecuencias del mismo. Las responsabilidades y las consecuencias de una acción que no podía limitarse al logro de sus propias libertades, prosperidad y grandeza material. Quiérase o no, su acción les ha conducido a la encrucijada en que habían de responder por el mundo y ante el mundo que ellos, como sus antecesores, originaron con sus limitados proyectos. Aceptar tal liderazgo y sus consecuencias, ahora que implica limitaciones y sacrificios, tiene que ser tarea bastante difícil para cualquier pueblo e individuo. Y es esta resistencia a aceptar tales consecuencias como fuerzas, expresada en la preocupación por la supuesta "pérdida de prestigio", la que origina las tensiones que ahora se hacen sentir rudamente en varias partes del mundo. Son las tensiones en Asia y África hoy, y las de ya hace mucho tiempo en Latinoamérica. Resistencia que expresa Toynbee con las siguientes palabras: "Hoy Norteamérica ya no es la inspiradora y guía de la revolución mundial, y tengo la impresión de que los norteamericanos se sienten embarazados y molestos cuando se les recuerda que esa fue la misión original del país. Nadie impuso esta misión a Norteamérica sino ella misma."

La Norteamérica, modelo de la mayoría de los pueblos, al crecer en poder y riqueza se ha transformado en instrumento de una minoría, y actúa ya en función de este nuevo papel con olvido de su origen. "Norteamérica cumplió esta misión revolucionaria con un entusiasmo que demostró ser mercedamente contagioso. En cambio Norteamérica es hoy la cabeza de un movimiento antirrevolucionario, que obra en defensa de intereses creados." Así pasó ya con la Atenas cuna de la democracia, y con la Roma cuna del derecho. Una vez alcanzada la hegemonía sobre su respectivo mundo, se negaron a responsabilizarse de las consecuencias que esta hegemonía había originado. Posteriormente se pagará esta elusión, haciendo que un pueblo a la ofensiva revolucionaria pase a ser un pueblo a la defensiva de sus intereses. Quienes enarbolaron ayer las banderas de la revolución, la libertad, el derecho de autodeterminación de los pueblos, enarbolaron después banderas sobre la seguridad y el orden, al servicio de sus limitadas grandezas y opulencia. "El castigo que están pagando ustedes por su opulencia -les dice Toynbee- es pesado, pues está amenazando ahora la seguridad de los Estados Unidos." Tal y como ayer, los Estados Unidos en 1775 y 1776 amenazaron la seguridad del mundo que representaba la Gran Bretaña. "La opulencia aparta a Norteamérica de sus propios ideales... La está

empujando a convertirse en el agente de policía que monta guardia para proteger sus intereses creados."

¿Será éste el fin de la grandeza de una nación, del mundo de que es ya líder indiscutible? El filósofo inglés no lo cree, como tampoco lo creemos nosotros. Existen ya signos de que en este pueblo se tiene conciencia del dilema planteado y es esta conciencia la que origina a su vez la crisis moral que ahora sacude a esa nación. Conciencia respecto a la incompatibilidad de sus ideales con el mantenimiento de los privilegios que su hegemonía ha implicado. "Los norteamericanos pueden todavía recuperar su herencia. Considero que lo harán, pues no creo -dice Toynbee- que si Norteamérica debe elegir entre estas dos posiciones, no esté dispuesta a vender su primogenitura revolucionaria, ni siquiera por un plato de lentejas de dimensiones colosales." "El destino de Norteamérica está aún, así lo creo, en las propias manos de Norteamérica."

Los pueblos al margen del desarrollo de la civilización occidental han expresado, a través de sus líderes, las relaciones que guardan sus ideologías revolucionarias con la revolución estadounidense. Nasser, el líder del mundo árabe, al nacionalizar el canal de Suéiz, hacía un llamado a los Estados Unidos declarando: "No aspiramos a implantar el comunismo ni ninguna doctrina contraria a los ideales del mundo occidental, sino a hacer lo mismo que ustedes iniciaron en 1776 independizándose como colonias." Y el líder marroquí Abd-el-Krim, desde su retiro en Egipto, se refería a la frustrada vocación de los Estados Unidos: "Al final de la guerra existió una magnífica oportunidad para que los Estados Unidos, basándose en la Carta del Atlántico, reunieran a todos los pueblos coloniales y oprimidos en una nueva organización de humana sociedad. Se perdió -dijo- esta oportunidad y la potencia norteamericana prefirió apoyar dondequiera los imperios coloniales, por estremecidos que estuvieran, en el sudeste de Asia, en África, y en Oriente. Los pueblos coloniales y oprimidos encuentran ahora que la única potencia que afirma creer en su capacidad para levantarse es la Rusia soviética fue un crasísimo error general de la política norteamericana que a todos nos va a costar caro."

¿Pero han sido sólo los extraños los que han tomado conciencia del papel que ha jugado la revolución norteamericana en las revoluciones del mundo? No, por supuesto; varias de las

mejores mentes estadounidenses tienen conciencia de este hecho y han actuado o han aconsejado actuar en función de él. El presidente John F. Kennedy insistió, en más de una ocasión, sobre el alcance mundial de la revolución norteamericana. Los Estados Unidos, decía, son un país revolucionario con banderas que han sido seguidas y enarboladas por otros muchos pueblos en el mundo. La Declaración de Independencia de los Estados Unidos, agregaba, "es todavía un documento revolucionario. Leerlo hoy es como escuchar una llamada de clarín. Pues esa Declaración desató no simplemente una revolución contra los británicos, sino que asimismo produjo una verdadera revolución en los asuntos humanos". Sus creadores fueron conscientes de este hecho, ya que George Washington declaraba que la libertad y el autogobierno que en esa Declaración se expresaban "acababan de ser puestos en juego como experimento en las manos del pueblo norteamericano". Hace muchos años que esta "doctrina de independencia nacional sacudió al globo, y en el mundo de hoy continúa siendo la fuerza más poderosa de todas". El ideal de independencia, de autodeterminación de los pueblos, que se expresa en dicha Declaración, sigue siendo el motor de todas las revoluciones.

Pueblos hay que sufren pegados a una tierra difícil, que no han oído hablar de la libre empresa; pueblos con graves problemas de analfabetismo, mala salud y elecciones libres; todos ellos, sin embargo, "están decididos a asirse desesperadamente a su independencia nacional". Y si hay algo que divide al mundo, es este afán de independencia a que ningún pueblo quiere renunciar. Una vieja teoría que no fue inventada aquí, agregaba el presidente Kennedy, "pero aquí fue donde la teoría se llevó a la práctica; fue desde aquí desde donde se lanzó a todo el mundo la frase de que 'el Dios que nos concedió la vida, al mismo tiempo nos concedió la libertad'. y hoy esta nación, concebida en la revolución, nutrida con la libertad y madurada en la independencia, no tiene la menor intención de abdicar su jefatura en ese amplio movimiento mundial por la independencia de cualquier nación o sociedad sometida a sistemática supresión humana".

Chester Bowles, subsecretario de Estado del gobierno del presidente Kennedy, abundaba en estas mismas ideas al hablar de la Revolución de Independencia de los Estados Unidos en 1776. Las fuerzas revolucionarias de George Washington -decía-"nos libertaron del yugo colonial", pero sin que lo alcanzado en los

Estados Unidos fuese la meta final, sino, más bien, el principio de una revolución que trascendería las fronteras de la nueva nación. "Más aún -agrega-, desde muy al principio hemos creído que los principios de nuestra revolución tenían una importancia universal" y esta importancia se expresa en los movimientos sociales que agitan al mundo entero. Una agitación originada ante problemas que, de una manera u otra, recuerdan los que agitaron a los norteamericanos cuando reclamaron su independencia. Problemas que los pueblos tienen que resolver siguiendo sus propios y naturales caminos. Pues los norteamericanos se alzaron, también, contra la intromisión extraña, contra la intervención que pretendía regir su destino obligándolos a seguir rutas que eran las que consideraban propias. Allí está la Declaración de Independencia, enfrentándose a Inglaterra porque "se ha conjurado con otros para sujetarnos a jurisdicción extraña a nuestra Constitución y desconocida por nuestras leyes". Los pretextos podrían ser muchos, pero los mismos quedaban invalidados ante la voluntad de un pueblo que no aspiraba sino a realizar su destino. Esto, decía Bowles, es lo que nosotros hemos olvidado con el paso del tiempo. Nos encontramos con un mundo hostil y culpamos a fuerzas extrañas de su hostilidad, cuando el mal está en que no sabemos comprender en otros las razones que antes esgrimimos para alcanzar nuestra independencia. "No -dice-, el comunismo no es nuestro mayor obstáculo. El obstáculo principal está dentro de nosotros mismos." Obstáculo que hace que nos sea incomprensible el espíritu que ahora anima a las revoluciones en Asia, África y América latina; el mismo espíritu que animó a los Estados Unidos a enfrentarse al colonialismo británico y a los obstáculos que impedían su urgente desarrollo. "Los comunistas -dice Bowles- no fueron quienes crearon esa ola de cambios revolucionarios' que ahora está levantándose en la América latina. Lo que ellos tratan de hacer es aprovechar esa ola en beneficio de sus propios fines destructivos. Si todos los comunistas cediesen mañana sus carnets, esta así llamada revolución de grandes esperanzas, con todo su fermento y grandes posibilidades de caos o de mejoramiento, seguiría en toda su fuerza, en pie."

#### 15. Modelo en la encrucijada

El problema para los Estados Unidos en sus relaciones con el mundo occidental, en especial con la América latina, se encuentra, insistimos, en la obligada elección que deben hacer



entre sus ideales y su desarrollo material; esto es, entre las banderas que les forjaron como nación, y la opulencia alcanzada y su deseo de mantenerla sin alteración. Resultado de su origen puritano, son las justificaciones morales que buscan y presentan, tratando de conciliar lo que la realidad hace inconciliable. En nombre de la libertad y de los ideales que animaron su Revolución de Independencia, buscan mantener y justificar su hegemonía y poderío material. Ayer fue contra la supuesta amenaza de la Santa Alianza, en 1900 contra la del imperialismo europeo y en nuestros días contra el comunismo, declarándose en cada caso que trata de preservar, imponiendo su poderío, a la América y hasta al mundo entero de las amenazas de ese otro poderío, para ir convirtiendo a los pueblos de esta América en cotos cerrados de los intereses estadounidenses. Coto de intereses, cerrado a cualquier poder extraño, al servicio de la nación que lo ha creado. En nombre y en defensa de la libertad y del derecho de autodeterminación de los pueblos, los Estados Unidos han justificado y justifican su derecho a someter libertades que consideran son violatorias de su propia idea de libertad y de sus derechos, llegando hasta poner en peligro lo que han acabado de llamar seguridad continental o mundial.

Tratando de alcanzar esta imposible conciliación, la nación modelo se va transformando en policía, guardián de un orden que resulta no ser ya el de todos los pueblos sometidos a él. Farisaica conciliación moral que surge abiertamente en los mismos inicios del expansionismo estadounidense sobre Latinoamérica, expresión que continúa sobre la totalidad del mundo en nuestros días. La encontraremos lo mismo en William McKinley y Theodore Roosevelt que en Lyndon B. Johnson y Richard Nixon. Colgados como de un clavo ardiendo de los ideales que inspiraron a la Revolución de Independencia norteamericana, van los intereses materiales de la poderosa nación. Siendo inconciliables los unos con los otros, se hará de los primeros un simple instrumento de los segundos.

La conciencia respecto al alcance mundial de la Revolución de Independencia de los Estados Unidos se transforma en instrumento mundial de interferencia en otros pueblos, olvidándose que esa revolución fue la expresión de un sentimiento expresado como una preocupación por la autodeterminación de un pueblo. La de mi pueblo empeñado en seguir sus propios caminos, rechazando cualquier interferencia en los mismos. No el camino que le señalase una determinada potencia, sino el que ese pueblo

consideraba como propio. Pero los Estados Unidos, ya líder del mundo occidental se empeñaron por un lado, en mantener el predominio, la hegemonía mundial, que tal liderazgo implica y, por otro, en mantener los ideales de ese mundo, esto es, ideales que implicaban la necesidad de autodomínio, de autolimitación, limitación de la propia hegemonía y de su propio liderazgo. Situación contradictoria que se resuelve haciendo de esos ideales y banderas simple instrumento de justificación moral de la hegemonía y liderazgo alcanzados. Así, en nombre de los ideales norteamericana, se justificará la invasión de un determinado pueblo sosteniendo que de lo que se trata es de ayudar a obtener la realización de tales ideales.

El presidente Kennedy era ya bien consciente de la necesidad de que fueran los mismos pueblos los que alcanzaran, con su voluntad y medios, las metas más altas de la libertad, la democracia y la seguridad social. "Actuando por nosotros mismos -dice- no podemos implantar la justicia en el mundo." No es ésta la función de los Estados Unidos; los Estados Unidos y su revolución sólo pueden ser un ejemplo. "No podemos asegurar su tranquilidad doméstica -continúa- o ayudar a su defensa común; promover su bienestar general, o asegurar los beneficios de la libertad para nosotros y para nuestra posteridad." Los Estados Unidos pueden ayudar a realizar todo esto, pero contando con la voluntad de otras naciones, las que también deben ayudar a ser ayudadas. "Pero, en unión de otras naciones libres, podemos hacer eso y mucho más. Podemos ayudar a que las naciones subdesarrolladas se desembaracen del yugo de la pobreza. Podemos equilibrar nuestro comercio mundial y pagos al más alto nivel posible de progreso." Pero, aquí también, se vuelve al filo de la navaja, esto es, en el punto en que esta ayuda puede transformarse en una nueva imposición, con todos los peligros que la misma implica, independientemente de que haya sido originada de buena fe. "Podemos montar un aparato disuasorio -agrega Kennedy- lo suficientemente fuerte como para impedir cualquier clase de agresión y también podemos ayudar al logro de un mundo ordenado donde impere la libre elección, haciendo desaparecer así al mundo de la guerra y la coacción." ¿Dónde y cuándo debe darse esta ayuda? ¿Hasta dónde debe llegar la misma? ¿Quién debe solicitarla?

Después de todo ¿no es esto lo que dicen pretender los opositores al régimen capitalista de los Estados Unidos, los socialistas o comunistas? ¿No es otra su pretensión -nos dicen- que la de ayudar a los pueblos a desembarazarse de la pobreza y alcanzar la democracia y la libertad, destruyendo previamente al régimen liberal y capitalista? Una ayuda que acaba siendo presión. La presión que, compitiendo con la de naciones como los Estados Unidos, ha dado origen a la guerra fría, en la que cada una de las potencias presionantes, los Estados Unidos y la URSS, se entremezclan entrometiéndose en otros pueblos, con el pretexto de estar colaborando en soluciones para los mismos, las que por el contrario deberían ser obra de la capacidad de los mismos y expresando su autodeterminación. Doble presión, en la que cada potencia busca su prestigio y cuida de no perderlo, en relación con sus ocultos intereses, lo cual va implicando un aumento cada vez mayor de esa presión. Un aumento de presión que acabará por hacer peligrar los mismos ideales que cada potencia dice ayudar a realizar y defender. Es esta situación la que hace reaccionar al mismo presidente Kennedy al declarar, en 1960 en Filadelfia: "Si los pueblos del mundo comienzan siquiera a formarse la idea de que nuestra pleamar quedó ya en el pasado, que el equilibrio del poder y la corriente de la Historia se mueven en dirección de nuestros adversarios, habremos perdido una batalla decisiva. Dependemos del libre apoyo de los pueblos libres, pero éstos también confían en una dirección que sea segura, que tenga poderío y que sea fuerte." Pero de allí, con independencia de la intención, se puede pasar sin trabas a la postura asumida abiertamente, poco después, por su sucesor, el presidente Lyndon B. Johnson, postura descaradamente intervencionista, política de dureza, en supuesta defensa de ideales, pero antes que nada del propio prestigio e intereses. Lo que implica sometimiento de un pueblo y apoyo a una determinada y servicial oligarquía a nombre de los supuestos ideales. Así se justificó la intervención en Santo Domingo en 1965, como se había justificado la intervención en Vietnam. La misma justificación en las difíciles relaciones de los Estados Unidos, no sólo con la América latina, sino también con el mundo en que se inició la expansión estadounidense sobre el orbe, como nuevo líder en el mundo moderno, líder de la civilización capitalista del mundo occidental.

El senador J. William Fulbright, al referirse a la deshumanización de los que a pretexto de un determinado ideal

destruyen, aniquilan ciudades y hombres, ha expresado esta situación.

Su antecedente está en la *Oración de guerra*, de Mark Twain. Una oración hecha por el gran escritor estadounidense a fines del siglo XIX para mostrar la situación que se planteó a los ciudadanos y gobernantes norteamericanos que buscaron, también, la justificación moral de la que empezaba a ser su poderosa e incontenible expansión. "Detrás de la *Oración de guerra* se encuentra la arrogancia del poder -dice Fulbright-, la presunción de los muy fuertes que confunden el poder con el buen juicio y que parten en misiones autoadjudicadas para desempeñar el papel de policías del mundo, para derrotar a toda tiranía, para hacer ricos, felices y libres a sus congéneres. Dijas dijo, refiriéndose a Stalin, que era 'uno de esos terribles y raros dogmatistas que son capaces de destruir nueve décimas partes de la raza humana para hacer feliz a la otra décima parte'. En el pasado, grandes naciones se han embarcado en misiones semejantes y han sembrado la desolación, llevando el dolor a quienes pretenden beneficiar y la destrucción para sí mismas. Los Estados Unidos están mostrando algunos indicios de esa fatal presunción; esa extensión excesiva del poderío y de la misión que fue causa de la ruina de la antigua Atenas, de la Francia napoleónica y de la Alemania nazi."

Después de todo, tal cosa no es sino expresión del espíritu misional que ha caracterizado a los Estados Unidos por su formación puritana. De pueblo que se siente elegido por Dios, Jehová, el Espíritu y cuyo poderío considera la mejor expresión de un "destino manifiesto", su destino. Pero de este destino es del que ya empieza a tener grandes dudas el propio pueblo estadounidense frente a la oposición que, para la supuesta realización del mismo, va encontrando, en forma cada vez más acrecentada. Destino que tiene que enfrentarse al de otros pueblos, la URSS y China, que se saben, también, destinados, elegidos para una misión. De allí la indecisión, el temor de no ser, después de todo, los elegidos, los encargados de una misión. Temor que desemboca en la duda que ya hemos visto expresa en el presidente Kennedy, al insistir en el prestigio de los Estados Unidos como necesario poder material. "... de una manera curiosa -dice el senador Fulbright- no creemos aparentemente en nuestro propio poder y grandeza. La evidencia de esa falta de fe en nosotros mismos se manifiesta en nuestra aparente necesidad de

confirmaciones y manifestaciones de aliento, nuestra ansia de popularidad, nuestra amargura y confusión cuando los extranjeros no saben apreciar nuestra generosidad y nuestras buenas intenciones. Careciendo del conocimiento de las dimensiones de nuestro poder, no alcanzamos a comprender lo enorme y destructivo de nuestro impacto en el mundo; no alcanzamos a comprender que, por buenas que sean nuestras intenciones -y, en la mayoría de los casos, son suficientemente decentes-, las demás naciones se sienten alarmadas ante la sola existencia de un poderío tan grande, el cual, sea cual fuere su benevolencia, no puede dejar de recordarles cuán impotentes son ante él." Aceptar este hecho -agrega- sin temor a que tal aceptación implique una disminución de prestigio, daría a los Estados Unidos la seguridad que empieza ahora a fallar y una más serena conciencia de su puesto en el mundo.

"Solamente cuando nosotros los norteamericanos sepamos reconocer nuestro comportamiento agresivo en el pasado... solamente entonces adquiriremos cierta perspectiva de las acciones agresivas de los demás. Solamente cuando sepamos comprender las implicaciones del abismo que existe entre la riqueza norteamericana y la pobreza del resto de la humanidad, podremos comprender por qué el *modo de vida* norteamericano, que tan caro nos es, representa pocas lecciones y un atractivo limitado para la mayoría de la raza humana que vive en la pobreza." "Es probable -agrega- que cuando una nación es *muy* poderosa pero carente de confianza en sí misma, se conduzca de una manera peligrosa tanto para ella como para los demás. Sintiendo la necesidad de probar lo que es obvio para todos los demás, empieza a confundir el gran poderío con el poderío ilimitado y la gran responsabilidad con la responsabilidad total: no puede admitir ningún error; tiene que ganar cualquier controversia, por trivial que sea. Por falta de conocimiento de su verdadera grandeza, la nación empieza a perder el buen criterio y la perspectiva y, con ellos, la gran fuerza que se requiere para mostrarse magnánima para con las naciones más pequeñas y débiles."

El olvido de esta situación es lo que hace que los grandes dirigentes de la nación estadounidense actúen como si el destino del mundo dependiese de sus actos; actúan para moldear este mundo de acuerdo con lo que consideran debe ser el mismo, sin importar que esta acción implique la negación de ideales por los

cuales los Estados Unidos lucharon en el pasado; y que, a su vez, han inspirado a otros pueblos. Por ello, el presidente Johnson parece no conformarse con que los Estados Unidos sean sólo un modelo a seguir por el mundo, Si lo que inclusive utiliza el poderío destructivo de la poderosa nación para convencer a todos los pueblos de que deben seguir las rutas señaladas por esa nación, o exponerse a desaparecer.

Tal es lo que se plantea en la guerra de Vietnam, que ha dividido a la nación estadounidense provocando conflictos morales de alcances imprevisibles. Ha utilizado 'la tremenda fuerza de destrucción que posee sobre un pueblo subdesarrollado, y ha pretendido justificar este uso enarbolando los ideales de la misma revolución estadounidense, presentando el uso de esta fuerza como instrumento de realización de esos ideales. Y después de utilizar esta fuerza, busca inútilmente la justificación del uso de la misma, contradiciéndose: "La fuerza no da derechos", dice Johnson. "No se puede sojuzgar a los pueblos pequeños por el hecho de ser fuertes." Pese a ello habrá que continuar y aumentar los bombardeos, continuar la destrucción de ciudades y el aniquilamiento de civiles. Sólo de esta forma, piensa, el *agresor*, que no ha salido de su tierra vietnamita, luchando dentro de ella, podrá ser disuadido de la inoperancia de la fuerza.

"Asia conocerá -dice- la paz y la estabilidad únicamente el día en que los agresores comprendan que no pueden adueñarse por la fuerza del país de los demás." Y para que esto no suceda los Estados Unidos toman el lugar de los agresores y se asientan violentamente en el lugar que dicen defender. Cuando un pueblo quiere tomar un 'camino que no sea el que la poderosa nación considera el adecuado, ésta se encargará de disuadirlo con un castigo que dice dolerle tanto como al que lo recibe. Y el castigo no cesará, dice Johnson refiriéndose a Vietnam, sino "hasta el día que Hanoi acepte la oferta norteamericana de cesar los bombardeos contra Vietnam del Norte a cambio de discusiones de paz". Los Estados Unidos se han dado a sí mismos, como tarea, la de hacer la felicidad del mundo utilizando los instrumentos que esa nación considera más adecuados. Va a disuadir, con la muerte y la destrucción si es necesario, a los pueblos del mundo de tomar otro camino que no sea el que la poderosa nación considera adecuado. Los Estados Unidos deben contener la expansión del comunismo ahora, como ayer la de la Santa Alianza y la del imperialismo europeo; deben promover la libertad y la democracia siempre que

ella no implique la elección de rutas que no sean las adecuadas; y defender, por supuesto, la seguridad de su único garante, los propios Estados Unidos.

Nada de esto es nuevo, se dice; éstas han sido siempre las justificaciones morales dadas por los Estados Unidos a su expansión, primero sobre Latinoamérica, ahora sobre el resto del mundo. Las palabras del mismo presidente Lyndon B. Johnson, justificando en abril de 1965 la invasión de Santo Domingo -en que una revolución iniciada el 25 de ese mes pone en peligro al gobierno de facto, al gobierno militar que en 1963 había derrocado al presidente constitucional doctor Juan Bosch-, no se distinguen de las que antes han sido dichas por los presidentes William McKinley, Theodore Roosevelt, Taft, Wilson y otros para justificar invasiones semejantes en Latinoamérica y el Pacífico. En aquel entonces no era aún el comunismo el que provocaba esta acción; bastaba la presencia de otra potencia como Inglaterra, o las simples demandas sociales de algunos pueblos que alteran los intereses de sus inversionistas. Las naciones americanas no permitirán el establecimiento de otro gobierno comunista en este hemisferio, dice el presidente Johnson. Los Estados Unidos se encargarán de que esto no suceda interviniendo en donde crean conveniente hacerlo. ¿Refrendo de la doctrina Monroe? ¿Simple prolongación de la misma, frente a cualquier intruso, sea nación o doctrina no aceptable por los Estados Unidos? ¿Ayer frente a la Santa Alianza, ahora frente al comunismo! La defensa podrá hacerse a millares de millas de distancia, en otros continentes, en otras tierras, cuando se considere necesario para la misma. Las fronteras a defender trascienden ya las fronteras naturales de los Estados Unidos; llegan hasta el último extremo del continente americano, de Europa, Asia y África. ¿Cómo se justifica moralmente esta extensión y defensa de las ya gigantescas fronteras de los Estados Unidos?

El mundo, bajo la hegemonía -supuestamente moral- de los Estados Unidos, tendrá que adecuar sus intereses a los intereses de éstos, actuar, pensar y aceptar los ideales de los mismos, pero no como una extensión que puedan apropiarse sus pueblos, sino pura y simplemente como instrumentos de realización y defensa de ellos en beneficio de quienes se consideran sus exclusivos portadores. La revolución de independencia norteamericana y sus ideales no 'están al alcance de otros pueblos; podrán estarlo si sus supuestos portadores se

extienden, con sus intereses, entre ellos. Ideales que parecen sólo encarnar en un determinado tipo de hombre y pueblo y cuya extensión depende de la capacidad de extensión de los mismos. El mundo occidental, en los inicios de su expansión, planteaba ya este hecho. La civilización y los ideales que este mundo había originado alcanzarían su realización en otros pueblos, pero no por obra de los habitantes de estos otros pueblos, sino como resultado de la expansión de los hombres y pueblos del mundo Occidental. Esta civilización será un hecho en América, Asia y África, decían sus ideólogos, cuando el occidental colonice e imponga su dominio en estos lejanos pueblos, en estos lejanos continentes. La civilización occidental, en el mundo no occidental, será posible por la acción misma de los occidentales. Los otros pueblos, los otros hombres, no serán sino instrumento de realización, que ha de ser utilizado y moldeado por los creadores de esa civilización. Frente a ello, no vale la réplica de otros pueblos que han aprendido y se consideran como iguales, como semejantes, al poderoso líder del mundo occidental. No son iguales, aunque para ello repitan y proclamen los ideales plasmados en las banderas con que los Estados Unidos iniciaron una revolución que parecía válida para todos los hombres y pueblos. Inútil será que recuerden el mensaje del primer ministro Pham Van Dong de Norvietnam al pueblo de los Estados Unidos: "Las proclamas de independencia de la República Democrática de Vietnam y de los Estados Unidos -dice- comienzan por estas famosas palabras: Todos los hombres nacen iguales." Pero esta igualdad no es acatada, como no es aceptada la idea de que otros pueblos puedan luchar en la actualidad por aquello por lo que el pueblo de los Estados Unidos luchó en el pasado. Pham Van Dong agrega; tratando de convencer al pueblo de los Estados Unidos de que la lucha de su pueblo es la misma lucha: "...saludos al gran pueblo norteamericano que, en el pasado, luchó valientemente contra la guerra colonial por defender sus derechos nacionales, dando un ejemplo a todos los pueblos del mundo. Un ejemplo que no se quisiera ver repetido si éste origina una alteración de los intereses que ese pueblo, convertido en potencia, ha originado.

La revolución de 1776 había sido y seguirá siendo obra exclusiva del pueblo de los Estados Unidos, y para resolver problemas que sólo a él atañían. ¿Podría extenderse esta revolución? Sí, siempre y cuando su extensión fuese obra de los propios estadounidenses, de acuerdo con sus indiscutibles puntos de vista y fines por alcanzar. La revolución sí, pero en exclusivo

beneficio de sus creadores originales, lo mismo en América que en cualquier continente o cualquier pueblo. Pero allí están como réplica a esta pretensión los intentos de otros pueblos tratando de mostrar al mundo occidental y a su líder que también son capaces de hazañas semejantes, así tengan que enfrentarse a quienes antes les sirvieran de émulo y modelo.

Ideales comunes, pero al mismo tiempo irreconciliables por lo que respecta a sus portadores.



## Capítulo 4 EL IMPERIALISMO COMO LIBERTAD

### 16. Seguridad para la expansión

"Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales; que a todos les confiere su creador ciertos derechos inalienables entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos, los hombres instituyen gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; que siempre que una forma de gobierno tiende a destruir esos fines, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, a instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en aquella forma que a su juicio garantice mejor su seguridad y su felicidad." Con esta filosofía, impresa en la Declaración de Independencia, los Estados Unidos de Norteamérica iniciaban su vida como nación en 1776. El cañonazo de que habla Toynbee estallaba, haciendo llegar sus ecos hasta los días que ahora vivimos, pero tomando extraños y paradójicos caminos.

Caminos que, por un lado, justificarían movimientos de emancipación y defensa de los derechos del hombre por el simple hecho de ser hombre y, por el otro, la negación de estos derechos, el sometimiento del hombre a principios que lejos de afirmar su naturaleza la negaban, que lejos de libertarle le subordinaban. ¿Cómo fue posible esto último?

Francia y España, en su disputa con Inglaterra por obtener la hegemonía mundial de aquellos días, habían apoyado a los Estados Unidos en su lucha por alcanzar su independencia del imperio británico. Sin embargo, no tardarían mucho las dos naciones en darse cuenta de la potencia que estaba surgiendo, una potencia que acabaría por arrancar a toda Europa la hegemonía mundial. "Esta república -decía el conde de Aranda- ha nacido por así decirlo pigmea, y ha necesitado del auxilio y apoyo nada menos que de dos Estados tan poderosos como Francia y España para conquistar su independencia; pero vendrá un día en que ella será gigante, un verdadero coloso temible en aquellas comarcas, y entonces, olvidando los beneficios que ha recibido, sólo pensará en su propio interés y crecimiento." Poco más de un siglo después, España sufrirá los efectos de este crecimiento, al verse obligada a abandonar a los Estados Unidos sus últimas colonias en América y Asia. Al mismo tiempo, otras potencias

europeas en América serán amenazadas en sus posiciones, considerándolas como el enemigo a combatir para la seguridad, bienestar y libertad de la América. ¿Cuál América? Concretamente los Estados Unidos, que en nombre de ciertos principios, los que justificaron su independencia y los hicieron abanderados de todas las libertades, se transformaron en jueces absolutos respecto a la posibilidad de su realización en otros pueblos que no fuese el propio. Pocos años después, varios de los líderes de la independencia latinoamericana, como Bolívar, o estadistas como el chileno Portales, harán notar lo poco o nada que podrán contar las nuevas naciones, con la nación cuyo modelo aspiraban a realizar, ya que por encima de esos ideales estaban los intereses de la nación modelo. Por el contrario, la sombra de un nuevo imperialismo se proyecta ya sobre la América ibera. Una nueva forma de imperialismo por lo que se refiere a la forma de sus justificaciones. El imperialismo de la libertad; porque era en su nombre o para su seguridad que los dirigentes de la nueva nación justificaban la expansión de su predominio. Primero crecer hacia el sur extendiendo sus fronteras; después hacia el oeste para culminar con una expansión hacia todos los horizontes de la tierra. ¿Cómo pudo expresarse esta justificación?

Todo empieza por ser un reclamo, que se convierte en exigencia, frente a la metrópoli de que se han independizado los Estados Unidos: Inglaterra. La nueva nación necesita de nuevos territorios *que* garanticen su seguridad. La seguridad es el primer *leit motiv* de la expansión en nombre de la libertad. Los Estados Unidos, ya independientes, necesitan de territorios que alejen la amenaza 'de una posible agresión encaminada a lograr nuevo sometimiento. En una carta escrita por Samuel Adams, en 1773, se habla de la necesidad que tienen los Estados Unidos de adquirir territorios que aparentemente no forman parte del territorio de la nueva nación, concretamente Canadá y Nueva Escocia. Dice Adams: "No tendremos una base sólida hasta que Gran Bretaña nos ceda lo que por designio de la naturaleza debemos poseer o hasta que se lo arrebatemos." "Algunos afirman que estas regiones no son partes de Estados Unidos, de modo que no tenemos derecho a reclamarlas. La cesión de dichos territorios evitaría los proyectos de los británicos encaminados a perturbar nuestra paz en el futuro y cegaría una fuente de la corrompida influencia británica, que partiendo de esas regiones difundiría el mal y la ponzoña en los Estados." Con el tiempo sólo habrá que cambiar el nombre del origen del mal al que han de enfrentarse los defensores

del bien y la libertad. La nueva nación, expresión y guardiana de la libertad, necesitaba de instrumentos que la hiciesen prevalecer frente a actuales y futuras asechanzas y frente a posibles agresiones que la destruyesen: necesitaba seguridad. "Base sólida", le llama Adams. Una base, además, que está ya configurada por la misma naturaleza y por la misma deidad que gobierna el universo y que señala el territorio necesario para que se cumplan los designios de la providencia. Designios de los que eran portaestandartes los hombres que habían formado la nueva nación.

Será también en nombre de esta seguridad que Benjamín Franklin pida a Francia, en 1782, a la Francia que está ayudando a la independencia de los Estados Unidos, que una vez terminada la guerra ceda a la nueva nación el Canadá. El Canadá, fuente de la disputa entre Francia e Inglaterra y que ha originado, por supuesto, la nada generosa ayuda a la independencia norteamericana. Simplemente, se trata de anular a un enemigo que resulta ser común. La demanda se hace en nombre del futuro, para evitar se originen nuevas tensiones y guerras que pongan en peligro los ideales que simboliza a la nueva nación. Por encima de los derechos de cualquier otra nación, se va perfilando la idea, estarán los derechos de la nación destinada a llevar la libertad al mundo entero. Nacionalismo e imperialismo se van perfilando como ideas gemelas, así como las de libertad y hegemonía universal. Se afianzan, por un lado, los derechos de un pueblo a subsistir en relación con otros; pero al mismo tiempo se habla ya de la supuesta misión de este pueblo a interferir en la existencia de otros para que la idea de libertad que la anima no sea menoscabada, para que pueda 'ser permanente y que lejos de ser de un solo pueblo, lo llegue a ser de todos. . . por obra y gracia de la acción de este pueblo destinado a hacer posible su realización. Los intereses todos de la humanidad se empezarán a ver encarnados en los concretos intereses de una nación. Asegurar estos intereses, inclusive acrecentarlos, sería asegurar y acrecentar la misma idea de libertad.

Pronto, los Estados Unidos tendrán que entrar en conflicto con los que fueran sus aliados. Los intereses de la nueva nación, ya no sólo los de su seguridad, sino los de su propio crecimiento, un crecimiento adecuado a su destino, un destino cada vez más manifiesto, entrarán en conflicto con los intereses creados de las potencias que, junto con Inglaterra, predominan en el Nuevo

Mundo. España, la España en nombre de la cual hablaba el conde de Aranda señalando lo peligrosa que estaba perfilándose la nueva nación, entrará pronto en conflicto al limitar, en nombre de su propia seguridad e intereses, la libre navegación por el Mississippi en la parte que correspondía a sus aguas territoriales. Pero los Estados Unidos necesitaban navegar por estas aguas sin obstáculos, lo necesitaban para su propio desarrollo y seguridad. "El océano -decía uno de los líderes de la independencia de los Estados Unidos, Tomás Jefferson- es libre para todos los hombres, y los ríos para todos aquellos que los habitan." Por encima de la seguridad y los intereses de cualquier otra nación estaba el derecho de los hombres a hacer fructificar la tierra y a enriquecerse con sus frutos. Por encima de los intereses nacionales estaban los intereses de la humanidad. El derecho natural, así enarbolado, se basaba ahora en la necesidad de la libre navegación para promover el desarrollo de un suelo generoso; abandonar esta posibilidad en nombre de supuestos derechos nacionales era violar un designio divino. Los Estados Unidos tenían las tierras para hacerlas fructificar, y una vía para el acceso de sus frutos era el Mississippi; nada ni nadie podía impedirles tomar esta vía. "El derecho de usar una cosa -decía Jefferson en 1770- incluye un derecho de acceso a los medios necesarios para su uso." En un futuro cercano sería la capacidad para la explotación del petróleo, caucho, frutas y otras muchas riquezas la que otorgaría el derecho a la nueva nación a anexionarse nuevas tierras, o a convertirlas en bases de una seguridad que no debería ser alterada, pues alteraría el derecho; el derecho de la humanidad entera a desarrollarse, encarnada en una nación.

Son también los mismos autores de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos los que entran en conflicto con otra de las naciones que habían colaborado en su independencia, la propia Francia. Ahora la Francia en manos de un Napoleón I que enarbola, también, los derechos del hombre nacidos en la misma Declaración estadounidense. Conflicto que tiene su origen en un acto de soberanía de dos naciones, el de la cesión hecha por España a Francia, de la Luisiana. Los Estados Unidos lo verían como un acto de agresión a su seguridad -otra vez la seguridad nacional-, un acto que era natural entre dos naciones soberanas. No bastaba ya que España ayer, y ahora Francia, reconociesen el derecho de los Estados Unidos a navegar por el Mississippi, por aguas que tocasen sus territorios, lo natural era que estos mismos territorios formasen parte de los propios Estados

Unidos. Francia debería ceder estos territorios a la nueva nación. Nada tenía que hacer en este lugar una potencia extraña a la América. Los Estados Unidos tenían el derecho a navegar por esas aguas, por lo que España, a su vez, carecía del derecho a ceder territorios que eran parte de la posibilidad de navegación estadounidense. Los Estados Unidos tenían por lo mismo el derecho a vetar una acción que no les había sido consultada.

"Ninguna nación tiene derecho -dice el gobernador Morris- a dar a otra un vecino peligroso, si la segunda no otorga su consentimiento." En la cesión del territorio no existía, manifiestamente, agresión alguna. La agresión, de acuerdo con la interpretación de Jefferson, la representaba la simple presencia de un pueblo, o una nación, en un territorio que los Estados Unidos consideraban necesario para su seguridad y su desarrollo. Tarde o temprano el poseedor de territorios considerados por los Estados Unidos como necesarios para su seguridad y desarrollo sería un enemigo: la presencia considerada extraña era en sí una agresión. Anticiparse a la agresión con una agresión, sería un acto natural y necesario -"guerra preventiva", se le llamará años más tarde. La adquisición de Luisiana por los Estados Unidos, dice Edward Channing, salvó oportunamente a Jefferson de violar el código de la ética internacional.

¿Cómo reaccionarían ahora los habitantes de los territorios adquiridos por los Estados Unidos? ¿Cómo reaccionarían, décadas más tarde, cubanos, puertorriqueños, filipinos, vietnamitas y otros pueblos semejantes? ¿Seguiría siendo buena la filosofía de la Declaración de Independencia que reconocía a los hombres derechos que el creador les había otorgado, entre ellos el de hacer manifiesta su voluntad al adoptar una determinada forma de gobierno? ¿Qué, si este gobierno les era impuesto por un extranjero, que los sometía a sus leyes? En un llamado hecho a los posibles descontentos de Nueva Orleans por la ocupación norteamericana se dice: "La naturaleza impuso que los habitantes de Mississippi y los de Nueva Orleans fueran un mismo pueblo. Cumple a vuestra peculiar felicidad que los derechos naturales se realicen bajo los auspicios de un filósofo que prefiere la justicia a la conquista, cuya gloria es liberar y no esclavizar, al hombre, y que se complace en la benevolencia y no en el esplendor. Sin embargo, aunque cuidadoso de vuestra felicidad, no permitirá que la destruyáis estorbando nuestros derechos. .. ¿Acaso... intentaréis vanamente impedir que Nueva Orleans realice su destino?" El

filósofo era el mismo que había inspirado la Declaración de Independencia, Thomas Jefferson. Sólo que ahora se trataba, al parecer, de hacer obligatoria esa declaración convirtiendo al gobierno derivado de ella, y al pueblo que lo había hecho posible, en su exclusivo realizador. ¿Acaso estaban los habitantes de esa región capacitados para hacer realidad los beneficios de la libertad y la democracia? ¿Lo estarían, años más tarde, los mexicanos, cubanos, filipinos, coreanos o vietnamitas? Discutiendo cómo tratar a los nuevos y obligados miembros de la democracia estadounidense, un exponente de la misma, el representante Eustis, decía: "Soy uno de los que creen que no es posible injertar bruscamente los principios de la libertad en un pueblo acostumbrado a un régimen de sesgo totalmente opuesto. El pueblo que se encuentra en esas condiciones debe acercarse gradualmente a la libertad. Creo que en el momento actual carecen totalmente de condiciones para el ejercicio de la misma." Un siglo más tarde el presidente McKinley se lamentaba de que los filipinos, que se habían alzado contra España para alcanzar su independencia, tuviesen ahora que quedar bajo el dominio de los Estados Unidos por su incapacidad para el ejercicio de la democracia y la libertad. La enmienda Platt impuesta a Cuba, al lograr su emancipación de España, así como otras obligaciones impuestas a otros pueblos en el Caribe, seguirían siendo el eco de esta actitud nacida en los mismos inicios de la independencia de los Estados Unidos. La nación que había lanzado la Declaración de Independencia, que lo era también de todos los pueblos y hombres, se reservaba el derecho a reconocerla en otros pueblos cuando lo considerase oportuno, al igual que el derecho a imponer su imperialismo como promesa de una libertad que nunca llegaría, salvo por la acción de quienes tenían ahora que arrebatársela a la poderosa nación, tanto en Latinoamérica como en Asia y África. Por ello, Jefferson hablaba ya de los nuevos ciudadanos norteamericanos del Mississippi y Nueva Orleans como "conciudadanos que son todavía incapaces de gobernarse a sí mismos, como los niños".

### 17. *Destino manifiesto*

¿Cómo justificar el paternalismo? El paternalismo es propio de pueblos que empiezan por negarse a aceptar que están realizando acciones contrarias a sus principios; los principios por ejemplo que normaron su lucha para alcanzar la independencia y

que, al ser enarbolados por otros pueblos, entran en conflicto con sus intereses. Situación de conflicto que se expresa, a su vez, en la moral. Una moral que quisiera conjugar intereses materiales con principios morales. Para ello empiezan considerando sus intereses materiales como expresión de intereses más generales, aunque sean ellos los únicos beneficiarios; pero también y en función de esos intereses, a considerar sus principios como principios válidos para todos los pueblos y hombres. Todos los hombres tienen derecho a la libertad, a la libertad como máxima expresión de la dignidad humana, pero, también, a la seguridad material que hace de la naturaleza un instrumento al servicio del hombre y garantiza la libertad. Todo esto se acepta, pero condicionándolo a su posibilidad. Antes que el uso de la libertad debe alcanzarse la conciencia de la misma; antes que el goce de los bienes de la naturaleza, la capacidad para lograrlos mediante el trabajo fecundo. Los Estados Unidos, lo saben sus creadores, son un ejemplo para la humanidad respecto de la posibilidad del logro de estos dos bienes, la libertad y la seguridad material. Los forjadores de esta nación no niegan que estos bienes puedan ser logrados por otros pueblos; y no sólo no lo niegan, sino que se consideran ellos mismos como los abocados a realizar esa posibilidad a nivel universal. El éxito por ellos alcanzado es un índice, no sólo de su posibilidad en otros pueblos, sino de un designio superior, del que son ellos, por ser los primeros, los también llamados a realizarlo a nivel universal. El éxito alcanzado es una manifestación de su alto destino. Son como los hermanos mayores de la humanidad, o como los padres encargados de cuidar de que otros pueblos se desarrollen también siguiendo las vías más adecuadas y precisas. Y por ser los campeones de la libertad y la seguridad pueden ser, por este mismo hecho, sus jueces supremos; los encargados no sólo de realizarlas, sino también de enjuiciar su realización señalando la posibilidad o imposibilidad de las mismas en otros pueblos.

A tales campeones está así encomendada la tarea de hacer posible la democracia, la libertad y la seguridad en todos los pueblos; pero éstos, los que se beneficiarán con tal realización, debieran, al menos circunstancialmente, potenciar con su esfuerzo material la fuerza de sus campeones. Así, dentro de una doctrina igualitaria, se plantea la tesis que la anula, aceptándose la desigualdad entre los que han alcanzado la libertad y la seguridad y los que aún esperan alcanzarlas. La posibilidad de este logro depende de los primeros, de los que las han alcanzado, de allí su

preeminencia y la preeminencia de sus derechos sobre los que no han arribado aún a ese mundo de la libertad y seguridad. Es más, será sólo a través de esta nación, ya realizada, que todos los pueblos actuarán para extender a sí mismos esa realización. Jefferson habla así de los Estados Unidos presentándolos como "la más pura esperanza del mundo", convencido como estaba ya de que "el pueblo norteamericano era un pueblo elegido, dotado de fuerza y sabiduría superiores". Nada ni nadie podía ni debía impedir el desarrollo de esta nación que significaba también el desarrollo de pueblos que, como los Estados Unidos, aspiraban a' lograr la libertad y la seguridad. Los derechos del pueblo de los Estados Unidos y su ejercicio eran expresión de los derechos propios de toda la humanidad que, por esa vía, alcanzarían su máximo desarrollo.

"Tenemos derecho a la posesión -dice John Adams-; los intereses de la raza humana exigen que ejerzamos este derecho." Derecho ¿sobre quién? Sobre quien se oponga a su posibilidad, sobre quien impida el desarrollo de la nación que ha de hacer posible la felicidad del planeta. Derecho a la posesión, esto es, al dominio material como base para el cumplimiento de la misión que ha sido encomendada a la nueva nación. En 1850 un seguidor del "destino manifiesto" de los Estados Unidos afirmaba lo que llamaba "el derecho natural de nuestra raza a poseer la tierra, en especial Cuba" y otro, al iniciarse la expansión estadounidense fuera de América, en los principios de nuestro siglo, hablaba ya, concretamente, del "derecho natural y el destino evidente (de los Estados Unidos) a controlar el Pacífico". Derecho que, con el tiempo, conduciría a esta nación al pantano del sureste asiático, y al conflicto moral que le aqueja en nuestros días.

El destino de esta nación se hace manifiesto, no sólo por el éxito alcanzado, tal y como ya lo establecía su moral puritana, sino también por la misma geografía, vista de tal forma que no sólo el sur y el oeste americano estaban destinados a ser campo de su expansión, sino también el Caribe y de allí toda la América, para saltar de aquí a una expansión extracontinental. Geográficamente una frontera no era sino el punto de partida natural para la ampliación de la misma. Lo ya alcanzado no era sino expresión de lo que debía ser alcanzado. Así como había sido algo natural el que las tierras que bañaban el Mississippi fueran de los Estados Unidos, lo sería el que las tierras al sur y al oeste de sus primeras fronteras y que contenían riquezas necesarias para su desarrollo,

fuesen también de esta nación. Alcanzada la Luisiana, era natural que tal conquista se viese incompleta sin la Florida. "Puede afirmarse que las Floridas pertenecen a los Estados Unidos -dice un editorial de *Niles Register* en 1820-; en otras palabras, que pertenecen por derecho a quien ocupe las regiones adyacentes a Georgia, Alabama y Mississippi, pues para otras potencias carecen absolutamente de valor." Y, alcanzadas éstas, ¿por qué no Cuba y todas las Antillas? Así sucedería de inmediato una vez extendida la frontera sobre la Florida. El golfo de México estaba de esta forma destinado a ser el Mare Nostrum de los Estados Unidos, a reserva de que lo fueran todo el Atlántico, el Pacífico y todos los mares que los unen. Al sur estaba Texas. ¿Acaso no era una frontera natural el río Grande? Y con Texas todos los territorios al lado norte del gran río. España no había utilizado estas tierras, tampoco México. Tierras áridas que nada beneficiaban a una nación y sí podían y deberían beneficiar a otra. ¿No era ésta la manifestación de un destino que encaminaba los pasos de los Estados Unidos hacia el sur? Hacia el oeste el océano, el límite natural que marcaba las fronteras de los Estados Unidos. "El océano limita nuestro imperio, y las estrellas nuestra gloria", decía un expansionista de la época. En 1829 otro expansionista declaraba, no con cierta tristeza, que el río Grande había sido "designado por la mano del cielo como frontera entre dos grandes naciones de objetivos distintos".

Alcanzar este designio sería la misión del presidente Polk en 1847 agrediendo y derrotando a México. ¿Pero una vez alcanzados el océano y las riberas del río Grande se cumplía con ello el destino manifiesto de la poderosa nación? Por supuesto que no; esta expansión no era sino expresión del nuevo espíritu que llegaba a todas las naciones por vías que antes les eran ajenas. El campo de expansión, después de todo, era sobre territorios que pasarían a formar parte del mundo que había tomado conciencia de la libertad, la democracia, la cultura y la civilización. Se trataba, también, de territorios que se encontraban ya bajo un dominio y se exponían a caer en otro. "Vacíos de poder", les llamaría más tarde el presidente Eisenhower. Lo importante era saber quién debería ocupar este vacío: ¿un nuevo totalitarismo, o la nación que había alcanzado la libertad estaba destinada a hacerla posible en otros pueblos?, ¿los viejos imperios europeos, expresión de no menos viejos despotismos, como los de la Santa Alianza o la América de Adams y de Jefferson?, ¿el viejo imperialismo inglés de la era victoriana o el joven imperialismo de McKinley y Theodore Roosevelt llevando el progreso a los pueblos que tocaba?, ¿la

Rusia totalitaria -más tarde- o los Estados Unidos democráticos? Latinoamérica, desde este punto de vista, estaba destinada a ser, por la misma geografía, parte de la democrática y liberal nación estadounidense. Ya en el primer cuarto del siglo XIX los Estados Unidos hablaban de la expulsión de Inglaterra, de Norteamérica y las Antillas. Adams escribía en 1818 respecto a la disputa por la posesión de Oregón: "Si los Estados Unidos le permiten (a Inglaterra) el tranquilo goce de todos sus territorios en Europa, Asia y África... bien podemos esperar que no le parezca consecuente con una política discreta o amistosa contemplar con celos o alarma las posibilidades de extensión de nuestro dominio natural en América del norte."

Inglaterra, Francia, Europa, tenían una misión que estaban aún cumpliendo; los Estados Unidos tenían la propia, y cumplida era su programa. España había ya cumplido con su misión, al igual que Portugal. ¿Por qué no había de ocupar Estados Unidos el vacío que ellos dejaban? ¿Por qué había de ser ocupado este vacío por la Europa occidental? Los Estados Unidos estaban destinados a llevar la felicidad, la libertad y la democracia a pueblos que en América jamás las habían conocido, y las llevarían aunque se tropezasen con gente poco dispuesta como la de Nueva Orleans. Ahora bien, entre estos poco dispuestos estaba Simón Bolívar que, hablando de esta nación y sus designios ya manifiestos, escribía: "Los Estados Unidos, que parecen destinados por la providencia para plagar la América de miseria a nombre de la libertad."

#### 18. Vacío de poder y nuevas fronteras

El "vacío de poder" fue visto por los estadounidenses como un vacío de su propio estilo de vida. El estilo de vida que, en su opinión, representaba el máximo de los logros alcanzados por la humanidad. Llenar este vacío era realizar el futuro a que aspiraba toda la humanidad. El campo de expansión, de acuerdo con la idea mesiánica que tenían de su propia misión, lo representaría el mundo que, por esta o aquella circunstancia, había seguido un estilo de vida distinto del considerado como arquetipo. Otros pueblos, antes que el estadounidense, se habían sentido también abocados a realizar esta tarea de salvación de pueblos, de acuerdo con una determinada idea de la cultura, de acuerdo también con un modo de vida considerado como ejemplar. Europa, la Europa occidental, matriz de la nueva nación creada en América, se había



expandido sobre el mundo para incorporarlo a su estilo de vida, a su cultura, a su civilización y, concretamente, a los intereses de sus promotores. Inglaterra, Francia, Holanda, habían hecho del mundo no occidental un instrumento que, por sedo, lo hacía formar parte de la civilización europea, un instrumento para su propia grandeza y desarrollo. Los Estados Unidos, fruto de la tarea civilizadora sobre nuevas tierras, se sentían ahora llamados a continuar la obra que había alcanzado los límites que eran propios de la civilizadora Europa. Asia, África y América habían ya alcanzado las máximas posibilidades en la tarea allí asumida por la Europa occidental. Ahora tocaba a la América, la América resultante de este mismo esfuerzo, continuar la tarea. ¿Hacia dónde? ¿A qué tierras, a qué lugares podría marchar ahora la América para completar la labor realizada por Europa? Por lo pronto, a las tierras que los Estados Unidos consideraban dentro de su ámbito natural, al oeste y sur del continente americano. Y para que esta labor fuera posible, Europa debería desalojar cualquier dominio que mantuviese sobre esta parte de América. Ya su tarea había terminado en esta zona del mundo; fruto de ello había sido la formación de los Estados Unidos de América. Era ahora a esta nueva nación a la que tocaba continuar y ampliar la obra emprendida por Europa. Pero Europa, sin embargo, ya nada tenía que hacer en esta parte del mundo.

Los Estados Unidos, llevados por la misma ambición que llevó a la Europa occidental a expandirse sobre el resto de la tierra, y dominada, se encontraban limitados por dicha expansión. El mundo estaba ya repartido en el momento en que los Estados Unidos entran en la Historia como pueblo independiente. Pero al entrar a la Historia, como pueblo ya independiente, limitaron, al mismo tiempo, el área de expansión europea. La independencia norteamericana implicó una disminución de la hegemonía europea, ya que los Estados Unidos escapaban ahora a esa hegemonía. Pero no se conformaban con escapar a ella: su misión será, también, la de establecer una nueva hegemonía. ¿A costa de quién? A costa de los propios imperios europeos. Para cumplir con su tarea civilizadora, los Estados Unidos tenían, por lo pronto, que expandirse sobre el salvaje oeste de Norteamérica; pero, también de inmediato, sobre territorios que estaban aún en manos europeas y que deberían ser entregados a manos estadounidenses.

La colonización europea en Norteamérica había terminado; la antigua Colonia tenía ahora la misión de completar la obra

emprendida. Europa tenía ahora que desalojar antiguos dominios, y los Estados Unidos que ocupar el vacío que este abandono de poder implicaba. Luisiana, Florida, Oregón, todas las tierras aún en manos de Inglaterra, Francia y Rusia, tenían que ser abandonadas y su vacío llenado por la nación que ahora tenía encomendada la tarea civilizadora. No habiendo ya nada por repartir, la nación surgida en una de las zonas que fueron objeto de reparto, iniciaba una nueva repartición. Por lo pronto había que independizar de Europa todo territorio situado en la misma Norteamérica. La primera frontera lógica, geográfica, la habían ya señalado los líderes de la primera expansión estadounidense. Al norte, hasta las fronteras de un Canadá que se disputaban Francia e Inglaterra. Al sur, hasta el río Grande, lo cual implicaba la absorción de tierras que fueron de España y que México había heredado al independizarse. Al este hasta donde el Atlántico y el Golfo, con sus aguas, detenían la primera expansión que se habían señalado los Estados Unidos.

Pero allí estaba ya el golfo de México, un mar que podría ser de la nueva nación. Hacia el oeste, hasta las aguas del océano Pacífico, y hacia el cielo, decían, los límites que señalaban las estrellas. He aquí la primera gran frontera. La primera, porque los ríos, los mares y las estrellas venían a ser, más que un obstáculo, un estímulo para un futuro inmediato.

Decía Adams, justificando las primeras expresiones de esta expansión: "...el mundo debe familiarizarse con la idea de que el continente norteamericano es nuestro dominio propio". ¿Pero sólo el continente norteamericano? En varios lugares se habla ya, sin más, del continente americano. ¡Claro es que Americana era esa parte de América a la que la misma Europa, en nuestros propios días, llama América, esto es, los Estados Unidos! Pero el río Grande, por lo que se refiere al sur, no podía significar un obstáculo a la ambición mesiánica de los Estados Unidos. Después de todo, se trataba de zonas de dominio que una potencia europea, España, se había visto obligada a abandonar. ¿Para qué? ¿Para que entrasen en ellas la anarquía y la barbarie? Ocupar este vacío era ya, no sólo una posibilidad, sino una obligación, la que el "destino manifiesto" de los Estados Unidos señalaba a esta nación.

John L. Sullivan, en 1840, en un editorial que llamó la atención porque en él se habló por primera vez del destino

manifiesto de los Estados Unidos, escribió que "el Dios de la naturaleza había preestablecido la incorporación a Estados Unidos de Oregón y de todos los restantes territorios continentales". El presidente Polk, en nombre de este destino, pasaría el río Grande para incorporarse no sólo Texas, sino también toda la República Mexicana en 1847. Como explica Albert K. Weinberg, la lógica de esta aseveración conduciría, no sólo a la ocupación del territorio americano hasta Panamá, sino hasta el mismo cabo de Hornos, sólo que, en aquel entonces, se trata de una pretensión que no se podía llevar aún a sus últimas consecuencias. Una extensión de poder, así concebida, era considerada por lo pronto como un absurdo. Esta misma consideración salvó a México de ser una estrella más de la bandera de los Estados Unidos. D esta nación no se quería, por lo pronto, sino aquella parte de su suelo que los mexicanos con su indolencia se habían mostrado incapaces de hacer fructificar. "- Nada con sus hombres, nada con sus pueblos que al no poder ser exterminados, como pedía Walt Whitman, contaminarían y corromperían la nobleza del espíritu estadounidense. Se trataba de regenerar el suelo y no a sus nada regenerables habitantes. Ocupar, pero no todo el vacío dejado por España, sino por 'lo pronto el vacío que la incapacidad mexicana dejaba aún en la naturaleza. El *Illinois Stage Register* de California se preguntaba en 1846: "¿Ha de tolerarse que este jardín paradisiaco yazga adormecido en su salvaje e inútil abundancia?" El senador Lewis Cass expresaba con más claridad lo que se esperaba de esta guerra: "Lo único que queremos es una porción de territorio, ocupada nominalmente por ellos [los mexicanos], prácticamente deshabitada, o apenas habitada, por una población que pronto desaparecerá o se' identificará con la nuestra." Los norteamericanos, agregaba, no deseamos "una deplorable amalgama" con el pueblo de México, ni como súbditos ni como ciudadanos. Nada con "la clase de gente -diría el poeta James Russell Lowell- que un tipo podría matar y luego no sufrir pesadillas" Esto es, mexicanos, negros, pieles rojas y, más tarde, filipinos, chinos, japoneses e indochinos.

"Todos los hombres nacen iguales", reza la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. Misión de esta nación, entre otras, sería llevar esta idea y su realización a la humanidad entera; pero ya, desde sus primeros encuentros con hombres de otras razas, otras culturas, y otras condiciones sociales, afirmarán algo que, si bien no invalida la Declaración, sí la limita a una minoría que acabará por ser la que forman los propios estadounidenses.

Todos los hombres son iguales y, por ende, con iguales derechos. Pero hay hombres, si es que se puede darles este nombre, que parecen no serlo por la diversidad de sus hábitos, sus costumbres y, lo que es peor, señalados por el color de la piel. ¿Cómo podían ser sus semejantes los bárbaros habitantes de las llanuras norteamericanas? ¿Cómo podrían serlo los negros traídos de África para hacer labor de bestias? ¿Cómo podrían serlo los mexicanos indolentes? ¿Cómo otros muchos pueblos que tampoco se parecían por su piel, sus hábitos y costumbres al blanco estadounidense? En todo caso, como afirmaba un diario que pugnaba por la guerra con México, se trataba de reptiles que había que aplastar para limpiar el Edén de alimañas dañinas. Esto es, que había que eliminar, cuando la eliminación total era posible, y, cuando no lo era, proteger, conducir, mantener el dominio como instrumento para su posible regeneración. Algunas voces anexionistas hablan también de salvar, de ayudar a pobres pueblos, frente a la corrupción que les ha conducido a la animalidad.

Destruir o subordinar, eliminar o dominar. Regenerar la tierra, cuando sus habitantes no son regenerables; o tomar la tierra para regenerar a sus habitantes. Entre una y otra justificación se moverán los Estados Unidos en su expansión. Había que llenar el "vacío de poder" sobre una naturaleza abandonada o sobre pueblos a los que no se pueda abandonar para que no se pierdan. En todo caso, una nueva expansión sobre lo repartido era el necesario fruto de otra expansión, una nueva repartición de la tierra. "En nuestras leyes e instituciones -decía el representante Duncan- parece haber algo peculiarmente adaptado a nuestra raza anglosajona, que la permite desarrollarse y prosperar, pero que provoca el decaimiento y la extinción de todos los demás. Allí donde nuestras leyes e instituciones libres han sido extendidas a los habitantes franceses y españoles de nuestro continente, estos últimos han desaparecido gradualmente o están extinguiéndose; no se trata de que se marchen, sino de que no prosperen ni se multipliquen, y, por el contrario, se reducen. Hay en ello algo misterioso; la única explicación concebible es que posiblemente esas poblaciones aptas para la civilización refinada no armonizan con las leyes liberales e igualitarias, ni con las instituciones iguales".

El modo de ser, la vida, las costumbres de los norteamericanos y sus instituciones parecen ser algo propio de

ellos; algo que sólo con ellos y entre ellos puede funcionar. Así lo consideraba el admirador de la democracia americana, Alexis de Tocqueville, cuando decía: "La constitución de los Estados Unidos se parece a esas bellas creaciones de la industria humana que colman de gloria y de bienes a aquellos que las inventan, pero permanecen estériles en otras manos. Inútiles habían sido los esfuerzos de otros pueblos en la América del sur del río Grande, para asimilar esta constitución y hacerla propia; esto no era posible. Así lo consideraba también Simón Bolívar, cuando decía: "Yo pienso que mejor sería para la América adoptar el Corán que el gobierno de los Estados Unidos, aunque es el mejor del mundo". "Se quiere imitar a los Estados Unidos -decía en otro lugar- sin considerar la diferencia de elementos, de hombres y de cosas. . . ; nuestra constitución es muy diferente a la de aquella nación cuya existencia puede contarse entre las maravillas que de siglo en siglo produce la política". Hablaban con la verdad el norteamericano, el francés y el latinoamericano; el problema se planteará cuando el norteamericano, con sus maravillosas instituciones políticas, su modo de vida, sus hábitos y costumbres, tuviera que convivir con otros pueblos, con otros hombres distintos de él. Sería entonces cuando se negarían a aceptar la diversidad como una de las expresiones de lo humano, e insistirían en que su propio modo de vida es el único modo de vida humano y que fuera de él hasta la convivencia es imposible. Podrían, es cierto, hacer como otros pueblos, como otras civilizaciones en su expansión y dominio, esto es, eliminar y acorrallar a los habitantes de otras zonas, pero siempre y cuando esta drástica solución sea posible como lo pudo ser la expansión sobre el *Far West*. Algo que fue vedado al español al establecer su dominio sobre grandes masas indígenas, así como al francés, al inglés y al holandés, al imponerse a millones de hombres de otras razas en Asia, África y Oceanía. La solución del *Far West* deja de ser serio en cuanto los Estados Unidos hacen de lo que parecían sus fronteras naturales, punto de partida para establecer otras fronteras, cuando pasan el río Grande y los océanos, y cuando tratan de llenar el "vacío de poder" de viejos imperios como el español y el portugués, o el de imperios modernos como los formados por la Europa occidental en el mundo.

Los Estados Unidos tendrán que adoptar aquí otra doctrina, buscar otra justificación, la que permita conciliar su natural afán de dominio con sus ideas sobre la dignidad humana y la libertad de los pueblos, cuando otros pueblos reclamen para sí lo

que los estadounidenses, pensando sólo en sí mismos, proponen como algo propio, y no de todos los pueblos y hombres. Exigencia que acabará por frenar o al menos hacer injustificable el imperialismo en nombre de la libertad. Será cuando "la clase de gente que un tipo podría matar y luego no sufrir pesadillas" se convierta en pesadilla moral, mostrando al prepotente hombre del nuevo imperio su propia miseria, una miseria que le rebaja a la más extremada inhumanidad. Todo esto advendrá en la medida en que los Estados Unidos, al expandirse, tengan que convivir, aunque sea combatiendo, con otros hombres; con hombres como ellos, distintos, con su personalidad, con su modo de ser intransmisible, sin que por ello dejen de ser hombres, sino todo lo contrario, como una expresión máxima de esa su humanidad. Expandiéndose tendrán que empezar a aprender que existen otros hombres, los hombres sin más, y que ellos mismos no son sino una expresión del hombre y no el hombre por excelencia.

#### 19. Más allá del *Far West*

A lo largo del siglo XIX los Estados Unidos han realizado la primera etapa de su expansión sin remordimientos. Expansión por tierras habitadas por bárbaros nómadas, o deshabitadas como las arrebatadas a México. Las fronteras, en esta primera etapa, serán alcanzadas por sus tenaces hombres fundando nuevas ciudades a lo largo de la enorme extensión que es ahora la metrópoli del nuevo imperio. Los realizadores de esta primera etapa expansiva vieron siempre, con gran temor, la posibilidad de traspasar lo que consideraban sus fronteras naturales. Ir más allá era tentar a Dios, arrogarse un destino que sentían, pero del cual no estaban aún muy seguros. En este más allá, se encontraban otros pueblos, pueblos con otras costumbres, con otras ideas de la vida que iban a chocar con las propias. Más allá, la conquista implicaría la posibilidad de conflictos internos, acaso morales, que los puritanos estadounidenses querían evitar.

Cierto es que para una nueva expansión se encontraba este pueblo armado de buenas justificaciones; como la de "ampliar el área de la libertad". Pero era más fácil ampliada por desiertos o sobre pueblos que apenas resistían que por zonas muy pobladas. Por ello, si bien consideraban que una buena frontera para el crecimiento de esta área podría llegar hasta Panamá, los estadounidenses se cuidaban de entrar en áreas, densamente

pobladas por otro tipo de hombres, con sus costumbres y su propio modo de vida que, acaso, corrompiese el que ellos encarnaban. Lo importante, por lo pronto, era establecer fronteras capaces de resistir el posible embate del absolutismo europeo. Tal era, en los años anteriores a la guerra por Texas, la idea de la expansión, como lucha de la libertad contra el absolutismo, la de los Estados Unidos contra la absolutista Europa. En esta lucha era de gran importancia adquirir bases estratégicas que permitiesen a la liberal nación, no tan sólo resistir, sino también poder lanzarse a la ofensiva para impedir sorpresas contra su seguridad que era, también, la seguridad de la misma libertad. "Cuando un norteamericano -dice Weinberg- hablaba de ampliar el área de la libertad tenía presente no sólo una mayor libertad para los norteamericanos, sino también mayor libertad por medio de los norteamericanos." Una idea muy importante, ya que con ella tratarán también de justificar sus primeros intentos de expansión en zonas ya conflictivas, densamente pobladas por otros hombres. La libertad sí, pero con estadounidenses y por estadounidenses y, en primer lugar, para los propios estadounidenses.

Pero un buen día, sin embargo, el área de expansión tendría que salirse de los límites que se consideraban como naturales. "Somos grandes y, casi me da miedo decirlo -decía Calhoun en 1817- crecemos rápidamente." Pero un crecimiento con características distintas al de otros pueblos. Otros pueblos, decía Frederick Jackson Turner, al expandirse lo han hecho sobre un área limitada, o sobre otros pueblos con sus propias formas de vida. Este encontrarse con pueblos ha obligado a esas naciones a adaptar su modo de ser, su vida, a un modo de ser con el cual necesariamente han de convivir. No así los Estados Unidos, que alcanzaron la primera fase de su expansión sobre un auténtico vacío, vacío no sólo de poder, sino de toda civilización. Sus normas y leyes no tenían que ser adaptadas a la realidad con la que se iban encontrando, sino sobre sí mismos, sobre sus propios hombres, sobre sus pasiones, sobre la propia violencia que tenía como única meta la posesión de tierras, el oro a conquistar y las múltiples riquezas imaginadas al alcance el más apto, del mejor, en una larga competencia que duró poco más de un siglo. La conquista del oeste originó un tipo de hombre que no sabía sino de sus propios conflictos y que poco luchó para entender los de otros hombres, los de otros pueblos.

"El desarrollo americano -dice Turner- no ha representado meramente un adelanto a lo largo de una línea única, sino un retorno a condiciones primitivas en una línea fronteriza continuamente en movimiento hacia adelante, con un nuevo desarrollo en esa zona. El desarrollo social americano ha estado recomenzando continuamente en la frontera." Una frontera en movimiento conducida por hombres que no tenían que dar a nadie cuenta de sus actos, salvo a su conciencia, de acuerdo con la idea que sobre el bien y el mal tenían. Actos que no sólo otras conciencias semejantes, las de los mismos estadounidenses, podían limitar. Es éste el fondo de la conquista del oeste, con sus leyendas y glorias, primera etapa del crecimiento de los Estados Unidos. Un mundo de aventureros, que lo mismo sirven de matones que de comisarios; el mundo de los cazadores de cabelleras; el mundo en el que triunfan los más aptos en el uso rápido de las armas. Es Turner el que llamaba la atención sobre este mundo en 1893, publicando un trabajo en el que mostraba cómo en esta primera etapa de la historia de los Estados Unidos se había perfilado el hombre que se sentía ya abocado a una nueva aventura. "El resultado es que el intelecto americano debe a la frontera sus notables características. Esa rudeza y fortaleza combinada con la agudeza y la curiosidad, esa disposición mental práctica e inventiva y rápida en hallar expedientes; esa magistral captación de las cosas materiales, privada de sentido artístico, pero poderosamente eficaz para conseguir grandes fines..., ese dominante individualismo que labora para bien y para mal." Ahora bien, esta primera etapa ha terminado. "Cuatro siglos después del descubrimiento de América -dice Turner-, al cabo de cien años de vida constitucional, la frontera ha desaparecido y con su desaparición se ha cerrado el primer período de la historia americana."

El primer período ha terminado, y con él termina el siglo XIX y el hombre que tenía ir más allá de sus fronteras naturales, ahora ahora ir más lejos. Pero ¿está preparado para ello? "Sería un mal profeta -sigue diciendo Turner- quien afirmase que ya ha cesado enteramente el carácter expansivo de la vida americana. El movimiento ha sido un factor dominante, y a no ser que este entrenamiento no tenga efecto alguno sobre un pueblo, la energía americana seguirá exigiendo constantemente un campo más amplio de ejercicio." Pero ¿volverá a ser lo mismo? ¿Se presentará el mismo horizonte de acción en que se forjó el espíritu expansivo del norteamericano? "Nunca volverán a presentarse -sigue Turner-

esos dones de tierras libres. Por un momento, en la frontera se rompen los vínculos consuetudinarios y triunfa la libertad desenfrenada. No hay *tabula rasa*." La libertad de acción estará ahora limitada por los pueblos que tendrán que recibir los embates de la nueva etapa del expansionismo estadounidense. El mundo que ahora, al finalizar el siglo XIX, empieza a pensar que debe ser también norteamericano, no es ya el *Far West*. El alma americana tiene que entrar en contacto con otras almas, almas que exigirán el reconocimiento que para su propia alma exigía el estadounidense. Alcanzada la primera frontera natural se abrirá a la nueva nación una frontera más amplia. Otras naciones habían ya marchado hacia esta frontera. ¿Estarían los Estados Unidos dispuestos a quedarse fuera del horizonte de esta acción? Por supuesto que no. Por ello, cuando los Estados Unidos alcanzaron "su primera frontera natural, la persecución constante de ese espejismo equivalía a la búsqueda de los límites del espacio infinito." Ni los mares ni las estrellas podían ser ya una frontera límite. El destino manifiesto señalaba hacia la mayor gloria de la nueva nación. "El dedo de Dios -decía Robert Winthrop- jamás apunta en dirección contraria a la extensión de la gloria de la República."

## 20. Más allá de los mares

¡Las fronteras naturales como límite de la expansión norteamericana! Pero, ¿cuáles eran los límites de estas fronteras? Se había sostenido que eran los mares, circunstancialmente algunos ríos, como el que separaba ya a los Estados Unidos de México. Sin embargo, no faltó quien sostuviese, desde principios del siglo XIX, y hasta antes, que existían tierras, apenas separadas por pequeños trozos de mar, como Cuba y otras islas en las Antillas, que, por naturaleza, deberían pertenecer a los Estados Unidos. En todo caso, avanzadas de tierra en los mares que deberían ser de esta nación para la seguridad y garantía de los valores que su existencia implicaba.

John Quincy Adams sostenía en 1823 que Cuba está predestinada geográficamente a ser territorio estadounidense y, con ella, otras islas en las Antillas. "Debido a su posición local estas islas son apéndices naturales del continente americano -decía- y una de ellas, Cuba, situada casi a la vista de nuestras costas, por una multitud de razones se ha convertido en objeto de trascendente importancia para los intereses políticos y comerciales

de la Unión." y Alexander Everett, ministro norteamericano en España afirmaba: "Siempre creí, y entiendo que es también la opinión general en los Estados Unidos, que esta isla constituye en realidad un apéndice de las Floridas." Las millas que había de mar, entre Cuba y los Estados Unidos, no desalentaban las pretensiones de quienes veían en la misma un apéndice de esa nación. No faltando justificaciones, como la de Seward, que afirmaba en 1859 que "cada piedra y cada grano de arena de esa isla fueron arrastradas desde el suelo americano por el flujo del Mississippi y de los restantes estuarios que desembocan en el golfo de México."<sup>39</sup> Por ende era tierra que formaba parte del territorio de los Estados Unidos. Aceptado esto, toda una cadena de islas, vecinas las unas de las otras, como Santo Domingo, Puerto Rico, etc., se presentaba a la vez como prolongación natural de la nación norteamericana. España estaba ya de más en esta región, como lo había estado en Luisiana y las Floridas; pero también lo estaban otras naciones europeas, Inglaterra, Francia y Holanda, que tenían posesiones en el golfo de México, en un mar que debería ser, por razones semejantes, estadounidense.

El mar no era ya una frontera natural, como lo habían considerado los próceres de la independencia estadounidense; todo lo contrario, sería un instrumento para la ampliación del ámbito de posibilidad de esta misma independencia. Unas cuantas millas no podían significar un obstáculo. Es más, estos mares, sus aguas, lejos de ser una barrera, un obstáculo, iban a transformarse en un nexo, en un instrumento de comunicación que permitiría a la gran nación acercarse y anexionarse territorios más allá de sus fronteras terrestres. La geografía se iba ampliando. En el mismo Pacífico, en un punto casi intermedio entre Asia y el continente americano, se encontraban unas islas, las Hawai. ¿Cómo podrían ser también estos lejanos trozos de tierras fronteras naturales de los Estados Unidos? Por la cercanía. ¿La cercanía a qué? Cercanía a los Estados Unidos en relación con otras naciones. Las Hawai estaban más cerca de los Estados Unidos que de las posesiones de otras potencias. El almirante Belknap escribía en 1893: "Ciertamente parecería que la naturaleza creó ese grupo para que en definitiva fuese ocupado como puesto avanzado, por así decirlo, de la gran República que se alza en su límite occidental, y ahora ha llegado el momento de realizar ese designio." Y el representante norteamericano Henry agregaba: "Las queremos porque se encuentran más cerca de nuestro territorio que de cualquier otra nación." Se iba a repetir la forma de avance



que Turner había descrito al hablar de la conquista del *Far West*: la frontera límite, al ser alcanzada, se convertía en un punto de partida hacia otra frontera, en una marcha que se presentaría como interminable, hasta que abarcase toda la tierra y, a partir de ella, la misma Luna, el planeta más cercano de la nación transformada en mundial, para continuar, de ser posible, por todo el sistema planetario. Por lo pronto, sin embargo, al finalizar el siglo XIX, los pioneros norteamericanos se conformaban con territorios que consideraban "cercaños a sus fronteras".

Pero allí estaban ya, cercanas a las posesiones de Hawai, otras islas, las Filipinas. La cercanía de las Filipinas al continente asiático y sus dueños, no era un obstáculo para las pretensiones norteamericanas. Los Estados Unidos necesitaban para su seguridad y para la seguridad de sus ideales, la posesión del Caribe y un punto muy avanzado en el Pacífico que se consideraba debería serlo no sólo Hawai, sino las mismas Filipinas. Por un lado, habría que desplazar a la decadente España, y, de ser posible, a los autoritarios imperios europeos de la zona del Caribe, pero se tendría que marchar también hacia el sur, hacia esa zona en que las aguas de los dos océanos, el Atlántico y el Pacífico, tendrían que unirse para permitir a la gran nación utilizar un territorio que serviría de nexo en sus posesiones en los océanos. Allí estaba, entonces, Panamá, pero ¿y por qué no el cabo de Hornos? Nada era ya ajeno a los hombres que habían conquistado el *Far West* y ahora, al terminar el siglo XIX, se preguntaban por qué no podrían ir más lejos, ¿Por qué no habían de tomar parte en la tarea civilizadora que se habían arrogado Inglaterra, Francia y Holanda? ¿Por qué no hacer un reajuste de esta tarea? ¿Por qué no un nuevo reajuste del mundo? ¿Por qué los Estados Unidos no habían de ser cabeza de un imperio que abarcase ya toda la tierra?

El senador Henry Cabot Lodge, haciéndose eco de los ambiciosos sueños de los hombres que habían dominado las praderas de los Estados Unidos de mar a mar y habían creado una fuerte nación, decía: "Desde el río Grande hasta el océano Ártico no debía haber más que un país y una bandera...; en interés de nuestro comercio. . . debíamos construir el canal de Nicaragua y, para proteger dicho canal y mantener nuestra supremacía comercial en el Pacífico, deberíamos controlar las islas Hawai y mantener nuestra influencia en Samoa." Pero había algo más: había también que prever la defensa de la nación de un posible ataque. El enemigo era, ahora, Europa, las potencias europeas.

Potencias con bases cercanas a los Estados Unidos. De allí la necesidad de tener, también, un conjunto de bases capaces de contrarrestar el peligro que implicaba la cuña europea en territorio considerado como de Norteamérica. "Inglaterra -dice Cabot Lodge- ha sembrado las Antillas de plazas fuertes que son una amenaza constante a nuestra navegación atlántica. Debiéramos tener en aquellas islas al menos una fuerte estación naval, y cuando el canal de Nicaragua esté listo. . . Cuba será una necesidad. . ." Pero había algo más. No se trataba sólo de estar a la defensiva, sino también de actuar, de actuar como lo habían hecho ya otras grandes naciones llevando al mundo los frutos de su civilización, de su progreso.

Y esto deberían hacerlo los Estados Unidos antes de que fuese demasiado tarde, antes de que se cerrasen las zonas posibles de expansión. "Los tiempos modernos tienden a la consolidación; los Estados Unidos pertenecen al pasado y no tienen porvenir. Las grandes naciones están absorbiendo rápidamente -dice el senador Lodge-, para su defensa actual y futura expansión, todos los espacios libres de la tierra. Es un movimiento en bien de la civilización y del progreso de la raza. Como una de las grandes naciones del mundo, los Estados Unidos no pueden apartarse de este camino."

"Quieran o no -decía por los mismos años el marino A. T. Mahan-, los norteamericanos han de empezar a mirar hacia afuera." En el mismo sentido hablarán varios jóvenes republicanos como Albert J. Beveridge y Theodore Roosevelt. El *Post* de Washington resumía esta filosofía expansiva diciendo: "Una nueva conciencia parece haberse revelado entre nosotros: la conciencia de la fuerza; y con ella un nuevo deseo: el de hacer gala de ella." Al terminar el siglo XIX, los Estados Unidos se preparaban a entrar en el XX, unidos, fuertes y, por lo mismo, ambiciosos. Las primeras fronteras, las consideradas como naturales, estaban alcanzadas, pero hacia el sur y hacia los dos grandes océanos se alzaban otros territorios. Territorios que deberían ser *liberados* de esta o aquella dominación. El *Post* hablaba de este despertar con mayor franqueza, ya sin las limitaciones morales con que el puritanismo venía encubriendo las ambiciones del imperio que crecía: "Ambición, interés, hambre de tierra, orgullo, la mera alegría de luchar; sea lo que fuere -decía- estamos animados por una nueva llama. Nos enfrentamos a un extraño destino. El sabor del imperio está en la boca del pueblo, como el sabor de la sangre en la selva."

Significa una política imperial: la república renaciente ocupando su puesto entre las naciones armadas. "

Los norteamericanos, sin embargo, se resistirían a ser considerados como imperialistas y a construir un imperio, al menos con el sentido que se daba a esta forma de dominio. Aspiraban a crear un imperio, pero un imperio que fuera solicitado, pedido y aceptado por quienes sufrieran su hegemonía. Un imperio no sólo material, sino también moral, el cual decidiese no sólo por los intereses de sus creadores, sino también por los intereses de quienes fuesen subordinados al mismo y de conformidad con ellos. Y de no ser esto posible, sin esta conformidad, pero con la conciencia tranquila. Imponerlo con la seguridad de que era esto lo que mejor convenía a pueblos que aún no estaban maduros para decidir por sí mismos, por cuenta propia.

Al terminar la primera década del siglo XX, los Estados Unidos se encontrarían ya con un imperio que habría aún de crecer en el futuro. En sus esfuerzos habían alcanzado numerosas tierras que formaban ahora territorios cuyos habitantes eran encaminados al supuesto logro de la libertad. El despótico imperialismo europeo había sido ya desalojado de diversos lugares; el continente de la libertad se encontraba no sólo protegido, asegurado, sino también dueño de bases desde las cuales podría tomar la ofensiva para ampliar su área, o correr en ayuda de los pueblos, o al menos de los gobiernos que la solicitasen. Morison y Commager resumen esto diciendo: "Cuando después de una década de luchas y agitación, las cosas se apaciguaron, los Estados Unidos se encontraron con un rango de potencia mundial, poseedores de territorios en Puerto Rico, Hawai, Midway, Guam, Tutuila y las Filipinas, ejerciendo el protectorado sobre Cuba, Panamá y Nicaragua y dueños de intereses e influencias en el Lejano Oriente."

## 21. Expansión y conflictos morales

"Después de una década de luchas y agitación." ¿Luchas entre quiénes? ¿Agitación realizada por quién? Al iniciar la construcción de un imperio transterritorial, los Estados Unidos se tropezaron con el espectro a que tanto temía su puritanismo: el moral. Como ya veíamos, no era lo mismo expandirse sobre tierras áridas, abandonadas, dominando a nómadas incultos, que hacerlo sobre pueblos ya establecidos, con una cultura que, por diferente

que fuese, era una expresión concreta de lo humano; una expresión del hombre del que el estadounidense se consideraba abanderado. El pretexto para la nueva expansión lo daría la ya ambicionada Cuba. El pueblo cubano había decidido seguir el camino de sus hermanas hispanoamericanas en el continente, esto es, independizarse de la tiranía española. Cuba, con Santo Domingo y Puerto Rico formaban los últimos baluartes del imperialismo español en la América, como las Filipinas lo eran en el oriente. No era ésta la primera vez que los cubanos se alzaban contra el opresor español. Entre 1868 y 1878, una cruel guerra había ensangrentado la isla de Cuba. Una guerra que perdieron los patriotas ante la indiferencia de sus vecinos norteamericanos, que no consideraron oportuno intervenir para dar la ayuda que en vano había pedido ese pueblo en nombre de la libertad. Todavía quedaba en el oeste norteamericano mucho por asimilar; no era aún el momento oportuno. Oportuno podría ser para los insurgentes, pero no para los abanderados de la libertad. Pero en 1895 se iniciaba otra guerra libertaria. Entre esta fecha y 1898 la opinión pública sería preparada para la intervención que ahora sí interesaba a los Estados Unidos. La situación seguiría siendo la misma de la década anterior de guerra en Cuba, sólo que ahora el ansia de gloria y el deseo de expansión estaba ya en los labios del nuevo imperio.

En 1873, los tripulantes de un barco, el *Virginia*, habían sido asesinados durante la revuelta cubana; pero ni esto ni otras atrocidades cometidas por los españoles en la isla habían conmovido a los estadounidenses. Pero en 1898 otro barco, el *Maine*, hacía explosión frente a La Habana; la histeria bélica brotó de inmediato y con ella el pretexto para declarar la guerra a España para vengar la afrenta y ayudar al pueblo cubano a lograr su buscada libertad. Theodore Roosevelt había escrito: "La sangre de las víctimas del *Maine* exige una indemnización adecuada al volumen del caso, que sólo puede consistir en echar a los españoles del Nuevo Mundo." En acciones rápidas, los estadounidenses derrotaron a los españoles, destruyendo su flota. Los cubanos se encontraban de pronto libres de España, pero no de los Estados Unidos. La enmienda Platt sería el símbolo del nuevo dominio. Pero junto con sus posesiones en las Antillas: Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, España perdería también sus posesiones en el Pacífico: las Filipinas. Allí, como en Cuba, otros patriotas luchaban también para sacudirse el dominio hispano, pero sólo para caer, sorpresivamente, bajo otro dominio. Los Estados

Unidos, en guerra con España, destruirían, también, a la flota española del Pacífico en la bahía de Manila. El jefe de la insurrección, Aguinaldo, tomará la capital, pero seguido por los *marines* estadounidenses, que arrancaban banderas insurrectas y ponían en su lugar la de las barras y estrellas. Por ello, Aguinaldo, al poco tiempo, se lanzará otra vez a la insurrección en la selva, para enfrentarse a los nuevos dominadores. Así, al terminar el siglo, surgirá un nuevo imperio con base en las Antillas y en el Pacífico. Pero un imperio que se negará a reconocerse como tal, y a ver su acción como una acción simplemente imperialista.

La opinión pública había sido movilizada para el éxito moral de esta acción en nombre de la afrenta del *Maine*, y en nombre también de la libertad que merecían alcanzar cubanos y filipinos. Theodore Roosevelt se presentará como un nuevo paladín, como el caballero sin tacha, como el Bayardo de la libertad cubriéndose de gloria, a caballo al asaltar una colina cubana. En el otro extremo, los *marines* estadounidenses marchaban también tras de Aguinaldo, para expulsar a los españoles de las Filipinas. Todo ello parecía realizar los sueños de la nación estadounidense, que había sido la primera en enarbolar la bandera anticolonial en 1776. Pero todo esto cambiará cuando el gobierno estadounidense se niegue a entregar las Filipinas a los insurrectos y, por el contrario, los combata; igualmente cuando obligue a los cubanos y a los dominicanos a aceptar un estatuto que significaba nuevo dominio y se niegue a salir de estas tierras, quedándose, como en Puerto Rico. Por ello, algunos de los líderes del movimiento expansivo hablarán ya, sin ambages, de imperialismo y de un nuevo reparto del mundo. A la opinión pública norteamericana llegarán; sin embargo, noticias de barbarie, de campos de concentración y de persecuciones, realizadas por las tropas norteamericanas sobre los patriotas, que poco se diferenciaban de las ejecutadas por España en las Antillas y Filipinas. Muchos años más tarde: otras noticias semejantes con respecto a otras zonas del mundo como Vietnam, estremecerán igualmente a la opinión pública de los Estados Unidos.

¿Era éste el camino, la misión señalada por los Washington los Jefferson y todos los padres de la patria? ¿Los Estados Unidos, que se habían enfrentado al imperialismo europeo, iban ahora a crear un imperialismo semejante? Hemos hablado ya, entre otras cosas, sobre la necesidad que los Estados Unidos tenían de anexarse Cuba; pero siempre y cuando fuese por

voluntad clara de sus habitantes, cuando éstos pidiesen formar parte del territorio de la libertad y del ejército que la iba a hacer posible en el planeta. El presidente McKinley, en un mensaje de diciembre de 1897, había dicho refiriéndose a Cuba que "no podría pensarse en una anexión por la fuerza. Esto, según nuestro código de moralidad, sería una agresión criminal." Y, respecto a Filipinas, se preguntaba: ¿cómo abandonar este lejano lugar, aunque cercano a los Estados Unidos, para que fuese ocupado por otra potencia? ¿Cómo dejar a ese pueblo abandonado para que cayese en nueva esclavitud? "Las Filipinas -dice el presidente estadounidense de la Comisión de Paz en esta región- se encuentran sobre una base diferente. La presencia y el éxito de nuestras armas en Manila nos imponen obligaciones que no podemos desconocer." Existen fuerzas incontrolables, destinos, que forjan la acción de los hombres y pueblos, que no pueden eludirse. Los Estados Unidos no podían escapar a las obligaciones que su triunfo había originado. "La marcha de los acontecimientos rige y gobierna las acciones humanas -sigue diciendo el presidente de la Comisión-. No podemos ignorar que, sin deseo ni propósito de nuestra parte, la guerra nos ha traído deberes y responsabilidades a que hemos de hacer frente como corresponde a una gran nación." Pero había algo más, algo que se daba también dentro de estas obligaciones ineludibles. "Nuestra tenencia de las Filipinas lleva consigo oportunidades comerciales a las cuales el hombre de estado norteamericano no puede ser indiferente." Esto es, la posibilidad pura y simple de un imperio; el dominio en beneficio de la nación que lo estaba haciendo posible. La posibilidad del desplazamiento de imperios ya caducos y la formación de uno más poderoso, extraordinario, nunca visto en la historia. Pero el alma norteamericana tenía, sin embargo, que adecuar esta posibilidad a la ya vieja idea que *sobre* su espíritu liberal, democrático y humanista, tenía de sí mismo el estadounidense.

Será este espíritu liberal el que se resista de inmediato a una acción que se encontraba inconciliable con sus ideales. Los Estados Unidos no habían sido creados para llenar al mundo de vergüenza y de atrocidades como lo hicieron otros poderosos pueblos en la historia. La fuerza de la nueva nación debería descansar, por el contrario, en una idea de generosidad para dar al mundo entero la libertad y bienestar que esta nación ya había alcanzado. Por ello, no era lo mismo dominar la pradera vacía, que naciones pobladas con hombres que, quiérase o no, eran

semejantes a los norteamericanos. McKinley -decía Mark Twain- hace "el juego europeo" y sigue el camino que los Estados Unidos habían repudiado en su revolución. Lo que se hace es pura y simplemente piratería. Por ello Mark Twain propone que la bandera se cambie y deje de ser de barras y estrellas; que tenga ahora "las rayas blancas pintadas de negro y que las estrellas sean substituidas por cráneos y tibias." El joven poeta William Vaughn Moody, en su *Oda en tiempo de vacilación*, apelaba al pueblo para que reconsiderase el camino que estaba tomando, y siguiese, por el contrario, el camino de sus mayores, de los que fueran sus libertador es. "No hemos caído tan bajo. Somos dignos hijos de nuestros padres. ¡Sépanlo nuestros guías! . . . Os exhortamos, a vosotros los guías, para que no permitáis en su nobleza ni sombra de una mancha. No comprometáis en pillajes los triunfos de su nuevo mundo. Una sola hoja arrancada, para comercio, de los laureles de su bendita gloria, una brizna de su conquista puesta en venta, y la implacable república pedirá. . . que vengamos airados el insulto. ¡No tentéis nuestra debilidad, nuestra codicia!" El partido demócrata tomará también esta bandera, en 1900, como instrumento político para vencer al republicano McKinley en su reelección. El pueblo de los Estados Unidos no podía dejar atrás la gloria; como abanderados de la libertad, no podían renegar- de sus mayores. El programa demócrata aprobado decía: "... todos los gobiernos instituidos entre los hombres derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; que todo gobierno no basado en el consentimiento de los gobernados es una tiranía, y que imponer a un pueblo un gobierno de fuerza es sustituir los métodos republicanos por los métodos imperialistas."

Otra vez la palabra imperialismo: imperio, poder, dominio. Sin embargo, las elecciones darán un aplastante triunfo al republicano McKinley. Después de todo, el imperio sonaba feo, era molesto moralmente, pero también cómodo materialmente: Los Estados Unidos asimilarán rápidamente la contradicción interna. Volverán a encontrar razones puritanas que pondrán paz en su alma sin renunciar a sus cada vez más crecientes intereses. Un desgarramiento más hondo vendrá décadas más tarde, un desgarramiento que no sabemos si, como éste de sus inicios imperiales fuera del continente, o el que pudo provocarles la anexión de territorio mexicano en 1847, podrá también ser asimilado. ¿Después de todo -se preguntarán estos hombres-, estaba el mundo capacitado para formar un conjunto de naciones semejantes a la que era ejemplo de democracia y libertad? ¿No

tendría que ser misión de los Estados Unidos el llevar este modo de ser, este espíritu, al resto del mundo, le gustase o no? El bálsamo moral para esta primera gran experiencia que significaba dominar a otros hombres, dominar a otros pueblos, en nombre precisamente de la libertad, la daría el propio presidente McKinley al referirse al caso más espinoso, más difícil, el que hacía que algunos estadounidenses considerasen que estaban tripulando una nación de piratas: la anexión de Filipinas. "Una noche -decía a sus hermanos metodistas- me hice estas reflexiones: primera, que no podíamos traspasarlas a Francia o Alemania, nuestras rivales comerciales en oriente, lo cual constituiría un descrédito y un mal negocio; segunda, que no podíamos devolverlas a España, pues esto sería cobarde y deshonesto; tercera, que no podíamos abandonarlas a sí mismas, ya que no estaban preparadas para gobernarse y pronto caerían en la anarquía y el desorden, en peores condiciones que bajo la dominación española; y cuarta, que no había más remedio que tomarlas todas y educar a los filipinos y cristianizarlos." ¿Qué otra cosa se podía hacer por estos hermanos en Cristo abandonados a un destino incierto? Concluidas estas cristianas reflexiones, nos dice McKinley, ". . . me fui a la cama, me puse a dormir, y dormí profundamente".

## Capítulo 5 LATINOAMÉRICA Y EL ANTI-IMPERIALISMO

### 22. *El nuevo imperialismo inicia su marcha*

El profundo sueño, signo de la conciencia tranquila que sobre sus actos tenía la poderosa nación estadounidense, lejos de dar confianza a los latinoamericanos, aumentó su alarma. Para ellos el sueño se iba transformando en pesadilla. Al tranquilo sueño de McKinley contestaba José Enrique Rodó con una advertencia y la demanda para que esta América, la latina, que se encontraba bajo el signo de Ariel, se fortaleciese. Con el apacible sueño de McKinley y la demanda de Rodó se inicia el siglo xx. La América latina se preparaba a abandonar sueños y esperanzas inútiles, La *nordomanía* de que hablaba Rodó sólo había originado nuevas subordinaciones, había forjado nuevas cadenas. Esta América no era lo que habían pretendido que podría llegar a ser, Sarmiento entre otros: los Estados Unidos de la América del Sur. La poderosa nación que había sido modelo, en un siglo de luchas por decidir el futuro de Latinoamérica, se había transformado en un coloso de apetito insaciable. Nada se podía esperar de esta nación para alcanzar el desarrollo de las naciones al sur de sus fronteras. Esto ya lo había visto con gran claridad Simón Bolívar: nada que no hicieran los latinoamericanos por sí mismos les sería hecho por otros. En vano el mexicano Justo Sierra proclamaba la necesidad de formar, por medio de la educación positivista, hombres prácticos, semejantes a los norteamericanos. Vano había sido el intento de hacer de los mexicanos y latinoamericanos en general, los "yanquis" del sur. Los latinoamericanos seguían siendo latinoamericanos y los yanquis, yanquis.

Estos, los yanquis, sin renunciar a su modo de ser, a su estilo de vida, iban imponiendo y ampliando sus posibilidades de fuerza y poderío. La educación positivista en Latinoamérica sólo había originado oligarquías, más empeñadas en mantener el *status* de sus intereses, que el logro del progreso material que había hecho la grandeza de los Estados Unidos. Un *status* que en nada se distinguía, respecto a sus orígenes, del que había creado la Colonia. Los viejos *cuerpos* de intereses, a los que se habían agregado algunos nuevos, nada querían saber de cambios que alterasen estos intereses. La burguesía que decían haber formado, no era sino una caricatura de la auténtica burguesía a la que servían fielmente para mantener sus propios y subordinados

intereses. La América latina, lejos de encontrarse formada por un conjunto de naciones fuertes, lo estaba por grupos de intereses que se contentaban con que no se alterasen sus canonjías. Eran dueños de tierras, pero tierras que estaban destinadas a ser dominadas por hombres que se presentaban ya como más hábiles y capaces. Tierras para hombres que se sabían predestinados a realizar tareas para las cuales los indios, españoles, criollos y mestizos habían sólo mostrado incompetencia en sus ya largos años de historia. ¿Qué otra cosa podrían hacer, entonces, los poderosos vecinos del norte sobre sus abandonados hermanos en Cristo? Nada que no fuese llenar el "vacío de poder". Aunque para llenar este vacío se tuviese, inclusive, que tomar decisiones como la tomada en las Filipinas. Bastaba un protectorado que garantizase a los grupos oligárquicos que sus intereses no serían alterados, a condición de que ellos se cuidasen, a su vez, de que no fuesen alterados los de la nación norteamericana empeñada ahora en explotar las riquezas que la incapacidad latinoamericana había dejado vírgenes.

La primera experiencia se hizo en Cuba. La isla que había luchado por sacudirse el yugo español se encontraba ahora con un yugo no menos férreo, pero eso sí envuelto en las justificaciones del puritanismo de la nación que se lo imponía. Cuba era libre, pero había que proteger su libertad para que no fuese víctima de otras ambiciones, o de la anarquía a que la idea de libertad conducía a pueblos no preparados para ella. Un ejército, bajo el mando del general Leonard Wood, ocupaba la isla. El pueblo era libre, pero se tomaba cuidado de que esta libertad no cayese en la anarquía y también, por supuesto, que no entrase en relaciones con potencias capaces de imponerle nuevo dominio. Se explicó a la opinión pública de los Estados Unidos, para evitarle cargos de conciencia y para que sus miembros pudiesen dormir sin remordimientos, que la ocupación no era tal, al menos a la manera como la hacían los imperialismos europeos. Las tropas de los Estados Unidos no hacían otra cosa que proteger a la nueva nación y, por supuesto, a los norteamericanos cuya filantropía les estaba llevando a la isla para explotar riquezas todavía inexploradas. La enmienda Platt, impuesta a los liberados cubanos, era necesaria, se decía, "para el mantenimiento de la independencia cubana". Las fuerzas de ocupación, de acuerdo con la enmienda, no hacían otra cosa que ejercer el derecho de veto sobre las relaciones diplomáticas y fiscales de Cuba. De esta forma se evitaban reclamaciones de potencias que, con el pretexto de cobrar alguna deuda, trataran de



quedarse con la nación entera. Tal era el estilo propio de la expansión europea, pero nunca lo sería el de una nación que no aspiraba a crear imperio alguno o, al menos, semejante a los europeos.

Pero había algo más. La enmienda se adjudicaba el derecho para que las tropas estadounidenses interviniesen en la vida política cubana, siempre y cuando se considerase que la independencia de la joven nación se encontraba amenazada, y también para mantener "un gobierno adecuado para la protección de la vida, la propiedad y la libertad individuales" y, por supuesto, para hacer cumplir las obligaciones que el tratado de paz con España, firmado el 10 de diciembre de 1898, había impuesto a los emancipados ciudadanos de la isla antillana. La enmienda Platt expone ya las justificaciones que en un futuro próximo servirían a los Estados Unidos para intervenir militarmente, no sólo en Cuba, sino en cualquier lugar de América y, desde luego, de Asia, África, Oceanía o de la misma Europa. Los mismos argumentos servirían para formar ejércitos no estadounidenses, ejércitos locales, para intervenir y anular cualquier acción política, por democrática que pareciese, pero que se considerase ponía en peligro la vida, la propiedad y la libertad de cualquier nación bajo la tutela estadounidense. Se había creado el estatuto para la intervención de *marines* y paracaidistas norteamericanos, así como la de los primeros gorilas latinoamericanos. Décadas más tarde, en 1965, el presidente de los Estados Unidos, Lyndon B. Johnson, al ordenar la invasión de la Dominicana sostendría, sin cambiar ni una coma, los mismos argumentos.

En 1902 se formaba el "gobierno libre e independiente" de Cuba bajo la presidencia de Tomás Estrada Palma. El ejército de los Estados Unidos cuidaba de que la acción política "libre" se ejerciese dentro del orden adecuado. Sin embargo, el presidente, considerado por los patriotas como un pelele, y que había sido "reelecto", fue obligado a renunciar en 1906. De inmediato se hizo escuchar la voz del presidente de los Estados Unidos, la del mismo héroe que, con su carga a caballo, había hecho posible el triunfo de la libertad en la isla: Theodore Roosevelt. El mismo presidente, celoso de la libertad de Cuba, como de cualquier otro lugar de esta América, declaró: "Si las elecciones se convierten en una farsa y se confirma el hábito insurreccional. . . será imposible que la isla siga independiente, y los Estados Unidos, que han asumido la responsabilidad ante el mundo civilizado de la suerte de Cuba

como nación, tendrán que intervenir de nuevo y cuidar de que el gobierno se efectúe en forma suficientemente ordenada para que estén seguras la vida y la prosperidad." Las tropas estadounidenses, que habían salido al elegirse presidente en Cuba, volvían de nuevo para imponer el orden, a solicitud del amenazado presidente cubano. Los encargados del orden local estaban seguros de que serían siempre respaldados. Lo de Cuba se repetiría una y otra vez, en otros lugares de Latinoamérica, hasta nuestros días; una acción que también se repetirá, sin cambio imaginativo alguno, en lejanos pueblos, separados ya por millas y millas de mares, como sucedería, décadas más tarde, en tierras de Vietnam.

En 1905, Santo Domingo se verá amenazado por la intervención de las naciones europeas de las que era deudora la isla. Amenaza que era una vieja costumbre europea de la que habían tenido ya experiencia muchas naciones latinoamericanas. Theodore Roosevelt adujo ahora la doctrina Monroe e intervino, de inmediato, en la República Dominicana, imponiendo un tesorero general en la aduana, que se encargó de sanear los gastos, pagar las deudas y obtener medios para pasar de la bancarrota a la obtención de ingresos que satisficiesen sus necesidades. La opinión pública norteamericana podía quedar satisfecha, se trataba de un acto de simple ayuda, como otros muchos que no lo parecían. "Pero quedó establecido -dicen Morison y Commager- un precedente peligroso y en cosa de diez años los Estados Unidos se encontraron envueltos inexplicablemente en los asuntos interiores e internacionales de otras naciones del Caribe y de la América central."

El sueño de Cabot Lodge era ya una realidad. Se tenía ya más de una plaza en el Caribe, las potencias europeas en América quedaban inmovilizadas en su expansión, y otras, como España, estaban siendo definitivamente expulsadas de América. . . y del Pacífico. La frontera había que llevada ahora más al sur del continente americano. Muchos otros pueblos necesitaban de la ayuda y dirección de la nación que se había erigido en guardiana de la libertad y defensora de la seguridad del continente. América para los americanos había sido la consigna del presidente Monroe; ahora había que hacer real esta consigna. Quedó en manos del propio Teddy Roosevelt señalar y alcanzar las marcas de la nueva frontera hacia el sur: Panamá. Los Estados Unidos, para su seguridad y la seguridad de sus asegurados, necesitaban de un

lugar donde sus flotas pudiesen movilizarse de un océano al otro, del Pacífico al Atlántico y viceversa. Cabot Lodge y otros estrategas, habían hablado de Nicaragua. Nicaragua y, con Nicaragua, toda Centroamérica, podría servir como zona de protección del canal, el cual ya se había intentado abrir en una parte del territorio colombiano, en Panamá. ¿Por qué no Panamá? Allí donde habían fracasado los franceses podían ahora triunfar los norteamericanos. ¿Pero un canal que sirviese sólo a Colombia y no a toda la América encarnada en los Estados Unidos?

En 1903, el secretario de Estado John Hay firmaba un tratado con el gobierno colombiano mediante el cual éste entregaba en alquiler a los Estados Unidos una zona de diez millas de anchura para el canal a cambio de una cantidad en efectivo y una renta anual. El arrendamiento duraría cien años. Esto bastaba a los Estados Unidos, los que no necesitaban anexarse pueblo alguno para cumplir su cometido. No eran los Estados Unidos una nación imperialista. El congreso de Colombia, sin embargo, dio largas a la ratificación del tratado, pese a algunas amenazas. La resistencia ofendió al coloso, que habló por boca de Roosevelt diciendo: "El gobierno de Bogotá debiera comprender lo mucho que está estropeando las cosas y comprometiendo su porvenir." El porvenir de la civilización, de la historia de la humanidad, de todo lo que encarnaba la nación que hacía la demanda. Por ello Roosevelt escribió a su secretario de Estado: "No creo que se pueda permitir a los obstruccionistas de Bogotá cerrar permanentemente una de las rutas futuras de la civilización." ¿Qué hacer? Realizar, simplemente, un nuevo acto libertario, liberar al pueblo panameño de la dominación que sufría bajo Colombia. El 3 de noviembre de 1903 se inició un levantamiento contra el gobierno colombiano pidiendo la independencia del istmo de Panamá. Los barcos de guerra de los Estados Unidos se encargarían de que este levantamiento no fuera sofocado. Sin derramamiento de sangre, el 4 de noviembre de ese mismo año se daba lectura a la Declaración de Independencia de la nueva nación. Los Estados Unidos dieron su reconocimiento de inmediato; la nueva nación, agradecida, dará a la nación protectora la zona del canal en supuesto arriendo, pero no ya de cien años, sino perpetuo. Los historiadores Morison y Commager comentan: "Colombia fue la que recibió el garrotazo, pero toda la América latina se tambaleó." Existe un viejo adagio, dirá por su parte Roosevelt: "Habla quedamente y lleva un buen garrote, y así llegarás lejos."

Quedaba ya en el pasado, al menos para otros pueblos que no fuese el de los Estados Unidos, la idea de que para garantizar la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad los "hombres instituyen gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados". La poderosa nación, hablando ya a nombre de esos pueblos, decía lo que les convenía o no, para hacer reales los derechos y obligaciones que les habían impuesto los Estados Unidos. Estos estaban dispuestos a usar la fuerza, el garrote, puesto lo mismo en manos de sus *marines*, o paracaidistas, que en las fuerzas que en Latinoamérica estuviesen dispuestas a hacer estos servicios por ellos. Esta obligación la tomarían a su cargo los Estados Unidos en un futuro inmediato, no sólo en nombre de Latinoamérica, sino de cualquier nación, en cualquier lugar de la tierra. El garrote fue llevado por Roosevelt y sus sucesores de inmediato a Centroamérica y el Caribe. El orden lo establecerán lo mismo los infantes de marina que los policías locales, ahora bajo la dirección de sus cada vez más hábiles servidores, plagando de dictaduras toda la zona.

### 23. Nace el anti-imperialismo

Pese a la renuncia del gobierno y los ciudadanos de los Estados Unidos a hablar de imperio y de imperialismo, la América latina lo denunciará y se enfrentará a él acuñando, como palabra de combate, la de anti-imperialismo. El antiimperialismo que debería, a su vez, expresarse como nacionalismo. Pero ya no el nacionalismo que había surgido en Europa" y en los propios Estados Unidos, que al desarrollarse se había transformado en imperialismo. Lo importante ahora será frenar el imperialismo, y sólo naciones con fuerza interna podrían lograrlo. Se forjará así la idea de un nacionalismo como instrumento defensivo. ¿Cómo crear este nacionalismo? Por lo pronto siguiendo las recomendaciones ya expuestas por José Enrique Rodó y su generación: volviendo, los pueblos latinoamericanos, sobre sí mismos. Esto es, abandonando el inútil espíritu de imitación, que sólo había logrado remedos, para adoptar el que por naturaleza, por tradición, les era propio. Ya no más amputarse a sí mismos. Ya no más tratar de ser lo que no se era. En la historia -la historia que contenía un pasado que pudo ser amargo, pero que era la historia propia de estos pueblos- se encontraría la base de la nacionalidad, y, con ella, la base de una auténtica fuerza de resistencia. Resistencia a base de cohesión, fuerte unidad nacional que impidiera la aparición de

"vacíos de poder" que tentasen y facilitasen intervenciones extrañas.

A las voces de Rodó, pidiendo una vuelta sobre la realidad latinoamericana para potenciada, se unieron otras como las de José Vasconcelos, Antonio Caso y Alfonso Reyes en México; las de Alejandro O. Deustúa, Manuel González Prada y sus herederos en el Perú; Carlos Vaz Ferreira, Alejandro Korn y Manuel Ugarte en la región platense; la de Varona, heredero de la voz de Martí en Cuba, y otros muchos más en diversos rincones de la América bajo el signo de Ariel. Un nacionalismo que no era ni xenofobia, ni chauvinismo, aspirando, tan sólo, a la formación de una comunidad de naciones fuertes que, unidas, tal y como lo soñó Bolívar, originasen una fuerza capaz de impedir la marcha del nuevo imperialismo. España había ya dejado de ser repudiada: la herencia española, la herencia propia de los pueblos que llevaban a esa nación en el lenguaje, los hábitos y costumbres, lejos de ser amputada, como lo pretendieron los próceres de la libertad latinoamericana del siglo XIX, sería ahora la base de la latinidad, de la cultura que había de formar, no ya hombres prácticos, no ya yanquis del sur, sino idealistas. Pero idealistas capaces de hacer realidad sus ideales. Soñadores, pero también activistas, esto es, idealistas prácticos; siguiendo a Ariel, pero utilizando los servicios de Calibán. El poeta Rubén Daría apostrofará al imperio cantado por Walt Whitmann y ensalzará a la América que rezaba en español.

La experiencia del siglo XIX latinoamericano no podía, ni debía, ser repetida. Las aspiraciones seguirían siendo, en cierta forma, las mismas; pero no ya la manera de realizadas. Los desplazados grupos medios, tomando conciencia de su realidad y con la experiencia alcanzada, tratarán de no repetir los errores de sus antecesores. Se trataba, por ahora, de capacitar por un lado a sus naciones para participar en el Nuevo Mundo y, por el otro, alcanzar el fortalecimiento que pudiera frenar la expansión del imperialismo que impedía su desarrollo. Reformas internas para incorporar a la nación fuerzas que la vigorizasen. Ya no más el mantenimiento del viejo orden colonial heredado del pasado ibero, sino reformas que permitiesen la participación de todos los grupos sociales en una tarea que debía ser nacional. Esto es, un equitativo reparto de sacrificios, para que los mismos no descansasen en este o aquel grupo social por ser el más débil, pero, también, un no menos equitativo reparto de los beneficios que resulten de tales

sacrificios. Los pueblos latinoamericanos no sólo habían llegado tarde al reparto del mundo, sino que eran parte de este reparto. Evitar esto, negarse a ser botín, "vacío de poder" para ser siempre ocupado, sería la preocupación de los grupos sociales que en Latinoamérica querían hacer realidad aquello que había sido simple proyecto de las seudoburguesías del siglo XIX.

El neoliberalismo tomará el lugar del liberalismo del siglo XIX. No se repudia al positivismo y su experiencia, simplemente se le adecua a la realidad latinoamericana. Latinoamérica no puede ni debe ser otro Calibán, pero sí puede hacer que éste sirva a los intereses de Ariel. Se habla de neopositivismo. Liberalismo y positivismo adaptados a la realidad latinoamericana. De nacionalizar el saber hablaba el mexicano Justo Sierras. Nacionalizar la ciencia. esto es, ponerla al servicio de la propia realidad. Ser prácticos, sí, pero no como un acto de imitación, sino como la única forma de potenciar lo propio. Equilibrar intereses, fortaleciendo la unidad de los mismos en la nación; poner al servicio de la nación esta o aquella técnica, este o aquel conocimiento; pero mantener celosamente la soberanía de ésta evitando toda forma de intromisión extraña. Tal será, en su conjunto, el ideal de nacionalismo con el que Latinoamérica se enfrentará al imperialismo que había surgido al norte de sus fronteras.

El nacionalismo brota, en la casi totalidad de la América latina, en forma casi simultánea, como respuesta al nacimiento del imperialismo estadounidense. Las dos Américas han tomado conciencia de su realidad y se preparan a actuar en función con ella. La sajona, haciendo del pasado el punto de partida de lo que va a ser su amplio porvenir. La latina, tomando conciencia de sus errores y preparándose a rectificarlos para recuperar el tiempo perdido. El tiempo perdido que le ha puesto en una situación de dependencia frente a la otra América. Los Estados Unidos dan nuevo impulso al espíritu que ha originado la poderosa nación para convertirse en imperio. La América latina, por su lado, se vuelve sobre sí misma, descubre su propio *élan* y se prepara a no ser ya pasto de la voracidad del poderoso vecino.

Las primeras preocupaciones de Latinoamérica, para corregir errores; serán anular las oligarquías que originaron tales errores y romper el armazón del orden colonial que aún se mantiene vivo al término del siglo XIX.



En la Argentina, es la Unión Cívica la que en julio de 1890 se alza contra la oligarquía conservadora en el poder. "Revolución de 1890 llaman a esta acción que fue vencida, pero de la que surgirá el movimiento que en 1892 prepara a las desplazadas masas argentinas a tomar cívicamente el poder. La Unión Cívica Radical y el partido Socialista originarán las condiciones que fructificarán en 1916. Triunfa la clase media, que hace posible el movimiento democrático encabezando la actividad política de otros grupos sociales que habían sido también marginados de la política nacional. En el Uruguay sucede algo semejante, aquí bajo la dirección de José Batlle y Ordóñez, que militando en el partido Colorado organiza la participación política de los grupos medios y de los trabajadores del campo y de la ciudad. Reformas sociales, económicas y políticas en ambas naciones, la Argentina y el Uruguay, dan fe del nuevo espíritu nacionalista que las conduce. Un nacionalismo que, también, se expresará como acción defensiva frente a la intromisión de intereses extranjeros en la economía de estos pueblos.

En 1885, los chilenos, organizados políticamente en el partido Radical, hacen reformas que tienden, también, a permitir la participación política de grupos sociales que venían siendo ajenos a ella. Una acción que culmina en 1920 con medidas, ya no sólo políticas, sino económicas y fiscales, que tenderán a equilibrar los intereses de una nación que debía marchar unida.

En el Brasil, los brasileños se sacuden, en 1889, los rastros del imperio que heredaron de la Colonia; un año antes habían abolido la esclavitud. Se crea una república, la cual se transforma, también, en oligarquía. Pero frente a ella se gestará el nacionalismo, que de acuerdo con lo que parecía forma de evolucionar propia de esta nación sin violencia tardará en fructificar. Pero un nacionalismo que se verá también impulsado por la presencia de los viejos imperialismos europeos, o de nuevos como el estadounidense.

En el Perú se va igualmente gestando, frente a la oligarquía y el imperialismo, un movimiento que aspira a ser continental. Manuel González Prada, luego José Carlos Mariátegui, lo inspiran, para dominar en el aprismo. Diversas formas de este nacionalismo anti-oligárquico y anti-imperialista, se hacen sentir en el resto de la América latina. En Centroamérica y el Caribe, en

donde la presencia del coloso se hace sentir de inmediato, surge la resistencia guerrillera y, como su contrapartida, la intervención, la ocupación y el allanamiento por tropas extranjeras, filibusteros o policiales locales al servicio de los intereses estadounidenses. Como símbolo de la resistencia armada en estas regiones aparece la figura de César Augusto Sandino. La réplica a esta resistencia serán las sangrientas dictaduras encargadas del orden del imperio en estas regiones, como la de Somoza en Nicaragua, asesinato del héroe guerrillero, y las de Trujillo en la Dominicana; y las de otros dictadores no menos crueles en toda esa región latinoamericana. Con el tiempo, se perfeccionará la técnica del dominio aplicada a toda la América, la técnica del militarismo que se denominará gorila y, como respuesta dialéctica en esa lucha, la aparición de guerrillas, terrorismo y otras formas de subversión propias de nuestros días.

#### 24. *La Revolución Mexicana*

Lugar especial tendrá el movimiento nacionalista que se origina en México con la revolución de 1910. Especial por el impacto que el mismo alcanza, como un ejemplo a seguir en otras naciones latinoamericanas, y por la forma en que se enfocó la realización de lo que se consideró acto de plena independencia frente a un pasado que la oligarquía porfirista había mantenido. Igualmente importante fue la forma de buscar su fortalecimiento mediante el justo equilibrio de los intereses de los diversos grupos sociales para crear una nación.

Igualmente lo fue por la forma como resistió esta revolución la presión de los intereses del imperialismo, la forma como reivindicó su soberanía y defendió sus riquezas, considerándolas propiedad nacional. Aquí fueron también los grupos medios, desplazados por la oligarquía porfirista, los que originaron y dirigieron la revolución. La revolución estalla el 20 de noviembre de 1910. En esta época ya está claramente expresa la voluntad de dominio del imperialismo de los Estados Unidos.

Imperialismo empeñado en ocupar en primer lugar el vacío de poder de los antiguos imperialismos a los que busca desplazar para originar el vacío que había de ser cubierto.

En México, como en el resto de Latinoamérica, el imperialismo europeo estaba presente en el terreno económico y desplazaba la tarea a realizar por los Estados Unidos. Había que desplazados del Bravo a la Patagonia. Con Porfirio Díaz se derrumba, también, la influencia de los inversionistas europeos. Los Estados Unidos, por su lado, no iban a permitir que cayera su influencia, sino, todo lo contrario, buscarían su acrecentamiento.

¿Buscaba la revolución un simple cambio de oligarquía y el simple cambio de una hegemonía mundial por otra? La revolución que, en sus inicios, buscaba sólo un simple cambio político bajo el lema de "sufragio efectivo, no reelección", se verá de inmediato presionada por otros grupos sociales para la realización de medidas encaminadas a cambios más radicales, no sólo políticos, sino sociales y económicos. El lema de Emiliano Zapata, "tierra y libertad", simbolizaría esta radicalización. Ya no un simple cambio político, sino una revolución social y económica. La reforma agraria, la reforma fiscal, la protección de los grupos sociales más débiles, y la reivindicación de las riquezas nacionales, serán acompañadas de la exigencia de respeto a la soberanía nacional por los extraños. En la realización de este programa, la revolución nacionalista mexicana tropezará, de inmediato, con los intereses y el espíritu expansionista del imperialismo estadounidense.

La revolución de inmediato lesionó naturalmente propiedades nacionales y extranjeras con la violencia. Pero más grave aún para los intereses extranjeros, será el conjunto de reformas y leyes que garantizarán el dominio de la nación sobre la tierra con la reforma agraria, y la defensa de los grupos sociales más débiles. Por ello, el golpe contrarrevolucionario de Victoriano Huerta contra Francisco I. Madero será alentado desde la embajada de los Estados Unidos. El 19 de febrero de 1913 un cuartelazo origina la caída del primer gobierno revolucionario. El 22 de febrero el presidente y el vicepresidente serán asesinados. El mismo día de la caída de Madero, el embajador Henry Lane Wilson informaba: "Ha caído un despotismo inicuo" y un nuevo gobierno se ha establecido "en medio de grandes demostraciones populares". La parcialidad del embajador fue de inmediato sacada a la luz, por los líderes revolucionarios que en el norte harían violenta resistencia a Victoriano Huerta.

La actitud cada vez más violenta y represiva del nuevo tirano fue seguida por la opinión pública estadounidense, que vio

con horror los asesinatos y violencias y acabó por hacer que el gobierno de los Estados Unidos, lejos de otorgar e el reconocimiento recomendado por Lane Wilson, se lo negase.

La revolución, encabezada ahora por Venustiano Carranza, busca de inmediato la conciliación de los intereses de la iniciativa privada, que representaban las clases medias iniciadoras de la revolución, y los de grupos sociales más débiles, pero más numerosos, de los trabajadores del campo y la ciudad. En alguna forma, la bandera política que en nombre del lema "sufragio efectivo, no reelección" trataba de evitar se formase una nueva-oligarquía, se complementaba con la bandera que pedía cambios en la organización social, expresa en el lema "tierra y libertad". Los artículos 27 y 123 de la nueva Constitución, aprobada y promulgada por el congreso revolucionario en 1917, cumplían con este cometido. La Constitución, al mismo tiempo que estimulaba a la iniciativa privada, protegía los intereses de los grupos sociales más débiles. También, en otros artículos de la misma, se insistirá en la reivindicación de las riquezas nacionales. Se iniciaba una revolución neoliberal, y se sentaban las bases legales de la misma. Conciliar los diversos intereses, de los no menos diversos grupos que forman la nación mexicana, sería la base del fortalecimiento de esta nación, ya bajo la directiva de una clase media que iba a tratar de no cometer los errores de su antecesora; aquellos que habían acabado la formación de una oligarquía estrecha y conservadora como la del porfiriato.

¿Qué iban a hacer los Estados Unidos ante una revolución que no sólo era política sino también social? La revolución alteraba los intereses de sus nacionales y amenazaba su expansión. En 1907 el senador estadounidense Albert J. Beveridge había ya hablado claramente sobre la política expansiva de su pueblo: "Iremos -decía- allí donde la naturaleza y los acontecimientos impongan nuestra presencia." ¿Razones? Las que conocemos, el destino manifiesto de un pueblo que lo llevaba a dar al mundo una nueva forma de organización, una nueva forma de civilización, la cual, por supuesto, no estaba reñida con el logro de un conjunto de ventajas comerciales y materiales, tan necesarias para que dicha tarea tuviera éxito. ¿Qué harían entonces los Estados Unidos frente a cualquier resistencia, ante cualquier obstáculo que tratase de impedir el cumplimiento de su supuesta misión? Nuestro poder, decía el senador Beveridge, "sobre todo, lo determinó el deber hacia el mundo, impuesto por nuestra condición de potencia



civilizadora". Y agregaba: "Si alguien alienta la ilusión de que el gobierno norteamericano se retirará jamás de las posesiones que ahora ocupamos, le recomendamos que consulte la convicción religiosa de este pueblo cristiano... Sobre todo, que analice la historia y estudie nuestro instinto racial. ¡No! Nunca arriaremos nuestra bandera jamás abandonaremos el compromiso de aportar un gobierno ordenado a los pueblos más débiles.". Henry Lane Wilson había actuado, precisamente, en función de este puritanismo. Frank Tannenbaum ha insistido, especialmente, en la buena fe de este "americano impasible", como le llamaría con seguridad Graham Greene. ¿Podrían permitir los Estados Unidos, en sus propias fronteras al sur, que el desorden, la anarquía, atentase contra los intereses de la civilización que ellos estaban encargados de hacer prevalecer? En 1847 el temor a la contaminación había impedido la absorción total de México. ¿Seguía siendo válida esta preocupación? Los Estados Unidos habían ya cumplido con una misión semejante en las Filipinas. La opinión pública estadounidense, después de una década, se había dado cuenta de la altura del espíritu que había animado al presidente McKinley al aceptar el dominio colonial sobre ese pueblo, un dominio que no le había quitado el sueño, como no pudo habérselo quitado al resto de la nación americana. En 1916 el embajador Walter H. Page, sugería la reforma sanitaria de México mediante la "conquista para exclusivo beneficio de los conquistados". El *Chicago Tribune*. -nos dice Albert K. Weinberg- afirmó por su lado "que, gustase o no a los humanitarios, México era la siguiente escala en una marcha del destino que no podía dejar de ser imperial, porque la fuerza era el germen de la vida nacional, fuerza que a veces era la del dinero y otras la de las armas, pero que por sus efectos siempre colocaba bajo control de los Estados Unidos todo lo que necesitaba para sus propios fines".

Primero el tutelaje sobre las Filipinas y el Caribe, después el tutelaje sobre México y, posteriormente, sobre el resto del mundo. Ninguna nación débil podía ser abandonada a su suerte; y el México de la revolución se encontraba en esta situación. Por ello la *New Republic* defendía lo que llamaba "la intervención democrática" de los Estados Unidos en México en el año de 1916. Los pueblos, se decía en la Carta de Independencia de los Estados Unidos, tienen el derecho de darse el gobierno que consideren necesario para su existencia y desarrollo; pero, ¿acaso tienen los pueblos el derecho para aniquilarse, para desgobernarse, para cometer suicidio? Y, lo que es peor, ¿para lesionar con sus actos

los derechos y los intereses de otros pueblos? "El derecho de una nación a gobernar o desgobernar como le place -dice la *New Republic*- está corriendo la misma suerte que el derecho de una persona privada a hacer lo que se le antoja con su propiedad." 'No existen -agregaba- naciones que gocen de soberanía absoluta, y que por obra de una ley natural o divina estén a salvo de las influencias originadas allende sus propias fronteras." ¿Qué es la democracia? ¿No es acaso el derecho de la mayoría sobre la minoría? "El principio democrático de la mayoría posee derechos superiores a los de la minoría" ¿Los intereses del mundo no están sobre los intereses de una nación que realiza actos que lesionan los de este mundo? "Los reclamos del interés mundial tienen precedencia cuando la impotencia de una nación morosa interfiere en el bien del mayor número."

¿No era éste el tono en que había hablado y seguía hablando el imperialismo europeo? ¿No hablaron en la misma forma los franceses que invadieron México en 1862, al igual que los ingleses y holandeses que reclamaban y amenazaban en el Caribe a naciones morosas? ¿No practicaban los Estados Unidos un imperialismo semejante? Por ello, los expansionistas más sinceros hablarán, simplemente, del derecho de su nación, por la fuerza que tenía, a imponer sus intereses y a no permitir que otros intereses lesionasen los suyos. México estaba nuevamente en este caso. Una vez más sus intereses eran contrapuestos y tendría que ser el más débil el que transigiese. Pese a todo, sin embargo, se buscará, como siempre, satisfacer la preocupación moral que el puritanismo seguía imponiendo al nuevo imperio. Roosevelt había dado ya la solución. Un buen garrote en manos de un no menos buen policía. Los Estados Unidos se encargarían de guardar el orden en Latinoamérica y, posteriormente, en el mundo. Cuidarían de que no se alterasen sus intereses y, al mismo tiempo, mostrarían la relación que estos intereses guardan con los intereses del mundo; defender los unos implicaba defender los otros. El representante Focht afirmaba, en 1911, que los norteamericanos eran "los policías del hemisferio occidental", y al hablar de México agregaba: "¿Por qué no podemos ocupar algo que vale la pena tener y donde podríamos ser útiles a la humanidad?" Se conciliaba así el interés material de Estados Unidos con la preocupación moral de esta nación. Manteniendo dicho equilibrio, un editorial del *Independent* recomendaba "no atarse las manos", en un momento en que el destino manifiesto de la poderosa nación podría ampliar sus posibilidades para mejor

cumplir con el mismo. Es concebible "que nuestro destino estuviese en la ampliación de las fronteras de los Estados Unidos hacia el sur, no con fines de engrandecimiento o de beneficio, sino por el bien del pueblo de esas agitadas regiones, por el bien de la paz y del orden del hemisferio occidental del cual somos en un sentido real sus auténticos guardianes, y en bien de la civilización".

Los Estados Unidos tenían la obligación de imponer en la desgarrada nación, al sur de sus fronteras, "las instituciones libres y ordenadas del gobierno norteamericano". Otro representante agregaba: no se habla de "anexar a México para satisfacer el placer de la conquista, sino para originar un gobierno que permita a este sufrido pueblo sembrar y recoger sus cosechas". Por desgracia, dicen algunos comentaristas, la reacción latinoamericana, frente a las pretensiones redentoristas de los Estados Unidos en México, el Caribe y Centroamérica, fue la de una protesta lanzada a voz en cuello. La opinión pública latinoamericana mostró que el su puesto redentorismo estadounidense no era sino un acto de puro y simple imperialismo. El anti-imperialismo, como respuesta, se recrudeció.

### 25. *La revolución como yunque*

El redentorismo de los Estados Unidos encontró fuerte resistencia en los gobiernos que surgieron de la Revolución Mexicana. Venustiano Carranza -pese a que la intervención de las tropas norteamericanas en Veracruz fue cubierta con el acostumbrado hábito redentorista, el de una intervención contra el traidor Victoriano Huerta- lo rechazó y condenó. Caído Huerta, las tensiones, lejos de disminuir, aumentaron; la violencia desatada originó, a su vez, la protesta de diversos intereses extranjeros que, junto con los estadounidenses, exigían poner fin al desorden. Las exigencias para poner en primer lugar los intereses de estas naciones sobre los intereses de una nación que se desangraba, fueron una y otra vez rechazadas. Igualmente serán rechazadas las presiones para que las reivindicaciones revolucionarias, garantizadas por la nueva Constitución, no lesionasen los intereses extranjeros. Fue este rechazo el que aumentó las demandas para una intervención total y, de ser posible, una vez más, la anexión de México, para su redención. El propio presidente Woodrow Wilson, electo en 1912, se consideró obligado a declarar en 1915 que los Estados Unidos deberían "hacer lo que hasta ahora no habían

hecho ni se sentían en libertad de hacer. . . para ayudar a México a salvarse a sí mismo".

Venustiano Carranza, lejos de aceptar la intervención redentorista, la resistió, y amenazó, inclusive, con enfrentada a pesar de las dificultades propias de la lucha emprendida contra los grupos que no aceptaban su gobierno. Carranza se dirigió a la opinión pública latinoamericana diciendo: "Es imperativo que. . . los Estados Unidos. . . definan sus intenciones para que otras naciones latinoamericanas puedan juzgar. . . el verdadero valor de las ofertas de amistad y fraternidad hechas a ellos durante los pasados años." ¿Cómo reaccionaron los Estados Unidos ante esta demanda y ante la experiencia de la salida de sus tropas de Veracruz y de varias zonas del norte del país? Se retiraron. ¿Por qué? Frank Tannenbaum explica esta actitud en función de una de las expresiones que han caracterizado al pueblo de los Estados Unidos: la puritana. Pese a todo, la poderosa nación no podía someter violentamente a una nación que estaba luchando por reformas sociales, políticas y económicas que eran necesarias para su auténtica emancipación, para alcanzar su libertad y para establecer instituciones políticas y sociales de las que tan orgullosos se mostraban los norteamericanos. De acuerdo con Tannenbaum, la resistencia mexicana a aceptar cualquier intervención ponía en crisis la idea que sobre su misión liberadora tenían los Estados Unidos. Este pueblo estaba obligado a comprender, a entender, a otro pueblo que trataba de alcanzar metas que ya antes había alcanzado la nación estadounidense. La postura mexicana, desde este punto de vista, vendría a ser el yunque, la resistencia, donde se forjaría la política exterior de los Estados Unidos, en relación con otros muchos pueblos que, como el mexicano, aspiraban y aspirarían a alcanzar metas semejantes a las alcanzadas por el pueblo norteamericano.

Los mexicanos, al igual que otros pueblos, podían y debían luchar por transformar su situación social, cultural, económica y política; procurar alcanzar los altos niveles que, en estos campos, habían alcanzado los Estados Unidos. Esta nación seguía siendo un buen modelo para las aspiraciones de un pueblo. Pero se establecía una excepción, la de que' las reformas, que necesariamente implicasen la realización de tales afanes, no alterasen los intereses de los Estados Unidos. La Constitución mexicana promulgada en 1917 era un magnífico instrumento legal para hacer realidad los sueños de los revolucionarios; pero esta

realización no debería alterar los intereses de los ciudadanos norteamericanos. Las tropas habían salido de Veracruz, pero los revolucionarios, lejos de respetar los intereses que estas tropas habían venido a proteger, junto con los del pueblo mexicano, se preparaban a lesionarlos legalmente. El Congreso Constituyente reunido en Querétaro, dice el presidente Wilson, se manifiesta por "un decidido propósito de incorporar a la ley orgánica de la República disposiciones que tiendan a hacer intolerable la situación de los extranjeros en México, que abran la puerta a la confiscación de propiedades legalmente adquiridas, y que lleven consigo los gérmenes de una seria fricción internacional". El secretario de Estado norteamericano advirtió a México que su gobierno no podría permitir "ninguna confiscación directa ni indirecta de la propiedad de los extranjeros". La justificación puritana volvía a aparecer; los intereses del pueblo mexicano tenían que ser puestos en lugar secundario para que no se alterasen los de la nación destinada a alcanzar universalmente metas como aquellas que México aspiraba a realizar para su pueblo.

¿Imperialismo puro y simple? El conflicto interno volvía a plantearse a los Estados Unidos. ¿Se conjugaban sus intereses materiales con sus intereses morales? Pese a los esfuerzos realizados, la conciliación de los unos con los otros no resultaba siempre. En esta ocasión, una ocasión que favorecerá a México, como lo favorecerá en otra situación semejante años después, se había desatado en Europa la primera guerra mundial. El imperialismo europeo había entrado en crisis originando una atroz matanza. Los intereses de los Estados Unidos estaban del lado de los ya viejos imperialismos de la Europa occidental y, desde luego, en contra del militarismo del Kaiser de Alemania y sus aliados que pretendían un nuevo reparto de los intereses imperialistas por la vía de la guerra. Esto es, pretendían reajustar zonas de influencia buscando los germanos la salida colonial, para la obtención de materias primas baratas, mano de obra barata y mercados. Tal era la preocupación del militarismo alemán, que se ahogaba con su ya explosivo desarrollo industrial. Los Estados Unidos no podían estar del lado de una nueva expresión del imperialismo que, con su violencia, amenazaba también sus propios intereses. Los Estados Unidos habían iniciado, desde principios del siglo XX un reajuste de la hegemonía colonial, pero sin entrar en conflicto con los imperios ya establecidos. Estos habían sido, en parte, desplazados de algunas zonas de Latinoamérica y hasta habían aceptado la presencia de los Estados Unidos en el oriente. Pero ¿iba a

mantenerse esta situación de triunfar un imperialismo agresivo como el alemán?

La justificación puritana volvió a presentarse. De un lado estaba Inglaterra, Francia y sus aliados, que por sus constituciones y por su modo de vida representaban la democracia y la libertad en el mundo; nada importaba que esta libertad, democracia y progreso europeos se levantase sobre la miseria y expoliación de multitud de pueblos en Asia, África y Oceanía. Del otro lado, Alemania y sus aliados, expresiones de regímenes totalitarios, imperios represivos como el austro-húngaro y el turco; regímenes que eran la negación de la democracia y las libertades. Los Estados Unidos no podrían estar sino del lado de las llamadas naciones libres, abanderadas de la libertad, la democracia y la dignidad del hombre. Pero ¿cómo estar con la libertad, la democracia y la dignidad humana en Europa si se estaba dispuesto, por el otro lado, a intervenir con la violencia en un pueblo como el mexicano que luchaba por alcanzar banderas semejantes? ¿Cómo transformarse en líder de las naciones libres contra el militarismo germano, aplicando medidas que se asemejaban a las de ese militarismo? ¿Cómo justificar la agresión de un coloso como los Estados Unidos contra una pequeña nación que luchaba por mejorar la situación de su pueblo? Al parecer fue esta preocupación la que impidió una acción sobre el México de la revolución. Pero la presión continuaría a base de amenazas, tratándose de someter la resistencia mexicana, pero cuidando de que este sometimiento no implicase una acción que, por su violencia, desbaratase la figura de unos Estados Unidos como líder del mundo libre. Los Estados Unidos, al terminar la primera gran guerra, entrarán en su apogeo y se perfilarán como el líder de un nuevo imperio; un imperio más potente que aquel del cual en el año de 1776 se habían emancipado. Surgía un nuevo imperio; un imperio que desplazaba, por un lado, a los ya viejos imperios coloniales de la Europa occidental y, por el otro, al violento imperialismo germano que había pugnado por alcanzar el liderato mundial que ahora obtenían los Estados Unidos. Sin embargo, un nuevo intento alemán por recuperar este liderato se realizará pocos años más tarde.

Los Estados Unidos, durante la guerra y al término de la misma, insistirían, ante México, en la preeminencia de sus intereses sobre los intereses mexicanos. Presionando, amenazando, pero sin poder llevar estas amenazas a su realización. Su nueva situación como líder del mundo libre les

obligaba a guardar, más que nunca, la apariiencia que la moral puritana les había impuesto. Muerto Carranza, la presión continuaría sobre su sucesor, Álvaro Obregón, a partir de 1921. El secretario de Estado presentará al gobierno mexicano un borrador de cuya aceptación dependía el reconocimiento del gobierno estadounidense, y, acaso, alguna ayuda. "Los Estados Unidos -decía el proyecto de tratado- declaran que ni la Constitución mexicana que entró en vigor el 10 de mayo de 1917, ni el decreto de 6 de enero de 1915, al que se refiere la mencionada Constitución, son retroactivos en su aplicación. . . ningún decreto del ejecutivo, y orden administrativo militar, ninguna ley federal o estatal. . . tiene ni tendrá efecto para cancelar, destruir o afectar cualquier derecho, título o interés en ninguna propiedad, cualquiera que sea su naturaleza y donde quiera que esté situada, poseída de acuerdo con las leyes de México a la sazón existentes. . . y los Estados Unidos Mexicanos reconocen que la propiedad de todas las sustancias que se describen en el Código de Minas de los Estados Unidos de 1884 y las leyes mineras subsiguientes de 1892 a 1909, respectivamente, sobre la superficie, o debajo de ella, en tierras de este país, corresponden a ciudadanos norteamericanos, que adquirieron título a tales tierras antes del 10 de mayo de 1917."<sup>24</sup> El cuarenta por ciento de la riqueza nacional estaba, precisamente, en manos de extranjeros. Con el proyecto quedaba anulada la revolución, al anular sus posibilidades de desarrollo, el desarrollo de un pueblo sobre la base de una riqueza que, siéndole propia, tenía derecho a reivindicar. Se mantenía el *status* legal anterior a la revolución, el *status* colonial sobre el que se había apoyado el mismo porfiriato. La revolución tenía que conformarse con ser una simple revuelta para desplazar a los viejos servidores de estos intereses extraños por otros más eficaces.

El gobierno del general Álvaro Obregón prefirió esperar, a pesar de las amenazas, a que el gobierno de los Estados Unidos "se convenciera de la realidad de los hechos". La nación mexicana no podía aceptar una exigencia que la anulaba como nación y hacía inútil la revolución por la que tantos mexicanos habían muerto. Además, y aquí tocaría Obregón la cuerda puritana de los Estados Unidos, se sentaría un "lamentable precedente para las pequeñas naciones, contrario a las doctrinas humanitarias durante tanto tiempo proclamadas por el gobierno de la Casa Blanca". Pese a todo, Estados Unidos insistió en la preeminencia de las leyes internacionales sobre las nacionales, lo cual no fue aceptado por el gobierno revolucionario de México. En especial fueron los

intereses petroleros los que más insistieron en la no retroactividad de las normas constitucionales, en la no aceptación de los derechos del Estado mexicano sobre el suelo y el subsuelo, a pesar de ser éste un punto de vista que México venía ya sosteniendo desde la Colonia. Se habló del respeto internacional, la buena vecindad y el "derecho de los propietarios a ejercitar sus atribuciones en la forma que lo considerasen oportuno". "El único camino abierto para los intereses petroleros -dijo un funcionario mexicano- es una enmienda a la Constitución que vendría a destruir los resultados de la revolución misma."

En 1925, bajo el gobierno del general Plutarco Elías Calles, los Estados Unidos lanzaron nuevas amenazas en relación con la inseguridad en que se encontraban los intereses de sus ciudadanos, dada la inestabilidad política del régimen ante las continuas revueltas de grupos revolucionarios que no aceptaban el gobierno establecido. El "gobierno de México -dijo la amenazante declaración del departamento de Estado- está siendo juzgado ante el mundo." La seguridad de los ciudadanos norteamericanos, la seguridad del continente, la seguridad del mundo entero eran, una vez más, los *slogans* justificativos para la acción policiaca que los Estados Unidos se habían señalado como misión. La respuesta de Calles, cuenta Tannenbaum citando las mismas fuentes del departamento de Estado norteamericano, "fue motivo de sorpresa y pena para el departamento". El comentario del departamento de Estado, había dicho el presidente mexicano, "constituye una amenaza para la soberanía de México". Ningún país tiene "derecho a inferir en los asuntos internos de México". Ninguna potencia tiene derecho a reclamar una situación de privilegio y México "no está siendo juzgado por el mundo, ni tampoco por los Estados Unidos".<sup>29</sup> Los intereses petroleros, en 1917, insistieron una y otra vez tratando de llegar a una situación decisiva, que podría Latinoamérica y el anti-imperialismo ser una acción determinante del gobierno de los Estados Unidos en defensa de sus intereses: la intervención. Los petroleros continuarían perforando pozos, ya sin el permiso del gobierno mexicano, contando con la ayuda del gobierno estadounidense y la amenaza que esta ayuda implicaba para el gobierno mexicano si insistía en hacer respetar la Constitución. A todo ello el secretario de Comercio mexicano replicó que "pasara lo que pasara", el gobierno aplicaría la ley. Y que una acción como la que proponían las compañías, sería vista como "conspiración contra el gobierno mexicano".

Los Estados Unidos tuvieron que ceder; su gobierno no estaba aún preparado para convencer a la opinión pública de esa nación de que una acción violenta sobre México era justificable moralmente. Estaban muy claros los intereses que presionaban para que el gobierno diese un paso que le desprestigiase ante sus propios conciudadanos. Faltaban para ello buenas justificaciones. La amenaza no se hizo así realidad. Tampoco se haría años más tarde y en circunstancias igualmente controvertibles, cuando México decretó la expropiación del petróleo. "No podíamos ir a la guerra con México -dice Tannen Daum- sobre problemas de inversiones norteamericanas y derechos de los propietarios estadounidenses, sin negar el compromiso moral que habíamos adquirido frente al mundo." La opinión pública de los Estados Unidos presionaba con firmeza en relación con estos compromisos. Los compromisos morales que esa nación había tomado al participar en la guerra contra el militarismo germano y sus aliados. Todas estas voces, sigue Tannenbaum, "ganaron porque nuestra participación en la primera guerra mundial había dramatizado la doctrina de la autodeterminación de las naciones y de la integridad de sus pueblos". México, años después, volvería a poner al nuevo imperio ante una nueva encrucijada en que tendría nuevamente que elegir entre ser un imperio justificado por la bandera de una supuesta libertad, o un imperio más, como los que estaban ya entrando en abierta crisis. Pero, fuera de estas especiales situaciones en que un acto de violencia podría poner en peligro la hegemonía material bajo un manto moral, los Estados Unidos no permitirán la repetición de una actitud semejante. Otros pueblos en otras circunstancias intentarían lo que el mexicano, pero serán sometidos y obligados a alinearse, o bien a aceptar la hegemonía de uno de los opositores de la hegemonía estadounidense. Pero ésta es una historia que se verá más adelante.

El yunque, símbolo de la resistencia ante las presiones sobre México, obligaba a los Estados Unidos a tomar decisiones que de una u otra forma comprometían su futura política mundial. El no importar a los mexicanos llegar al sacrificio hacía difícil una decisión que anulase moralmente a los Estados Unidos. Años más tarde, en el sureste asiático, otra nación mostraría actitud semejante, no ya sólo ante determinadas presiones, sino ante la violencia misma de un imperio al que ya no interesaba ocultar su fuerza, originando la crisis moral de su pueblo que es, a su vez, crisis del propio imperio. Pero en esta ocasión, y frente a México, los Estados Unidos no se encontraban dispuestos a plantear una

crisis de tal naturaleza. El presidente Wilson, ante la resistencia mexicana, había dicho: "Nosotros no afrontaremos la desafiante actitud de México ni con la intención ni con la guerra. Una nación pequeña tiene derecho a ordenar su propio destino, sin la amenaza de destrucción por otra más poderosa." Y volvió a insistir; "No queremos luchar con los mexicanos. Queremos servirlos." "Me enorgullezco de pertenecer a una nación fuerte que dice: este país, al que podemos aplastar, debe tener en sus propios asuntos tanta libertad como nosotros tenemos en los nuestros. Si yo soy fuerte, me avergonzaría de atropellar al débil" "No quiero ayudar a nadie a (comprar) un poder que él no pueda ejercitar sobre sus prójimos." "Seríamos infieles a nuestras propias tradiciones si fuésemos falsos amigos de ellos."

En otro lugar el presidente Wilson diría lo siguiente, refiriéndose a México como nación latinoamericana: "La famosa doctrina Monroe fue adoptada sin vuestro consentimiento, sin el consentimiento de ningún Estado latinoamericano. . . Nada había en ella que os protegiera contra una agresión nuestra. . . Establezcamos una garantía común, que todos nosotros firmaremos, de independencia política e integridad territorial. Convengamos en que si alguno de nosotros, los Estados Unidos incluso, viola la independencia política o la integridad territorial de cualquiera de los demás, todos ellos pueden saltar sobre Norteamérica."<sup>32</sup> Eran los cruciales días de julio de 1918. Años más tarde, después de la segunda gran guerra, esta misma nación no tendría inconveniente en lanzar a la casi totalidad de los gobiernos latinoamericanos sobre pueblos que en alguna forma pretendiesen alterar sus intereses: Guatemala en 1954, Cuba en 1962, Santo Domingo en 1965. En esta época, frente a México, faltaba aún mucho para que esta nación tomase la actitud de un imperio, la de una voluntad indiscutible. Los intereses materiales del nuevo imperio no se justificaban aún ante una opinión que seguía pensando que su nación estaba destinada a llevar los principios de libertad y dignidad al mundo entero.

## 26. La revolución en los Andes

La Revolución Mexicana, por sus reformas y por su actitud ante presiones extrañas, sin pretenderlo sus dirigentes, cundía como ejemplo en Latinoamérica. Otros muchos pueblos de América latina luchaban ya por alcanzar metas semejantes a la



mexicana. Al sur, otro pueblo en situación muy semejante al México pre-revolucionario, el Perú, se sentía alentado por la posibilidad de una acción que lograra lo que los mexicanos. Otro ejemplo que también cundía en Latinoamérica era el de la Revolución Rusa. Una gran experiencia se venía realizando entre el sufrido pueblo ruso. Al terminar la primera guerra se formaba la primera nación comunista. Sin embargo, no era ésta la meta a alcanzar por Latinoamérica; ésta seguía señalándola el mundo occidental. Esto es, se tendía a la formación de naciones bajo la dirección de las clases medias que en ellas se iban fortaleciendo. Revoluciones no socialistas, sino burguesas. Pero de burguesías conscientes de sus posibilidades, que no podían ser ya las de la burguesía occidental. En el Perú, como en otras partes de esta América, la tarea inmediata era incorporar a la vida nacional los fuertes núcleos de población que habían quedado marginados, concretamente los grupos indígenas.

Grupos que habían sido dominados por el conquistador y colonizador español, posteriormente por sus herederos los criollos y, ahora, por los propios mestizos. La emancipación de la metrópoli española lejos de haber mejorado la situación de los grupos marginados la había empeorado. Los gobiernos nacionales independientes no habían hecho otra cosa que despojar a los indígenas de sus últimas propiedades, expulsándolos de sus últimos reductos y esclavizándolos.

Manuel González Prada habló con insistencia de esta situación y de la necesidad de ponerle fin para crear una verdadera nación.

José Carlos Mariátegui combinando su admiración por la Revolución Rusa y su especial concepción del marxismo, con el liberalismo que había heredado de su maestro González Prada, escribe también sobre la urgente necesidad de incorporar a la vida nacional a los desplazados indígenas. Encontraba en ellos experiencias que debían ser asimiladas. Formas de vida, un comunismo autóctono, que podría ser asimilado por los modernos peruanos. Pero será otro de los seguidores de González Prada, Víctor Raúl Haya de la Torre, el que dé origen, no sólo a una doctrina inspirada en el socialismo liberal peruano, en la Revolución Mexicana y el comunismo, sino también a un partido de pretensiones continentales. A un partido que hiciese posible, a nivel continental, mucho de lo que la Revolución Mexicana estaba

realizando a nivel nacional; pero tomando en consideración una realidad ineludible, la realidad dentro de la cual había de ser plasmada esta política, la del imperialismo estadounidense.

En 1924, Víctor Raúl Haya de la Torre funda el APRA, sigla de Alianza Popular Revolucionaria para América. El joven líder peruano había vivido en México la Revolución, pero admira igualmente a la Revolución Rusa, tal y como la admiraban otros muchos jóvenes latinoamericanos. Su aspiración era

realizar una revolución que abarcara a toda América, concretamente a lo que llamaría Indoamérica. Es la etapa en que la Revolución Mexicana, sin pretenderlo, atraía la atención mundial y en especial la latinoamericana. Son los años en que José Vasconcelos, ministro de Educación Pública, manda brigadas educativas por toda la nación, los años en que surge y se universaliza el muralismo mexicano. El fundador del aprismo se propone llevar esta revolución a toda la América de origen latino y, en especial, a la indígena. La revolución con sus reformas y su actitud de defensa frente al desbordamiento del imperialismo.

El APRA propone al continente un programa mínimo de acción que consta de cinco puntos: 1. Acción contra el imperialismo; 2. Unidad política de América latina; 3. Nacionalización progresiva de tierras e industrias; 4. Interamericanización del canal de Panamá, y 5. „Solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo. Por lo que se refiere a Latinoamérica son los indígenas los que forman la clase más oprimida y es a su liberación a la que hay que atender en primer lugar. El APRA sigue la línea de los peruanos González Prada y Mariátegui, compañero este último, en los primeros años, de Haya de la Torre; de aquí surge también la propuesta para que se dé a esta América el nombre de Indoamérica. El APRA se establece en primer lugar en el Perú, y se espera hacer algo semejante en cada una de las naciones latinoamericanas. Se combinan influencias y tácticas: el indigenismo de González Prada con el comunismo peruano de Mariátegui, las reformas y actitud internacional de la Revolución Mexicana y el anti-imperialismo de las Antillas y Centroamérica. Para organizar el APRA se tomará del comunismo la forma celular de su organización, su centralismo jerárquico y muchas expresiones de su vocabulario.

Posteriormente se le incorporarán algunos de los aspectos de la organización totalitaria del nazi-fascismo. Del comunismo se toma también la forma clandestina de la acción. Se predica la vuelta al *tawantinsuyo*, esto es a la forma de organización social de los incas, y la resurrección del *ayllu* incaico, una especie de organización comunista que se considera había originado la grandeza del imperio inca. En la mente del creador del aprismo se mezclarán también múltiples filosofías que van de la teoría de la relatividad de Einstein, al marxismo, el historicismo y varias expresiones ideológicas del fascismo.

¿Pero cuál ha de ser la meta última de este movimiento? ¿El socialismo? ¿El comunismo? No, la meta ha de ser el capitalismo. Esto es, la realización del viejo sueño de las clases medias latinoamericanas, al parecer ya más conscientes de la realidad, dentro de la cual han de actuar para que no resultase una utopía más, para que no se volviese a caer, una vez más, en el callejón sin salida del liberalismo latinoamericano del siglo XIX. Pero, dentro de esta realidad, están ya los Estados Unidos de Norteamérica. ¿Podrá Latinoamérica, o Indoamérica, alcanzar las metas que se han propuesto los pueblos contando, como cuentan, con la oposición de los intereses de la poderosa nación? ¿No podría ser Latinoamérica una extensión del capitalismo que se había desarrollado en los Estados Unidos convirtiéndolo en líder? ¿No podría ser Latinoamérica una parte del nuevo imperio compartiendo no sólo sus sacrificios sino también sus beneficios? Muchos siglos antes, ante otro gran imperio, el romano, varios historiadores no romanos recomendaban a sus pueblos la aceptación del imperio y pedían a éste que asimilase a estos pueblos como uno más entre los suyos. Será esta la tesis que Haya de la Torre irá desarrollando hasta llegar a declarar, como lo hiciera en 1946, que el APRA seguía siendo anti-imperialista, sólo que ahora el imperialismo no lo encarnaban ya los Estados Unidos, sino la URSS. Se trataba de hacer de Latinoamérica, cuando menos, un socio menor del capitalismo encabezado por los Estados Unidos. Un miembro activo, aunque pequeño, del imperio. Una conciencia a nivel no ya nacional, sino internacional, dentro de una realidad en la que ya apuntaban los Estados Unidos como rectores de una nueva hegemonía casi mundial.

El APRA empezará por señalar lo que le separa del comunismo. No es el comunismo -sostiene- la solución adecuada a los problemas latinoamericanos. "Desde el primer momento el

APRA -dice su creador- apareció como un momento autónomo latinoamericano sin ninguna intervención extranjera."

Unos eran los problemas de Europa, donde tenía sentido el comunismo, y otros los de la América latina, para los cuales el comunismo era sólo una solución europea. La solución para Latinoamérica estaba en América. "Charlas con Lunacharsky, Frunze, Trotsky y otros dirigentes rusos -agrega- me determinaron, después de una serena y muy minuciosa visita al gran país de los soviets, a no ingresar al partido comunista, por creer, como creo, que no será la III Internacional la que ha de resolver los graves y complicadísimos problemas de Indoamérica. . ." "Tanto el comunismo como el fascismo son fenómenos específicamente europeos, ideologías y movimientos determinados por una realidad social cuyo grado de evolución económica está muy lejos de la nuestra." "Si aceptamos que Europa y América están muy lejos de ser idénticas, por su geografía, por su historia y por sus presentes económicos y sociales, es imperativo reconocer que la aplicación global y simplista a nuestro medio de doctrinas y normas de interpretación europea debe estar sujeta a profundas modificaciones." Europa no era el modelo adecuado. ¿Cuál ha de ser entonces el modelo para la América latina, el modelo propio de su realidad? El capitalismo de los Estados Unidos.

"En Europa -dice en otro lugar Haya de la Torre comentando una tesis de Lenin- el imperialismo es la última etapa del capitalismo. . . Pero en Indoamérica, lo que es en Europa la última etapa del capitalismo resulta la primera. Para nuestros pueblos, el capital inmigrado o importado plantea la etapa inicial de su edad capitalista moderna." Esta etapa, sin embargo, ha sido frenada por el imperialismo norteamericano que no está, como es de suponer, interesado en tal desarrollo. ". . . las industrias que establece el imperialismo en las zonas nuevas no son casi nunca manufactureras, sino extractivas de materias primas o medio elaboradas, subsidiarias y subalternas de la gran industria de los países más desarrollados. . ." Latinoamérica es tan sólo un instrumento del desarrollo del capitalismo estadounidense, no forma parte de él, no es uno de los miembros del capitalismo que encabeza este poderoso pueblo.

No es socio, tan sólo es un pequeño servidor. Como servidores que habían sido, los miembros de las seudoburguesías que se formaron en Latinoamérica en el siglo XIX no hicieron nada

por sus propias naciones y sí sirvieron a los intereses del capitalismo internacional. Aún no había surgido la clase media capaz de hacer por América latina lo que sus equivalentes en Europa y los Estados Unidos habían hecho por sus respectivos pueblos. Los latinoamericanos no habían podido vencer los obstáculos de su propia realidad, no habían trascendido el latifundismo que prolongaba el feudalismo colonial. "La primera etapa del capitalismo en los pueblos imperializados no construye máquinas, ni siquiera forja el acero o fabrica sus instrumentos menores de producción. La máquina llega hecha y la manufactura es siempre importada", dice Haya de la Torre. "En Indoamérica no hemos tenido tiempo de crear una burguesía autónoma y poderosa, suficientemente fuerte para desplazar a las clases latifundistas. . . A las criollas burguesas incipientes, que son como las raíces adventicias de nuestras clases latifundistas, se les injerta desde su origen el imperialismo, dominándolas." Una seudoburguesía al servicio del imperialismo que sólo puede dar origen a oligarquías. Es a estas seudoburguesías a las que se tienen que enfrentar los grupos medios desplazados, puestos al margen de la auténtica transformación de la América latina.

Había que enfrentarse al imperialismo, a lo que tiene de obstáculo para la incorporación de Latinoamérica al capitalismo; pero también enfrentarse a los remedos de burguesía que lejos de ayudar a realizar esta meta la estorbaban. "Las fronteras políticas actuales de nuestros países -dice Haya de la Torre- son fronteras económicas, pero corresponden a una etapa feudal. Las demarcó la clase feudal criolla al libertarse de España, pero no corresponden a una delimitación económica moderna anti-feudal, y menos a una delimitación revolucionaria y científica." El impacto del imperialismo daría origen a situaciones que impulsarían a Latinoamérica a transformarse en un conjunto de naciones capitalistas. Pero esto era tan sólo una posibilidad, ya que el imperialismo no aceptaba, de buena gana, la existencia de intereses que limitaran los suyos. Lo importante para Latinoamérica era hacer de esta posibilidad un hecho. Esto es, pasar de colonia, instrumento, a parte activa y responsable del sistema capitalista. ¿Cómo? Haya de la Torre sostiene que sería mediante la unión de esfuerzos de los pueblos que forman la América latina'. Una unión que al fortalecerlos los transformaría, por su capacidad de decisión, en activos socios del sistema. No se trata de destruir al capitalismo; el capitalismo, lejos de ser la etapa a trascender en Latinoamérica, es una etapa por alcanzar. No se trata de cambiar este sistema por

otro, como quiere el comunismo, sino de ser parte activa de él, no un simple instrumento. Por ello, dice Haya de la Torre: ". . . el APRA coloca el problema imperialista en su verdadero terreno político. Plantea como primordial la lucha por la defensa de nuestra soberanía nacional en peligro. Da a este postulado un contenido integral y nuevo. Y señala como primer paso en el camino de nuestra defensa anti-imperialista la unificación política y económica de las veinte repúblicas en que se divide la gran nación indoamericana". Se debe por ello tender a la unificación de los países indoamericanos para formar un gran organismo político y económico que se enfrente al imperialismo tratando de balancear un gigantesco poder para el control de la producción de nuestro suelo". Unión continental y desfeudalización nacional deberán ser las metas inmediatas por alcanzar.

El imperialismo, como Jano, tiene dos caras; así lo ve Haya de la Torre. Es, por un lado, una nueva forma de subordinación, un neocolonialismo; pero por el otro su acción en Latinoamérica ha dado origen a la posibilidad de liberación definitiva del feudalismo. El capitalismo trae consigo la industrialización y, con ella, la incorporación de Latinoamérica a este sistema; representa un cambio económico y un paso superior al del feudalismo colonialista. "El tipo del imperialismo moderno -sigue Haya de la Torre-, especialmente del imperialismo norteamericano, sólo ofrece ventajas y progreso en su iniciación." "Y. . . produce en nuestros pueblos un movimiento ascendente de las masas trabajadoras que pasan de la semiesclavitud y servidumbre, o de las formas elementales de trabajo libre, a su definición proletaria." El imperialismo como fenómeno económico, "como primera etapa del capitalismo en Indoamérica, es tan peligroso como necesario". La Revolución Mexicana representa para Haya de la Torre el primer gran esfuerzo para el logro de esta meta, la de la transformación de Latinoamérica en un grupo de naciones capitalistas, incorporadas activamente en el sistema que representa el capitalismo. Un ejemplo a seguir por todos los pueblos de Indoamérica.

¿Es esto posible? Haya de la Torre afirma que esta posibilidad se aumentará con la unión. Latinoamérica necesita de la inversión capitalista, pero el capitalismo necesita a su vez invertir; "nuestros países necesitan tanto de los capitales norteamericanos como ellos necesitan invertirse en nuestros países". Lo importante es organizarse e imponer las formas y

condiciones de esta inversión de tal forma que sirva al desarrollo de Latinoamérica, a la posibilidad de su transformación en una sociedad capitalista, De allí la postulación doctrinaria del APRA al sostener que el imperialismo representa "en nuestros países, la primera etapa del capitalismo; etapa industrial, etapa fatal.

Nosotros no podemos eludir esa etapa capitalista que es un período superior al agrícola feudal; el progreso impone que después de la etapa feudal o agraria venga la edad industrial. y nosotros nos proponemos -aprovechando la experiencia histórica del mundo- obtener todos los beneficios de la industrialización procurando amenguar en cuanto se pueda todos sus dolores y todos sus aspectos de injusticia y de crueldad".

Todo esto se facilitará en la medida en que la contrapartida de Latinoamérica, los Estados Unidos, tomen, a su vez, conciencia de la necesidad de contar con los pueblos latinoamericanos en el plano de una auténtica colaboración, de una colaboración que beneficie a ambos. Allí está ya, en opinión de Haya de la Torre y el aprismo, la política de "buena vecindad" del presidente Franklin D. Roosevelt. Una política que va haciendo de lado la política policial del otro Roosevelt. La segunda gran guerra se perfila en el mundo y, por supuesto, en el continente. Esta situación podrá ofrecer una buena coyuntura para la colaboración de las dos Américas. "Es evidente -dice Haya de la Torre- que la Unión Panamericana de las veinte repúblicas en una gran federación con los Estados Unidos del Norte, es impopular entre nosotros. No lo es, en cambio, una *alianza* leal con los Estados Unidos, ni lo es una unión bolivariana de Indoamérica que iría realizándose gradualmente y progresivamente... Pero si el gobierno de los Estados Unidos nos ayuda a unirnos y aparece nuestro continente convertido en una gran nación de más de cien millones de habitantes, inmensamente rica y afirmada por una raza común, por dos idiomas hermanos, por una tradición y una historia vinculadas profundamente, seremos un digno aliado del gran y buen vecino del norte. Importa estimular un profundo y vasto movimiento de opinión realizado por nosotros dentro de Indoamérica y hacia los Estados Unidos; para que nosotros comprendamos la urgencia de la unión y ellos entiendan la importancia y conveniencia de que nos ayuden en esta gran empresa que es el único camino constructivo y sin recelos para estructurar una sólida defensa continental."

Las ideas de Haya de la Torre y el aprismo apuntan ya a lo que habría de ser, años más tarde, la doctrina central del presidente John F. Kennedy. Doctrina de las relaciones de los Estados Unidos con Latinoamérica, Y plataforma de acción inspirada, al parecer, por varios de los seguidores latinoamericanos de Haya de la Torre y el APRA. Esto es, la Alianza para el Progreso. Una acción tendiente a alcanzar la colaboración que solicitaba el líder aprista a los Estados Unidos, para que Latinoamérica pudiese ser parte activa del capitalismo. Un socio, aunque fuese menor, del sistema que encabezaba la poderosa nación al norte de América.

## Capítulo 6 NACIONALISMO Y DEMOCRACIA DIRIGIDA

### 27. *Del gran garrote a la buena vecindad*

Al término de la primera guerra mundial los Estados Unidos acrecentarían su poder e influencia, no sólo sobre América, sino sobre la casi totalidad del mundo. Los Estados Unidos son para entonces una gran potencia. Potencia con una gran fuerza de decisión en los asuntos del mundo, a pesar de la actitud aislacionista de los republicanos. El optimismo invade a los dirigentes de la política interna y externa de este país. El apogeo parece haberse alcanzado. Al hacerse cargo de la presidencia de la nación, Herbert C. Hoover declara: "Nosotros, en América, estamos más cerca del triunfo final sobre la pobreza que nadie jamás en la historia de ningún país. . .; no hemos alcanzado la meta, pero si tenemos la suerte de continuar la política de los ocho años últimos, pronto, con la ayuda de Dios, vislumbraremos el día en que la pobreza será expulsada de esta nación." Todo parece justificar este optimismo, especialmente las ganancias astronómicas alcanzadas por los accionistas estadounidenses en sus múltiples ramos. Se crean nuevos *trusts* que garantizarán la riqueza; la obtención barata de materias primas, su elaboración cada vez más rápida y perfecta, y su venta, forman un todo en el imperio cada vez más vasto. Y las que fueran grandes potencias van siendo subordinadas a la poderosa organización que ha surgido. Ni que decir de Latinoamérica, cada vez más supeditada económicamente en todos los renglones.

Sin embargo, la facilidad de las ganancias ha creado una gran manía especulativa, que empezaría a preocupar a los grandes financieros, que toman algunas precauciones ante la posibilidad de un alza de valores que podría terminar en una catástrofe. La especulación, resultado e instrumento del apogeo de la nación, se iba transformando en meta última que podría llegar a ser peligrosa. La situación mundial sobre la que, quírase o no, descansaba el supuesto apogeo, no respondía, exactamente, a este optimismo. La guerra había originado, en los países que la sufrieron, una gran desocupación, la de los desmovilizados ejércitos; desocupación que se transformaba en descontento y conciencia de la incapacidad para cubrir las deudas que esas naciones tenían con los Estados Unidos por su ayuda en la guerra. De alguna forma, la intervención estadounidense en la guerra estaba conduciendo al

imperio a tomar responsabilidades que no estaban consideradas en sus optimistas cálculos. La casi imposibilidad de cobro de las deudas, y las dificultades para que los inversionistas pudiesen hacer efectivas, a su vez, las ganancias de sus inversiones, provocarían un desajuste económico con el cual tampoco se contaba. Dentro de las propias fronteras de los Estados Unidos se haría sentir la depresión en varios de sus renglones económicos. Fue grande la depresión en la agricultura, limitando la capacidad adquisitiva de los agricultores, y en industrias, como la del carbón y los textiles, cada vez más limitadas. El mismo progreso técnico, lejos de conducir al auge, iba originando desocupación de la mano de obra que ahora realizaba la máquina. Y con la desocupación en el campo y las fábricas menores demandas en el mercado y, con ello, mayor desocupación. El imperio se encontrará con que no iba a ser tan fácil mantener su hegemonía mundial. Dicha hegemonía implicaba responsabilidades sobre los pueblos que la sufrían que, al no ser planificadas, originarán situaciones que afectarán al imperio internamente. La catástrofe financiera no se hizo esperar mucho. Esta explotó el 21 de octubre de 1929. Las acciones empezaron a bajar de golpe y, con ello, a surgir el pánico de los inversionistas que antes se encontraban envueltos en un halo de seguridad. El pánico acrecentó la catástrofe. "Millones de inversionistas -se nos cuenta- perdieron sus ahorros, miles de ellos fueron llevados a la quiebra. Las deudas subieron, las compras bajaron, las fábricas disminuyeron su producción y despidieron a muchos de sus obreros, al tiempo que los restantes veían bajar sus jornales y salarios. Los agricultores, ya duramente castigados, volviéronse incapaces de hacer frente a sus obligaciones, y las hipotecas fueron hechas efectivas, frecuentemente con pérdida para 'los interesados. El valor de la propiedad inmobiliaria se desplomó y la recaudación tributaria decreció a un nivel alarmante, imponiéndose economías al gobierno." Todo esto afectará al imperio cuyos inicios y programa había marcado Theodore Roosevelt. La catástrofe afectaría, naturalmente, a la zona de explotación colonial que los Estados Unidos consideraban como propia: Latinoamérica. Todas las materias primas -que los Estados Unidos obtenían de Latinoamérica, al precio por ellos señalado- sufrieron una baja en su demanda. Una baja que afectó, de inmediato, a países que hacían depender su economía de tal demanda. Una explotación sin diversificación alguna, atendida tan sólo a la demanda estadounidense. Vino la natural baja de la producción, y, con ella, la desocupación y el descontento. Se hundirá la moneda en la casi totalidad de los países



latinoamericanos; caerán los precios agrícolas y de materias primas; se harán ventas ruinosas al mismo tiempo que se destruyen cereales, café y ganado; igualmente se suspende la explotación de minerales que no tienen ya demanda. Las compañías extranjeras, que controlaban esta producción, interrumpirán o suspenderán las exportaciones.

¿Cuál fue el resultado, en Latinoamérica, de una situación que en tal forma le afectaba? El de que tomase clara conciencia de que era una parte del nuevo imperio. Que era la parte destinada a ser explotada, sin posibilidad alguna de otra participación que no fuese la instrumental. Ligada, como estaba, su suerte al imperio estadounidense, sufriría sus crisis, pero, en cambio, no participaría de las ventajas de las etapas de auge de este mismo imperio. La conciencia de esta situación aumentará los movimientos nacionalistas, que se hicieron más agresivos.

Los mismos gobiernos latinoamericanos comprendieron la necesidad de planear una economía que no dependiera tan estrechamente de la economía del imperio. Se buscarán, en varios de estos países, nuevas formas de equilibrio económico, diversificando entre otras la producción agrícola. En Argentina, por ejemplo, se desarrollaron los cultivos oleaginosos, la viña y los frutales; en el Brasil, el algodón; pero, además, se buscará la forma de explotar, sembrar o fabricar productos que la falta de divisas impedía obtener en el extranjero. En fin, se había hecho clara la situación de dependencia y se busca aminorada. Las clases medias latinoamericanas enarbolarán nuevas banderas. El descontento popular en Latinoamérica se hará sentir contra aquellos de sus dirigentes en los que ve a aliados del imperialismo, del capital extranjero, que los explota y les hace seguir su suerte sin permitirles la oportunidad de participar, de gozar, de ninguna de sus ventajas.

Pero aprenden algo más los latinoamericanos, a consecuencia de la crisis que sufre el imperio norteamericano. La crisis de 1929 ha originado también un rudo golpe al libre cambio, sostenido por el liberalismo desde los días de Adán Smith. Dicha doctrina la habían venido sosteniendo los Estados Unidos para permitir su desarrollo décadas antes de la primera guerra. Tesis que seguirán sosteniendo en el campo internacional, en especial frente a Latinoamérica, para acrecentar, sin obstáculos, sus jugosas inversiones. Pero serán precisamente estas inversiones

las que en la crisis que sufren los Estados Unidos originen también la crisis en Latinoamérica. La dependencia económica mostrará, así, sus grades peligros, sin que haya mostrado ninguna ventaja. Latinoamérica empezará a pensar en términos autárquicos. Los latinoamericanos deberán buscar la forma de bastarse a sí mismos, de no depender de intereses extraños. Por lo pronto se tomarán medidas de emergencia. Se congelan divisas, se organiza el control de pagos, se empiezan a señalar las cuotas de importación y exportación. Estas medidas van perfilando la aparición de gobiernos centralistas en Latinoamérica; gobiernos que pretenderán planificar y orientar la economía, la sociedad y la política con una concepción de corte nacionalista. En esta dirección destacarán tres naciones: México, bajo el impulso de su revolución; el Brasil de Getulio Vargas y la Argentina de Juan Domingo Perón. El librecambio, la libertad para el enriquecimiento, serán considerados anacrónicos.

Pero son los propios Estados Unidos, para salvar su crisis, los que dan el ejemplo en la adopción de la vía dirigida. Latinoamérica no hará nada que los Estados Unidos no estuviesen haciendo ya para salvarse. La nación norteamericana ha elegido, en 1932, como presidente a Franklin Delano Roosevelt, candidato demócrata, y con él la adopción de un programa que llama *New Deal*. De acuerdo con este programa, el Estado, para salvar la crisis, se haría cargo del control económico. Esto es, había que orientar la economía de tal forma que no se repitiesen crisis como la sufrida. Y dentro de este control se insiste en algo que ya se venía realizando al término mismo de la primera guerra, en defensa económica de la nación frente a cualquier influencia externa que pudiese alterada. Se establecerán barreras defensivas, limitaciones a la importación y a la exportación. Sólo se aceptará aquello que beneficie, de una forma u otra, a los Estados Unidos.

El control estatal será visto como algo necesario en los Estados Unidos y lo proclama el nuevo presidente en la doctrina que normará su gestión. ¿Socialismo capitalista? ¿Capitalismo socialista? Lo importante será la conciencia que sobre su desarrollo adquiera la nación que se presenta ya como líder del sistema capitalista. El presidente Franklin Delano Roosevelt habla en tal sentido cuando dice: "Pediré al congreso el único instrumento para hacer frente a la crisis; poderes amplios y ejecutivos para llevar adelante una guerra contra la emergencia, tan grandes como los que se me darían si el país estuviese

invadido por un enemigo extranjero." Se intentará la nivelación económica de los grupos sociales más castigados por la depresión. Se atenderán las necesidades del "hombre olvidado", dice el presidente estadounidense. Es este hombre el que forma la mayoría nacional, y sobre él han descansado los sacrificios que la nación ha necesitado realizar para transformarse en líder del progreso; sacrificios a los cuales no ha correspondido un equitativo reparto de beneficios en las etapas de auge. Son estos hombres precisamente los que sufren las consecuencias de la depresión, los que forman la larga lista de desocupados. Se tratará, entonces, de cambiar la situación, mejorando a los agricultores y a los obreros de la industria en un intento de distribución más equitativa de la riqueza nacional. Para su logro se controlará la economía, se aumentarán las cargas fiscales y se hará todo lo que sea necesario para nivelar la situación de los grupos sociales sobre los cuales había venido descansando el poderío económico de los Estados Unidos. El *New Deal*, se dice, "coartó seriamente la libertad de acción de las empresas, introdujo un control de largo alcance del trabajo y la agricultura". Para algunos críticos este sistema apuntaba a la dictadura. Sin embargo, los teóricos de la nueva doctrina, lejos de aceptar la crítica la rechazan mostrando que la misma tendía, no a la destrucción del sistema capitalista, sino a su conservación. "El *New Deal*, en una forma u otra, era inevitable y se dirigía a la conservación de la economía capitalista y no a su substitución por otro sistema; y los métodos empleados estaban dentro de la tradición norteamericana."

Los latinoamericanos, por su lado, encontrarán argumentos válidos para hacer suya esta interpretación en beneficio de su propio desarrollo. Tampoco ellos buscaban la implantación de un sistema distinto del capitalista; simplemente trataban de ser, dentro del mismo, algo más que peones, instrumentos, y donadores de una riqueza que no podían disfrutar. Era allí, en Latinoamérica, donde una gran multitud de "hombres olvidados" por el sistema padecían grandes miserias. Miserias que no se explicaban frente a la riqueza de que hacían gala los inversionistas extranjeros, riqueza extraída de las cada vez más empobrecidas tierras latinoamericanas. Por ello, el programa que los Estados Unidos consideraban necesario para la conservación de su sistema, el equitativo reparto de sacrificios y beneficios de sus ciudadanos, debería serlo, también, para países que anhelaban ser parte activa de este sistema y esperaban de él algo más que sacrificios. Se considera que si el control estatal podía ser bueno para mantener

un sistema, también podía serlo para incorporarse a él, en otra forma que no fuese la de simple instrumento. Latinoamérica insistirá en hacer de sus pueblos un conjunto de naciones capaces de participar activamente en el sistema que había hecho posible la grandeza y prosperidad de las naciones occidentales, en especial la de los Estados Unidos. Para alcanzar esta meta tendría que proseguir por el camino que ya habían trazado estas naciones. Los Estados Unidos, para defender su amenazada prosperidad, mostraban también uno de estos caminos: camino que podría servir, asimismo, para hacer posible la prosperidad allí donde la misma no hubiese surgido.

Por este camino venía trillando la Revolución Mexicana; ella inspiraba ideologías como la sostenida, a nivel latinoamericano, por el APRA. Será también éste el camino que señale, para su pueblo, el dictador Getulio Vargas del Brasil. Sobre el mismo insistirán igualmente otros dirigentes en Latinoamérica, como el argentino Juan Domingo Perón. Las trabas impuestas a las justas aspiraciones latinoamericanas se hacen sentir en todo el continente. La respuesta que se da a las mismas son cuartelazos y dictaduras, que impiden la posibilidad de tales aspiraciones. Los Estados Unidos no aceptan que medidas que consideran buenas para remediar sus males, sean utilizadas para solucionar los males latinoamericanos. Por ello no vieron con simpatía el surgimiento de movimientos nacionalistas empeñados en participar, activamente, en el sistema del que los Estados Unidos se consideraban únicos usufructuarios. El nuevo reparto de la riqueza que esta nación exigía para sus nacionales, será visto por la misma como algo negativo frente a la posibilidad de su ampliación a pueblos cuyo papel no podía ser otro que el de simple donador de riqueza. La ampliación de estas aspiraciones implicaba la limitación del desarrollo estadounidense que estos pueblos pagaban con sus riquezas y sacrificios. Sin embargo, los autores del *New Deal*, pese a las presiones encontradas, tienen ya clara conciencia de que será en beneficio del propio sistema cualquier acción encaminada a cambiar la situación de miseria de pueblos de los que, quiérase o no, dependería la grandeza y prosperidad estadounidense. Por ello Roosevelt enarbolaba la doctrina de la "buena vecindad", la que hará a un lado la doctrina del otro Roosevelt, la del *Big Stick*.

Algo habría que dar a estos pueblos para que se sintiesen más ligados al sistema. El sistema, el imperio, tendría que tomar en cuenta a todos sus miembros, lo mismo al hombre olvidado de los

Estados Unidos, al proletariado interno, que al hombre olvidado de las colonias, al proletariado externo.

Será en función de esta nueva doctrina internacional que la enmienda Platt quede derogada, aunque no sus efectos. Los infantes de "marina estadounidenses desocuparán, igualmente, las tierras que en el Caribe y Centroamérica había venido ocupando esta nación para defender los intereses de sus inversionistas. Se cambiará de actitud frente a la Revolución Mexicana, pese a que sus gobiernos están tomando medidas que afectan seriamente los intereses de los inversionistas estadounidenses. Esta misma doctrina aceptará, entre otras cosas, la exigencia mexicana de no intervención en los asuntos internos de" otras naciones del continente. Era una postura contraria al intervencionismo que habían venido practicando los Estados Unidos sobre Latinoamérica. Doctrina que las nuevas circunstancias mundiales hacían necesaria para frenar la inquietud en el continente americano. En Europa se alzaba un gran peligro, el nazi-fascismo que, como el monstruo del doctor Frankenstein, se volvía contra sus creadores. Frente a este totalitarismo, frente a la violencia desatada por el nuevo monstruo, las naciones de la Europa occidental así como los Estados Unidos enarbolaban la bandera de las naciones que llaman libres. El choque entre el bloque totalitario y el llamado bloque de naciones libres se avecinaba. Ante este inevitable choque era menester mantener el orden, un orden interno que no se sirviese, a su vez, de medidas igualmente totalitarias, de medidas tan brutales como las fascistas. Los *marines* serían por esta misma razón retirados para no asemejarse a las tropas de asalto nazis. Entre los propios pueblos latinoamericanos no faltarían guardianes indígenas del orden imperial. Por ello, al lado de las naciones llamadas libres, codo con codo con las grandes democracias, se preparan a luchar contra el totalitarismo los Trujillo, los Carías, los Somoza, los Ubico y otros muchos más. Se hace a un lado la doctrina Monroe, y en su lugar se habla de una doctrina que sólo busque la unidad americana en defensa de su propia seguridad, enfrentando posibles ataques de ultramar. Toda la América, unida, repelería cualquier ataque externo. Una declaración común de buenas intenciones, dice el historiador norteamericano Arthur Whitaker, ya que quienes la sostenían carecían de los instrumentos necesarios para su aplicación, dejando este encargo a la única nación que contaba con estos medios, los Estados Unidos. Esta nación se encargaría de garantizar la seguridad continental. Se dejaba la carga principal

de la protección de las Américas contra la agresión externa precisamente allí donde estaba desde un principio y donde la distribución del poder la había colocado, o sea, en manos de los Estados Unidos.

Estados Unidos mantendrían su hegemonía en América sosteniendo lo que llama Whitaker "la misma gata, pero revolcada": la doctrina Monroe, que parecía haber sido puesta de lado. En nombre de una supuesta nación común estadounidense y latinoamericana, en beneficio de la seguridad continental, los Estados Unidos mantenían su hegemonía sobre el continente. En un futuro próximo, al término de la segunda gran guerra, este mismo argumento servirá para justificar acciones punitivas que no se diferenciaban de las realizadas en nombre del *Big Stick*; salvo que en esta ocasión serían presentadas como acciones en beneficio de la seguridad continental, realizadas conjuntamente por víctimas y victimarios. Los mismos gobiernos latinoamericanos, en nombre de la seguridad continental supuestamente amenazada, autorizarán acciones punitivas, intervenciones, contra pueblos hermanos o contra sus propios pueblos. Los mismos guardianes del orden imperial solicitarán, a nombre de la libertad y la democracia latinoamericanas, la intervención de la única nación que era dueña de los instrumentos de represión adicionales. Los mismos latinoamericanos autorizarán acciones intervencionistas que serían presentadas como acciones de ayuda y defensa, acciones que podían ser realidad no contándose inclusive con esta autorización. Los Estados Unidos seguían haciendo de policías continentales, de encargados de mantener el orden que mejor convenía a sus intereses. Pronto se transformarían en policías mundiales, al servicio, igualmente, de estos intereses.

## 28. La respuesta cardenista

La doctrina de la buena vecindad, nueva expresión de la moral puritana estadounidense, será pronto sometida a prueba por la marcha de la revolución en México. En otras circunstancias, la solución a esta prueba habría sido drástica, rápida y definitiva. En ese momento la situación será distinta. El totalitarismo nazi-fascista y el militarismo nipón amenazaban al llamado mundo libre. Los líderes de este mundo, para enfrentar el peligro, necesitaban de la colaboración de todos los pueblos y solicitaban la misma en nombre de la libertad, la dignidad humana y la justicia social. Por

ello, cualquier acción violenta, cualquier intervención armada sobre un pueblo, cualquiera que fuese el pretexto, pondría en el mismo nivel al imperialismo capitalista y al totalitarismo fascista. La Revolución Mexicana, por su parte, dentro de este marco internacional, continuaba desarrollándose. Un desarrollo que necesariamente lesionaba intereses extraños al mismo. Los conflictos internos y externos, lejos de desaparecer, aumentaban. Las presiones para resolver los unilateralmente tropezaban con la firme resistencia mexicana, que sostenía los principios de autodeterminación y no intervención de extraños en los asuntos del país. Fue ante la terca actitud mexicana, y frente a los ojos del mundo puestos en la nación que se presentaba como líder del llamado mundo libre, que el gobierno estadounidense, dice Frank Tannenbaum, se vio obligado a sostener una política que no podía ser ya la del gran garrote del primer Roosevelt.

¿Por qué? "La insistencia del gobierno de los Estados Unidos sobre el derecho de México a la autodeterminación -dice Tannenbaum-, sobre su integridad política, sobre su igualdad de independencia, sobre el hecho de que si somos poderosos también podemos ser justos, que la gran nación no tiene, en cuestiones internacionales, derechos mayores que los que poseen las pequeñas, y que la fuerza debe usarse solamente contra la injusticia y la tiranía, nos permitieron reñir una guerra mundial contra la agresión alemana, en dos conflictos tremendos. Bélgica, Polonia, Checoslovaquia, Manchuria y China pudieron ser defendidas con completa convicción por Wilson y Roosevelt, porque también habíamos defendido a México contra nosotros mismos." Ahora se trataba de elegir entre solucionar drásticamente los problemas que se planteaban a la inversión estadounidense en México, o tomar la bandera del liderazgo del mundo libre amenazado por el totalitarismo. Cobro inmediato de intereses o inversión a largo plazo. No será fácil convencer a los intereses afectados de la conveniencia de esta última solución; de las ventajas de inversiones que parecían pérdidas, pero que en un futuro podrían ser la base de la organización de un gran imperio universal.

La revolución en México lesionaba muchos intereses. Intereses en defensa de los cuales en otras ocasiones se habían dado rápidas y drásticas soluciones. La reforma agraria mexicana, pese a la oposición interna y a las presiones norteamericanas, estaba siendo realizada por los gobiernos revolucionarios que iban

sucedándose. Reforma respaldada, legalmente, por la Constitución de 1917. Nada habían logrado las presiones de los Estados Unidos para evitar los efectos de la misma, nada para hacer de los intereses estadounidenses, intereses inafectables. Todos los esfuerzos para evitar la retroactividad legal habían sido nulos. La reforma marchaba. El presidente Álvaro Obregón había repartido más de un millón y medio de hectáreas; Plutarco Elías Calles más de tres millones. Emilio Portes Gil, en un corto plazo, entre los años de 1929 y 30 había repartido 1.749.583 hectáreas; Abelardo Rodríguez cerca de diez millones, hasta llegar al general Lázaro Cárdenas, que realizara el más amplio reparto de tierras, cerca de 18 millones. La justicia social estaba siendo llevada al campo; pero también sería llevada a las ciudades. La reforma agraria estimulaba la industrialización; pero se buscaba también que la misma no originase nuevas injusticias, nuevos conflictos; por ello, el Estado mexicano se encargará de equilibrar los intereses de la iniciativa privada con los intereses de las masas trabajadoras que hacían posible el desarrollo de esa iniciativa. Desde arriba, desde el gobierno, se organizará el sindicalismo. Organización que alcanzará, también, su máximo desarrollo bajo el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas. Los Estados Unidos tienen que ver, sólo de reojo, la inusitada situación, ya que su atención está ahora enfocada hacia Europa. La Europa que parece va a ser engullida por las violentas huestes de Adolfo Hitler, mientras en el Pacífico se va perfilando la agresión japonesa.

El 18 de marzo de 1938 el presidente Lázaro Cárdenas, pondrá a prueba mayor al puritanismo estadounidense, al realizar la expropiación del petróleo que se encontraba en manos de compañías estadounidenses y europeas. La negativa de estas compañías a acatar las leyes nacionales conducirá a la expropiación. Se trataba de un acto legal, en defensa de los intereses nacionales; los intereses extranjeros, como ya lo habían venido sosteniendo los gobiernos de la revolución, no podrán estar por encima de las leyes e intereses nacionales. Se trataba de un acto legal, expuesto, como era de esperar, a una posible acción punitiva, a una nueva invasión y al violento sometimiento. Pero valía la pena jugarse el todo por el todo. Lo grave era el ejemplo que podría cundir. El resto de los países latinoamericanos aplaudían calurosamente la acción mexicana, pese a la gran propaganda en su contra, y esperaban atentos la reacción del coloso. Pueblos ya cansados de la interferencia extranjera en sus asuntos -en defensa de los intereses de inversionistas que no

hacían nada por sus países-, esperaban la reacción. Era una grave prueba para los Estados Unidos, ya que allende los mares el totalitarismo nazi-fascista aumentaba su agresividad y ponía al mundo al borde de la catástrofe de la guerra. Varios pueblos habían ya caído víctimas de esta agresión, como Etiopía, Austria y España, y pronto caería Europa entera y el mundo sin más. Frente a la agresión, los Estados Unidos se perfilaban como el único poder capaz de frenarla.

Eran la esperanza, el anti-imperialismo. Eran los abanderados de la libertad frente a las fuerzas brutales que invadían pueblos, arrasándolos y sometiéndolos. ¿Qué hacer entonces ante el reto mexicano?

Los Estados Unidos, urgidos por las circunstancias históricas del momento, pusieron de lado la ya vieja política del garrote policial. Al sur de sus fronteras necesitaban de un aliado, más aún sabiendo que de la posibilidad de este aliado dependía la confianza del resto de Latinoamérica hacia el poderoso vecino. Las presiones tomaron otras características, aquellas que no implicasen la presencia de fuerzas militares: bastarían las presiones económicas. Igualmente se desechó la posibilidad de una revuelta interna que cambiase al gobierno revolucionario. Resultaba altamente peligroso un vecino en revuelta armada, ya que nadie sabía a dónde se podría llegar. La violenta experiencia de la Revolución, que poco a poco se iba institucionalizando, bastaba para no tentar la suerte. Los acontecimientos en Europa y los que ya amenazaban al Asia, mostraban la necesidad de una frontera y de un continente pacífico que ayudasen a los Estados Unidos en la mejor forma que podrían hacerla, esto es, no planteando problemas. La poderosa nación deberá ser, en ese sentido, la primera en no dar origen a los mismos. El general Cárdenas tuvo una clara conciencia de esta situación, y será en función de la misma como haga la expropiación petrolera. Consideró que se presentaba -dijo- "la gran oportunidad de liberarse de la presión política y económica que han ejercido en el país las empresas petroleras que explotaban, para su provecho, una de nuestras mayores riquezas, como es el petróleo, y cuyas empresas han estorbado la realización del programa social señalado en la Constitución política". Anticipándose a estas ideas, pocos días antes de la expropiación, el subsecretario de Relaciones Exteriores de México, Ramón Beteta, informaba a los representantes mexicanos en el extranjero de la importancia de la

acción que era casi seguro sobrevendría y de la oportunidad de la misma. Los riesgos que se correrían serían pocos en relación con la posibilidad del rescate de un gran recurso nacional como el petróleo. "Probablemente -escribía- se suscitarán algunas reclamaciones internacionales; pero el gobierno tiene fe en que podrá salir avante." Estas presiones se hicieron sentir, así como" las que realizaron varios de los no menos descontentos intereses locales que también fueron lesionados, buscando alterar el régimen cardenista. Pero los hechos, la guerra cada vez más cercana, anularon la posibilidad de éxito de los mismos. Los Estados Unidos aceptarán los hechos, pero tratando de sacar a los mismos las mayores ventajas. No era posible en esta situación presionar y anular al cardenismo; pero tampoco iban a permitir que su ejemplo, de tener éxito, cundiese y alterase el *status* mismo del orden continental.

El cardenismo era, ante todo, una de las mayores expresiones de la corriente nacionalista que, desde los inicios del siglo y como respuesta a la presión imperialista de los Estados Unidos, cundía por la América latina, como cundiría, por el resto del mundo, al término de la segunda gran guerra. Una corriente que no podía y no debería ser frenada, pero que en todo caso debería ser orientada en forma tal que no perjudicase al creciente expansionismo y poderío estadounidense. El nacionalismo debería ser adaptado, en todo caso, a las mismas necesidades de desarrollo del Imperialismo estadounidense. Debería ser expresión del mismo, resultado de su impacto y, como tal, asimilado al mismo desarrollo que lo había originado. El relativo desarrollo nacional de las colonias, lejos de perjudicar al imperio, podría fortalecerlo, así habría que asimilar al cardenismo, ya que la vieja política del garrote no funcionaba en ese momento.

Sin embargo, será el olvido de esta política, en otra coyuntura de poder, años más tarde, y ante una revolución como la cubana, la que orillaría a esta nación latinoamericana a buscar la protección y ayuda de otro poder, aquel que disputaba a los Estados Unidos la hegemonía mundial: la URSS. Pero en 1938, el temor a la guerra mundial y a cambios que todavía eran imprevisibles, hicieron que la poderosa nación de América se abstuviese de una acción represiva y que sus presiones fuesen tan sólo orientadas a mantener en su límites la línea nacionalista que, como las que surgían en Latinoamérica, sólo aspiraban a ser parte activa de un *status* cuya dirección estaba en manos del capitalismo



estadounidense. Los nacionalistas latinoamericanos no querían destruir el sistema capitalista, sino que querían ser activa parte de él. Pretendían otra situación que no fuese ya la de simples proveedores de materias prima y consumidores de las mismas, al ser elaboradas por la industria de la metrópoli. Los latinoamericanos aspiraban a un mejor trato en la explotación de tales materias y a la posibilidad de crear industrias propias. Algo de esto podría ser concedido a los latinoamericanos, la guerra misma exigía una mayor participación latinoamericana en industrias secundarias, dado que la gran industria estadounidense orientaba todos sus esfuerzos a la fabricación de armas que permitiesen el triunfo final sobre el nazifascismo en Europa y el militarismo nipón en oriente.

De esta política habla Lorenzo Meyer cuando dice: "La delicada situación internacional creada por la política expansionista de los países del eje, que ponía en entredicho todo el sistema de balance del poder, llevó a los Estados Unidos a cuidar que su presión no pusiera en peligro la precaria estabilidad política mexicana y abriera la posibilidad de la toma del poder por elementos ultraderechistas y, quizá, profascistas. A la vez el departamento de Estado decidió seguir, a raíz de la expropiación petrolera, una política de presión diplomática y económica que permitiera al gobierno cardenista mantenerse en el control de la situación, pero de manera un tanto precaria, bajo la amenaza de verse sumido en cualquier momento en una crisis económica de proporciones inmanejables." ¿Nacionalismo? Si; pero cuidando de que éste no lesionase grandes intereses del sistema creado por la expansión estadounidense. Los años que precedieron a la contienda de la segunda guerra permitirían a este nacionalismo ir un poco más lejos; pero no más allá de ciertos límites. Una posibilidad que el triunfo de los aliados en la guerra anularía, una vez más, replanteándose el viejo conflicto entre la América expansiva y la que recibía la expansión, pero ahora ya en un plano que no podría ser el nacionalista. La Revolución Mexicana, como expresión del nacionalismo latinoamericano, alcanzará con el cardenismo su máxima posibilidad. Iba a permitir, desde arriba, la creación de la soñada burguesía nacional. El petróleo, en manos de los mexicanos, daría origen a la realización de un viejo sueño. El cardenismo hará posible el alemanismo; es el inicio de la posibilidad de la soñada burguesía nacional. El viejo sueño estampado ya en la Constitución mexicana. Cárdenas, al expropiar el petróleo, no pensaba ir más allá de las metas que la Revolución

se había señalado. Metas que los intereses de los explotadores de la riqueza nacional aún impedían. La expropiación del petróleo iba a permitir, entre otras cosas, "la realización del programa social señalado en la Constitución política", decía Cárdenas. Nada más; pero tampoco nada menos.

¿Qué había hecho Cárdenas? Nada que los norteamericanos no hubiesen hecho para sí mismos. El embajador de los Estados Unidos en México, en los difíciles días de la expropiación, Josephus Daniels, consideraba que lo que el cardenismo estaba haciendo no era sino una forma de *New Deal* para los mexicanos, esto es algo como lo que estaba haciendo Roosevelt para los Estados Unidos tratando de vencer la crisis en que se encontraba este país a partir de la depresión. Lo peligroso, se insistirá, será el ejemplo, que no tardará en expresarse en Latinoamérica, y la orientación que podría darse a acciones semejantes; orientación que podría ir más allá de la pura pretensión nacionalista. Frenar la posibilidad de que tal ejemplo cundiese, manteniendo al mismo tiempo buenas relaciones con un gobierno que había puesto a prueba la doctrina de buena vecindad, serán problemas a resolver por los Estados Unidos, tomados en una situación que impedía hacer aflorar el estilo implantado por Theodore Roosevelt. La revolución debería mantenerse, pese a todo, dentro del corte nacionalista en que había surgido y, como tal, válida tan sólo para los mexicanos, que podrían realizarla dentro de una especial coyuntura. Su ejemplo, sin embargo, no debería repetirse, porque las condiciones que la habían hecho posible deberían ser, también, irreversibles. "El objetivo -dice Lorenzo Meyer- era detener definitivamente las transformaciones que se proponía Cárdenas hacer al sistema de propiedad y de dependencia externa; y ese objetivo se logró." En otras palabras, se soportaría la existencia de un nacionalismo como el mexicano, pero evitando la posibilidad de su desarrollo a nivel continental; un desarrollo que podría alterar el nuevo orden colonial y los grandes intereses de la metrópoli. Cualquier otro intento, por limitado que fuese, y una vez desaparecida la situación de emergencia de la segunda guerra, sería anulado con los viejos métodos, aunque buscándose nuevas justificaciones, las que le iba a dar la postguerra, las de la guerra fría. Otras expresiones del nacionalismo, como el representado por el varguismo en el Brasil y el peronismo en la Argentina, surgidos y fortalecidos dentro de esta segunda gran guerra, serían, de alguna forma, anulados. Lo mismo pasará también con el nacionalismo de la revolución guatemalteca

en 1914; y el de la revolución cubana en sus inicios. Cualquier otro esfuerzo en este sentido, por pequeño que fuese, sería frenado.

Lo más positivo, en este encuentro de intereses entre las dos Américas, fue la conciencia, por parte de la América latina, de que una actitud de resistencia, pese a los riesgos de la misma, podría originar un repliegue, aunque fuese limitado, de los intereses que impedían el desarrollo latinoamericano. "Si el pueblo mexicano -dice Tannenbaum- estaba dispuesto al sacrificio antes que rendir su dignidad y su soberanía nacional, el pueblo de los Estados Unidos no podía ni quería aceptar ninguna oferta de sacrificios. Esto iba en contra de sus convicciones." Más aún cuando esas convicciones estaban siendo puestas a prueba en vísperas de un conflicto mundial y estaban viéndose, los Estados Unidos, obligados a enfrentarse al totalitarismo cuyos métodos intervencionistas diferían poco de los de la política del gran garrote. Pasada la emergencia, sin embargo, tales escrúpulos desaparecerán continuando la vieja política de presión e intervención directa o indirecta. Habría que esperar algunas décadas para que este tipo de presiones fuesen puestas en crisis por la resistencia de otros pueblos dispuestos a jugarse el todo por el todo en defensa de sus atropellados intereses. El imperio, al extenderse, tropezaría con resistencias en Latinoamérica y otras partes del mundo. La máxima expresión de esta resistencia se daría en el sureste asiático, en Vietnam, poniendo en crisis la política de agresión que inútilmente trataba de justificarse moralmente entre los mismos agredidos.

Ya desde los días en que la Revolución Mexicana planteaba conflictos morales a los Estados Unidos, se perfilaban corrientes de opinión tratando de hacer más amable un dominio al que no estaban dispuestos a renunciar. El cada vez más potente imperio bien podía incorporar los intereses de los pueblos que formaban las nuevas colonias a sus propios intereses, haciendo participar a los mismos en otro plano que no fuese el de simples explotados. Socios menores, segundones, pero socios al fin. Una vieja tesis imperialista esbozada por el creador del primer gran imperio en la Historia, Alejandro de Macedonia, que trató de evitar que los dominados persas fuesen explotados, hasta la miseria, por los griegos. Los persas deberían, también, ser considerados como parte, sin discriminación, de un imperio formado por griegos y persas. Fue el no aceptar esta tesis -recordaría después Gibbons- lo que llevó también a otro imperio, al romano, a su declinación y

caída. Los Estados Unidos se encontraban frente a un reto semejante ante la resistencia mexicana, un reto que debería ser tomado en cuenta. La actitud de los Estados Unidos, ante el reto cardenista, dice Meyer, "fue uno de los primeros casos que pusieron de manifiesto que el imperialismo de viejo estilo estaba en proceso de transformación".

Transformación originada en la resistencia que iban ofreciendo pueblos, como el mexicano, que recibían el impacto del nuevo imperialismo. Estos pueblos se negaban a ser simple instrumento de explotación. Los mexicanos, como otros muchos pueblos, entonces y después, no se oponían a la ineludible relación con el nuevo poder mundial, ya que esto era imposible.

Pero ya que esta relación era ineludible, debería establecerse en otros niveles que no fuesen los de la simple explotación. A lo que aspiraban, ya desde los mismos umbrales de la independencia política como naciones, era a que esta relación tuviese un signo positivo, dentro del cual el colonizado fuese algo más que instrumento de explotación. Se aceptaba la existencia dentro de un sistema creado por los intereses que hicieron posible el imperio; pero en otra situación que no fuese la de pura y simple subordinación.

Dentro del ámbito de posibilidades de una nación como la mexicana cabían, también, otros intereses, siempre y cuando los mismos no tratasen de sobreponerse a los nacionales. El imperio era una realidad ineludible, pero su aceptación no podía implicar un gesto de autodestrucción, máxime que el mismo imperio dependía, a su vez, de la fortaleza de quienes lo hacían posible. destruir las posibilidades de realización y progreso de un pueblo, de uno de los pueblos que hacían posible la existencia del imperio, implicaría la destrucción de este mismo imperio. Los mexicanos, en este sentido, no querían para sí nada que no quisiesen para sus nacionales los Estados Unidos. Y en la medida en que los representantes de esta nación fincasen su prosperidad en la explotación de la riqueza y trabajo de otros pueblos era menester que esta prosperidad fuese también compartida por quienes la hacían posible. "Esperemos que si el capital extranjero busca en el futuro hacer inversiones en México, éste venga con una actitud diferente; que no busque la explotación del pueblo mexicano -Dice Cárdenas en su primer informe al Congreso de la Unión, después de realizada la expropiación del petróleo-, sino el desenvolvimiento

de los recursos del país con la cooperación del trabajador mexicano; que no intente actuar en contra de nuestras leyes; esperamos al capital que aumente el nivel de vida del pueblo mexicano, dándole oportunidad de comprar los productos de la industria norteamericana y poder convertirse en buenos consumidores y buenos vecinos."

¿Qué habían hecho por México compañía, como las petroleras, que el gobierno se había visto obligado a expropiar? Nada, simplemente explotar la riqueza nacional y a los hombres que hacían posible tal explotación. "Al salir de nuestro país -Dijo Cárdenas- las compañías expropiadas no dejaron tras de sí, después de varios lustros de explotación, un sólo recuerdo que pudiese mover la gratitud mexicana." La Revolución no se enfrentaba al sistema capitalista encabezado por los Estados Unidos; a lo que se oponía era a que sus riquezas y los esfuerzos de sus hombres fuesen un simple instrumento de una riqueza y prosperidad ajenas. Para evitar tal cosa los mexicanos, los latinoamericanos y otros pueblos tendrían que tomar medidas que garantizaran una cierta justicia igualitaria de todos los miembros del imperio. Habría que romper la división establecida entre explotados y explotadores. No más hombres y subhombres, pueblos desarrollados destinados a explotar y pueblos subdesarrollados destinados a ser explotados. Un gran imperio capitalista, sí, pero un imperio en el que todos sus miembros tuviesen cuando menos un mínimo de posibilidades de desarrollo.

Por lo que a México se refiere, en lo nacional, la Constitución reajustada señalaba las bases para el necesario equilibrio que era menester guardar entre la iniciativa privada y los grandes grupos sociales de los que dependía el éxito de ésta. El extranjero, por poderosa que fuesen la nación de que era originario, tenía que ser a su vez parte del sistema económico y social mexicano. No un privilegiado, sino una parte de las fuerzas que harían posible el desarrollo nacional siguiendo la suerte de éste. De la posibilidad de este desarrollo dependía, también, el del imperio. ¿Cómo podría un pueblo miserable convertirse en buen consumidor de las industrias del imperio? La miseria sólo origina miseria. Por ello la Constitución de 1917 establecía claramente los derechos y obligaciones de la totalidad de los miembros; pero de éstos, a su vez, dependía la grandeza de la comunidad. No se podía aceptar la existencia de privilegiados, de individuos que se sentían extraños a una comunidad que hacía posible su

engrandecimiento. "El individuo que se desprende de su país para encontrar en otro lo que le hace falta en el suyo -Decía Cárdenas- tiene el deber imprescindible de aceptar todas las circunstancias, propicias o adversas, del ambiente que le acoge, y por un concepto compensativo, ha de gozar también de todas las prerrogativas del ciudadano útil y respetable de la sociedad en que vive."

La nacionalidad de origen no podría ser un salvoconducto o patente para expoliar a otros pueblos. Cárdenas se opone a la tesis imperialista que extiende los privilegios de sus nacionales sobre los derechos de otros pueblos. Se opone "a la teoría internacional que sostiene la persistencia de la nacionalidad a través de los ciudadanos que emigran para buscar mejoramiento de vida y prosperidad económica á tierras distintas de las propias. . una de las injusticias fundamentales que tiene por origen la teoría del clan o sea la proclamación de la continuidad de la tribu y más tarde el de la nacionalidad a través de fronteras, del espacio y del tiempo; engendrándose de este error una serie de antecedentes todos ellos funestos para la independencia y soberanía de los pueblos". Se opone al funesto imperialismo que hace del nacionalismo un instrumento estrecho, al servicio de limitados intereses de sus miembros. Frente al imperialismo se alzarán el nacionalismo de los pueblos que, simplemente, se resisten a ser instrumento de prosperidades ajenas y exigen, por el contrario, participar tanto en los ineludibles sacrificios, como en los beneficios que se alcancen con los mismos.

Lázaro Cárdenas niega que la Revolución Mexicana trate de crear un sistema opuesto al que sostienen los Estados Unidos. Todo lo contrario, considera que la ampliación a otros pueblos de los beneficios propios del sistema que representan los Estados Unidos, lejos de perjudicarlos les permitiría alcanzar mayores ventajas, entre ellas una mayor estabilidad en los logros alcanzados. En México, pese a todas las calumnias, la Revolución no ha pretendido ni pretende nada que no haya pretendido o pretenda una nación como la norteamericana. No ha abrazado ni sostenido doctrina o sistema alguno en detrimento o substitución del originado por la poderosa nación. Todo lo contrario, lo que piden pueblos como el mexicano es una participación más amplia en el establecimiento y fortalecimiento del sistema del que se sentirán parte. Lo único que piden es ser partícipes en los beneficios, como lo han venido siendo de los sacrificios. Esto es lo que la Revolución pide a los nacionales de otros pueblos, cuando

éstos se incorporan y participan en la vida de México, sin discriminaciones, sin privilegios, como iguales entre iguales. Cárdenas niega la acusación que se hace a su gobierno de comunista, diciendo: "El gobierno de México no ha colectivizado los medios o los instrumentos de producción, ni ha acaparado el comercio exterior convirtiendo al Estado en dueño de las fábricas, las casas, las tierras y los almacenes de aprovisionamiento." Existen casos aislados, pero justificados plenamente por las circunstancias que los originaron. "No hay, pues, en México un gobierno comunista; nuestra Constitución es democrática y liberal, con algunos rasgos moderados de socialismo. . . que no son, ni con mucho, más radicales que los de otros países democráticos y aun de algunos que conservan instituciones monárquicas." Todo ello, por el contrario, puede ser ventajoso para los Estados Unidos, para la permanencia de sus mismos intereses y desarrollo de su sistema. "Es perjudicial para los Estados Unidos -agrega Cárdenas en otro lugar- que sus vecinos sean débiles y pobres. Sería más ventajoso para ellos ayudarlos a elevar su norma de vida a nivel de lo que en los Estados Unidos se considera decente. Para atender a esta meta, México tendrá que ser industrializado. No puede llegarse muy lejos fomentando las artes menores y los oficios manuales, como lo han sugerido algunos de mis amigos norteamericanos. Angustiosamente necesitamos de maquinaria para abrir fábricas, y los Estados Unidos podían ayudarnos en esta forma." Pero habrá que esperar cerca de un cuarto de siglo para que los Estados Unidos, en una situación semejante, ante otra revolución, intenten dar la solución que fuera propuesta por Cárdenas. La Alianza para el Progreso parece intentarlo, pero llega tarde y fracasa ante la oposición de intereses que insisten en no querer nada que, en alguna forma, disminuya sus beneficios, así sea en aras de su propia seguridad.

Con el cardenismo se intentará conducir a sus más altas consecuencias el ideal revolucionario normado por la Constitución de 1917. Desde arriba, desde el gobierno, se buscará la creación del horizonte de posibilidades de los viejos sueños liberales. Esto es, una nación industrializada, impulsada por una clase capaz de hacer por México algo semejante a lo que grupos sociales equivalentes habían hecho por naciones como Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Para ello, lo sabían los revolucionarios, era necesario un gobierno con fuerza suficiente para mantener el indispensable equilibrio de intereses de los diversos grupos sociales que harían posible la futura nación al desarrollarse los

mismos. "Liberalismo y socialismo; libertad y justicia social", reza el lema del partido de la Revolución. El Estado como poder equilibrador, que buscará, también, reglamentar la participación económica extranjera, las inversiones, en función con los intereses de la nación mexicana. Tal pretendía el cardenismo, como expresión de la Revolución, buscando el fortalecimiento de los grupos sociales más débiles, para evitar la voracidad de grupos más fuertes, audaces y agresivos. Dentro de esa idea trató de limitar la fuerza de los intereses extranjeros en México, buscando la forma de obligados a ser parte positiva de la nación a la que debían su prosperidad.

De esta aceptación dependía, también, la posibilidad de una nación más fuerte y, con ello, el natural desarrollo de los mismos intereses que la hacían posible. Ahora bien, también desde arriba y por otras vías, el alemanismo tratará de llevar a sus últimas consecuencias el afán de esos mismos grupos por crear una nación que estuviese a la altura del sistema capitalista del que se sabían parte. Desde arriba, desde el gobierno, se intentaría abrir y cerrar las exclusas de los diversos intereses nacionales y extranjeros que, de no ser controlados, entrarían en abierta pugna.

Democracia dirigida, junto con sus graves inconvenientes, era lo que intentaba la Revolución, expuesta como estaba a la presión de los grupos más fuertes y entre ellos, por supuesto, los intereses extranjeros. La Revolución Mexicana, pese a las sanas intenciones de sus líderes, empeñada a través de sus diversos gobiernos en mantener el adecuado equilibrio de intereses de las fuerzas que intervenían en su sociedad, se encontrará presionada por las más poderosas de estas fuerzas, aquellas que no eran, precisamente, las de las grandes masas, una y otra vez explotadas. El temor a que los grupos sociales más numerosos, obreros, campesinos, clase media, pudiesen ser fácilmente instrumentados por grupos de intereses mejor organizados y politizados, condujo a la "creación de instituciones oficiales que si bien actuaban en nombre de las grandes masas, no permitían la participación real de sus representados, e impedían su militancia. Desventaja que aprovecharon los grupos con más amplia posibilidad de acción; los que fueron imponiendo sus intereses a través de los sucesivos gobiernos revolucionarios. Se alcanzará un extraordinario desarrollo que no será, sin embargo, aquel en que habían soñado los revolucionarios en la etapa combativa de la Revolución, ni tampoco aquel en que habían pensado los

constituyentes que habían impuesto su criterio de justicia social en la ley de 1917. Las presiones de los grupos sociales más fuertes se harán ya sentir dentro del mismo régimen cardenista.

Pese a los esfuerzos reformistas del cardenismo, buscando el anhelado equilibrio de intereses de los diversos grupos que actuaban dentro de la nación mexicana, incluyendo los extranjeros, éste no se logró. Dice Lorenzo Meyer: "Es necesario efectuar una investigación más completa sobre las causas que llevaron al régimen cardenista a detener su política reformista después de 1938, pero sin duda una de ellas fue el hecho de que el populismo cardenista se basó en la movilización, pero no en la participación efectiva de los sectores populares llamados a aumentar su base de poder. Las reformas cardenistas se hicieron de arriba hacia abajo y no hubo una fuerza masiva consciente e independiente que pudiera defender el terreno conquistado cuando los intereses creados dejaron sentir su presión en los altos círculos gubernamentales. Esta presión en gran medida era de origen interno, pero la oposición extranjera a aspectos claves del programa reformista fue un elemento que influyó decisivamente en el viraje a la derecha que se inició después de la expropiación petrolera." El mismo fenómeno se repetirá en, otros lugares de Latinoamérica en los que se intentó realizar cambios semejantes a los intentados por los mexicanos. Algunos de estos intentos serán violentamente anulados, tanto en el Brasil como en la Argentina. En otros, como en Cuba, la presión conduciría a esta nación a alinearse dentro de un sistema que si bien seguía siendo revolucionario, no sería ya el nacionalista. Cuba se vio obligada a buscar el apoyo del país líder del sistema opuesto al representado por los Estados Unidos, el socialista. Otros intentos terminarán violentamente como el de Guatemala, utilizándose medidas calcadas de las ya utilizadas por los Estados Unidos en los inicios de su expansión imperial. En esta ocasión no se hablará ya de librar a Latinoamérica del imperialismo europeo, sino del imperialismo representado ahora por la URSS u otras naciones comunistas.

### 29. La respuesta del varguismo

1888 y 1889 son años claves en la historia del Brasil. La nación decide romper con los lazos que le había impuesto el coloniaje portugués, con la herencia representada por el imperio de

los dos Pedros que, de esta forma, había alcanzado la emancipación política de la Colonia. En 1888 la nación decide romper con una forma de organización social y económica heredada de la Colonia: la esclavitud, que queda abolida. Se habían impuesto los puntos de vista de los grupos brasileños que aspiraban a hacer de su nación una nación moderna, industrializada y capaz de incorporarse al sistema capitalista que había triunfado en Europa y estaba triunfando en Norteamérica. También esta última nación, modelo en muchos sentidos, había librado una ruda guerra para romper con el sistema esclavista. El 15 de noviembre de 1889 se da el segundo paso: se pone fin al imperio del nieto del último rey de Portugal a que estuvo subordinado Brasil. Se declara la República. La República que, pese a todo, queda bajo la dirección de los sectores agrícolas, que no se encontraban muy entusiasmados por la posibilidad de un cambio político, social y económico. Sobre estos sectores seguía descansando el futuro de la nación. Los sectores medios -de donde se suponía habría de surgir la burguesía que hiciese por el Brasil lo que sus equivalentes habían hecho por la Europa occidental y los Estados Unidos- se abandonan a la inercia, dejando la posibilidad de cambios económicos en manos de los inversionistas europeos y estadounidenses. Como en el México del porfiriato, la seudoburguesía brasileña se conforma con hacer de intermediaria o amanuense. El dominio lo mantienen los grupos que aún hacen depender su propia economía de la explotación de la tierra.

"Debido a la inercia general que caracterizaba a los elementos medios brasileños -dice John J. Johnson-, la *élite* gobernante seguía encerrada en un círculo estrecho y no se sentía obligada a compartir el poder político con ellos."

El regionalismo impondrá sus características en la política que seguirá la República. La Constitución de 1891 había proclamado las reglas del juego de esta política. Puntualmente, cada cuatro años, se elige presidente. Existe la imagen de un supuesto juego democrático que los brasileños ven sólo como algo que es propio de los políticos. Dentro de este juego se busca una especie de equitativo reparto del poder entre los representantes de las regiones más importantes del Brasil, Sao Paulo y Minas Gerais, la ciudad industrial y la ciudad productora. Los representantes de una y otra región crean una oligarquía sin más preocupación que el control del poder político. Sin embargo, una nueva fuerza se viene perfilando ya desde el nacimiento de la República, la de los



militares. Han sido los militares, precisamente, los que han impuesto el cambio republicano, obligando a Pedro II a renunciar. Este grupo se mantiene a la expectativa dentro de la República. En 1924 un grupo de jóvenes militares se alza en armas protestando por discriminaciones que dicen sufrir de parte del gobierno manejado por civiles. Proponen al mismo tiempo un programa que pugna por cambios sociales que la oligarquía encuentra inaceptables. Las clases altas del ejército dominan a los rebeldes, sometiéndolos al sistema. Sin embargo, ha quedado patente la posibilidad de que este mismo ejército tome partido en una o en otra dirección. Se perfila la idea del ejército como grupo político, más capaz que los civiles para orientar la marcha de un país.

1930 ofrece una gran oportunidad a los militares que podríamos llamar progresistas. El apacible ritmo de cambio de poder entre los representantes de la incipiente industrialización y los del campo productor ha sido roto por un representante de Sao Paulo que se niega a entregar el poder al de Minas Gerais, a quien corresponde el turno en el relevo. Getulio Vargas, gobernador de Río Grande del Sur, es el candidato de Minas a quien no quieren reconocer los paulistas como nuevo gobernante. Vargas marcha hacia la capital, Río, exigiendo el poder

Sin armas, sin tropas, como en una gira electoral en la que se considera vencedor, va recorriendo ciudades en las que se va haciendo patente la simpatía de que goza entre grandes multitudes. Sin embargo, la última palabra la tienen ahora los militares, que se inclinan por Vargas, obligando a renunciar al presidente Washington Luis que se había negado a entregar el poder. Getulio Vargas no será un gobernante más, sino el gobernante que estaba necesitando el Brasil para acabar con la modorra que había impedido a esta nación tomar su lugar entre las naciones que habían dado origen a nuevos sistemas sociales, políticos y económicos. Era menester poner término al regionalismo político y realizar cambios que hicieran de los grupos sociales más desamparados fuerzas activas en el anhelado progreso nacional. Getulio Vargas se encargará de mantener la unidad nacional y de realizar las reformas que fuesen necesarias para el logro de las anheladas metas, la industrialización del Brasil y su incorporación en el sistema capitalista en otra forma que no fuese ya la de simple amanuense y proveedor de materias primas. El Brasil de Getulio Vargas, como el México de la revolución de Lázaro Cárdenas, se encuentra situado frente a la coyuntura

histórica que ofrecían los Estados Unidos sufriendo la gran crisis económica y una Europa ya amenazada por el nazifascismo y por el comunismo que se institucionalizaba en la URSS y trataba de extenderse entre los grupos sociales marginados en Europa y América. El nuevo dictador, aplicando una extraña forma de dictadura, se apoyará en los jóvenes oficiales que le habían dado el triunfo y mantenían las aspiraciones de 1924; en los grupos medios, desplazados por la oligarquía paulista, que aspiraban a hacer del Brasil una nación industrial; en los campesinos, que buscaban un cambio en su situación, situación que se asemejaba a la de la Colonia y el Imperio; en los profesionistas en busca de acomodo y posibilidades de acción, y en los trabajadores urbanos que querían ser partícipes de la industrialización nacional. Frente a Vargas estarán los representantes de la oligarquía paulista y la antigua sociedad rural, familias tradicionales cuyo poder había sido quebrado por los grupos en que ahora se apoyaba el dictador. Pero, igualmente, estar en contra él intelectuales que sostenían aún un liberalismo romántico y sin aplicación en una sociedad como la brasileña. El mismo fenómeno se expresará en México con los seguidores del vasconcelismo, y en la Argentina con intelectuales antiperonistas.

¿Una dictadura? Era algo más parecido a la democracia dirigida de los gobiernos de la Revolución Mexicana. Salvo que, en el caso de Getulio Vargas como en el de Juan Domingo Perón, la dirección estaba a cargo de un solo hombre, de un caudillo, y no de un sistema como sucedía con la Revolución hecha gobierno en México. De acuerdo con este último sistema, Lázaro Cárdenas no era sino expresión concreta de una etapa de la Revolución, de la continuidad de la misma; como lo serán también los gobiernos de A vil a Camacho, Miguel Alemán y los que continúan. Con Vargas y con Perón será otra cosa; la responsabilidad de la condición nacional estará plenamente en sus manos, con sus personales posibilidades e impedimentos. La suerte de la revolución por ellos representada dependerá de sus propias personas. No habrá vuelta atrás, es cierto. Sin embargo, la continuación de la revolución dependerá ya de otras circunstancias que la irán estimulando. La revolución como continuidad desaparecerá con sus líderes, tanto con el varguismo como con el peronismo. Este último, sin embargo, se mantendrá vivo, como respuesta a la represión del gorilismo.

Getulio Vargas utilizará, para cumplir su programa, todos los medios al alcance de su mano. Se servirá de todas las

circunstancias. La crisis económica de los Estados Unidos en 1929 le permitirá afianzar la economía brasileña; tratando de independizarla de un sistema en crisis que amenazaba también a sus satélites. La segunda guerra mundial le ofrecerá el instrumento para estimular el desarrollo económico de la nación a su cargo. Pero la guerra le somete a una doble presión, la del comunismo, encabezado por Luis Carlos Prestes, y la del integralismo, de corte fascista, dirigido por Plinio Salgado. Frente a ellos, como movimientos antinacionalistas, proclama Vargas el Estado Nuevo. En él se combinan tesis reformistas, populistas y sociales. Tesis de corte nacionalista que recuerdan al nacionalsocialismo alemán y al fascismo italiano. Vargas coquetea a la vez con comunistas y fascistas; el Estado Nuevo es en fin de cuentas la conjunción de las dos corrientes: la justicia social y el nacionalismo tienen acomodo en el nuevo régimen. En 1932 los descontentos paulistas intentan sublevarse. Vargas los somete.

En 1945 hace aprobar una nueva Constitución, por la cual se convierte en dictador de la nación. Vanos serán los esfuerzos que, para influir en este novedoso dictador, realizan comunistas e integralistas. Combate a unos y a otros. La nueva constitución establece que no habrá más bandera, ni más himno, ni más armas y escudo que los brasileños. Ni más orden que el del Estado Nuevo. Los comunistas son perseguidos y encarcelados; los integralistas, con sus camisas verdes disueltos. Getulio no necesita de consejeros. Es el único responsable nacional.

Para fortalecer a la nación, Vargas hace de la justicia social, que sostienen los comunistas, un instrumento al servicio del desarrollo de la misma. Enarbola el nacionalismo que predicaban los integralistas; pero el nacionalismo brasileño, esto es, al servicio del Brasil y no el de un satélite en espera del triunfo de Hitler. Vargas adopta diversas formas políticas, en función con la meta nacionalista que se ha marcado. Centraliza el poder, poniendo fin al regionalismo; pero establece un gobierno federal. Elimina los ejércitos locales, pero da a los jóvenes oficiales que decidieron su triunfo oportunidad de gobernar en diversos Estados. En estos oficiales ha encontrado los elementos más radicales de su régimen. Hombres enérgicos y decididos que se enfrentan a problemas que han de ser resueltos con energía y sin miramientos. Hace, en todo caso, política oportunista de reformas sociales. Reformas sociales que tienden a cambiar la situación del campesino, del hombre de color, del mestizo y otros grupos

marginados. Se limita la jornada de trabajo y se hace obligatorio el seguro social, las vacaciones pagadas, el salario mínimo y la estabilidad en los empleos. Hace aprobar una legislación social que, por muchas que sean sus lagunas, resulta ser la única en la historia del Brasil. A su lado estarán, también, los hombres de empresa que habían quedado marginados por la oligarquía industrial y los intereses extranjeros en que ésta se apoyaba. Vargas permite a los nuevos hombres de empresa que se enriquezcan, a cambio de que mantengan un conjunto de prestaciones, las cuales permitirán que el trabajador se transforme en el consumidor que toda industria necesita para existir.

Esta dictadura de mano suave busca el imprescindible equilibrio entre los diversos intereses que forman la nación brasileña. Vargas amplía, o limita, los intereses de este o aquel grupo. Permite el enriquecimiento, pero a cambio de garantías sociales, aunque sean limitadas. Tolerancia la pluralidad de partidos, pero la decisión política última la tiene siempre el dictador. Desaparece la libertad de prensa, pero permite la libertad de palabra. Vargas, se dice, no siempre cumple lo que ofrece; pero de alguna forma logra dar satisfacción al mayor número posible de personas. El partido comunista y el integralista -dijimos-, puestos fuera de la ley; pero no por ello deja Vargas de mantener relaciones con los jefes de uno y otro partido. Vargas lo es todo, es el único gran responsable del desarrollo nacionalista del Brasil. Vargas, como sus equivalentes en Latinoamérica, presenta su régimen como un régimen democrático. Pero entendiendo por democracia algo que ha de ser realizado, algo que debe ser cultivado para posibilitar su existencia.

La temática del dictador no es nueva. Es tan vieja como la historia de la América latina. La democracia liberal es tan sólo una meta por alcanzar, algo que aún no está en los hábitos y costumbres de los hombres de la América de origen ibero y latino. Ya Tocqueville y, con Tocqueville, los propios emancipadores de esta América, se encontraban con que el *estado natural* de estos países era el de anarquía, frente a la cual el despotismo resultaba un beneficio. "El pueblo -dice el descubridor de la democracia estadounidense hablando de Latinoamérica- parece obstinadamente dedicado a desgarrarse las entrañas y nada podrá hacerla desistir de ese empeño." Por ello, agrega, "cuando llego a considerarlo en ese estado alternativo de miserias y crímenes, me veo tentado a creer que para él el despotismo sería un beneficio."



Por ello, el sistema democrático liberal -que parecía ser el estado natural de pueblos como los Estados Unidos- es para los pueblos latinoamericanos sólo meta por alcanzar, algo que ha de obtenerse mediante violencia y sacrificios. Sacrificios expresados como anarquía y destrucción, a los que sólo pueden poner término hombres capaces de conducirlos férreamente hasta el logro de la meta propuesta. Dictadura para la democracia y la libertad, democracia dirigida, como primer paso hacia la plena y auténtica democratización de pueblos que no nacieron para ella. El nuevo Estado creado por Vargas tiene como función la de conducir a la nación brasileña hacia el logro de las anheladas metas ya alcanzadas por otros pueblos. El Estado deja de tener una función policial en una sociedad que ha de ser reestructurada; el Estado debe ser precisamente el artífice de esta reestructuración. ". . . Ya no basta asegurar el orden y la continuidad administrativa -dice Vargas. Es preciso controlar las fuerzas económicas, corregir las desigualdades de clase e impedir, por una vigilancia constante, la contaminación del organismo político por las infiltraciones ideológicas que preconiza el odio y fomentan el desorden".

El Estado Nuevo -como la Revolución Mexicana hecha gobierno y el justicialismo peronista- deberá cuidar de que los intereses -de los diversos grupos que forman la sociedad mantengan su equilibrio, protegiendo a los grupos más débiles, fortaleciéndoles y haciéndoles justicia. Desde arriba se mantendrá este necesario equilibrio creándose las instituciones adecuadas al mismo. Organismos como la Secretaría de Trabajo y legislaciones que señalan el ámbito de posibilidades de diversos intereses, los cuales no deben estar en pugna, ya que son parte de una sola nación. Vargas no acepta la existencia de la lucha de clases; todo lo contrario, piensa que de su armonía, nacida de la atención estatal, advendrá una nación fuerte. "El Estado no quiere -dice Vargas-, no reconoce la lucha de clases. Las 'leyes laborales son leyes de armonía social." El Estado es el encargado de mantener esta armonía. Armonía a la cual deberán, también, someterse los intereses extranjeros, tesis que sostiene también la Revolución Mexicana y el justicialismo de Juan Domingo Perón. Vargas funda el Banco Central, a través del cual han de .ser vigiladas las inversiones extranjeras, aceptándose tan sólo aquellas que benefician a la nación y participen en su desarrollo. Se considera que los bancos de origen extranjero sólo tienen interés en amparar industrias que benefician a sus naciones y no a aquellos que

compitan con ellas. "Sólo los bancos centrales, expandiendo o contrayendo el volumen de la moneda y el crédito -dice Vargas-, pueden atender, a un tiempo, el orden de las exploraciones o inversiones económicas y las fluctuaciones de los cambios internacionales."

La industria brasileña, de la que ha de depender el fortalecimiento y engrandecimiento de la nación, deberá contar, para su existencia, con un mercado capaz de absorber sus productos. Un mercado que el Brasil ha de crear, dentro de su propio territorio, ampliando la capacidad adquisitiva de los propios brasileños. De allí la importancia que se da al equilibrio de intereses y a la participación de los grupos mayoritarios, pero más débiles, en la vida nacional, para que dejen de ser, como en la Colonia, simple objeto de explotación y sean, por el contrario, una parte activa en la creación de una sociedad nacional que explote sus propias riquezas, pero sin explotar a sus hombres. Estos hombres, harán posible el mercado en el que los productos de la industria nacional puedan ser absorbidos. "Con las inmensas reservas territoriales de que disponemos -dice Vargas- será posible formar un gran mercado unitario, de capacidad bastante para absorber la producción de las zonas industrializadas y desarrollar la industrialización de la zona de reciente ocupación." El todo bajo la dirección de un poder capaz de mantener a la nación fuera del anarquismo que parecía ser natural a los pueblos latinoamericanos. Dentro de este poder, el presidente será "la autoridad suprema del Estado, que coordina los órganos representativos de grado superior, dirige la política interna y externa, promueve u orienta la política legislativa de interés nacional y supervisa la administración del país". La política nacionalista de Getulio Vargas se resume en las siguientes palabras: "El Brasil solemnemente se integrará en un régimen nuevo cuando éste sea el reflejo de la nación organizada."

En Vargas la revolución es vista como evolución, como la paulatina incorporación a la nación brasileña de fuerzas que antes habían estado marginadas y de las cuales depende el mismo engrandecimiento de las fuerzas que pretenden la transformación del país. El Brasil como una sociedad activa dentro del sistema que habían ya instaurado poderosas naciones, las de Europa y la América del norte. "La revolución) -dice Vargas- es la evolución armada, esto es, un proceso de aceleramiento de fuerzas sociales paralizadas. " ". . para llevar a efecto esa revisión, hace falta

agregar todas las clases en una colaboración efectiva e inteligente. . . Tan elevado propósito será alcanzado cuando encontremos reunidos, en una misma asamblea, a plutócratas y proletarios, patronos y sindicalistas, todos los representantes de clases corporadas integrados en el organismo político del Estado". De esta capacidad de colaboración nacional dependerá también la capacidad económica del Brasil. "Somos -dice Vargas- un país rico en materias inexploradas. . . y, al mismo tiempo, un gran mercado consumidor. En estas condiciones, la política económica brasileña debe orientarse en el sentido de defender la posesión y explotación de nuestras fuentes permanentes de energía y riqueza. . . juzgo así que debe aconsejarse la nacionalización de ciertas industrias y la progresiva socialización de otras, resultados posibles de ser obtenidos mediante riguroso control de los servicios de utilidad pública y lenta penetración en la gerencia de empresas privadas, cuyo desenvolvimiento depende de favores oficiales."

Siguiendo esta política, Getulio Vargas logra planear una economía que parece ser la antesala para la realización del viejo ideal de los progresistas latinoamericanos. La crisis estadounidense, y posteriormente la guerra mundial, permiten al Brasil alcanzar éxitos económicos extraordinarios. Haciendo milagros de equilibrio, esto es, sin cortar amarras con grupos de poder internos y externos, logra mantener una línea que Vargas llama brasileña. No se deja atrapar por la presión integralista en los momentos en que parece que las tropas de asalto hitleristas se imponen a las fuerzas aliadas en Europa, al mismo tiempo que los japoneses se extienden por la casi totalidad del Asia. Vargas, en el momento más oportuno, declara la guerra al Eje e incorpora tropas brasileñas a las de los aliados que combaten el totalitarismo en Europa.

Sin embargo, al término de la gran guerra, en que triunfan los ejércitos llamados democráticos, se vuelven contra Vargas no sólo los resentidos grupos económicos y sociales que se han visto afectados por la política varguista, sino también nuevos grupos que han crecido bajo esta misma política y a los que estorba la preocupación de equilibrio de intereses sostenida por el dictador. No quieren ya un Estado que se encargue de cuidar de que este equilibrio no sea roto; sino un Estado, a la vieja manera liberal, que se encargue de vigilar que los intereses creados, de esta o aquella forma, de este o aquel grupo de poder, no sean afectados y sí estimulados. Y entre los intereses que estaban siendo afectados

están, por supuesto, los de los inversionistas extranjeros, más aún cuando el término de la guerra obliga a potencias como los Estados Unidos a transformar sus industrias de guerra en industrias de consumo. Los Estados Unidos, especialmente, necesitan de mercados, tanto para obtener materias primas a los precios que más convengan a sus intereses, como para disponer de consumidores de los productos de una industria que ha dejado de ser militar. En su afán por alcanzar tales mercados, los Estados Unidos se expandirán sobre terrenos bajo la hegemonía de sus propios aliados. Brasil, una vieja colonia portuguesa puesta bajo la hegemonía del imperialismo inglés, no iba a ser una excepción. Los intereses criollos y los del nuevo y poderoso imperialismo, darían los pasos necesarios para poner término a cualquier política que limitase sus posibilidades.

¿Con qué argumentos se opondrían estos intereses al varguismo? Con los que parecían ser válidos en ese momento. Habían triunfado las armas democráticas sobre las armas totalitarias en diversas partes del mundo. ¿Por qué no en el Brasil? Ahora tendría validez el argumento de que el gobierno de Vargas era sólo un gobierno totalitario. ¿Su sistema, no recordaba al corporativismo fascista? ¿Su nacionalismo, no se parecía al nacional socialismo? Había combatido al integralismo, es cierto, al igual que al comunismo, pero ¿acaso no había mantenido una buena relación con los perseguidos líderes de esos grupos totalitarios? ¿El Estado Nuevo, así como la Constitución que lo normaba, no eran de corte abiertamente totalitario? Se empieza a hablar de democracia y de la necesidad de elecciones democráticas. El dictador debía dar la oportunidad a su pueblo para que hiciese expresa su voluntad. ¿No habían triunfado ya las fuerzas democráticas en el mundo? Encabezando la oposición contra Vargas aparece un militar, el general Gaspar Dutra. Los militares que han apoyado al dictador frente al levantamiento paulista y ante los intentos del integralismo para tomar el poder, ¿no son acaso la fuerza real del varguismo?, ¿por qué no han de ser también el poder real? En el resto de la América latina van surgiendo otros grupos, también militares, que se hacen de poder en nombre de la libertad y la democracia formando la bandera que ha sido enarbolada en la guerra contra el totalitarismo en Europa y Asia. Los militares se encargarán de poner término a totalitarismos locales, creando fuerzas encargadas de proteger los intereses de los que libremente han alcanzado beneficios que no deben ser

puestos en duda a nombre de un supuesto equilibrio de intereses que no es posible.

Vargas ofrece elecciones, pero los militares, dispuestos ahora a hacerse del poder y no a afianzar el de otros, dicen no poder confiar. Contra Vargas se lanza la prensa que éste había mantenido amordazada. El triunfo de las democracias en el mundo impide que ésta siga amordazada. Contra Vargas están también -decíamos- diversos intereses que se sienten lesionados por la política de equilibrio nacional. Están también los intelectuales, que enarbolan las banderas de un liberalismo romántico y sin compromisos sociales. No se fían, dicen los opositores, de elecciones en las que se pueden imponer grupos sociales que han sido manipulados por el dictador, como podrían serlo los trabajadores del campo y la ciudad, y otros grupos marginados que habían encontrado oportunidad para actuar dentro del régimen varguista. Por ello los militares no esperan las elecciones. El 29 de octubre de 1945 arrojan del poder a Vargas. Los militares, como en otras partes de esta América, toman el control del gobierno. El general Eurico Gaspar Dutra toma el lugar de Getulio Vargas.

Uno de sus primeros actos será la derogación de la Constitución varguista y la adopción, en 1946, de una nueva Constitución de tipo liberal. La preocupación, considerada totalitaria, de un Estado que vigilará que no se altere el orden en el que debían ser conjugados los diversos intereses nacionales, es abandonada. Pasan al olvido las reformas sociales impuestas. La penuria económica de la clase trabajadora y de diversos grupos medios no es tomada en cuenta por una política que sólo trata de dar satisfacción a los intereses de los grupos sociales más fuertes, tanto nacionales como extranjeros. Los partidos políticos que se forman al caer Vargas, el partido Social Demócrata y la Unión Democrática Nacional, pese a presentarse como demócratas, poco o nada se preocupan por satisfacer las exigencias de los grupos sociales que han quedado nuevamente marginados. Tal error permitirá la reaparición política de Getulio Vargas.

Frente a los militares, que no tenían en el gobierno otro papel que el de policías de un orden de intereses que no debía ser alterado, y frente a los partidos políticos que nada querían saber de reformas sociales y prestaciones que limitasen las ganancias de industriales y accionistas, Getulio Vargas forma el partido

Trabalhista brasileiro. Este se presentará a los grandes grupos brasileños como el más fiel intérprete de sus intereses.

Los grupos sociales que habían sido desplazados por un liberalismo ya anacrónico, así fuese en nombre de la democracia y contra el totalitarismo, se incorporan al nuevo partido, al que se suma también el partido comunista encabezado por un viejo y amigable enemigo, Carlos Prestes. En 1950, Getulio Vargas se presenta como candidato a la presidencia de la República. Se habla entonces de un nuevo militarazo que impida un triunfo que se ve venir como seguro. Vargas, en efecto, triunfa rotundamente y entra al poder -irónicamente para quienes le habían acusado de dictador y totalitario- por la vía que señalaban las democracias: las elecciones. Pero nadie se atreverá a anular una elección que ha sido el más claro ejemplo de que el Brasil es ya una democracia.

Vargas es ya también un gobernante cien por ciento democrático, y como tal pone en marcha la política que le ha dado el triunfo y el apoyo de las grandes mayorías brasileñas, esto es, un programa social más audaz que el anterior. En mayo de 1954 decreta un aumento de salarios de un cien por ciento. Crea Petrobrás, monopolio estatal del petróleo, así como Electrobrás, que, por lo pronto, no era sino central eléctrica de propiedad del Estado, pero con lo cual amenaza la posición de los capitales extranjeros en esta industria. Nacionalismo y reformas sociales son, una vez más, las bases de la política varguista. Situación política que va resultando cada vez más intolerable para los enemigos internos y externos de Vargas, que hacen todo lo posible para torpedear sus proyectos y no permitir cumpla sus promesas. Ante la presión de que es nuevamente objeto, Vargas recurre a las masas que le han dado el triunfo. Joao Goulart, su ministro de Trabajo, intenta mover a los trabajadores para que apoyen al régimen que han elegido. Los militares, una vez más, intervienen abiertamente y exigen la renuncia del ministro. La prensa e intelectuales insisten en llamarle dictador y totalitario y exigen, en nombre de la democracia y la libertad, su renuncia. Los militares, apoyándose en este supuesto clamor popular contra Vargas, le exigen la renuncia. Vargas contesta a ella suicidándose. Deja Vargas una carta-testamento en la que acusa a las fuerzas conservadoras y a los intereses extranjeros de ser los elementos que se oponen al progreso real del Brasil.



Con su suicidio, Vargas tratará de afianzar el nacionalismo social del que se había convertido en paladín. "Después de decenios de dominio y expoliación por grupos económicos de financieros internacionales -dice Vargas en ese documento- encabezé una revolución y vencí." "Por ello he sido objeto de una presión constante para anular las posibilidades de esta revolución de libertad y justicia social". "Tuve que renunciar. Pero volví al gobierno en brazos del pueblo. Pero se ha desatado una campaña subterránea de grupos internacionales aliados a grupos nacionales rebeldes a un régimen que ofrece garantías a los trabajadores." "No quieren que el trabajador sea libre. No quieren que el pueblo sea independiente." "He luchado, día a día, ante una agresión constante. . . renunciando a mí mismo para defender al pueblo que ahora quedará desamparado. Nada más puedo dar que mi sangre. Si las aves de rapiña quieren sangre, quieren seguir chupando al pueblo brasileño, yo ofrezco en holocausto mi propia vida." "Estaré a vuestro lado, dándoles energía en sus ineludibles luchas." "Mi sacrificio os mantendrá unidos y mi sangre será vuestra bandera de lucha." "A los que piensan que me han derrotado, respondo con mi vida. Era esclavo del pueblo y ahora me liberto para la vida eterna. Pero este pueblo de quien fui esclavo, no será más esclavo de ninguno. Mi sacrificio quedará impreso para siempre en su alma y mi sangre será el precio de su liberación y rescate." "Os ofrecí mi vida, ahora os ofrezco mi muerte."

El caudillo hacía mutis por la puerta de la Historia; quedaba ahora al pueblo mismo la responsabilidad para ampliar el camino que Vargas le había abierto.

### 30. La respuesta del peronismo

Más al sur, otro movimiento nacionalista se va gestando. La Argentina liberal de Hipólito Irigoyen ha fracasado. Un general, José Uriburu, le ha derribado. Los militares, como en varios lugares de Latinoamérica, se empiezan a considerar los abocados a la conducción de sus respectivas naciones. El gobierno de facto dura dos años, para ser entregado a los conservadores que intentan regresar al pasado, más atrás del liberalismo que representó el radicalismo de Irigoyen. Los conservadores se mantienen en el poder hasta el año de 1943, bajo la presidencia del Dr. Ramón Castillo. La guerra mundial está en su sangriento apogeo; las tropas del caudillo nazi Adolfo Hitler se imponen en todos los

frentes. Entre los militares argentinos, formados por alemanes y en Alemania, la simpatía por el Eje es clara. Estos sueñan -como otros muchos de sus colegas en Latinoamérica- con una América latina unida, como Hitler sueña con una Europa igualmente unida bajo su bota. Y son los militares argentinos los que piensan que esta unidad se puede lograr partiendo de la Argentina, como parece se quería lograr en Europa partiendo de la Alemania hitlerista. Forman, inclusive, logias a la manera nazi.

Los Estados Unidos presionan para romper las relaciones que el gobierno y los militares argentinos mantienen con Alemania. Castillo, como sus antecesores, se niega a permitir que su gobierno haga a un lado sus simpatías y dé su apoyo a los aliados. Pero no es suficiente. Alemania espera, por su lado, una actitud más beligerante de parte de sus aventajados discípulos militares en la Argentina. El Dr. Castillo sale sobrando, los militares marchan sobre la Casa Rosada en Buenos Aires y le obligan a renunciar. El general Rawson encabeza el cuartelazo y toma el poder; se anuncian reformas administrativas. Rawson dura tan sólo tres días, pues otra facción del ejército viene empujando y exigiendo mayores cambios. Toma el poder el ministro de Guerra, general Pedro Ramírez. Este dura, a su vez, pocos meses; el nuevo ministro de Guerra, ascendido a vicepresidente, general Edelmiro Farrell, le convence de que debe renunciar. Lo hace "por fatiga". Farrell es el presidente en turno. Tiene como vicepresidente a un coronel que, también tiene la cartera de Trabajo, Juan Domingo Perón. El coronel ha sido formado en Italia y conoce Alemania; sabe de los sistemas que han hecho de naciones que parecían vencidas nuevas potencias: como Alemania, que está a punto de imponerse al mundo.

Sin embargo, Perón ya no actúa en función con la posibilidad de un triunfo alemán. Este, cada día, se aleja más. Perón encontrará, dentro de la propia realidad de la Argentina, el cultivo de un poder que puede ser exclusivamente latinoamericano, sin depender de ninguna fuerza extraña. Tiene el control del ministerio del Trabajo, y cuenta con la ayuda de su compañera, Eva Duarte, después Eva Perón. La Argentina, como el Brasil de Vargas, el México de la Revolución, y toda Latinoamérica, sigue siendo objeto de explotación de oligarquías que nada quieren saber de cambios sociales y económicos. De explotación, igualmente, de intereses extraños que sólo buscan alcanzar pingües ganancias.



Pocos años antes, y ante la violencia que significaba una revolución como la mexicana, los argentinos habían fabricado la imagen de la Argentina como la de un pueblo progresista, democrático y liberal. Falsa imagen que Perón va a deshacer, develando una realidad que se había mantenido oculta, esto es, la existencia de grupos sociales marginados, grupos sobre los cuales el coronel iba a fincar su poder. Los grupos sociales más numerosos, obreros del campo y la ciudad, así como otros más sin calificación ni acomodo, habían sido olvidados por la flamante democracia liberal de la que había sido su más alto exponente el irigoyismo. Por encima de estos grupos se había impuesto una y otra vez la oligarquía, en su mayoría ganadera, cualquiera que fuese el partido en el poder, radical o conservador.

Dichos grupos, así como otros venidos de la clase media desplazada por la oligarquía, encontrarán en el peronismo la posibilidad de un reajuste de sus intereses. El proletariado argentino carecía casi de derechos, los que tenía eran mínimos, apenas los mismos con que habían contado los obreros europeos a mediados del siglo XIX. En igual situación se encontraban los trabajadores del campo. Derechos mínimos, como los de asociación y el de huelga les eran regateados. Allí estaba como ejemplo la masacre, realizada por el democrático presidente Irigoyen, sobre los obreros de los frigoríficos que habían declarado la huelga en 1918. Estos grupos carecían de organización y, desde luego, de partido. Existía, sí, el partido Socialista Argentino, calcado de los partidos socialistas italianos, con una temática ideológica abstracta y ajena a los problemas inmediatos de los trabajadores de ese país. En estos grupos sin partidos encontrará Perón el instrumento para la dictadura que iba a crear. En la historia de este país existía ya un antecedente, el de Rosas y sus "montoneras"; Perón, como Rosas, se apoyaría en sus queridos "descamisados". Los hasta ayer despreocupados patrones se verán sometidos a una serie de exigencias, muchas de ellas de carácter puramente demagógico, pero que mostraban el atraso social en que se encontraban varios sectores, pese a ser de los más numerosos. Perón ordena una considerable alza de salarios, de prestaciones sociales y otros servicios, obligatorios para todos los obreros, incluyendo un vaso de leche en el desayuno.

De los grupos sin acomodo social, el lumpen-proletariado, obtiene Perón las fuerzas de choque que, siguiendo el modelo

hitlerista, sometan a los opositores a los cambios. La industria, el comercio, hacendados, prensa, intelectuales y universidades son presionados y sometidos. Los viejos dueños del país no saben qué hacer ante la acometida peronista. No aciertan a comprender la realidad a que ha dado origen esta fuerza. Perón es, por su parte, un megalómano, gusta de la exhibición del poder y trata de ampliarlo. Pero su intención última no es crear una sociedad distinta de la que ha encontrado en la Argentina. Un modelo a seguir es Rosas. Perón pretende hacer olvidar la experiencia liberal de los Sarmiento y Alberdi. Rosas, aún utilizando el terror había tratado de crear una nación unida, fuerte, en la que se asimilase la experiencia de la Colonia a la nueva experiencia que ofrecían poderosas naciones en la Europa occidental y en Norteamérica. No sería necesario romper con el pasado para ser una nación grande y fuerte. Con el liberalismo de los unitarios habían entrado los intereses de las varias potencias, en nombre de una falsa idea liberal válida sólo para pueblos fuertes y capaces de imponerse en la lucha por la existencia, a la que se suponía estaban sometidos todos los seres vivos. En donde triunfaban unos pocos, bien podrían triunfar los muchos, pero unidos. Es lo que había querido hacer Rosas gobernando en nombre de las provincias argentinas, frente y sobre la orgullosa capital, Buenos Aires. Esto trataría de hacer, nuevamente, Juan Domingo Perón, apoyado en las diversas fuerzas que también formaban la nación argentina. La oligarquía lo había impedido para satisfacer sus intereses. La oligarquía tendría, entonces, que ser disuelta. Los intereses extranjeros se habían opuesto igualmente. Estos tendrían también, si querían ser parte del desarrollo de la Argentina, que incorporar sus esfuerzos a los de la nación y hacer del apogeo de la misma su propio apogeo.

¿Anticapitalista? ¿Antidemocrático? ¿Antiliberal? No, Perón es partidario del sistema capitalista, pero dentro de un horizonte social más amplio. Cree también en la democracia, pero afirma que debe ser extendida a todo el pueblo. Cree en la libertad, pero no en la de un grupo para explotar al resto de la sociedad. "Nosotros -escribe Perón bajo el seudónimo de Descartes- seguimos la corriente capitalista, pero estamos procurando ir aliviando su explotación; dejándola que gane, que cree la riqueza, pero no dejando que explote al hombre; la explotación ha de hacerse sobre la tierra y la máquina, pero jamás sobre el hombre." En un discurso pronunciado en agosto de 1945 contra la coalición de intereses oligárquicos e internacionales que se está formando, dice: "Es natural que contra estas reformas se hayan levantado las

'fuerzas vivas' que otros llaman los 'vivos de las fuerzas'. . . ¿En qué consisten estas fuerzas? En la Bolsa de Comercio; en la Unión Industrial, doce señores que no han sido jamás industriales; y en los ganaderos, señores que, como bien sabemos. . . , vienen imponiendo al país una dictadura." "Si yo entregara al país, me dijo un señor. . . , en una semana sería el hombre más popular en ciertos países extranjeros. Yo le contesté: a ese precio prefiero ser el más oscuro y desconocido de los argentinos, porque no quiero -y disculpen la expresión- llegar a ser popular en ninguna parte por haber sido un hijo de puta en mi país." "Esta es la famosa reacción en que verán ustedes están los señores que han entregado siempre al país. . . Si hemos guerreado durante veinte años para conseguir la independencia política, no debemos ser menos que nuestros antepasados y debemos pelear otros veinte años si fuese necesario para obtener la independencia económica." Las fuerzas que se oponen a las reformas del peronismo están olvidando que de ellas depende su misma posibilidad y permanencia, aunque sea reducida, en relación con el resto de la comunidad nacional. Encabezando la resistencia a las reformas impuestas por Perón estaban los Estados Unidos. La embajada de este país, a cargo de Spruille Braden, era asediada por grupos que solicitaban, inclusive, una intervención armada. ¿No habían hecho algo semejante ingleses y franceses -se preguntaba- frente a la dictadura rosista en el siglo XIX?

¿Sobre qué bases ha de ser alcanzada la independencia económica que ha propuesto Perón como segunda independencia? Hablando de su realización dice: "La reforma económica trataba simplemente dos puntos fundamentales: mantener dentro del país la riqueza del mismo; repartir esa riqueza equitativamente, sin que hubiera hombres que de esa riqueza sacaran tanto provecho que fueran extraordinariamente ricos, ni hombres que de esa misma riqueza sacaran tan poco beneficio que fueran extraordinariamente pobres." "Queremos establecer un sistema que paulatinamente vaya completando la reforma social, de manera que los beneficios sean equitativamente distribuidos, es decir, en razón directa al esfuerzo y al sacrificio que cada uno de los argentinos realiza." Esto es, el equilibrado reparto de sacrificios y beneficios de que hablara también la Revolución Mexicana. Tampoco se inclina el peronismo -dice- por este o aquel interés. Solo pretende mantener el equilibrio entre el capital y el trabajo. "No apoyamos al trabajo contra el capital sano -dice Perón-, ni a los monopolios contra la clase trabajadora sino que propiciamos soluciones que beneficien

por igual a los trabajadores, al comercio y a la industria, porque nos interesa únicamente el bien de la patria."

En el Acta de la Declaración de la Independencia Económica dice: "Nos, los representantes del pueblo y del gobierno de la República Argentina, reunidos en Congreso Abierto a la voluntad nacional invocando la Divina Providencia, declaramos solemnemente a la faz de la tierra la justicia en que fundan su decisión los pueblos y gobiernos de la provincias y territorios de romper los vínculos dominadores del capitalismo foráneo. . . y recuperar los derechos y gobierno propio y las fuentes económicas nacionales. La nación alcanza su libertad económica para quedar, en consecuencia, de hecho y de derecho, con el amplio y pleno poder de darse las formas que exigen la justicia y la economía universal en defensa de la solidaridad humana."

Esta justicia será llevada no sólo a las ciudades sino también al campo. "Para nosotros -dice Perón- no existe una población industrial o una población campesina, sino una única y auténtica población trabajadora. No podemos concebir ciudades prósperas y campiñas pauperizadas." Al conjunto de todas estas ideas llamará Perón justicialismo. El justicialismo es su doctrina, e inspira todos los cambios realizados incluyendo la Constitución de 1949, a la que también llamó justicialista.

La oligarquía, los intereses extranjeros y el liberalismo abstracto de representantes de la clase media, universitarios e intelectuales, tratarán de detener a Perón desde los mismos días en que era vicepresidente, con olvido absoluto de las razones que van dando origen a su fuerza. En octubre de 1945, los militares deciden dar un nuevo golpe, un nuevo cuartelazo y, con él, un cambio de política y de dirigentes. Perón lo esperaba ya; en el citado discurso del 5 de agosto había dicho, refiriéndose a la reacción que venía combatiendo: ésta, afortunadamente, "no había entrado todavía en las fuerzas armadas, pero 'ya ha entrado en las fuerzas armadas, y tenemos ahora la contrarrevolución en marcha, a la que debemos parar, haciendo lo que sea necesario hacer" o Cediendo a la presión del ejército, que marcha sobre Buenos Aires, el presidente Farrell encarcela a Perón y lo confina en la isla de Martín García. No durará mucho tiempo. Los antiperonistas creen haber triunfado y piensan que lo realizado por el peronismo en estos primeros meses puede ser fácilmente borrado, sin considerar las consecuencias de tal acto. Entre estas obligaciones impuestas

por Perón a los empresarios, como ministro de Trabajo, estaba la de pagar a los trabajadores los días festivos al igual que los días trabajados. El 12 de octubre es una fiesta oficial que, pese a ser de asueto, debe ser pagada. Los patrones, que se consideraban triunfantes, declaran que no pagarán el día. Los trabajadores en masa reclaman la presencia de Perón en el gobierno. "Nos hace falta Perón", gritan las multitudes que se van reuniendo en los barrios obreros de todo el país, en especial en los suburbios de Buenos Aires. "Sólo Perón puede hacer que se respeten nuestros derechos." La multitud de descamisados, alentados por Eva Perón y algunos líderes sindicales marcharán hacia la Casa Rosada exigiendo la vuelta de su líder. El general Farrel saldrá al balcón acompañado de Perón y de su compañera Eva. Este ha triunfado; una nueva fuerza se ha mostrado en las calles. Los militares dan marcha atrás y se pliegan, los opositores al régimen buscarán otras formas de resistencia, entre ellas la ayuda del embajador Braden. Perón, el hombre fuerte, fortalece la policía de la capital con fuerzas bien preparadas y leales que recuerdan las que cuidaban las espaldas de Hitler y Mussolini. Estos, bien armados, harán si no imposible, sí difíciles nuevas revueltas. Las universidades son cerradas y asaltadas, los universitarios que no juran lealtad al nuevo orden expulsados y obligados a emigrar. Se escuchan gritos como los de "¡Alpargatas sí, libros no!", "¡Si quiere hacer patria mate a un estudiante!", que recuerdan tanto a la Alemania de Hitler como a la Argentina de Rosas y sus "mazorcas".

Juan Domingo Perón quiere ir más lejos. No quiere pasar como un dictador más de facto, sino como gobernante que gobierne en nombre de las grandes masas de la Argentina, que ya sabe están con él. En octubre de 1946 convoca a elecciones. Perón es el candidato del justicialismo; frente a él están los radicales Tamborini y Mosca que esperan ganar, al menos simbólicamente, con los descontentos del régimen. Cuentan con la flaca ayuda del embajador estadounidense, Spruille Braden, que ha hecho publicar el Libro Azul, en el que se denuncian las conexiones de Perón con el derrotado nazismo. Por este acto impolítico Perón se transforma no sólo en el representante de los descamisados argentinos, sino también del anti-imperialismo de la América del sur. El grito de combate en la campaña electoral será: "¿Braden o Perón?" Y Perón, por supuesto, triunfa en forma aplastante. Perón es ya presidente electo, líder de los desheredados argentinos y líder de movimientos militares que, siguiendo su ejemplo, han surgido en Latinoamérica. Pérez

Jiménez, Rojas Finilla y Odría, en Venezuela, Colombia y Perú, siguen sus pasos. Paz Estensoro en Bolivia, y Velasco en el Ecuador han montado, también, una política en la que se combina el nacionalismo con diversas reformas sociales, aunque la mayoría de estos militares estén siempre dispuestos a plegarse a otros intereses. Los explotados del campo y la ciudad forman ya una nueva fuerza que es esgrimida en beneficio de un orden, en beneficio de determinados grupos de intereses que utilizarán esta fuerza para eliminar obstáculos.

Desde el gobierno, Perón organiza al proletariado argentino, estimulando la formación de sindicatos y fortaleciendo y reorganizando a la poderosa Confederación General del Trabajo, que trata de extender a toda Latinoamérica. Sin embargo, dado su origen, tales organizaciones serán tan sólo un instrumento de poder al servicio de su conductor. Los líderes han sido impuestos por Perón, o su mujer, y aceptan las consignas que ellos les imponen. Se parte de la idea de que en el gobierno se encuentran ya los líderes que cuidarán de que no sean lesionados los intereses de los trabajadores; por ello, el derecho de huelga resulta sobrando. No habrá más huelgas que aquellas que el régimen peronista considere necesarias y oportunas. Con este instrumento, y criterio, el peronismo someterá a los renuentes industriales y patrones que se resisten aún a ser parte del sistema que éste va creando. En cumplimiento de un supuesto programa nacionalista, se harán expropiaciones, entre ellas las de las compañías de teléfonos, gas, transportes y ferrocarriles; pero, al parecer, los más satisfechos serán los expropiados, que reciben generosas indemnizaciones.

Perón monta un poderoso sistema de orden que parece inconmovible. Ha creado una poderosa fuerza que, en cualquier momento, podría paralizar al país, pero siempre bajo el control presidencial. El ejército está quieto, ante la amenaza de la poderosa fuerza policial. La iglesia, por su parte, colabora con el dictador organizando la educación. La oligarquía no tiene ya otra cosa que hacer que aceptar las demandas que el peronismo le hace para acrecentar su poder. Las universidades son reformadas, y sus rebeldes catedráticos quedan fuera de ellas y del país. Se educa a la niñez y a la juventud en la religión cristiana y, por supuesto, en la doctrina justicialista. Se maniobra hábilmente para mantener el equilibrio de este conjunto de Nacionalismo y

democracia dirigida fuerzas, muchas de las cuales sólo esperan una oportunidad para deshacerse del líder justicialista.

El difícil equilibrio empezará a resquebrajarse en la medida en que Perón se va considerando con suficiente fuerza para hacer a un lado a molestos aliados. Uno de estos es la iglesia. Al parecer no coincidían varias actitudes de la dictadura con los puntos de vista de la iglesia: por ejemplo, la imposibilidad de que el Estado argentino reconociese el divorcio y, lo que era algo más grave, la campaña para propiciar la separación de la iglesia y el Estado. Todo ello agrieta las relaciones. En opinión de algunos comentaristas de la historia contemporánea argentina, el conflicto religioso tendía a ocultar una maniobra política encaminada a negar una de las principales expresiones de la demagogia peronista: el nacionalismo. El problema lo plantea el petróleo. Al sur del país existe petróleo; el petróleo pertenece a la nación y es ella la que lo explota a través de Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Una riqueza que no es suficientemente explotada y que, por lo mismo, no cubre el mercado interno ni lleva a la Argentina las divisas que ésta necesita. La inflación crece día a día y, con ella, el fantasma de una crisis económica que derrumbe al sistema organizado. El viejo enemigo anda rondando. Los Estados Unidos de la postguerra, como vimos, buscan zonas más amplias hacia donde orientar sus inversiones, así sea sobre las viejas zonas de influencia de los que fueran sus aliados, como Inglaterra. Desplazar a Inglaterra del cono sur es una de las preocupaciones expansionistas de los Estados Unidos. La "América para los americanos", sostenida por Monroe, y estimulada por Theodore Roosevelt en los inicios del siglo.

En la Argentina la política seguida por Braden viene a ser un obstáculo, pero no tan grande ante un gobierno necesitado de inversiones que le saquen del atolladero económico. Milton Eisenhower llega con cara sonriente y amigable. Se hace el gran negocio, el imperialismo estadounidense pondrá de lado a los restos del imperialismo inglés. Concretamente, se compromete a explotar nuevas zonas petroleras. Todo esto atenta contra los intereses británicos, que sienten la poderosa punta de lanza del imperialismo estadounidense. Pero también este compromiso atentaba contra el ideario nacionalista de varios de los seguidores de Perón. La medida provocaría la explosión dentro de la cual el que fuera astuto gobernante se verá enfrentado a viejos enemigos,

pero también a aliados que había puesto de lado, así como a otros que se sentirán defraudados por sus actitudes.

La mecha la prende la marina, bajo el comando del almirante Isaac Rojas, así como varios generales. La marina amenaza con bombardear Buenos Aires; esto fue el día 16 de junio de 1955; a ello se sumaron varios miembros de la aviación que bombardearon la Casa Rosada. Este primer intento es dominado. La rebelión, sin embargo, se ha extendido a la provincia. El último acto será la rebelión de los generales, que se suponía apoyaban a Perón, los que con el pretexto de la amenaza de bombardeo de la marina sobre Buenos Aires, piden y aceptan la renuncia que había ofrecido Perón, si fuera necesaria para evitar una lucha sangrienta. Esto sucede el 19 de septiembre del mismo 1955. Perón, posteriormente, se presentará a sí mismo como una víctima más del imperialismo, pero del imperialismo inglés, que había antes destruido el movimiento nacionalista de Mossadegh en Irán: "hemos sido objeto —dice Perón relatando las causas de su caída— de un verdadero ataque armado, no muy distinto de aquel que hizo posible la caída de Mossadegh; como el premier persa, también nosotros fuimos víctimas de la sorda lucha por el petróleo". En realidad Perón, por varios motivos, entre ellos los de la crisis económica que sufría su régimen, se había hecho partícipe de esta lucha e intriga, permitiendo la expansión de los intereses estadounidenses sobre los ingleses. Puesto a elegir una forma de imperialismo al cual someterse, había elegido el estadounidense, que, al parecer, le ofrecía mayores ventajas. "El objetivo [de la rebelión] —agrega— era impedir que los recursos petrolíferos argentinos fuesen explotados de manera de concurrir al desarrollo industrial del país, y la lucha era principalmente contra los Estados Unidos que, según nuestros adversarios, habían tenido la 'culpa' de proporcionarnos una operación sobre bases sólidas y concretas." El imperialismo inglés lo había derrocado.

Entre los militares rebeldes estaban generales nacionalistas, como Eduardo Lonardi, que consideraban la entrega del petróleo a los Estados Unidos como una traición. En la elección entre Braden y Perón, los Estados Unidos y la Argentina, en 1946, ¿no había estado el pueblo al lado del líder de la nación?

¿Cómo es que ahora este líder entregaba a la nación que representó Braden una riqueza como la petrolera? Pero el triunfo último no sería, tampoco, de los nacionalistas, ahora enfrentados a



Perón; el triunfo lo alcanzarían "democráticos" militares que se encargarán de apuntalar el dominio del poderoso imperio americano, como lo estaban haciendo sus equivalentes, los que habían llevado al suicidio a Vargas en el Brasil.

Se hacía ya presente, en la historia contemporánea latinoamericana, el gorilismo. Pero, ¿qué había pasado con la fuerza que había despertado Perón? Esta, al caer el dictador, tomaría conciencia de su propia significación como grupo social. Desaparece Perón, pero queda el peronismo. El peronismo con o sin Perón; o, inclusive, a pesar del propio Perón: La fuerza creada por Perón para mantener su poder, al desaparecer éste cobrará autonomía, convirtiéndose en una fuerza popular extraordinaria, tan extraordinaria que los intereses que se habían visto afectados por la demagogia del dictador, tendrán que recurrir a la fuerza, una y otra vez, para evitar que los gestos demagógicos de Perón se transformasen en realizaciones, ahora exigidas por las propias masas, ya no desde arriba, sino desde la base del movimiento que se llamaría a sí mismo peronista. Para someter a este movimiento, para evitar que el mismo se hiciese del poder, se organizará el gorilismo. Los militares puestos al servicio de un orden internacional que no debería ya ser afectado por ninguna exigencia nacional.

La generación argentina formada en los diez años que duró el gobierno de Perón ha expresado, a través de algunos de sus miembros, como León Rozitcher, David Viñas, Tulio Halperin Donghi, Rodolfo Pandolfi y otros, lo que estos años significaron y significan para la historia de la Argentina. El dictador, jugando su propio juego, que era también el de la burguesía nacional - dispuesta a todo para satisfacer sus intereses, incluyendo el pactar con la fuerza imperial que impedía su pleno desarrollo-, había dado origen a situaciones sociales y políticas irreversibles. "El peronismo está ligado indisolublemente a nuestro tiempo. La nueva generación -dice Rodolfo Mario Pandolfi-, aquella que quiere inaugurar ahora su propia aventura, abrió sus ojos al país y al mundo bajo el peronismo."

". . . al introducirse en nuestra historia el *justicialismo*, quebró -y quebró para siempre- determinada manera de ver la política argentina". Se señaló un camino que la eliminación del dictador no podía ya borrar. "Nuestra posibilidad no es otra que la posibilidad de reencuentro con esas masas", las que despertó

Perón en su demagogia. "Este reencuentro sólo puede ser conquistado mediante la afirmación de los ideales sociales y nacionales que Perón anunció, y que Perón mismo traicionó, claro está, porque desde el principio estaba destinado a ser traidor de esta historia, porque era una máscara más de la vieja Argentina." Perón, pese a lo que se pueda pensar de él, no se había enfrentado a la oligarquía, sino, por el contrario, ofreció a la misma nuevos caminos para sostenerse y acrecentarse. Pero ésta no supo comprenderlo, aferrada como estaba a sus intereses, los cuales no quería ver limitados en lo más mínimo, aunque esta limitación fuese tan sólo un paso circunstancial para reafirmar su poder.

Había que dar algo a las masas, sobre las que se insistía en hacer descansar los sacrificios, sin posibilidad alguna de adquirir un mínimo de los beneficios que tales sacrificios originaban.

"No podíamos -dice el propio Perón- exigir a nuestra población un mayor sacrificio sin darle un mayor bienestar. . . Si lo hubiéramos hecho habríamos precipitado una revolución social." "Perón tuvo que seguir luchando contra la oligarquía a pesar de él", sigue diciendo Pandolfi. Quiso realizar, con mayor firmeza, lo que la burguesía nacionalista había venido intentando, aunque con limitado éxito: la industrialización del país. En sus esfuerzos "concluyó intentando entregar prácticamente la soberanía nacional en manos de los consorcios imperialistas por medio del contrato petrolero". Sin embargo, en su afán por afianzar una fuerza nacional que no sabía sino de sus mezquinos intereses, Perón había originado la posibilidad de una fuerza popular que sí podría exigir la realización de metas que sólo eran consideradas como instrumentos. Metas sociales y metas nacionales. Estas metas tendrían ahora que ser alcanzadas por los hombres que se habían formado y crecido dentro de ellas, aunque hubiesen sido simples señuelos para mantener el orden social.

Los obreros habían recibido la dádiva de una serie de prestaciones, desde arriba, desde el poder, porque ello era necesario para fortalecer a los intereses que los utilizaban. Pero estas dádivas podían ser suspendidas en cualquier momento. Por ello no deberían ser dádivas, sino derechos. Derechos de los que .no debían ser ya despojadas las masas argentinas. El 17 de octubre de 1945, estas masas. habían sacado del confinamiento a

Perón, haciéndole triunfar, porque pensaron que de él, y sólo de él, dependían las concesiones que estaban logrando. Otra cosa sería el 16 de septiembre de 1955. "El 16 de septiembre desconcertó a las masas peronistas que no lo esperaban -dice Pandolfi- y puso a prueba- la conciencia de clase que pudieron haber adquirido durante el peronismo. A partir de esta fecha deberán proceder por sí y para sí, sin tutores. En estas masas vive hoy el resentimiento de quienes sienten que algo les ha sido robado, algo muy grande 'la mas ,grande esperanza que enarbolaron-, y aún no encuentran al culpable." "Nadie quiere que sea borrado aquello que el peronismo hizo definitivamente." ". . .el peronismo es un hecho irreversible". ¿Podrá la revolución que terminó con Perón mostrar que son compatibles la justicia social y el liberalismo? ¿Podrá hacer lo que era una farsa una realidad?, se preguntan los miembros de la generación todavía ilusionada por el triunfo de los militares que presentan su movimiento como una revolución libertadora. "Si la revolución se decide firmemente por el rumbo popular -quiere decir democrático-, si toma en cuenta a las masas del 17 de octubre, se dirá que la revolución terminó con lo que sólo era una farsa, y para todos nosotros será, definitivamente, nuestra revolución libertad ora. "

Pero los "democráticos" militares que habían derrumbado al líder del peronismo nada querían saber de estas masas. Nada con lo que había atraído a las mismas. La revolución libertadora trató de liberar al país de todo lo que había significado el peronismo, incluyendo, en primer lugar, las reformas sociales y las prestaciones que éste había concedido. Del nacionalismo ni hablar; el mismo Perón había dado marcha atrás, ligando su suerte a los intereses del capitalismo internacional. Hablar de reformas sociales implicaba algo más grave que hablar de comunismo: hablar de peronismo será algo peligroso. Los militares se encargarán de cuidar de que el pasado no vuelva, saltando, por lo contrario, aún más atrás, más atrás del peronismo, como si éste no hubiese existido. La intelectualidad argentina -como la intelectualidad que se había enfrentado a Getulio Vargas-, adolorida por el trato recibido del Dictador sueña con la vuelta a un liberalismo que lejos de resolver los problemas nacionales los había planteado, originando las soluciones que ahora rechazaban. Se habla de la revolución libertadora y de los militares, que ya han adoptado el símbolo del gorilismo, como de un ejército democrático que devolverá a la Argentina la gloria de la civilización frente a la barbarie peronista.

Otro argentino, formado también dentro del ámbito peronista, Ernesto "Che" Guevara, en una carta enviada a Ernesto Sábato -poco después del triunfo de los guerrilleros cubanos sobre la dictadura de Batista en Cuba, y al inicio de la Revolución Cubana-, compara los inicios de esta revolución con la llamada revolución libertadora argentina. Dos dictaduras distintas habían caído y parecía que se iniciaban dos formas revolucionarias. Una nueva, la que surgía en Cuba, la otra, como reacción y vuelta a un pasado que debería ya ser enterrado. Escribe el Che hablando de Cuba: "No podíamos ser 'libertadora' porque no éramos parte de un ejército plutocrático, sino que éramos un nuevo ejército popular, levantado en armas para destruir el viejo; y no podíamos ser 'libertadora' porque nuestra bandera de combate no era una vaca, sino en todo caso un alambre de cerca latifundaria destrozada por un tractor, como es hoy la insignia de nuestro INRA. No podíamos ser 'libertadora' porque nuestras sirvientas lloraron de alegría el día que Batista se fue y entramos en La Habana, y hoy continúan dando datos de todas las manifestaciones y todas las ingenuas conspiraciones de la gente *Country Club*, que es la misma gente *Country Club* que usted conociera allá y que fueran a veces sus compañeros de odio contra el peronismo." Igualmente compara a la diferente intelectualidad, la de la Argentina, la de Cuba y la del resto de Latinoamérica. La argentina, más preocupada porque no se le infiera esta o aquella molestia, porque no se le limite este o aquel pequeño derecho de expresión. Por ello prefiere mantenerse en el Limbo, en la abstracción, sin ojos para una realidad concreta social, política y cultural, aunque sí declamando el humanismo en abstracto. "Aquí -sigue diciendo Ernesto Guevara hablando de Cuba- la forma de sumisión de la intelectualidad tomó un aspecto mucho menos sutil que en la Argentina. Aquí la intelectualidad era esclava a secas; no disfrazada de indiferente como allá, y mucho menos disfrazada de inteligente; era una esclavitud sencilla puesta al servicio de una causa de oprobio, sin complicaciones; vociferaban simplemente."

Oscar Masota, por su lado, recordará a los intelectuales antiperonistas diciendo: ". . . juran por el libre pensamiento, por occidente, por la persona humana. Pero desgraciadamente y de hecho el proletariado se encuentra excluido de esa zona de valores celestes". ¿Qué ha significado entonces el peronismo y los regímenes que como el peronista surgieron en Latinoamérica? "El peronismo -dice Juan José Sobrel- no estaba destinado a crear ni

construir, sino a disolver, quebrantar y perturbar el viejo orden, instándonos a crear uno nuevo." "Toda una generación de argentinos fue educada en ese lenguaje revolucionario totalmente desconocido antes de Perón." "Es verdad, Perón mentía a los obreros haciéndoles creer que ellos eran el gobierno, cuando en verdad no lo eran. Pero la cara positiva de esa mentira estaba en que los obreros se fueron familiarizando con la idea de que ellos debían y podían ser el gobierno, de que el gobierno era asunto de ellos. Por eso el peronismo no ha sido el sucedáneo de la revolución social, sino su propedéutica."



## Capítulo 7

### LATINOAMÉRICA y LA GUERRA FRÍA

#### 31. *El mundo libre contra el totalitarismo*

La segunda gran guerra, que estalla el 10 de septiembre de 1939, va a ser un extraordinario estímulo para los afanes sociales y libertarios de la totalidad de los pueblos del mundo. Las grandes potencias coloniales, al enfrentarse al totalitarismo nazifascista y al militarismo japonés, se verán obligadas a prometer concesiones a los países bajo su hegemonía, al término de la guerra. Internamente, estas mismas potencias tienen, a su vez, que hacer iguales ofrecimientos a las grandes masas que son, ahora, participantes directas de la nueva guerra. Ya no son sólo los soldados los que intervienen en la lucha, sino también grandes masas de civiles que sufren en las ciudades los horrores de una guerra sin cuartel. De hecho ya no hay civiles; hombres, mujeres, niños y ancianos participan en la guerra. De su resistencia, como la mostrada por el pueblo de Inglaterra sufriendo los bombardeos de las máquinas infernales alemanas, o la resistencia de los habitantes de las ciudades ocupadas, expuestos, después de los bombardeos, al fusilamiento, la tortura y las formas más tremendas de terror para doblegar la resistencia de los patriotas, dependerá el triunfo final.

La guerra es ahora total. En ese 1º de septiembre de 1939 los ejércitos alemanes invaden Polonia. Inglaterra y Francia se ven obligadas a declarar la guerra a Alemania. Esta invade el occidente europeo en una guerra relámpago que, en pocos meses, en 1940, le da el dominio absoluto sobre Holanda, Bélgica, Noruega y, posteriormente, Francia. El 7 de diciembre de 1941, los Estados Unidos reciben el sorpresivo ataque sobre Pearl Harbor que los lanza abiertamente a la hoguera de la guerra contra el agresor japonés y las potencias europeas que formaban el Eje. La guerra es ya mundial, en toda la expresión de la palabra. Y, en esta guerra, el triunfo parecen tenerlo los agresores en Europa y Asia. La URSS, en 1941, ha entrado también en el conflicto, agredida por las tropas hitleristas.

Comunistas y capitalistas son ahora aliados en una guerra sin cuartel contra el totalitarismo. Los aliados se repliegan en todos los frentes, lo mismo en la Europa occidental como en la oriental y en toda Asia. En esta ocasión, la violencia de la guerra la sufren

también los civiles; pueblos enteros que tratan de escapar a su horror, o lo resisten estoicamente. Ciudades destruidas, o sometidas bajo un régimen que trata de cubrir su frente interno estableciendo el terror organizado, mecánico e inhumano. Se trata de romper toda resistencia y esperanza. Entre los instrumentos de sometimiento está el de la propaganda. Había que desanimar tanto a los combatientes como a los no combatientes, haciéndoles creer en que era inevitable la derrota final.

Los aliados, para cubrir los diversos frentes en que tan desventajosamente luchan, deben recurrir a la ayuda de los hombres que forman sus colonias. Africanos y asiáticos nativos forman ejércitos que han de luchar, tanto en los frentes de África y Asia, como en la misma Europa, para detener al cruel invasor. La prepotencia de los invasores impide que estos pueblos se unan a sus filas, al sufrir también la violencia de los mismos.

Los asiáticos, por ejemplo, ven cómo soldados de color semejante al de ellos, derrotan y expulsan a las tropas blancas de los aliados. Es un triunfo de su raza, salvo que el japonés trata, a su vez, de imponer un nuevo imperio que no parece mejorar, sino empeorar, la situación que les habían impuesto los dominadores occidentales. La doctrina hitlerista da a su vez preponderancia a una raza, la aria, dejando bajo su dominio a otras razas, considerándolas inferiores.

Los aliados necesitan de una propaganda que frene los efectos de la propaganda de terror del Eje; propaganda que dé esperanzas a los combatientes. Esperanza para los combatientes que resisten en hogares y fábricas, para los que sufren el terror de la ocupación, y para los soldados llegados de todo el mundo para enfrentarse a los mecanizados ejércitos totalitarios. Habría que darles esperanzas para afrontar la muerte; esperanzas para triunfar en un futuro, que hacían depender de su capacidad de resistencia y de su acometividad para detener al invasor. Habría que explicar, entre otras cosas, a hombres movilizados en todos los frentes, a hombres de otras razas" de un color distinto de piel, con otros hábitos y costumbres, qué sentido tenía su acción en esa guerra. ¡Por qué y para qué deberían triunfar! Por qué tenían que morir en las arenas de los desiertos de África, en las selvas y pantanos asiáticos y ante las legendarias ciudades europeas ocupadas por los nazis. Fue necesario formular metas e ideales para la postguerra.



A todos estos hombres habría que ofrecerles un futuro mejor. No bastaban ya promesas que podrían ser relegadas. Habría que hablarles del hombre, y de cómo todos ellos forman este hombre que tenía que ser salvado de la violencia, del terror y de nuevas sumisiones. Los viejos imperialistas europeos, y los nuevos, tendrían que convencer a estos hombres y a sus propios nacionales que era necesario triunfar para crear otro mundo. Un mundo en el que todos los hombres, sin excepción, actuasen unidos para hacerlo posible. ¿Podría creerse en tal milagro? ¿Los imperialistas recortarían sus garras y la satisfacción del dominio?

Se habla abiertamente de nacionalismo. Los pueblos tienen derecho a seguir sus propios caminos, sin imposiciones. Para ello se lucha en todos los frentes. También, y como correlato consecuente, se habla de independencia y de autonomía; los pueblos deben ser independientes, las naciones autónomas. Pero esto no es suficiente, no sólo son los pueblos en abstracto, las naciones por ellos formadas, los que necesitan de estímulos; lo necesitan, también, los hombres concretos que forman estos pueblos y naciones: Los hombres que las hacen posibles. Ya que son hombres concretos los que están muriendo, los que están luchando hasta el agotamiento, los que soportan tormentos, violencias y terrores. Es a estos hombres a los que hay que prometer un mundo mejor, un mundo tan concreto como lo son la lucha y la resistencia. A los ideales sobre un mundo libre, un mundo como conjunto de naciones libres e independientes, habrá que agregar los ideales que muevan a este hombre, al gran hombre que habita las ciudades y los campos. A las grandes masas, y a los individuos concretos, deberán ofrecérseles ideales sociales, de bienestar y seguridad social. La primera expresión de la nueva orientación de los aliados para estimular a los hombres y pueblos que luchaban en esta guerra, se ofrece en la Carta del Atlántico, redactada por Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt, dada a conocer el 14 de agosto de 1941. Pocos meses después entrarían los Estados Unidos en la contienda.

En dicho documento, las dos potencias dan a conocer al mundo libre los ideales y principios que les mueven en la lucha, que una de ellas ha emprendido y a la que pronto se sumará la otra. Principios que se consideran comunes a la política de esos países y en los cuales fundan su "esperanza en un futuro mejor para el mundo". Se trata de ocho puntos, parte de los cuales se

refieren a la conservación de la soberanía nacional de los pueblos y a la independencia de los mismos combinándola, sin lesionar esta independencia, con el establecimiento de una amplia cooperación internacional que haga posible la prosperidad económica, el desarme y la paz. Pero, además, en otros de los puntos, se habló de asegurar, "para todos, los patrones avanzados de trabajo, el incremento económico y la seguridad social", así como garantizar la "libertad contra el temor y la pobreza". Principios que serían refrendados poco después en Inglaterra por los gobiernos en exilio de la Europa ya bajo el dominio hitlerista. A esta declaración se irán sumando otras en que se insistiría sobre el nacionalismo y sobre reformas sociales. Igualmente se habló sobre el derecho de todos los pueblos a la autodeterminación, así como del derecho de los individuos a un mínimo de seguridad social y la promesa de un futuro más próspero y feliz.

Pero habría que hacer algo más que declaraciones: por ello, en plena guerra, se fueron creando organismos que tenían como función actuar, en el momento que las circunstancias lo permitiesen, en el sentido de esas declaraciones. Por lo pronto, habría que ayudar a los pueblos que estaban siendo más castigados por la guerra y tenían menores recursos. Así surge, en 1943, la UNRRA, para socorrer de inmediato a estos pueblos. En 1945 la Organización para la Alimentación y la Agricultura, para incrementar los cultivos y la ganadería, y mejorar el patrón de nutrición y la distribución de productos alimenticios. En 1944 se fundan el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, a través de los cuales se estabilizan las monedas y se ofrece el crédito necesario para la reconstrucción del mundo destruido por la guerra y para el desarrollo de los países atrasados. Se funda, igualmente, la UNESCO, que tratará de que no se repita la experiencia de la guerra, educando al hombre del futuro para la paz. Su meta es alfabetizar y culturizar a las grandes masas de las naciones y pueblos que forman el mundo. Y se fue preparando como corolario la creación de las Naciones Unidas, en donde los ideales por los cuales luchaban las naciones libres pudiesen crear el ámbito de posibilidad del mundo por el cual estaban luchando tantos pueblos.

Las naciones libres unidas, grandes y pequeñas, impedirían que se repitiesen los sucesos que habían permitido la cruel y prolongada guerra. Todas ellas luchaban ya contra un enemigo común y contra lo que el triunfo de éste podría significar



para el futuro de estas naciones. El triunfo totalitario debería ser evitado para la salvación de los más altos ideales del hombre y las sociedades que este hombre hará posible. Del triunfo de las naciones libres dependía el que no se repitiesen situaciones como las que se estaban afrontando. No bastaba luchar sólo por este triunfo, sino luchar, además, por lo que tal triunfo habría de significar. Se luchaba contra un grupo de regímenes despóticos y totalitarios; en consecuencia, el triunfo sobre los mismos implicaría el ostracismo del despotismo y el totalitarismo. Frente a la brutal acción expansionista del totalitarismo, había que oponer y establecer regímenes que respetasen la soberanía de los pueblos, cualquiera que fuese la fuerza física de los mismos. Por ello, y antes de la posibilidad real de tal triunfo, las naciones libres tendrían que comprometerse y obligarse a restaurar la independencia de las naciones que la hubiesen perdido, y a ofrecerla a las que aún no la hubiesen alcanzado. Unidas, todas las naciones libres harían posible un sistema, bajo un organismo internacional, que permitiese la continuidad de la colaboración alcanzada en la guerra, ahora en funciones de reconstrucción dentro de la paz, sin lesionar la soberanía e independencia alcanzadas.

Todas las naciones, consecuentes consigo mismas, deberían reafirmar el nacionalismo frente a todo imperialismo, así como reafirmar ideales de bienestar social y seguridad para todos los individuos. Igualmente, para evitar se repitiesen situaciones como las que habían originado el fascismo, se combatiría la desocupación. El todo, lo mismo a nivel nacional que a nivel internacional, debería ser previsto, planeado, por instituciones con pleno poder para su realización. Se propugnó por un estado más fuerte, pero no totalitario, que cuidase de que no se repitiesen las situaciones de la preguerra. Gobiernos capaces de mantener, también en lo interno, el equilibrio de los diversos intereses que formaban la nación. El estatismo se transforma en un instrumento al servicio del nacionalismo y de la seguridad social. Gobiernos capaces de legislar y actuar en bien de las mayorías nacionales, capaces también de garantizar a sus miembros seguridad desde "la cuna a la sepultura". Y a nivel internacional, organismos que evitasen, por un lado, la posibilidad de una nueva guerra, haciendo que los miembros de estos organismos dirimiesen sus problemas por vía pacífica. Por otro lado, estos mismos organismos planearían y actuarían a nivel internacional, para evitar la

desesperanza, la miseria y todo lo que había hecho posible la guerra y podría de nuevo originaria.

¿Cómo iba a ser entonces organizado el orden mundial de triunfar los aliados? ¿Se repartirían el mundo las potencias del llamado mundo libre? Así había sucedido en el pasado. ¿Volvería a repetirse la historia? Los hombres que formaban los pueblos que podrían ser objeto de este reparto habían ya recibido garantías de que no volvería a ser así. Y en relación con estas garantías, ejércitos venidos de África, de Asia y hasta de Latinoamérica, estaban luchando en diversos frentes y habían sido ya también víctimas de invasiones, represalias y castigos. ¿Pero qué iba a pasar con los imperios de varios de los aliados del supuesto mundo libre? Estos habían, también, prometido la independencia y libertad por la cual luchaban las tropas coloniales. Y no sólo libertad a secas, sino, también, la ayuda, al término de la guerra, para estimular su desarrollo. Por ello luchaban hombres de color codo con codo con hombres blancos, una sola lucha por un solo triunfo que era común. El blanco, para no caer en la esclavitud; el hombre de color, para romperla y conquistar la libertad en forma definitiva. Algunos pueblos, como la India, habían puesto de lado las demandas de independencia, luchando al lado de las tropas imperiales, a cambio de la promesa de su independencia al término de la contienda. Una independencia que los hombres de ese pueblo estaban pagando con sus vidas. Igual ofrecimiento hizo la Francia libre a los africanos y asiáticos de las que fueran colonias francesas, a cambio de su ayuda en la contienda contra el totalitarismo. En fin, nada pedían los pueblos colonizados que no fuese aquello por lo que decían luchar sus metrópolis. Lucha en la cual pedían estas metrópolis la colaboración de pueblos que hasta ayer habían sufrido su dominio. De una guerra entre naciones, la lucha se estaba transformando en una guerra civil. Guerra contra el totalitarismo, contra el imperialismo sostuviéralo quien lo sostuviese. No se trataba de quitar un amo para poner otro, ni de acabar con una hegemonía para establecer otra. Al menos era esto lo que sostenían las naciones aliadas para estimular el valor de sus combatientes, la resistencia y el espíritu que las llevase a la victoria final.

¿Cumplirían las potencias aliadas con estas promesas? Más aún, ¿cumplirían con los compromisos ya adquiridos? Al cambiar la marea, en la medida en que las tropas del Eje iban siendo obligadas a retirarse, a abandonar las presas alcanzadas en

la guerra relámpago, la renuencia a cumplir lo pactado por las potencias aliadas se irá haciendo cada vez más potente. Es más, a pesar de ser uno de los firmantes de la Carta del Atlántico el premier de Inglaterra, Winston Churchill, simultáneamente con esta declaración se hace ya patente la falta de voluntad del imperio inglés para conceder a sus colonias las libertades allí establecidas. En general, los grandes imperios nada hacían que no fueran promesas, pese a encontrarse en pleno conflicto, nada por resolver alguno de los problemas que aquejaban a multitud de pueblos. Entre las libertades establecidas por la bandera de los aliados estaba la de la libertad de la necesidad.

"Sin embargo -dice el líder nacionalista de la India, Jawaharlal Nehru-, la rica Inglaterra y la más rica Norteamérica hicieron poco caso del hambre física que mataba en la India a millones, como han hecho poco caso de la sed abrasadora del espíritu que consume al pueblo de la India." Pretextos para justificar esta abstención no faltaron; pero la asistencia que pueblos, igualmente pobres, dieron a la India para satisfacer el problema del hambre, tales como China, frente a la negativa de los ricos, demostraban qué poco interesaba a las grandes potencias el cumplimiento de promesas que sólo eran eso, promesas para obtener ayuda en la defensa de sus concretos y limitados intereses.

Se pedía a la India que se preparase para la defensa de su territorio, amenazado por los japoneses, pero tan sólo para cuidar de que éste no saliese del control del imperio inglés. "... a medida que avanzaba la guerra -sigue diciendo Nehru- se hacía cada vez más claro que las democracias occidentales estaban combatiendo, no por un cambio, sino por la perpetuación del orden antiguo." Pese a todo, sin embargo, las prédicas y las promesas despertaban el afán por conseguirlas en todos aquellos pueblos en que las mismas habían sido negadas.

"Dada la situación, el conflicto tenía que producirse; o se ampliaba esa democracia política o se intentaba ponerle un freno o acabar con ella. La democracia creció en contenido y extensión, a pesar de una oposición constante, y se convirtió en el aceptado ideal de la organización política." Esto es, pese a los occidentales, al mundo occidental, los ideales de éstos, limitados a sus nacionales, se universalizaban, lo que constituía una amenaza para los intereses de los supuestos paladines de tales ideales, con

lo cual, naturalmente, se produjo la reacción en plena guerra, cuando la misma no estaba aún claramente decidida, mostrándose así lo que podría esperarse en la postguerra si los pueblos no occidentales no tomaban la iniciativa y actuaban por sí mismos para realizar sus ideales y exigir el cumplimiento de las promesas.

"Pero llegó un tiempo -dice Nehru- en el que la expansión ulterior ponía en peligro las bases de la estructura social; las bases en que se fincaba el poderío de las grandes potencias llamadas democráticas." "Ante la novedad, los mantenedores de la estructura pusieron el grito en el cielo, se hicieron agresivos y se organizaron para oponerse al cambio." ¿Lograrían aplastar la semilla sembrada? ¿Arrancarla una vez que la misma estaba enraizando en la casi totalidad del mundo? "Había en todas partes -sigue diciendo Nehru- gran número de personas, especialmente entre quienes habían combatido en los campos de batalla, que vaga y firmemente a la vez confiaba en este cambio. Y había eso: cientos de millones de desposeídos, explotados y racialmente humillados de Europa y América, y más todavía de Asia y África, quienes no podían aislar la guerra de sus recuerdos del pasado y de la miseria presente y esperaban con pasión, aunque la esperanza no fuera razonable, que la guerra les aliviara de algún modo la carga abrumadora que soportaban." No querían seguir siendo ellos los que pagasen con sus sacrificios la grandeza, la prosperidad y el poder de otras naciones. "Pero los jefes de las Naciones Unidas miraban a otra parte; miraban hacia atrás, al pasado, no hacia adelante, al futuro. En ocasiones, hablaban con elocuencia del futuro para apaciguar el hambre de sus pueblos, pero la política tenía poco que ver con estas frases sonoras. Para el señor Winston Churchill se trataba de una guerra de restauración... Las palabras del presidente Roosevelt eran más prometedoras, pero su política no había sido radicalmente diferente. Sin embargo, eran muchos todavía los que miraban hacia él. . ."

Otra de las naciones aliadas, la Francia libre, todavía con el territorio nacional ocupado por los nazis, y en la voz del libertador, el general Charles de Gaulle, hablaba en Argel, el 8 de diciembre de 1943, de la necesidad para Francia de volverse a establecer en Indochina. La respuesta de los patriotas indochinos, que luchaban contra la ocupación japonesa, se expuso en un manifiesto publicado en junio de 1944. "¡Así, pues, los franceses que luchan contra la dominación alemana pretenden mantener su

dominio sobre otros pueblos!" No hemos luchado -agrega- contra las tropas japonesas para guardar la colonia a los franceses, así se llamen éstos libres. En noviembre de 1945, ya terminada la guerra, el líder nacionalista Ho Chi Min se ve obligado a declarar la guerra de resistencia a Francia, ya que ésta se niega a reconocer los principios establecidos en la Carta del Atlántico, San Francisco y otras proclamas que eran promesas de libertad al término de la contienda. Nuestros actos, dice el líder indochino, corresponden no sólo a los principios sostenidos en esas declaraciones, "solemnemente proclamadas por los aliados, sino que están enteramente de acuerdo con los gloriosos principios que sostienen los franceses: libertad, igualdad y fraternidad". "No estamos invadiendo otro país. Sólo salvaguardamos el nuestro de los invasores franceses." Y en la Declaración de Independencia de la República de Vietnam, el 2 de septiembre de 1945 empezaba Ho Chi Min con una mención a la Declaración de Independencia de los Estados Unidos: "Todos los hombres son creados iguales. . ." "En un sentido más amplio -agregaba- esto significa: todos los pueblos de la tierra nacen iguales, todos los hombres tienen el derecho a vivir, a ser felices y libres." Lo mismo sostenía la Declaración de Derechos de la Revolución Francesa de 1789. Pero todo había sido olvidado, todo estaba siendo negado, violándose en otros pueblos los derechos que los antepasados de estos hombres habían reclamado para sí.

Ho Chi Min parecía anticiparse, con esta declaración, a condenar la violencia de que iba a ser víctima su pueblo por parte de los mismos Estados Unidos. Estos, simplemente, relevarían a los franceses en sus esfuerzos por mantener a Indochina como colonia; ahora colonia del nuevo imperio. En un discurso dirigido a los franceses honestos en Indochina, en octubre de 1945, el líder vietnamita dice: "Queréis a Francia y queréis que sea independiente. Queréis a vuestros compatriotas y queréis que sean libres. Su patriotismo es glorioso para vosotros, porque es el más alto ideal de la humanidad." "¿No os parece, sin embargo, que también tenemos derecho de querer a nuestra patria y de querer que sea libre? ¿No os parece que también tenemos el derecho de querer a nuestros compatriotas, de querer que sean libres? Lo que vosotros consideráis vuestro ideal, tiene que ser también el nuestro." ¡Nada que Francia no hubiese exigido para su pueblo! Nada que las naciones llamadas libres no hubiesen establecido como principios por los cuales luchar, hasta la muerte si así fuese preciso. Los pueblos que habían sido colonias nada querían saber

de la vuelta a una situación contra la cual habían luchado, codo con codo, al lado de hombres de otras regiones del mundo; hombres que se empeñaban, como ellos, en no perder las libertades por las cuales habían luchado a través de su historia.

De esta manera, en diversos lugares de Asia y África brotó la resistencia y las demandas de pueblos para que se cumpliesen las declaraciones de promesas por las cuales habían combatido en diversos frentes y en nombre de las cuales habían resistido la violencia y el terror del invasor totalitario. Las naciones llamadas libres, de Europa y América, tenían que aceptar estas demandas. La guerra misma había mostrado la capacidad de los nativos de diversas regiones del mundo para luchar por la libertad, capacidad que no se les podía seguir negando en sus demandas para vivir en libertad. Los orgullosos blancos, si aún y se quería insistir en la superioridad de su raza, habían mostrado en esta guerra que también podían ser vencidos. Sólo habían evitado la derrota final en manos de hombres de color, como los japoneses, gracias a la ayuda de otros hombres de color, los cuales no querían pasar del despotismo de unos hombres al de otros, por distinto que fuese el color de estos nuevos aspirantes a señores.

Los nativos en Asia habían visto, pese a haber sufrido en rigor el despotismo nipón, cómo el blanco podía ser también humillado, derrotado. Sabían ya que no era invulnerable, que era como cualquier otro hombre. Los estadounidenses habían sido vencidos y barridos en las Filipinas y otras islas del Pacífico al igual que los franceses en Indochina, los holandeses en Indonesia y los ingleses en toda la Malasia. Si estos hombres habían sido vencidos por el despotismo militar japonés, bien podían ser derrotados por hombres que luchaban por su libertad y su independencia enarbolando las mismas banderas por las cuales habían luchado y vencido esos mismos blancos evitando la derrota final. Por ello, al regresar, al término de la guerra, europeos y norteamericanos a las tierras que fueran parte de sus colonias, se encontraron con que la situación había cambiado. El blanco no era ya el hombre por excelencia; los otros eran también hombres; esto lo habían demostrado luchando a su lado, o en contra de él, en defensa de los ideales que se consideran propios de toda la humanidad. Los pueblos árabes, en el norte de África y en el Oriente Medio, al lado de las tropas aliadas europeas y norteamericanas, se habían enfrentado a las tropas del Eje, derrotándolas. Tropas venidas del África negra habían, también, luchado en todos los frentes al lado

de otros hombres de color amarillo, cobrizo, aceituna y blanco, venciendo juntos a los ejércitos totalitarios. Los asiáticos, cuando las tropas blancas se habían visto obligadas a replegarse, habían mantenido la resistencia contra el invasor japonés. ¿Cómo entonces podría seguirse aceptando la supremacía de unos hombres sobre otros con base en este o aquel aspecto físico distintivo? Las licenciadas tropas venidas de las colonias y los guerrilleros que habían resistido la ocupación exigirían en Asia, África y Oceanía la independencia de sus pueblos. Por ello, en los lugares en que esta demanda no fue atendida empezó la guerra anticolonial. No podían haber sido vanos los sacrificios que se habían reclamado a estos pueblos para que se enfrentasen al totalitarismo. Estos seguirían luchando contra él donde quiera que éste volviese a brotar, así fuese entre sus antiguos aliados.

### 32. *Latinoamérica recoge las banderas*

¿Qué pasaba en Latinoamérica? Latinoamérica participaba también, salvo alguna excepción neutralista, al lado de las potencias del llamado mundo libre. Pero no participaría con tropas, salvo el caso del Brasil. A los latinoamericanos se les había encargado una doble misión; por un lado, guardar, permitiendo el establecimiento de algunas bases, la seguridad del continente, esto es, cuidando las espaldas del coloso del Norte en guerra, tanto en el Pacífico como en el Atlántico; por el otro, colaborando en la producción industrial, ya que en los Estados Unidos se había volcado la casi totalidad de la industria en la fabricación de las armas que tanto necesitaban esta nación y sus aliados para la derrota del Eje. Esta segunda misión satisfacía a su vez las ambiciones de los grupos sociales que en Latinoamérica aspiraban a transformarse en burguesías nacionales. Las inversiones estadounidenses se acrecentarían en Latinoamérica; pero no se trataba ya de inversiones para la explotación y simple obtención de materias primas; los inversionistas estadounidenses necesitaban de industrias complementarias que les permitiesen fabricar utensilios de paz, ya que esto no era plenamente posible en una nación dedicada a fabricar instrumentos de guerra. Latinoamérica podía elaborar los productos que la limitación de la capacidad estadounidense impedía se fabricasen en su totalidad en Norteamérica.

La industrialización, por secundarios que fuesen sus alcances, se acrecentaría y, con ella, el desarrollo de las burguesías nacionales en Latinoamérica. Pero un acrecentamiento y desarrollo que un buen día podía ser frenado. Frenado al término de la situación de emergencia que lo estaba permitiendo. Los latinoamericanos tenían viva la experiencia de la crisis de 1929, crisis de la metrópoli que amenazó, a su vez, con arrastrar a las naciones que dependían de ella. Había que buscar ahora la manera de crear las condiciones que impidiesen que el desarrollo que empezaba a obtenerse en Latinoamérica cayese como simple castillo de naipes. Se tenía ya clara conciencia de lo inestable que era un desarrollo económico que, como el latinoamericano, descansaba en una situación originada en las exigencias de la guerra en que habían entrado los Estados Unidos y otras potencias mundiales. La estructura económica, y con ella todas las que de ella se derivaban en Latinoamérica, seguía dependiendo de la exportación de unos determinados productos, los que la industria de guerra solicitaba, y de un tipo de industrialización secundario, no básico. Una industria que dependía, a su vez, de la industrialización estadounidense, ya que sólo en esta nación existía la industria pesada capaz de fabricar máquinas para producir maquinaria. Era esta dependencia la que impedía el auténtico desarrollo de la burguesía latinoamericana. Igualmente, un grave impedimento sería la inexistencia de mercados que no fuesen los de naciones que, tan sólo provisionalmente, no fabricaban ciertos productos y los obtenían en Latinoamérica. El término de esta situación provisoria, de emergencia, dejaría a la incipiente industria latinoamericana sin mercados donde seguir ofreciendo sus productos. Había que evitar esa situación creando mercados propios.

¿Dónde? ¿En los Estados Unidos, Europa, Asia, África? Los Estados Unidos y la Europa occidental, al terminar la emergencia de la guerra no permitirían la competencia de los nuevos y todavía débiles industriales. Los mercados tendrían que crearse en la propia Latinoamérica, entre sus mismos nacionales.

Los grupos medios latinoamericanos se dieron pronto cuenta de la urgencia de tomar medidas que permitiesen hacer de sus pueblos mercados para los productos de su industria. Para ello, consideraron que era menester elevar el nivel de vida, social y económico, de las masas que lo iban a hacer posible. La prosperidad no se levanta sobre la miseria; la miseria tendría que

ser, de alguna forma, erradicada para que sobre ella se alzase la prosperidad de las burguesías latinoamericanas. En este sentido, la Revolución Mexicana había representado un extraordinario adelanto. Las reformas sociales que el cardenismo había logrado imponer poco tiempo antes de que se desatase la guerra, seguidas por la política de asimilación de esas reformas, por el ávilacamachismo, a efectos de crear la base de la industrialización mexicana, habían permitido al gobierno de Miguel Alemán poner en abierta marcha la industrialización, desde el gobierno, creando el núcleo más firme de la burguesía mexicana. Reforma agraria, expropiación petrolera y organización y control de las masas trabajadoras estaban permitiendo la realización del viejo sueño liberal. En el Brasil, ya lo hemos visto, bajo la dictadura de Getulio Vargas, se creaban las mismas posibilidades para la burguesía de esta nación. En la Argentina, Perón realizaba reformas sociales semejantes a las mexicanas y brasileñas como base para la formación de una poderosa burguesía nacional que impidiese la aparición de simples amanuenses al servicio de los intereses de grupos de poder económico internacional más fuertes. Otros países latinoamericanos seguirían la misma orientación. Pero, ¿era esto lo que estaban buscando los Estados Unidos al permitir el mínimo de independencia que cundía en Latinoamérica? Por supuesto que no. Y así como Inglaterra, Francia, Holanda y Bélgica se enfrentaban a sus colonias para apagar su furia independentista, los Estados Unidos harán algo semejante en Latinoamérica, enfrentándose, a su vez, a los afanes independentistas y desarrollistas latinoamericanos.

A los Estados Unidos no interesa, una vez concluida la guerra, afianzar un poderío ganado con el triunfo de los aliados en la misma. Su participación en esta guerra, como lo fuera en la primera, había resultado una extraordinaria inversión cuyos frutos no estarán dispuestos a compartir. A sus inversionistas se había abierto un amplísimo campo, el que ahora alcanza la casi totalidad del mundo. La marcha sobre los mares, iniciada a principios de siglo, una vez terminada la marcha sobre las llanuras del Oeste, ha llevado su poder a todos ellos. Los Estados Unidos podrían elegir, ahora, los mejores lugares en donde iniciar o continuar sus inversiones. En este sentido, buscarán invertir en los mercados más remunerativos, con independencia de los concretos intereses de las naciones que ahora serán simple instrumento de inversión y buenas ganancias. Invertirán, dicen los propios estadounidenses, sólo en aquellos países donde las condiciones políticas, la

estabilidad económica y una asignación justa y equitativa les permita ofrecer a sus accionistas beneficios razonables. La existencia de estas condiciones políticas y la estabilidad económica serán ya problemas a resolver por las naciones interesadas en recibir dichas inversiones. La etapa de las intervenciones militares ha terminado; del orden, de la seguridad, se encargarán los gobiernos y grupos económicos interesados en ligar su destino al del poderoso vencedor. La demanda nacionalista en Latinoamérica, que pide inversiones que aplicadas a su desarrollo aumenten las posibilidades del mismo, inversiones verdaderamente generadoras de progreso económico y social para los pueblos que las reciben, no interesa a los inversionistas estadounidenses. Tan sólo les interesan aquellas inversiones que originen ganancias seguras y a corto plazo. En este sentido sólo se mostrarán interesados en invertir, por lo que se refiere a industrias, en países que hayan alcanzado un mayor nivel económico y social y en los que tal inversión no signifique una aventura. En países en que no se tenga tal seguridad sólo interesará la obtención, como en el pasado, de materias primas baratas, la explotación de la riqueza natural y del hombre que la trabaje al más bajo precio.

Europa misma va a ser objeto de la primera forma de inversión y, por supuesto, Latinoamérica, al igual que aquellos países que podían, también, ser buenos mercados de las materias elaboradas por esta industria. Respecto a la segunda forma de inversión, la de la obtención de materias primas baratas para sus industrias, los Estados Unidos tienen no sólo el mercado latinoamericano, sino el que se van viendo obligados a abandonar sus aliados europeos en Asia, África y Oceanía. Los antiguos imperios de la Europa occidental van siendo, paso a paso, desplazados por el nuevo imperio, como lo van siendo sus industrias, incluyendo las de las que fueran metrópolis de estos imperios. Inglaterra, Francia, Holanda y Bélgica son también objeto de la inversión estadounidense, al mismo tiempo que van siendo relevadas de las que fueran sus colonias.

En Latinoamérica, los Estados Unidos van desplazando a los inversionistas europeos, presentándose ellos como los más seguros, más firmes y, lo decisivo, como la única posibilidad de inversión. Cualquier otra inversión que no sea la estadounidense corre el peligro de fracasar y arrastrar en su fracaso al país que la permitió. El general Dwight D. Eisenhower, presidente de los Estados Unidos poco tiempo después del término de la guerra,



habla abiertamente de la necesidad de llenar el "vacío de poder" que los viejos imperios van dejando. Y en la medida en que estos imperios se ven obligados a conceder la independencia política a sus colonias, las fuerzas económicas estadounidenses asedian de inmediato a las nuevas naciones en Asia, África, Oceanía, para que se incorporen también a la economía del nuevo y más firme imperio.

La flota estadounidense se encuentra ya en todos los mares, y sus marinos dispuestos a desembarcar, como años antes lo hicieron en el Caribe, para garantizar el traspaso de poder. La flota está lo mismo en el Medio Oriente, en donde los pueblos árabes van arrancando a Francia e Inglaterra el reconocimiento de su independencia, como en los mares de Indochina y Malasia, de donde están siendo expulsados franceses, ingleses y holandeses. Por el África van sus agentes ofreciendo a los nuevos pueblos garantías económicas a cambio de no permitir que otra potencia que no sea los Estados Unidos, ocupe el vacío que dejan las metrópolis europeas. Y allí donde encuentran resistencia, estos mismos agentes se encargan de derrumbar a los bisoños gobernantes que no han aprendido la lección.

La lección que, desde los inicios del presente siglo, estaban dando con su expansión sobre la América latina. Y será contra este poder, el de los Estados Unidos, que ha obtenido tan extraordinarias ganancias con su inversión en la segunda guerra, contra el que lucharán los nacionalistas latinoamericanos. Es decir, contra un poder que considera a Latinoamérica como campo propio, natural, para su expansión y poder; como coto privado de expansión e inversión de la poderosa nación, desde los inicios de la misma. El proyecto estadounidense de expulsar del continente cualquier otro poder que no fuese el suyo se va realizando. Los latinoamericanos, decíamos, están de acuerdo con dicha inversión, pero siempre y cuando la misma sirva también para desarrollar la economía de sus respectivos países, para transformarse y dejar de ser pueblos subdesarrollados. La guerra había permitido a estos países iniciar, aunque fuese de manera limitada, su industrialización, al ayudar a los Estados Unidos en la industria de paz, ya que ellos estaban empeñados en la industria de guerra que les permitió el triunfo. Pero las circunstancias que habían permitido esta posibilidad, habían ya terminado. Los Estados Unidos transforman sus industrias de guerra en industrias de paz. ¿Qué podía ahora hacer Latinoamérica?

Latinoamérica había también hecho suyas las banderas que los Estados Unidos y las naciones aliadas enarbolaban en la guerra contra el totalitarismo. Autodeterminación de los pueblos y justicia social para los individuos que forman estos pueblos. Esto, que ha sido válido para el pueblo de los Estados Unidos, tendría que serlo, también, para cada uno de los pueblos de América latina. Se trataba, es cierto, de banderas oportunistas, enarboladas por las potencias aliadas en situaciones que convenían circunstancialmente a los intereses que ellas representaban. Latinoamérica, por su lado, había actuado, también, en función de la oportunidad, para enarbolar esas mismas banderas; una determinada situación había obligado a una potencia como los Estados Unidos a enarboladas. La proximidad de la guerra había permitido a Cárdenas en México dar un gran paso en la marcha de la Revolución. Esta misma situación había permitido al varguismo afianzar el nacionalismo brasileño y acelerar su desarrollo. Por otro lado, el nacionalsocialismo que los militares argentinos habían conocido en Europa, les había permitido levantar banderas de independencia frente a la ingerencia del imperialismo estadounidense y europeo en la economía política de ese pueblo; su neutralismo en la guerra era ya un signo de esta independencia. Los ejemplos cundirían.

En 1943 los militares argentinos se habían hecho del poder surgiendo el peronismo y su demagogia nacionalista, encaminada a posibilitar el desarrollo económico de su nación, escapando al imperialismo inglés y condicionando la presencia del estadounidense. Este nacionalismo, en el mismo año, alentaría a otro grupo de militares en Bolivia. Se trata ahora de militares veteranos de la guerra del Chaco. En esta guerra se habían desangrado bolivianos y paraguayos luchando por el predominio que sobre la riqueza de esas tierras había de alcanzar uno de los contendientes extranjeros: el inglés o el estadounidense.

Los oficiales bolivianos serán secundados en su revolución —una revolución nacionalista, para hacer de las riquezas bolivianas riquezas nacionales— por grupos de civiles que formarán el Movimiento Nacional Revolucionario, partido político bajo la dirección de su presidente Víctor Paz Estenssoro. Se pide la nacionalización de la riqueza boliviana y justicia para los trabajadores que hacen posible su explotación. Los militares establecen una dictadura, mientras el MNR propone la

nacionalización de los ferrocarriles, de la electricidad y de las minas de estaño. El movimiento toma auge y es aplastado, pero vuelve a resurgir poco tiempo después, alentado por los nacionalistas argentinos que han originado el peronismo.

Aliento semejante encuentra la revolución del Dr. J. M. Velasco Ibarra en el Ecuador en 1944. Aquí se promulga una nueva Constitución, con la que se busca garantizar los derechos de las masas trabajadoras, sin hacer a un lado los estímulos a la iniciativa privada. Se proclama la reforma agraria: se aumenta el número de obreros en las plantaciones y se instituye el seguro social obligatorio. En 1945, una revolución a través de las urnas electorales lleva al poder al APRA en el Perú. Las doctrinas del líder aprista Víctor Raúl Haya de la Torre parecen estar en vías de realización. En este mismo año, en Venezuela, el jefe del partido Acción Democrática, Rómulo Betancourt, aprovecha para realizar sus ideas nacionalistas una revolución militar que ha eliminado a los herederos del dictador Juan Vicente Gómez, la cual le entrega el poder en forma provisional, para ser luego traspasado al candidato del mismo partido, el escritor Rómulo Gallegos. Este, en 1948, ha triunfado en forma absoluta en las elecciones que por fin se celebran. El partido Acción Democrática es de corte político semejante al APRA. En 1946 triunfa en Chile la coalición de partidos de aspiración demócrata y liberal, entre los que se encuentra el partido Socialista. El triunfo permite el inicio de una serie de reformas de carácter nacionalista y social. En 1944, en Cuba, el Dr. Grau San Martín derrota en las elecciones al ex-sargento Fulgencio Batista, que se ha erigido en dictador; éste, ante la contundencia del triunfo, reconoce los resultados de la elección y entrega el poder al vencedor.

En el Uruguay, en el año de 1946, el partido Batllista sigue triunfando en las elecciones y, con él, la clase media que lo apoya. Este partido mantiene una orientación de tipo nacionalista, con especial preocupación por ofrecer garantías sociales a los grupos de trabajadores de los que sabe dependerá el desarrollo de sus intereses. Por lo que se refiere al Brasil, ya hemos visto cómo se orienta la política de Getulio Vargas en esos años. En la Argentina, Perón va dando origen a la corriente política que llevará su nombre. En Colombia, en la misma época, uno de los partidos clásicos, el Liberal, se ha dividido. En la heterodoxia se encuentra Jorge Eliécer Gaitán, que propone un programa de reivindicaciones sociales desconocidas en dicho partido. La división se extiende

igualmente al otro partido, el Conservador, perfilándose con gran fuerza un tercer partido como expresión de lo que se denomina el gaitanismo, corriente política que trata de enfrentar y resolver los graves problemas sociales que vienen aquejando a Colombia a través de su historia. En Centroamérica también se hace sentir una revolución de corte nacionalista y social. La ola libertaria llega a Guatemala. Una revolución derroca al dictador, general Jorge Ubico, en 1944, y toma el poder una junta militar, que lo entrega en 1945 al vencedor en unas entusiastas elecciones, al Dr. Juan José Arévalo. El triunfo aplastante permite de inmediato una serie de reformas sociales que tienden a satisfacer viejas necesidades de los trabajadores del campo y la ciudad. Respecto al exterior, frente a anteriores interferencias extranjeras en la economía del país, se proclama el nacionalismo, ya expresado en México y otros lugares de Latinoamérica. En 1949, otra revolución pone fin a la dictadura de Tiburcio Carías en Honduras. La ola libertaria y populista va creciendo y extendiéndose. Las banderas por las cuales decían haber luchado los aliados en la segunda gran guerra van siendo enarboladas con entusiasmo en toda Latinoamérica, como lo estaban siendo en Asia, África y Oceanía. El triunfo de estas banderas sobre el totalitarismo alemán y el militarismo japonés parece abrir una era en las relaciones entre los individuos y entre los pueblos.

### 33. Guerra fría y traspaso de poder

El 8 de mayo de 1945 los ejércitos alemanes han sido derrotados por las tropas aliadas y obligados a capitular. La resistencia rusa en el este permite a las tropas aliadas de la Europa occidental y a los Estados Unidos de América, preparar y realizar la invasión sobre el continente europeo que originará la derrota final del totalitarismo. Pero aún falta vencer al otro miembro del Eje en el oriente: Japón. Los Estados Unidos ofrecen al mundo una terrible sorpresa, el uso de una nueva arma que les da, de inmediato, la hegemonía mundial: la bomba atómica. El presidente Roosevelt había muerto poco antes de la derrota definitiva del hitlerismo, sucediéndole el vicepresidente Harry S. Truman. El 6 de agosto de ese mismo año, el ya presidente Truman ordena se lance la primera atómica sobre la ciudad de Hiroshima, en el Japón, a la que seguirá una segunda en Nagasaki, precipitando la rendición del imperio del Sol Naciente. Ha sido ya puesta en duda la necesidad del uso de la tremenda arma cuando el Japón se

mostraba dispuesto a la rendición. Sin embargo, el uso de este arma, aun rudimentaria, permitirá mostrar al mundo la fuerza destructiva de este instrumento de guerra y, con ello, el poder de la nación que la tiene ya en sus arsenales. Era ya indiscutible quién era el absoluto ganador de la guerra, los Estados Unidos. Y esto tenía también que entenderlo el provisional aliado de las naciones del llamado mundo libre, la URSS. La URSS tenía que entender, y aceptar, que quien tenía la supremacía militar, con un arma como la atómica, tenía también la hegemonía sobre el mundo. Los obligados aliados en la guerra contra el nazifascismo ya nada tenían que ver entre sí; sus intereses eran diversos y sus metas antagónicas. Pese a la advertencia estadounidense, la URSS mantendrá la hegemonía ganada por sus tropas al avanzar sobre las alemanas, tanto en los países eslavos como en la misma Alemania. Enarbolando las banderas comunistas, tratará inclusive de ir más allá de lo que le habían permitido sus triunfos sobre el ejército de Hitler, penetrando hasta Grecia.

En Asia, derrotados los japoneses, las tropas comunistas de Mao Tse Tung disputan a las nacionalistas de Chiang Kai-Shek el extenso territorio chino. Pese a la ayuda estadounidense, el segundo es expulsado del continente asiático en 1949, con lo que se logra implantar el comunismo en China. Pero hay algo más; en este mismo año, el 23 de septiembre de 1949, el mundo se entera de que la URSS ha hecho explotar su primera atómica. El 21 había sido también proclamada la República Popular China. Había terminado la hegemonía militar de los Estados Unidos en el mundo. La URSS, sabiendo "el cómo hacer" la atómica, equilibra el poderío del país líder del capitalismo. En adelante, la posibilidad de una nueva guerra será sinónimo de la destrucción total de la humanidad. Algo que ninguno de los grandes contendientes desea. Lo importante es, ahora, no perder la carrera en la fabricación de armas cada vez más terroríficas, bomba de hidrógeno, cobalto, etc., aunque no para su uso, sino para el amedrentamiento del contrincante en una guerra que ya no puede tomar las características de las anteriores. Surge un nuevo tipo de guerra, a la que se llama fría.

Los contendientes no han puesto de lado sus pretensiones de dominio total, de hegemonía, pero ahora se ven obligados a tomar otros caminos. La violencia sigue existiendo, la guerra con sus crueldades, pero, en esta ocasión, cuidándose de que la misma no conduzca a la matanza total que nadie desea porque en

ella va la propia destrucción. La primera expresión de la guerra fría se da el 25 de junio de 1950 en Corea, la cual concluye, sin ventaja para ninguno de los contendientes, el 27 de julio de 1952. La división de los pueblos cunde por todos los ámbitos de la tierra. Alemania, Vietnam, la misma China. La isla de Formosa, último reducto de Chiang Kai-Shek, es defendida por la armada de los Estados Unidos en oposición a la China comunista, que ahora abarca todo el continente. Se presiona, en esta y aquella parte del mundo, para que los pueblos se definan y elijan la hegemonía que están dispuestos a aceptar. ¿Capitalismo o comunismo? ¿Con los Estados Unidos o con la URSS?

La guerra fría será, a su vez, relacionada con las pretensiones del principal ganador de la segunda guerra mundial: los Estados Unidos. Pretende esta nación que tiene como misión la de guardar el orden creado por el mundo occidental y su cultura. Una vez más, es el pueblo predestinado, con destino manifiesto. Y es su destino el de ocupar el lugar que en el mundo tenían las ya desplazadas potencias de la Europa occidental. ¡El colonialismo ha muerto! ¡Viva el colonialismo! El presidente republicano de los Estados Unidos, general Eisenhower, sostiene la tesis de que los Estados Unidos tienen la misión de llenar el "vacío de poder" que vayan dejando las potencias europeas en el mundo. El colonialismo europeo debe ser substituido por el neocolonialismo. El vacío de poder debe ser llenado, si no se quiere que el mismo sea ocupado por el nefando comunismo.

Una vez que los imperios europeos se han mostrado incapaces de mantener su dominio en las colonias, ante las presiones nacionalistas, serán los Estados Unidos los llamados a mantener el poder, como representantes máximos del occidente, para que no se cumplan las predicciones spenglerianas respecto a la destrucción de la cultura, fin de la civilización. Los Estados Unidos siguen siendo los abanderados de la libertad, ahora contra el totalitarismo soviético, su antiguo aliado frente al totalitarismo nazifascista. Las esperanzas que muchos pueblos colonizados por Europa habían puesto en los Estados Unidos -esperando que esta nación no sólo reconociese el derecho de los pueblos al anti-gobierno, sino que ayudase a su realización- mueren. Esta nación, inclusive, presiona a los colonizadores europeos para que no abandonen sus posesiones y le sirvan de testaferros ofreciéndoles toda clase de ayuda, en lugar de ofrecerla a los pueblos que luchan por su independencia. Allí está, entre otros pueblos. Indochina,

enfrentándose y derrotando a los colonialistas franceses, los cuales son apoyados por el secretario de Estado de los Estados Unidos, John Foster Dulles, que no vacila en ofrecer atómicas para aplastar la rebeldía. Allí también, el Congo, dividido, y su líder Patricio Lumumba sacrificado para mantener el dominio belga con el apoyo estadounidense, y allí también otras zonas del África negra, el África árabe y el Medio Oriente, pueblos en los que los intereses de los Estados Unidos pugnan por mantener privilegios que antes tenían Francia e Inglaterra. Allí también, Israel, creado como cuña en el Medio Oriente para mantener el orden que había de suceder al que abandonaba la Europa occidental. La flota estadounidense, como ya lo hiciera en el Caribe en los inicios del presente siglo, se presenta amenazante ante las costas de Líbano, de Egipto y de cualquier otro lugar en que los intereses que le han sido traspasados puedan ser lesionados.

Los supuestos guardianes de la civilización se enfrentarán a cualquier intento de alterar el orden en que ésta se apoya. La intervención en este o aquel lugar, la ayuda directa, así como las armas para frenar cualquier demanda que alterase los intereses de este orden, serán justificadas con una nueva bandera, la del anticomunismo. La nación que a principios del siglo había ocupado el Caribe y Centroamérica para defender a estos pueblos del imperialismo europeo, la que se había enfrentado al nazifascismo desplazando, al triunfar, a sus mismos aliados, se preparaba ahora a ocupar las viejas colonias de la Europa occidental. Habla de defender a éstas de la intervención comunista. Jules Roy, en su historia sobre la batalla de Dien Bien Phu, al referirse a las intervenciones estadounidenses en la guerra que los indochinos libraban para sacudirse al imperialismo francés, dice: "Era el imperialismo más torpe del mundo, que disfrazaba de cruzada contra el comunismo su negativa a perder dividendos y mercados." De comunismo será calificado todo intento por frenar viejas y nuevas intervenciones. Comunistas serán los pueblos e individuos que habían venido sosteniendo banderas nacionalistas, como las de no intervención y de autodeterminación de los pueblos. Banderas que eran semejantes a las enarboladas por las naciones aliadas en su lucha contra el totalitarismo, pero que ahora resultaban totalitarias.

Sin darse cuenta, sin comprenderlo, viejos y nuevos nacionalistas se encontraban de pronto afiliados al comunismo. Los defensores de las libertades y la seguridad del mundo llamado libre

estarán presentes en todos los lugares en que se pueda plantear la posibilidad de la autodeterminación que, por serlo, pueda conducir a la adopción del comunismo. Una vez más, como el paternalista presidente McKinley, sus herederos se niegan a abandonar a los nuevos pueblos, que creían haber alcanzado su libertad, a que hagan uso del supuesto derecho de autodeterminación, ya que por falta de experiencia, por inmadurez en el uso de esa libertad, de seguro caerán en el caos y, lo que es peor, en brazos del totalitarismo comunista. Se apoyará abiertamente a quienes acuerden someterse al orden democrático, encabezado por los Estados Unidos, y se perseguirá al que quiera hacer uso de los ideales de este orden para el logro de fines no previstos en el mismo. Las guerras civiles pasan a la historia, pues en cada rebelde, en todo aquel que sostenga puntos de vista diferentes de los de los guardianes del orden, se verá un representante de fuerzas extrañas a las que es menester combatir con todas las armas. Armas y toda clase de elementos que los Estados Unidos estarán siempre dispuestos a ofrecer en defensa de la amenazada libertad dentro de su orden. Dos Chinas, dos Alemanias, dos Coreas, dos Vietnam, pero también en cada pueblo que intenta hacer suyos principios que creía universales, la irreconciliable división, la de los que se dice sirven al totalitarismo comunista y la de los que se supone aceptan el orden que les permita arribar a la libertad por la que se suponía habían luchado tantos pueblos en la guerra.

Y será en función de la guerra fría y del derecho de los Estados Unidos a hacerse cargo del orden que había dejado el imperialismo europeo, como surjan en todo el mundo multitud de aventureros enarbolando la bandera del anticomunismo, que perseguirán como simpatizantes del comunismo a quienes discrepen o pongan en duda el orden establecido y el derecho de una potencia a mantenerlo. La guerra fría pone fin a las luchas civiles; quíerase o no se está implicado en esta o aquella corriente de hegemonía mundial. Con ello se tiene ahora un magnífico pretexto para mantener privilegios nación les o intereses extra nacionales. ¡Ay del que reclame el derecho de los pueblos a elegir a sus gobernantes! El reclamo resultará ser un reclamo al servicio del comunismo. ¡Ay del que proteste contra privilegios que impiden a un pueblo dejar el subdesarrollo! Esta será una protesta detrás de la cual está oculta la subversión encaminada a destruir la democracia. ¡Ay del que proteste contra la intervención extranjera económica, social o política! Será ésta una forma de minar el único

poder capaz de enfrentarse al totalitarismo esclavizante. ¡Ay del que quiera romper sus cadenas! El simple intento será visto como reclamo de cadenas extrañas, que no podrá ser permitido. De esta forma, el viejo intervencionismo estadounidense adquiere, a nivel planetario, la buscada justificación moral que hace de la maldad, bondad, y de la esclavitud, libertad. La supuesta amenaza comunista se convierte en instrumento de justificación para mantener y extender viejos intereses, que no son precisamente aquellos por los que se suponía habían luchado tantos estadounidenses, al lado de hombres de otros pueblos, en la guerra mundial.

Por su lado, la URSS no se queda a la zaga. Si bien no intenta extenderse, una vez que ha decidido afianzarse como potencia se mantiene a la defensiva, no permitiendo que su opositor avance sobre los territorios bajo su hegemonía. Para lograr esto cuenta con la misma propaganda que los Estados Unidos hacen al comunismo entre los pueblos que desean mantener bajo su dominio. Miles de nacionalistas, en cada nación bajo la hegemonía capitalista, han sido declarados seguidores del comunismo. Claro es que el comunismo nada tiene que ver con el nacionalismo, todo lo contrario, se enfrenta a él como en Yugoslavia, pero el nacionalismo puede ser un buen instrumento puesto al servicio del comunismo por los propios Estados Unidos. Por eso, allí donde una nación trata de mantener una relativa independencia, asoma la URSS ofreciendo ayuda técnica o la que sea necesaria. Los Estados Unidos, para evitar que a través de esta ayuda se filtre el comunismo, se verán obligados, aunque sea a regañadientes, a ofrecer algo semejante. Pero en lo que se refiere al área de hegemonía soviética en el este de Europa, toda actitud independiente, toda expresión igualmente nacionalista, será vista como una maniobra del imperialismo capitalista que será menester aplastar. Allí está Berlín en 1953, Polonia y Hungría en 1956, y Checoslovaquia en 1968.

#### 34. *La guerra fría y el nacionalismo latinoamericano*

La guerra fría ofrecerá así al imperialismo estadounidense una nueva y poderosa justificación para intervenir en Latinoamérica, zona del mundo que considera coto privado de sus intereses. Esta justificación la dará, como en el resto del mundo, el anticomunismo. Los líderes del nacionalismo latinoamericano se

encontrarán, en virtud de esta justificación, situados aliado del otro contrincante en dicha guerra, la URSS y el comunismo. La búsqueda de un justo equilibrio entre el individuo y la sociedad, entre la iniciativa privada y los intereses de la comunidad, en que se basaba el nacionalismo latinoamericano para vencer el subdesarrollo, será vista como maniobra del comunismo internacional para destruir la democracia y el mundo libre. Indiscriminadamente, los nacionalistas latinoamericanos quedan englobados dentro de las fuerzas que se enfrentan a los Estados Unidos por alcanzar la hegemonía mundial. Englobados dentro de una ideología que les es ajena, pero que permite sean perseguidos como representantes de fuerzas subversivas. Fuerzas a las que será menester dominar e, inclusive, destruir. El nacionalismo será, a partir de este momento, el enemigo a vencer por las fuerzas de la libertad y la democracia, cuyas banderas enarbolan ahora dictadores, golpistas y filibusteros al servicio del ya viejo imperialismo puesto en marcha por los McKinley y los Theodore Roosevelt a principios de siglo.

Así, a la ola libertaria que surgió en Latinoamérica al triunfo de las fuerzas del llamado mundo libre sobre el totalitarismo en Europa y Asia, seguirá, de inmediato, una ola represiva, de cuartelazos y violencias, así como la aparición de nuevas dictaduras semejantes a las que parecían haber sido vencidas en la guerra. Salvo que estas dictaduras justificarán ahora la reprensión en nombre de la seguridad continental y en defensa de libertades amagadas por el comunismo, oculto bajo la máscara del nacionalismo. Los cuartelazos, el terror y las traiciones irán destruyendo las posibilidades que parecían haber abierto las revoluciones nacionalistas latinoamericanas. En octubre de 1948, en el Perú, el general Manuel A. Odría, encabeza el cuartelazo que pone fin al gobierno constitucional del Dr. J. L. Bustamante. El pretexto lo han dado los apristas, más interesados en controlar totalitariamente el poder que en realizar las reformas que habían prometido a sus electores. Ante el caos y la aparente posibilidad de que el comunismo pueda entrar en el Perú, el cuartelazo de Odría queda justificado y reconocido de inmediato por la nación que encabeza la cruzada anticomunista, los Estados Unidos. En Bolivia la oligarquía feudal y los inversionistas puestos a un lado por la revolución, logran provocar una rebelión que pone fin en 1946, al gobierno del mayor Villaroel, que es colgado en un farol de las calles de la Paz. Los ideólogos del Movimiento Nacional Revolucionario tienen que huir del país. En Chile, el presidente



Gabriel González Videla traiciona a la coalición de partidos y a los electores que le han dado el poder en 1946. Los militares brasileños expulsan en 1945 a Getulio Vargas mediante un cuartelazo. Otro golpe militar pone fin al gobierno del doctor José María Velasco Ibarra, del Ecuador, en 1947. En 1948, otro militarazo derroca al presidente constitucional de Venezuela, Rómulo Gallegos. En Cuba, Fulgencio Batista recupera el poder mediante otro golpe militar, derrocando al presidente constitucional Carlos Prío Socarrás. En Colombia, el líder liberal, que ha dado un nuevo sentido al anquilosado liberalismo, Jorge Eliécer Gaitán, es asesinado en 1948. El poder lo toman los conservadores que, con este acto, inician una era de terror indescriptible. En 1955, unida la oligarquía, los militares, el clero y otras fuerzas más, ponen fin al gobierno de Juan Domingo Perón, considerándose sus reformas, muchas de ellas demagógicas, como expresión del totalitarismo y como peligrosas puertas abiertas al comunismo. Comunismo y peronismo serán vistos como sinónimos por los guardianes del orden continental. En México, la Revolución va frenando sus impulsos reformistas y buscando la potencialización de los grupos que han de originar la burguesía que pueda hacer del país una nación industrializada. Hacia la potencialización de estas fuerzas se inclina la revolución nacionalista.

Ahora bien, el todo, el conjunto de estos cambios, cuartelazos, contrarrevoluciones, traiciones y reorientación revolucionaria, es vigilado por la nación encargada de guardar el orden en el mundo los Estados Unidos. Esta nación reconoce y aplaude cuartelazos y revueltas; presiona cualquier intento independentista y colabora con las fuerzas que están dispuestas a aceptar un modesto papel en el desarrollo total del sistema. Latinoamérica puede ser algo más que donadora de materias primas, puede ser también productora, elaboradora de las mismas, pero sólo como parte del sistema cuyo control ha de estar en la nueva metrópoli. Se dará ayuda técnica y económica a los gobiernos que acepten un limitado desarrollo dentro del desarrollo total del imperio. André Gunther Frank lo ha bautizado como "desarrollo del subdesarrollo". Lo importante será la estabilidad continental y ésta sólo la pueden ofrecer gobiernos fuertes, como los militares o como el que ha sido formado dentro de la Revolución en México.

¿Qué sucede en México? En 1946 llega al poder el primer presidente civil dentro de la Revolución, el licenciado Miguel Alemán. "Cachorro de la Revolución" le ha llamado Vicente Lombardo Toledano. A su lado están las fuerzas revolucionarias, pero de una revolución que se va institucionalizando incluso el partido en que se reúnen estas fuerzas cambia de nombre, ahora se llamará Partido Revolucionario Institucional (PRI). La Revolución, como toda revolución, acaba institucionalizándose. Al alemanismo le toca ahora dar el segundo gran paso en las metas que se ha planteado la Revolución: industrializar al país, hacer de éste una nación moderna, esto es, realizar el viejo sueño liberal. Cárdenas habrá hecho posible la realización del sueño, con las reformas sociales que especiales circunstancias le permitieron llevar a cabo con la recuperación, para la nación, de una riqueza como la del petróleo. La justicia social permitirá mayores posibilidades de realización a la iniciativa privada. Y una vez más, desde el poder, se dará el segundo gran paso, el de hacer realidad la industrialización, posibilitando al mismo tiempo la existencia de un poderoso grupo social, una auténtica burguesía, que pueda hacer por México lo que sus equivalentes hicieron por otras naciones en el mundo moderno. Pero, por supuesto, sin que este desarrollo limite las posibilidades de expansión y predominio del imperio estadounidense.

Lázaro Cárdenas, aprovechando la encrucijada histórica en que se encontró su gobierno y que ya hemos expuesto, había logrado ventajas que impedirían una acción, por parte de los intereses estadounidenses que anulase las ventajas alcanzadas por el nacionalismo mexicano, tal y como había sucedido y sucedería con otros países latinoamericanos que intentaron o intentarán una acción reivindicatoria y nacionalista como la mexicana. El cardenismo se había permitido realizar acciones que no serían ya permitidas a otros pueblos, ni en Latinoamérica ni en ninguna otra parte del mundo. El cardenismo había sido presionado, pero sin llegar esta presión a provocar una situación que resultaba imprevisible en vísperas de la guerra contra el totalitarismo. La sangrienta guerra civil que por más de diez años había diezmado a México y perjudicado multitud de intereses, era el ejemplo de algo de lo que podría volver a suceder si se desataba otra guerra civil para acabar con el gobierno de la Revolución. La presión se conformara con limitar las posibilidades de esta revolución en sus promesas de justicia social. Otra cosa sería el

desarrollo económico de México, si este país quedaba encuadrado dentro de la línea de desarrollo de los intereses del capitalismo estadounidense. Se trataba -por lo que se refiere a México- de un caso especial frente al cual no cabía ya una acción reversible. Los todavía limitados intereses, y las todavía no menos limitadas aspiraciones de la naciente burguesía mexicana, podían ser encuadrados y coincidir con las nunca satisfechas ambiciones del líder del capitalismo mundial, los Estados Unidos.

Dentro de este marco de posibilidades, México daría el nuevo paso hacia la industrialización. Las reformas sociales del cardenismo, hechas desde el gobierno, iban a permitir el mercado interno, base de toda posible industrialización. Pero, también, la organización de los trabajadores, tanto del campo como de la ciudad, realizada, igualmente, desde el gobierno, iba a permitir el control de los mismos. Una fuerza bajo control que diera la estabilidad que no podía ser alcanzada en otras partes del mundo en situación semejante. Justicia social, reivindicaciones, prestaciones, seguridad, etc., pero sólo aquellas que sirviesen al desarrollo económico del país y de la clase que lo conducía. Nada más allá de esta meta concreta.

Las reformas sociales del cardenismo, la expropiación petrolera y la guerra, habían sido el factor decisivo en el crecimiento y fortalecimiento de la burguesía nacional, orientadora de la marcha de la Revolución. Como se expuso ya, la segunda gran guerra había convertido a los Estados Unidos en gran arsenal de las tropas aliadas. Por ello, la industria de este país estaba no sólo interesada en la explotación de materias primas de países como México, sino también en la colaboración industrial de las mismas en varios renglones. Dicha colaboración permitiría, también, aliviar tensiones no recomendables en la situación de emergencia en que se encontraban las potencias llamadas libres. Se ofrecía una oportunidad para el desarrollo de estas naciones, la oportunidad que venían reclamando los grupos nacionalistas en Latinoamérica, sin tener por ello que recurrir a la violencia. Oportunidad especialmente abierta a países como México, la Argentina y Brasil, dada la especial situación en que se habían encontrado estos países en los momentos de emergencia continental y mundial. El conflicto internacional permitiría el enriquecimiento de particulares y grupos sociales que habían sabido aprovechar la oportunidad. Se prosiguieron las exportaciones, ahora ya de mercancías elaboradas, disminuyendo

las importaciones de una industria que encaminaba sus esfuerzos a los productos de guerra. Con ello se pudieron acumular fuertes cantidades de divisas y de oro que pudieron a su vez ser invertidas en nuevas industrias. El alemanismo será el heredero de esta situación en México; el heredero de las reformas cardenistas y la política de estabilización de la Revolución. Política que representó el ávilacamachismo durante el tiempo que duró la emergencia de la segunda guerra mundial.

Una vez más, desde el gobierno, se darán los pasos necesarios para estimular la, formación de lo que ya se podría llamar burguesía mexicana. Una burguesía, como el proletariado, organizada desde arriba, de origen casi estatal y creciendo bajo el amparo del gobierno, que heredaba y continuaba la Revolución. La clase que se había frustrado en el porfiriato era una realidad. Y así como dentro del régimen del general Lázaro Cárdenas se forjaron y estimularon movimientos sociales que permitieron la formación de grupos económicos capaces de permitir la absorción de los productos de la naciente industria mexicana, durante el gobierno del presidente Miguel Alemán se formará el ámbito de posibilidad de realización de las fuerzas sociales que harían posible la industrialización nacional. Hombres de Estado que eran, al mismo tiempo, hombres de empresas e inversionistas en la cada vez más pujante industria nacional. Industrialización realizada por el estímulo de los intereses que la misma estaba originando en su crecimiento. Los interesados en ella se encargaban, desde el gobierno, de su dirección, sin más compromisos que los que el desarrollo de la misma iba precisando. El principal inversionista vino a ser el propio gobierno y los hombres que se encargaban del mismo. El presupuesto nacional, sin ser gravado, permitía el estímulo de empresas privadas que devolvían con creces las inversiones originadas en éste. El mismo, lejos de angostarse, aumentaba en la medida en que se acrecentaban los intereses de los inversionistas y crecían con ello las necesidades públicas. Lo uno estimulaba lo otro haciendo posible la soñada industrialización nacional.

Pero este crecimiento implicaría a su vez la necesidad de conducirlo dentro de horizontes que trascendían los nacionales. La burguesía occidental, concretamente los intereses de los inversionistas estadounidenses, entrarían, una vez más, en conflicto con los intereses que la situación de emergencia de la guerra había originado en Latinoamérica y el mundo. Estos

intereses presionarían, una vez más, para detener el crecimiento de industrias nacionales que amenazaban limitar sus nunca satisfechas ambiciones de expansión. De la importancia que el desarrollo industrial latinoamericano alcanza al término de la segunda gran guerra nos habla Maurice Crouzet, diciendo: "México aumenta su capacidad industrial en un treinta por ciento, especialmente en la industria textil y química. Brasil desarrolla la explotación de sus recursos de hierro y bauxita; la Compañía Siderúrgica Nacional empieza a erigir el complejo siderúrgico de Volta Redonda y su producción industrial se triplica de 1940 a 1955; la de las materias primas se cuadruplica. La producción industrial, que en 1930 sólo representa una décima parte de la renta nacional, equivale en 1950 a más de la mitad: la industria algodonera, ya exportadora, utiliza la mayor parte de su algodón. De 1940 a 1943 el número de los establecimientos industriales se duplica en la República Argentina, y después de 1943, bajo la influencia de Perón, se generaliza el movimiento de industrialización." "El índice de la producción en la Argentina pasa de 100 en 1937 a 162 en 1947; a 148 en Chile y a 143 en México."

Dicho crecimiento amenazaba, como es de suponerse, el impulso que el capitalismo estadounidense había tomado al término de la guerra. Este impulso le llevaba a desplazar del continente, y de otras partes del mundo, a sus propios aliados, al imperialismo europeo. Un impulso que podía ser frenado si el vacío que dejaba el viejo imperialismo era ocupado por las fuerzas nacionales de las que fueran sus colonias. Evitar esto será la principal preocupación del imperialismo estadounidense. Por ello, en aquellos lugares en que la burguesía nacional había logrado cierto éxito, la acción estará orientada a hacer de la misma parte del *status* creado por los Estados Unidos.

Había que estimular el crecimiento y estabilización de la burguesía nacional, pero sólo como expresión concreta y limitada del crecimiento y estabilización del capitalismo estadounidense. Para ello se contaría con las limitadas ambiciones de varios de estos grupos sociales latinoamericanos, preocupados tan sólo por mantener, a toda' costa, las limitadas prerrogativas alcanzadas durante la guerra y con el temor a perderlas ante el empuje de fuerzas sociales que las mismas habían despertado al desarrollarse. Las burguesías nacionales latinoamericanas, una vez terminada su lucha contra las oligarquías terratenientes heredadas de la Colonia, se enfrentan ahora a las crecientes

demandas sociales de los trabajadores del campo y de la ciudad. Limitar estas demandas, aquellas que fuesen - más allá de los cálculos que habían hecho las burguesías nacionales para asegurar su crecimiento, será una de sus principales preocupaciones. Serán estos intereses, apoyados por los que representaba el imperialismo estadounidense, los que originen la ola represiva en Latinoamérica, tratando de frenar el estímulo a reformas sociales que pudieran volverse contra los mismos. De esta ola ya hemos hablado. Se enfrentará a gobiernos como el de Getulio Vargas en Brasil, que iba más allá de los limitados intereses de la naciente burguesía brasileña. O se enfrentará a un Perón, cuya demagogia ha dado origen a demandas sociales que no podían ser ya satisfechas sin peligro para los limitados intereses de la burguesía argentina. El uno, Vargas, y el otro, Perón, así como otros líderes nacionalistas, caerán para permitir un mejor control del desarrollo industrial de estos países por el imperio del cual tenían que seguir siendo parte.

La burguesía mexicana no será ya objeto de represiones semejantes a las sufridas por sus equivalentes en Latinoamérica, dado que la misma fue logrando el absoluto control de las fuerzas que forman la nación. Se cuida tan sólo de que ésta, al desarrollarse, no signifique un peligro para el desarrollo y estabilidad de los intereses del expansionismo económico estadounidense. La Revolución Mexicana había logrado, al parecer, el justo equilibrio de los diversos intereses de esa nación, o, al menos, el control de este equilibrio en forma tal que no representaba ya una amenaza ni para la burguesía mexicana, ni para los intereses del capitalismo de los Estados Unidos.

El capitalismo, sin embargo, no tolerará en ninguna otra parte del mundo, ni menos de Latinoamérica, soluciones como la mexicana.' La Revolución Mexicana podría ser admirada y ser, al mismo tiempo, el mejor signo de comprensión estadounidense por pueblos que, como el mexicano, habían logrado desarrollarse manteniendo la bandera de la autodeterminación, celosos siempre frente a cualquier intervención extraña. Los Estados Unidos podían convivir, en sus propias fronteras, con una nación como la mexicana. Siempre y cuando, desde luego ésta no intentase llevar su revolución a situaciones que fuesen más allá de las ya aceptadas en las circunstancias históricas en que se presentaron. Era un caso especial, el mexicano, un caso que no se iba a permitir se diese en ningún otro lugar de América latina. Impedir tal

posibilidad será una de las principales preocupaciones de los Estados Unidos. Cuartelazos, filibusterismo, cerco económico y otras medidas de violencia serán utilizadas en otros lugares cuando se intentó otra aventura como la mexicana.

### 36. Guatemala, caso ejemplar

El 1º de marzo de 1954 se reunía en la ciudad de Caracas, Venezuela, la Décima Conferencia Interamericana convocada por la OEA. Ante ella llevaría el secretario de Estado de los Estados Unidos, John Foster Dulles, una moción especial, lo que llamará "Declaración de solidaridad para la preservación de la integridad política de los Estados amenazados contra la intervención del comunismo internacional". Esta Declaración, al aprobarse por mayoría, que no ya por unanimidad, dada la abstención de Argentina y México y el voto en contra de Guatemala, permitirá a los Estados Unidos, con la bendición de la OEA y nada menos que bajo la sombra de Bolívar, invocado continuamente intervenir en cualquier país latinoamericano en el que se vislumbre la nefasta presencia del supuesto comunismo. Concretamente, de inmediato, la acción era contra Guatemala, que había puesto en marcha una revolución que recordaba en mucho a la mexicana, pero que, de realizarse, se consideró abriría la puerta al peligro comunista y, lo que era peor, dañaría intereses que no deberían ser tocados. "Los mexicanos -dice Luis Cardoza y Aragón- tuvieron la fortuna de hacer la revolución de 1910, cuando Lenin no había tomado el poder. A nosotros se nos acusó de 'comunismo' desde 1944, mucho antes aún de que existiese el partido comunista." "Los pasos que dábamos, tan tardíamente, a pesar de ser típicos de una revolución hispanoamericana, decidieron a los Estados Unidos de los republicanos Eisenhower y Foster Dulles a destruir nuestra democracia y nuestra independencia, como escarmiento para el continente." Los Estados Unidos no estaban, en esta ocasión, obligados a hacer concesiones en nombre de las banderas que habían enarbolado en la guerra. Estas no tenían ya razón de ser una vez que habían triunfado. El caso mexicano no iba a repetirse.

El comunismo representaba un buen pretexto, y era buena bandera la bandera del antitotalitarismo, para esgrimirla en esta ocasión contra el totalitarismo comunista. Bandera buena para frenar cualquier acción que perjudicase viejos intereses o intereses que se estaban creando. Otros gobiernos igualmente liberales,

como el de Rómulo Gallegos en Venezuela, habían caído con otros pretextos; allí estaba el de Getulio Vargas, acusado de nazifascista. La guerra fría permitía ya una nueva acusación, en nombre de la seguridad continental y el mundo llamado libre. La moción de Dulles ante OEA hablaba de la necesidad de fortalecer la seguridad interna de las naciones americanas para eliminar "toda amenaza de actividad subversiva que ponga en peligro la democracia y la libre forma de vida de las Repúblicas de América". Los Estados Unidos tenían ya previstas las medidas que habrían de tomar para evitar la interferencia comunista y "preservar mejor la integridad y eficacia de los derechos de la persona humana y de sus instituciones democráticas". Los Estados Unidos se harían cargo de la ejecución de estas medidas, como se habían hecho cargo, ante las Naciones Unidas, de las acciones en Corea contra la interferencia comunista en Asia. "El paso del semifeudalismo al capitalismo -dice Cardoza y Aragón-, si afecta a Wall Street, se llama comunismo." Comunismo que los intereses estadounidenses creaban para justificar intervenciones no justificables.

¿Cuál había sido el delito de Guatemala? Ese precisamente, el de tratar de vencer el subdesarrollo que habían heredado de la Colonia y en el que le habían mantenido anarquías y tiranías que alternaron sobre ella; el de enfrentarse, también, a los intereses de los viejos herederos de la Colonia y a los de los nuevos amanuenses del capitalismo. La revolución guatemalteca contra el subdesarrollo había dado principio el 20 de octubre de 1944. En esta fecha se iniciarían los que Cardoza y Aragón llamó prácticamente "años de primavera en el país de la eterna tiranía". Un civil, un maestro, el Dr. Juan José Arévalo, al triunfar la Revolución, sería llevado por la ciudadanía guatemalteca a la presidencia.

En otros lugares de esta América se estaba ya también dando este extraordinario fenómeno democrático, como expresión de que las democracias estaban venciendo e iban a vencer, definitivamente, al totalitarismo en cualquier lugar en que éste se presentase. El 11 de marzo de 1945 fue decretada la Constitución de la República de Guatemala. "El Acta de Chapultepec, la Carta de San Francisco -dice Raúl Osegueda- y la Constitución de Guatemala nacieron juntas, el mismo año. El Acta fue la rotunda afirmación de América; la Carta fue la respuesta al desafío de Hitler, Mussolini e Hiroito; la Constitución fue decisión del pueblo, porque sin ella también moría. La conexión entre guerra y ley para

América, y ley y supervivencia para nosotros, es fácil de establecer." El 17 de febrero de 1947 surgió el Código del Trabajo que daba garantías a la clase trabajadora; de inmediato, la ley del Seguro Social; el mismo año, la ley de escalafón del magisterio; y en 1950 se proyectaba la ley orgánica de la educación nacional. Se alfabetizó a los indígenas para hacerlos parte de la nueva nación; se construyeron escuelas en número nunca visto. El 15 de marzo de 1951 terminaba una primera etapa de la Revolución al concluir el mandato de Arévalo y pasar el gobierno, por voluntad nacional, al coronel Jacobo Arbenz, uno de los actores en el triunfo de la Revolución contra la vieja tiranía. "No sabría decirlo -dice el presidente Juan José Arévalo- si esto que se ha logrado en Guatemala deba llamarse democracia o cosa parecida. Los profesores de doctrina política le darán nombre. Pero si por fatalidad de hábitos conceptuales o por comodidad idiomática quiere llamársela 'democracia', pido a vosotros testimonio multitudinario de que esta democracia guatemalteca no fue hitlerista ni fue cartaginesa."

Nada tenía que ver esta democracia con la de los pueblos que se sentían destinados, por raza, a dominar sobre otros pueblos; ni con los que imponían los intereses de los inversionistas, negociantes y comerciantes, sobre los intereses de pueblos enteros. Era la democracia de pueblos que no querían para sí nada que otros pueblos no hubiesen, también, reclamado como un derecho; ni nada que no estuviesen dispuestos a reconocer como derechos propios de todos los pueblos. Esta democracia sería, de inmediato, acusada de totalitaria, de enemiga de la "democracia", de aliada del totalitarismo comunista, de poner, incluso, en peligro el triunfo que con tanto trabajo habían alcanzado los pueblos llamados libres sobre el totalitarismo.

La revolución guatemalteca, ya bajo el gobierno de Arbenz, daría un paso más en su empeño por transformar a Guatemala en una nación con plenitud de derechos, y en su empeño por incorporar a esta nación al único actor de toda democracia, al explotado trabajador del campo. Por ello se promulga el decreto 900, ley de reforma agraria, el 17 de junio de 1952. No era nada nuevo, era algo esperado, necesitado y solicitado por la misma ONU, empeñada en hacer posible un nuevo mundo al terminar la guerra, algo, inclusive, reconocido como una necesidad por los propios Estados Unidos. Pero por encima de los intereses de la democracia popular estaban siempre los intereses de la

democracia cartaginesa. México lo había hecho en un pasado todavía reciente y lo iban a tener que hacer todos los países no desarrollados, paso necesario para poder vencer el subdesarrollo y ser parte activa de una Sociedad de Naciones en la que la paz y la seguridad fuesen una realidad. Todo esto, sin embargo, estaba bien como una declaración mundial abstracta que en nada comprometía, pero no como un hecho real, concreto, que iba a afectar intereses, como los de la United Fruit Company y sus filiales.

La "Banana Republic" amenazaba convertirse en la República de Guatemala. Eso era, pura y simplemente, "comunismo". Algo que la poderosa nación de Norteamérica no iba a permitir, como paladín que era de la democracia y el anticomunismo. A su lado estarían también los intereses de la burguesía guatemalteca, que al igual que sus equivalentes en Latinoamérica, se conformaba con las propinas que le daban los intereses del capitalismo, del que ya eran líderes los Estados Unidos. Un corresponsal del *New York Times*, al denunciar el comunismo incrustado en Guatemala y aceptando inclusive la no existencia de comunistas en" el gobierno, declaraba que bastaba lo que la Revolución había hecho para mostrar su filiación comunista. ". . .hay una tendencia a perder de vista el hecho de que aún sin un solo comunista en Guatemala, la revolución que derrocó al dictador Ubico habría sostenido el actual programa que incluye un código de trabajo, seguridad social y reforma agraria, que ahora es generalmente condenado como de inspiración comunista."

La décima Conferencia Interamericana reunida en Caracas iba a dar, simplemente, el aval moral para que los Estados Unidos se deshiciesen del importuno gobierno revolucionario guatemalteco, en nombre de la seguridad continental amenazada ahora por el fantasma del comunismo patrocinado por su vieja aliada en la guerra, la URSS. Para el cumplimiento de todas las declaraciones de las naciones llamadas libres, los Estados Unidos iban a actuar como siempre habían actuado; para establecer su hegemonía sobre tierras que no podían ser abandonadas ni al imperialismo europeo ni menos aún al imperialismo soviético. Con el pretexto del comunismo se establecía como principio central el de la intervención que negaba la propia existencia de la Organización de los Estados Americanos. Ésta, negándose a sí misma, entregaba la orden de ejecución al viejo polizón de las





Américas, transformado ahora en policía mundial al servicio de los intereses del mismo polizonte.

El filibusterismo, la vieja arma, será utilizado en estas mismas tierras para acabar con la República guatemalteca. Los Estados Unidos no tenían que intervenir con sus marinos; bastaba apoyar, como lo hicieron, a los mercenarios que iniciaron la agresión. Desde el aire, aviones norteamericanos que se dijo iban piloteados por guatemaltecos, ablandaban la posible resistencia. El coronel Carlos Castillo Armas encabezó la invasión filibustera que había sido organizada en Honduras. El 25 de mayo de 1954 se daba la señal de ejecución al acusar abiertamente, el secretario Foster Dulles, al gobierno guatemalteco de comunista. Los Estados Unidos establecen de inmediato un puente aéreo con Honduras, base de la invasión, que permite pertrechar a los invasores. El 17 de junio se inicia la invasión.

En las Naciones Unidas el presidente del Consejo de Seguridad en turno, Henry Cabot Lodge Jr., descendiente del que a principios de siglo hablaba de que en esta América no debería haber sino una bandera y un país, los Estados Unidos, y futuro trágico embajador de Estados Unidos en Vietnam, se negará a aceptar el reclamo guatemalteco contra la agresión e invasión previstas formalmente por la ONU. El puente aéreo y los bombardeos fueron dominando toda resistencia. La traición interna de los militares y la burguesía timorata darán la puntilla a la Revolución Guatemalteca. El 27 de junio por la tarde, el presidente constitucional coronel Jacobo Arbenz renunciaba al cargo para el cual había sido elegido. La agencia noticiosa AP, anunciaría el 3 de julio desde Guatemala: "Después de haberse reunido en San Salvador, Monzón y Castillo Armas entraron en esta ciudad en un avión de la fuerza aérea norteamericana, acompañados del embajador [de los EE. UU.] Peurifoy."

La Revolución Guatemalteca, iniciada el 20 de octubre de 1944, en los momentos en que la marea de la guerra se inclinaba hacia el triunfo de las fuerzas democráticas en el mundo, terminaba el 27 de junio de 1954, al surgir de esa supuesta victoria un nuevo y poderoso imperio que no estaba dispuesto a concesión alguna que lesionase sus intereses. El aplastamiento de la Revolución Guatemalteca deberá ser un ejemplo de lo que podría suceder a los pueblos que tomasen muy en serio banderas e ideales por los que se suponía había luchado el mundo en la segunda gran

guerra. Un ejemplo, pero también un caso ejemplar para otras revoluciones que, en Latinoamérica, iban, pese a todo, a expresarse. Un ejemplo de cómo habría que enfrentarse al poderoso enemigo, para que los pueblos pudiesen, por encima de los obstáculos, alcanzar las metas de desarrollo económico, político, social y cultural a que tienen derecho todos los pueblos. Poco tiempo después, muy poco tiempo, en otro lugar de esta sufrida América latina, en la isla de Cuba, daría inicio otra revolución. Una revolución que tomaría bien en cuenta la experiencia guatemalteca y lucharía para no seguir su suerte.

## Capítulo 8

### LA REVOLUCIÓN CUBANA Y SUS CONSECUENCIAS

#### 37. Otra vez la marea libertaria

En mayo de 1954, los guerrilleros nacionalistas de Vietnam vencían al imperio francés en Dien Bien Phu. Vanos habían sido los esfuerzos de los Estados Unidos, incluyendo la oferta de ayuda con atómicas, para que Francia no dejase un "vacío de poder" en esa zona. Al no logrado, los Estados Unidos de Foster Dulles, el mismo verdugo de Guatemala, ocuparían el lugar abandonado por Francia, como estaban ocupando otros vacíos en varias regiones del mundo. La lucha sería ahora entre esta nación, los patriotas vietnamitas y los indochinos en general. El viejo imperialismo tenía que ser substituido simplemente por el neoimperialismo representado por la nación que había alcanzado su mayor desarrollo con la victoria aliada en la guerra. El neoimperialismo acepta y reconoce al nacionalismo que se conforme con una relativa independencia política, y con ayudas limitadas para su no menos limitado desarrollo. Apoya el nacionalismo conservador, el que cuida de no tocar los sacros intereses del imperio. La economía de las nuevas naciones, como la de las antiguas metrópolis coloniales, deberá girar en torno a los intereses del imperio estadounidense. Un nacionalismo que desde luego no puede satisfacer a los grupos sociales que están surgiendo y buscan su desarrollo en Asia, África, Oceanía y Latinoamérica. Grupos de intereses que no participan, inclusive, del reparto de migajas que se ofrece a la burguesía conservadora y que se conforma con que las mismas no le sean arrebatadas.

¡El colonialismo ha muerto! ¡Viva el neocolonialismo! Poco ha cambiado la situación de los pueblos en Asia, África, Oceanía y Latinoamérica después de la guerra. Salvo una cosa, el hecho de que ahora estos pueblos tienen conciencia de lo que debían esperar, por sus sacrificios, en el logro de una prosperidad que no es la suya. Las banderas enarboladas durante la guerra para convencer a los hombres libres, o que querían serlo, de la necesidad de sacrificarse, no habían sido vanas. No habían cambiado la situación, pero habían creado la conciencia sobre la necesidad de este cambio. La inconformidad, lejos de disminuir, se acentúa. Y con ella, las maniobras encaminadas a someterla en nombre de la seguridad, la libertad y el anticomunismo. Los nacionalistas de todo el mundo, salvo los que aceptaban la

situación que les asignaba el nuevo imperio, se encontrarán, decíamos, acusados de comunistas. Nacionalistas que, inclusive, no tenían en sus planes un cambio de hegemonía.

Aclarar esta situación, ponerla en abierta evidencia, sería la preocupación de los organizadores de la conferencia de Bandung, celebrada en esta ciudad Indonesia, en abril de 1955. Allí se encontrarían los nacionalistas que luchaban por obtener el desarrollo de sus naciones, lograr su máximo posible, frente a los que tímidamente se conformaban con un pequeño lugar en el imperio. Allí estaba, entre otros, el representante de China, Chu En Lai, más cercano a estos países en sus esfuerzos por vencer el subdesarrollo, que con la pujante nueva potencia socialista que había surgido de la guerra, la actual URSS, que disputaba a los Estados Unidos la hegemonía mundial. Sería éste el inicio de una nueva aventura anticolonial, libertaria, difícilmente sostenible. Nada querían estos pueblos de hegemonías, de subordinaciones, lo mismo fueran capitalistas que socialistas. Buscaban combinar las ventajas de las dos corrientes, sin subordinarse a ninguna de ellas. Se llamarán a sí mismos países no comprometidos, miembros del Tercer Mundo.

Entre los líderes de este Tercer Mundo se encontrarán Nehru de la India, Sukarno de Indonesia, Nasser del mundo árabe, Nkruma de Ghana, Sekuturú de Guinea, y otros muchos. No estarán presentes los latinoamericanos, demasiado cerca del imperio para enojarlo en forma irremediable; pero también demasiado pagados de sí mismos debido a su supuesta pertenencia a la llamada cultura occidental. Pertenencia y herencia que eran, también, de los asiáticos y africanos. Ya que era en nombre de esta cultura como estos pueblos hacían reclamos y planteaban exigencias. Por ella sabían de la demanda de inviolabilidad de los derechos humanos, así como del derecho de todos los pueblos a la autodeterminación, pese a que estos principios sólo eran observados entre sus creadores, sólo en beneficio de éstos. El comunicado final de la reunión contenía diez puntos, entre los cuales se encontraban principios sostenidos una y otra vez por los aliados en su guerra contra el Eje. Entre otros principios se afirmarían los siguientes: "1) Respeto de los derechos humanos fundamentales, conforme a los fines y a los principios de la carta de las Naciones Unidas; 2) Respeto de la soberanía y de la integridad territorial de las naciones; 3) Reconocimiento de la igualdad de todas las razas y de la igualdad de todas las

naciones, pequeñas y grandes; 4) No intervención y no ingerencia en los asuntos, internos de otros países; 5) Respeto del derecho de cada nación a defenderse individual y colectivamente conforme a la Carta de las Naciones Unidas. . ."

Los latinoamericanos, por su lado, seguirán insistiendo en la línea nacionalista independiente. La guerra fría y su interpretación represiva no impiden una nueva marea a favor de esa línea. Perón, en la Argentina, ha sido eliminado en 1955 por los militares y la vieja oligarquía. Sin embargo, la "revolución libertadora" que amenazaba anular las concesiones del peronismo a la clase trabajadora y a la línea nacionalista, se ve obligada a realizar elecciones. ¿De qué otra manera esta revolución iba a mostrar que era defensora de la democracia y la libertad contra el totalitarismo peronista? Perón ha pasado al destierro, no así el peronismo, que exige el cumplimiento de fórmulas que, en muchas ocasiones, fueron simplemente enarboladas como demagogia. Los mismos militares en el poder muestran signos de que están dispuestos a hacer realidad lo que había sido simple demagogia. Pese a ello se habla del peronismo sin Perón, así como de la imposibilidad de volver a un pasado que era ya eso, pasado. El radicalismo, que desapareció políticamente con Irigoyen, vuelve a la vida política argentina; pero con un agregado, el de intransigente, ahora bajo la dirección del que sería su candidato a la presidencia de la República, Arturo Frondizi. El partido tiene, entre sus metas, el hacer realidad muchos de los que fueran simples programas de la demagogia oportunista de Perón. Programas de reivindicaciones y de concesiones sociales. Frondizi se lanza como candidato. Se dice que la oligarquía y los militares no reconocerán su triunfo, un triunfo que se considera seguro. Frondizi cuenta con el entusiasmo y los votos del peronismo sin Perón. Es más, le llaman "Perón democrático". Se realizan las elecciones en 1958 y triunfa Frondizi, al que, pese a todos los rumores, entregan el poder los militares.

En el Brasil, Vargas se ha suicidado en 1954; pero la oligarquía y los militares se ven, también, obligados a convocar a elecciones, triunfando en las mismas, en 1956, Juscelino Kubitschek, político hábil, moderado seguidor de Vargas, dispuesto a conciliar la herencia varguista con los intereses de la cada vez más poderosa burguesía brasileña, ligados a los intereses de los inversionistas estadounidenses. En 1961 sube al poder, también por la vía electoral, Janio Quadros, cuya política parece ser

contraria a la línea de Vargas y sus herederos, pero que ya en los mismos inicios de su gobierno amenaza convertirse en un nuevo y acaso más acelerado Getulio Vargas.

En 1958, una revolución popular que se inicia en la ciudad de Caracas, pone fin al gobierno militarista que había derrocado al gobierno constitucional de Rómulo Gallegos en 1948. El teniente coronel Marcos Pérez Jiménez se ve obligado a renunciar y a huir del país. El 7 de diciembre de 1958 es electo presidente de la República Rómulo Betancourt. En Colombia, la ola represiva, bajo la presidencia del líder del extremismo conservador, Laureano Gómez, que llega al poder en 1950, llena de sangre y terror al país, después del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán cometido en 1948. La violencia lleva al caos a la nación; la solución para evitar este caos la daría un golpe militar el 13 de junio de 1953, fecha con la que se inicia la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla. Pero el 10 de mayo de 1957, el pueblo, cansado de violencias y dictaduras, pone fin a la dictadura militar entregando el poder a una coalición conservadora-liberal *que* si no es la mejor solución, sí resulta ser la más adecuada en esa situación. Vuelven al poder los representantes de las viejas oligarquías, sólo que ahora se encontrarán presionados por un pueblo que exige reformas nacionalistas y sociales.

En julio de 1956, en el Perú, otro dictador militar y golpista, tomando conciencia de la marea liberadora, se adelanta a ella convocando a elecciones y se dispone a dejar el poder. Triunfa en las elecciones el APRA, ahora confabulado con la vieja oligarquía peruana que apoya a Manuel Prado, antiguo enemigo y perseguidor del aprismo. La demagogia nacionalista y socialista del APRA, ligada ahora a los viejos intereses de la oligarquía peruana, tropieza, sin embargo, con un movimiento que sigue la línea política del aprismo, basada en doctrinas políticas y sociales que habían significado en el pasado una esperanza para el Perú. Se trata del partido Acción Popular, dirigido por el arquitecto Fernando Belaúnde Terry, de origen oligárquico, pero dispuesto a realizar cambios sociales. Triunfa Prado. En 1962 nuevas elecciones en que compite también el APRA, en coalición con la oligarquía y teniendo como candidato a su líder Víctor Raúl Haya de la Torre, el viejo dictador general Odría y, una vez más, Fernando Belaúnde por Acción Popular. La oligarquía se dispone a entregar el poder a Haya de la Torre, manipulando las elecciones. Los militares, viejos enemigos del APRA, lo impiden con un golpe. En 1963 los

militares, ya en el poder, convocan a nuevas elecciones y en ellas triunfa Fernando Belaúnde y su partido, que enarbola banderas nacionalistas y sociales.

La marea llega, también, a Centroamérica, caliente aun el sacrificio de la Revolución Guatemalteca. En 1956 cae Somoza, ajusticiado en Nicaragua, el verdugo del patriota Sandino y testaferro de la United Fruit. El poder queda en manos de sus herederos, pero esto no impide el despertar de pueblos que parecían condenados a ser simples instrumentos de intereses que les eran extraños. En 1957 corre igual suerte el filibustero que utilizaran los Estados Unidos para degollar la Revolución Guatemalteca, el coronel Carlos Castillo Armas.

En 1952, el Movimiento Nacional Revolucionario en Bolivia, vuelve al poder derrotando a la oligarquía del estaño y sus protectores. Las elecciones que se celebran dan el poder al líder del partido, Víctor Paz Estensoro. En 1956, triunfa otro miembro del mismo partido, Hernando Siles Zuazo, y en 1960, nuevamente Paz Estensoro. Todo esto permite la realización de una serie de reformas sociales y de acciones como la nacionalización del estaño. Entre estas reformas se encuentran la agraria y la organización de los trabajadores de las minas. De la fuerza de éstas tendría que depender el futuro de la revolución boliviana.

La marea se extiende a otros lugares de Latinoamérica, volviendo al poder líderes como el Dr. J. M. Velasco Ibarra en el Ecuador, que triunfa en las elecciones con un programa de reformas sociales y posturas nacionalistas. En México, en 1958, el gobierno quedaba ahora bajo la presidencia del licenciado Adolfo López Mateos, que trata de conciliar la orientación del cardenismo, nacionalista y de reformas sociales, con la del alemanismo, que ha originado la aparición de la burguesía mexicana. Se busca, también, la relación con pueblos, hasta ayer lejanos, en Asia y África, pues se tiene conciencia de que el desarrollo de la industrialización nacional dependerá de la existencia de mercados, para los que no bastan los nacionales. Mercados entre pueblos en situación semejante a la mexicana.

Todos estos movimientos, salvo el cubano que se inició en diciembre de 1958, actuaron siempre de acuerdo con las limitaciones que les imponía el imperio. Como ejemplo de lo que no debía hacerse estaba el caso guatemalteco. México podría

mantener como caso especial una línea de acción relativamente independiente, ya que un voto en contra del sistema creado en la organización que mantenía el orden en Latinoamérica, la OEA, no importaba mucho y daba la impresión de que los gobiernos latinoamericanos gozaban de autonomía. Frondizi de la Argentina y Betancourt de Venezuela maniobrarán para mantenerse en el poder, antes de poder iniciar cualquiera de las reformas, que se esperaba de ellos. Belaúnde, por su lado, buscará componendas con la oligarquía peruana dejando igualmente en mora, reformas que había prometido realizar en un plazo, mínimo de tiempo. Paz Estensoro y Quadros sabrían pronto de la fuerza creada para dominar toda reforma, el gorilismo militar, que alcanzaría al mismo Frondizi ante un gesto de independencia. Cuba, por el contrario, tratará de llevar a sus últimas consecuencias la revolución que ha iniciado. En ello se jugará el todo por el todo. Sabía de la experiencia guatemalteca y procuraba no caer víctima de la presión imperialista.

### 38. Cuba, la revolución nacionalista

¿A qué aspiraba la Revolución Cubana en sus inicios? A lo que había aspirado la frustrada Revolución Guatemalteca en 1944, la Revolución Mexicana desde 1910, a las mismas metas que se estaban planteando en el resto de América latina la totalidad de sus pueblos. Las mismas banderas enarboladas por los aliados del mundo libre durante la guerra: las que se recitaban en la Carta de las Naciones Unidas y en todas las organizaciones internacionales que surgieron después de esta guerra, para evitar su repetición, según se decía. Como siempre, nada había que no hubiesen reclamado para sí los pueblos que originaron, al desarrollarse, los imperios de la Europa occidental y el nuevo imperio, los Estados Unidos. La Revolución Cubana, en sus inicios, aspira a ser parte de este mundo liberal, capitalista, pero no subordinada, secundaria, inferior. Pretenderá ser parte de este mundo, pero parte activa, nación entre naciones, venciendo el subdesarrollo y con él la situación de subordinación a que había sido sometida, al pasar, simplemente, del colonialismo español al colonialismo estadounidense. Quería este cambio con todas sus fuerzas. Un cambio que sus líderes estaban dispuestos a realizar o morir en el intento. "Revolución o muerte." Decisión tajante ante la incapacidad del imperialismo para aceptar algo, por mínimo que fuese, que lesionase sus intereses. Esta misma decisión llevará a la

Revolución por caminos distintos de los del nacionalismo liberal, democrático, inútilmente buscado por otros países en Latinoamérica y el mundo.

En diciembre de 1956, un grupo de rebeldes encabezados por Fidel Castro, desembarcaba en la provincia de Oriente. Formaban el grupo 82 revolucionarios, entre los cuales se encontraba el argentino Ernesto Guevara, que pronto sería mundialmente conocido simplemente como el Che. Fulgencio Batista, que se había hecho del poder mediante un golpe militar y se mantenía en él desde 1954 por el terror, dispersará a los rebeldes, que se refugiarán en la Sierra Maestra. Batista aumentará la represión para evitar que los rebeldes encuentren seguidores. Desde la Sierra Maestra, Fidel Castro y los restos de la expedición mantuvieron el acoso al dictador. Poco a poco aumentaron los reclutas, inclusive extranjeros. La prensa internacional ayudará al éxito del rebelde y su creciente compañía.

Un héroe que el alma tierna de los estadounidenses empezó a ver con simpatía frente a la violencia y terror que el dictador Batista imponía en la isla para evitar fuese alterada su tiranía. Un grupo de revolucionarios más, se pensó, que, como otros muchos revolucionarios, tendría que entrar en arreglos con los intereses estadounidenses a cambio de concesiones que diesen la imagen de una nación supuestamente democrática y libre. Ya otros revolucionarios en Latinoamérica habían buscado y estaban buscando esta conciliación de intereses con los del sistema creado por el imperio. Los reformadores, en cualquier lugar de Latinoamérica, sabían ya lo que sucedía a los persistentes. Pero no iba a ser éste el caso de Fidel y sus seguidores.

Ernesto Che Guevara habla de la imagen que estos intereses se formaron de los revolucionarios y de su origen, diciendo: "Nosotros no fuimos demasiado malos para la prensa continental por dos causas: la primera, porque Fidel Castro es un extraordinario político, que nunca mostró sus intenciones más allá de ciertos límites y supo conquistarse la admiración de reporteros de grandes empresas que simpatizaban con él y utilizaban el camino fácil de la crónica de tipo sensacional; la otra, simplemente porque los norteamericanos, que son los grandes constructores de *tests* y raseros para medido todo, aplicaron uno de sus raseros, sacaron su puntuación y lo encasillaron." Era el rasero tomado de otros muchos líderes latinoamericanos que hablaban a sus pueblos

de una cosa y hacían otra; que señalaban una fecha para el cumplimiento de esta o aquella reforma y la dejaban en el olvido. Se pensó que Fidel y sus seguidores harían, simplemente, lo mismo. Y lo harían a cambio del apoyo económico y político que les permitiese estabilizar sus gobiernos. "Según sus hojas de testificación -sigue diciendo el Che-, donde decía 'nacionalizaremos los servicios públicos', debería leerse 'evitaremos que esto suceda si recibimos un razonable apoyo'; donde decía 'liquidaremos el latifundio', deberá decirse 'utilizaremos el latifundio como una buena base para sacar dinero para nuestra campaña política o para nuestro bolsillo' y así sucesivamente." Así había sido con otros muchos proyectos revolucionarios, así tenía que volver a ser con la revolución que se había iniciado. A la delicada opinión pública estadounidense molestaba la presencia de un dictador cuyas crueldades eran ya inocultables. Era menester un nuevo aire, nuevas palabras, nueva demagogia que permitiese mantener el *status* de intereses que no debería ser objetado. Los jóvenes que ahora bajaban de Sierra Maestra darían este nuevo aire a la situación cubana.

La opinión pública estadounidense estaba con estos bravos muchachos. Será esta opinión la que origine el que los Estados Unidos corten a Batista el permiso para seguir comprando armas. En diciembre de 1958, Castro, ya con un ejército de guerrilleros, se enfrentó abiertamente al dictador. 1º de enero de 1959 Fulgencio Batista se refugia en Santo Domingo. Castro asume la jefatura del nuevo ejército, siendo recibido con delirio en La Habana. "La revolución libertadora" triunfaba; pero no se trata, dice el Che Guevara a Ernesto Sábato, de una revolución libertadora semejante a la que había depuesto a Perón, para hacer prevalecer los lastimados intereses de la oligarquía. Estos jóvenes habían aprendido mucho en los años de guerrilla, así como de la experiencia guatemalteca, que varios de ellos y el Che, habían vivido de cerca; y también la experiencia de la Revolución Mexicana, la experiencia del cardenismo. Todo ello influiría en estos jóvenes de origen burgués; jóvenes 'él los que el contacto con el pueblo va a conducir por otros caminos. "... esta revolución es así -dice el Che Guevara- porque caminó mucho más rápido que su ideología anterior". Más rápido que sus líderes, a los que contagió. "Al fin y al cabo, Fidel Castro era un aspirante a diputado por un partido burgués, tan burgués y tan respetable como podía ser el partido Radical en la Argentina. . . y nosotros, que lo seguíamos, éramos un grupo de hombres con propia preparación



política solamente, una carga de buena voluntad y una ingénita honradez." "La guerra nos revolucionó. No hay experiencia más profunda para un revolucionario, que el acto de la guerra." En la guerra aprendieron lo que es luchar a muerte por algo. Aprendieron que los hombres del campo, entre otros, querían algo, pero algo en serio. No morirían por promesas sino por realizaciones. ". . .comprendimos que el ansia del campesino por la tierra era el más fuerte estímulo de lucha que podía encontrar en Cuba". "Así nació esta revolución, así se fueron creando sus consignas y así se fue, poco a poco, teorizando sobre hechos para crear una ideología que venía a la "zaga de los acontecimientos."

Por ello, una revolución que no tocara intereses creados iba a ser imposible. Sin embargo, era esto lo que esperaba la opinión pública estadounidense, que había mostrado su simpatía por los revolucionarios cubanos. La todavía viva experiencia de Guatemala mostraba que no se iba a permitir ningún cambio sustancial. Las circunstancias que habían permitido el gran jalón revolucionario de México no se presentaban ahora. Los revolucionarios cubanos hablaban de una cierta manera, era una forma de atraer al pueblo; pero tendrían que actuar de otra al llegar al poder. "Nunca les pasó por la cabeza -dice el Che- que lo que Fidel Castro y nuestro movimiento dijeron tan ingenua y drásticamente fuera la verdad de lo que pensábamos hacer; constituimos por ello la gran estafa de este medio siglo; dijimos la verdad aparentando tergiversarla." Los intereses creados esperaban que cuando se hablaba de reforma agraria, se hablaba de ella para no realizarla. Esto era lo derecho, lo recto, lo real en un mundo en que los intereses creados tienen la última palabra. Por ello hablar de reforma agraria y realizarla implicaba un engaño, una traición al *establishment*. Igualmente, cuando se habló de recuperar para la nación cubana lo que era de la nación cubana; cuando se habló de justicia social, democracia y de tantos otros viejos sueños, y cuando también se luchó para hacerlos posibles. Todo esto era una traición, una traición gritada, pero no tomada en serio por quienes se consideran traicionados. "Eisenhower -sigue diciendo Ernesto Che Guevara- dice que traicionamos nuestros principios; es parte de su verdad; traicionamos la imagen que ellos se hicieron de nosotros, como en el cuento del pastorcito mentiroso, pero al revés, y tampoco se nos creyó. Así estamos ahora, hablando un lenguaje que es también nuevo, porque seguimos caminando mucho más rápido de lo que podemos pensar y estructurar nuestro pensamiento."

¿Qué pedía y pide este pueblo que pudiera ser considerado una traición? Nada que no hubiesen ya pedido nuestros pueblos, los pueblos de esta América latina, a través de una amarga historia. Pueblos que en el siglo XIX escapaban a una dependencia, pero para caer, de inmediato, en otra. Pueblos que luchan contra los rescoldos de la vieja dependencia y contra la nueva; pueblos en lucha contra las fuerzas que impiden el desarrollo de Latinoamérica y su afán por llegar a ser un conjunto de naciones soberanas en el mundo. Naciones semejantes a otras muchas que se les presentaban como modelos, pero impidiéndoles su realización. Esto era lo que pedían estos pueblos. Fue ésta la lucha del siglo XIX, y lo es la del siglo XX, ahora contra una potencia que en su crecimiento impide el desarrollo de otras naciones. Los revolucionarios latinoamericanos del siglo XX no pretenden sino realizar lo que fueron románticos sueños de los revolucionarios del siglo XIX. En Cuba, Fidel Castro afirma recoger los sueños de José Martí, siempre vivo en sus palabras y acción, para hacerlos realidad. A una independencia debe seguir otra más, ahora frente al contubernio entre los viejos intereses heredados de la vieja colonia y los del nuevo imperio. El 26 de julio de 1953, el mismo Fidel Castro había ya intentado llevar la revolución a su pueblo, atacando el cuartel Moncada con un grupo de revolucionarios.

Apresado y acusado de ser el agente intelectual de ese intento revolucionario contestó: "Nadie debe preocuparse de que lo acusen de agente intelectual de la revolución, porque el único responsable intelectual de ella es José Martí."

Llevado ante un tribunal de urgencia por su fracasado intento revolucionario, ello, de octubre de 1953, en su autodefensa, conocida con el título de *La Historia me absolverá*, hace una descripción de los males que sufre el pueblo cubano y de la necesidad de ponerles fin, señalando las metas que han de ser alcanzadas para ello, las metas de una revolución triunfante.

Habla de seis leyes revolucionarias que deben, de inmediato, ser proclamadas por esa revolución, que el propio Fidel resume en las siguientes palabras: "El problema de la tierra, el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, el IV problema del desempleo, el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo; he aquí concretados los seis

puntos a cuya solución se hubieran encaminado resueltamente nuestros esfuerzos junto con la conquista de las libertades públicas y la democracia política." En favor de estas banderas, en contra de quienes impiden su realización, en contra de la corrupción, la violencia y el terror, se alza la voz de los revolucionarios cubanos. Era la misma voz que antes había hablado en el nombre de Martí. Los viejos problemas que aún siguen vivos, y por lo que los revolucionarios del siglo XX insisten en las demandas de los revolucionarios del siglo XIX. "Martí —dice también el Che Guevara— fue el mentor directo de nuestra revolución, el hombre a cuya palabra había que recurrir siempre para dar interpretación justa de los fenómenos históricos que estábamos viviendo."

### 39. *La guerra fría y la Revolución Cubana*

Nada quería la Revolución Cubana que no hubiera querido la Revolución Guatemalteca de 1944, la Mexicana en 1910 y la misma Estadounidense en 1776. Los revolucionarios del siglo XX seguían insistiendo en las demandas de los revolucionarios del siglo XIX. Sin embargo, una vez más, se iba a encontrar la justificación para frenar una revolución que lesionaba los intereses de los nuevos colonialistas, de los herederos de los revolucionarios de 1776; los que a la posibilidad de realización de los sueños de Martí, al desplazar la colonización española, imponían la propia. La colonización que no debía terminar, sino simplemente cambiar de señor. La acusación y justificación para impedir el nuevo intento, será la denuncia de moda: el comunismo. La misma acusación hecha ya a Guatemala, el pretexto con el cual victimaron su revolución. Esta había sido La Revolución Cubana y sus consecuencias también la acusación hecha al gobierno mexicano de Cárdenas salvo que la inminencia de la guerra impidió que se transformase en guillotina. Los interesados seguidores de la hazaña revolucionaria de Castro y sus guerrilleros, no aplauden más, una vez que se dan cuenta de que estos revolucionarios hablaban en serio cuando hacían promesas a su pueblo. No se trataba ya de simples maniobras políticas para tomar el poder, sino de acciones encaminadas a dar a su pueblo la posibilidad de transformarse, de abandonar la situación de miseria, de subdesarrollo. Un engaño, sí, pero para quienes esperaban otra cosa, aunque nunca esa cosa hubiese sido ofrecida, y ni tan siquiera pronunciada.

Entre lo que Fidel, como líder de la Revolución, había ofrecido a su pueblo -ya en la denuncia hecha de los crímenes de Batista en 1953, a los que siguieron otras muchas atrocidades- estaba la pronta justicia sobre quienes habían ordenado y realizado tales crímenes. La justicia será la primera promesa que se cumpla, al someterse a juicio sumario a varios de estos criminales, que fueron de inmediato ejecutados como criminales de derecho común. La prensa internacional, que no había protestado contra los crímenes del régimen de Batista, que llegaron a 20,000 víctimas inocentes, se alzarán ahora airada contra el ajusticiamiento de quienes inmolaron a estas víctimas. Fidel, para calmar el enojo de la opinión pública estadounidense, ofrece juicios públicos, a los que se invita a trescientos periodistas estadounidenses. Ellos serán los mejores testigos de los crímenes cometidos y de la justicia que será necesario impartir para que no se repitan tales crímenes. Esta medida agrava la situación, ya que falta el formalismo jurídico y el pueblo está demasiado adolorido para no exigir el "paredón" a todos los inculpadados. La prensa, además, tiene ya una nueva noticia para cambiar la atención pública que antes había simpatizado con los jóvenes guerrilleros mientras estaban en la sierra. Las estrellas de las nuevas noticias son ahora los verdugos ajusticiados por la exigencia de un pueblo que no puede y no quiere olvidar lo que ha sufrido. Y detrás de la nota sentimental de estas noticias, la del peligro que para la humanidad y la América representan esos crueles hombres ya en el poder. Hombres que fríamente tratan de implantar algo que repudia la América entera, el comunismo. ¡Había que salvar a la isla de este tremendo enemigo! ¡Había que salvarla de una dictadura que se perfila como comunista! Los Estados Unidos no podían tolerar que el comunismo se instalase en la antesala de su territorio. Ya no son sólo los fusilamientos, sino los mismos programas sociales, económicos y políticos que se están proponiendo y realizando, entre ellos la reforma agraria, los que señalan el grave peligro. ¡Parece que Latinoamérica no escarmienta!

En abril de 1959 Fidel Castro va a los Estados Unidos, en donde trata de hacer comprender la Revolución. Una revolución que no es sino la realización de viejos sueños. Sueños que son ya centenarios y que surgieron mucho tiempo antes de que hubiese surgido el comunismo como poder; mucho tiempo antes de que la URSS se transformase en una de las dos grandes potencias del mundo, y mucho tiempo antes, por supuesto, de que se iniciase la guerra fría. "Espero -dice Fidel- que el pueblo de los Estados

Unidos comprenda mejor al pueblo de Cuba, y espero comprender mejor al pueblo de los Estados Unidos." "¿Por qué se preocupan por los comunistas? No hay comunistas en mi gobierno." "No estoy de acuerdo con el comunismo. Somos una democracia. Estamos contra toda forma de dictadura. . . , por eso estamos contra el comunismo." En algo semejante ya habían insistido, aunque en vano, los revolucionarios guatemaltecos en 1954. "Entre las dos ideologías o posiciones políticas y económicas que dividen al mundo

-dice Fidel a sus oyentes estadounidenses-, tenemos una posición que nos es propia. La hemos llamado *humanista* en razón de sus métodos humanos, porque queremos librar al hombre de los temores, las consignas y los dogmas." "El terrible problema del mundo es estar colocado ante la elección entre el capitalismo, que mata de hambre a los pueblos, y el comunismo, que resuelve los problemas económicos, pero suprime las libertades que son caras al hombre." Humanismo, justicialismo, libertad y justicia social son las diversas expresiones de una sola preocupación latinoamericana que resuenan también en las palabras de Fidel Castro. Castro era un revolucionario latinoamericano más, incomprendido, inclusive, por los hombres del partido comunista cubano y el de Moscú.

El 22 de abril de 1959, en el Central Park de Nueva York Fidel Castro insiste en definir su revolución: "Nuestra revolución - dice- practica el principio democrático por una democracia humanista. Humanismo quiere decir que para satisfacer las necesidades materiales del hombre no hay que sacrificar los anhelos más caros del hombre, que son sus libertades; y que las libertades más esenciales del hombre nada significan si no son satisfechas también las necesidades materiales de los hombres. . . No democracia teórica, sino democracia real; derechos humanos con .satisfacción de las necesidades del hombre, porque sobre el hambre y la miseria se podrá erigir una oligarquía, pero jamás una verdadera democracia. . . Somos demócratas en todo el sentido de la palabra. . . Ni pan sin libertad, ni libertades sin pan; ni dictaduras del hombre, ni dictadura de castas. . . Libertades con pan, sin terror." ¿Es verdad esto?, se preguntan algunos hombres de buena fe en los Estados Unidos. El mejor signo de ello es la acción encaminada por la Revolución Cubana para realizar la reforma agraria. La reforma agraria, sin la cual pueblos como los latinoamericanos y de otras partes del mundo subdesarrollado, no podrán nunca alcanzar progreso alguno. Era ésta una vieja aspiración latinoamericana que se repetía ahora en la Revolución

Cubana. Fidel era, pura y simplemente, un revolucionario latinoamericano. Pero no lo será, no podrá serlo, para quienes orientan la opinión en los Estados Unidos, para los dueños de los poderosos instrumentos de difusión puestos al servicio de los intereses que se consideran amenazados por esta revolución, como antes lo fueron por la mexicana, la guatemalteca, la varguista, la peronista, o por cualquier otro intento de independencia. Para ellos, Castro y sus seguidores son comunistas que se preparan a entregar la isla a la URSS. La guerra fría está presente y Cuba, con su Revolución, es solo un peón en esta guerra. Un peón al que habrá que eliminar de inmediato.

El general Lázaro Cárdenas, solidarizándose con la Revolución Cubana, asiste a una gran concentración en La Habana, la cual tiene como fin apoyar la reforma agraria propuesta por el gobierno revolucionario. El viejo líder de la Revolución Mexicana, al hablar en la concentración que se llevó a cabo el 26 de julio de 1960, recuerda la experiencia mexicana y cómo fue combatida por intereses extraños a la nación. A nosotros, dice Cárdenas, también nos llamaron desquiciadores del orden, destructores del orden nacional y enemigos de la civilización, así como nos acusaron de estar al servicio de gobiernos extranjeros. "La reforma agraria de México recibió los más candentes denuestos de los enemigos de la lucha antifeudal." Ahora se repetía la historia, como antes frente a los esfuerzos de otros pueblos por salir del subdesarrollo. La guerra fría servía, con creces, a los enemigos de la revolución en, Latinoamérica. Así fue en Guatemala, así será ahora en Cuba. "Los países coloniales - agrega-, así como aquellos que han alcanzado autonomía política, pero que son todavía económicamente débiles, resisten el peso de grandes problemas, pero es ,general el deseo de resolverlos: sólo que cada vez que intenta dar pasos por el camino de su liberación política o económica, se les acusa de participar en la guerra fría. Se pretende así, con el escudo de la actual tensión internacional que sufre el mundo, ocultar el sentido verdadero de la lucha popular en favor de la libertad y de mejores condiciones de vida." "Va siendo corriente que cada vez que se reclama respeto a los derechos esenciales del ciudadano o se pide mejoramiento de las condiciones de vida, se acuse a quienes lo hacen de servir al bando contrario a los Estados Unidos dentro del curso de la guerra fría."

Pero el régimen revolucionario, lejos de frenar su ímpetu ante la violencia" de las acusaciones, lo va acelerando. A una acción para presionarlo, responde con un nuevo acto revolucionario, lo que va haciendo cada vez más difícil la conciliación entre fuerzas que no están dispuestas a ninguna concesión. Fidel Castro tiene en su mente, y en forma muy concreta, la experiencia guatemalteca. Esta no tuvo tiempo para afianzar la posibilidad de sus conquistas, ni para eliminar a las fuerzas que iban a traicionarla. Recuerda, también, la experiencia de la Revolución Mexicana y el sacrificio de Francisco I. Madero, por el ejército que antes había servido a Porfirio Díaz. La revolución, en México, acabaría triunfando, porque había creado un nuevo ejército, un ejército fogueado en la lucha contra las tropas de la dictadura y la traición. Lo importante será crear las bases que aseguren la continuidad de la revolución; crear, también ya tiempo, nuevos intereses, los de los grupos sociales que no han de dejar que les arrebaten lo que les otorguen los triunfos revolucionarios. Estas serán las metas del gobierno a cargo de Fidel Castro. "No podemos, no debemos fracasar -dice el hermano de Fidel, Raúl Castro-. El golpe de Guatemala es imposible aquí. Habría que aplastar a todo un pueblo." Se busca, entre otras presiones, la de cercar a Cuba con un bloqueo económico. Cuba contesta con la confiscación de empresas norteamericanas. México trata de ayudar técnicamente al gobierno cubano, pero se presiona a México para que no lo haga. Se busca cerrar a Cuba toda salida, toda salida dentro del mundo llamado porposamente libre.

Así se buscará la justificación moral que permita a los Estados Unidos dar un golpe semejante al que dio a la Revolución Guatemalteca en 1954. En agosto de 1960 se reúne la conferencia de la OEA en San José de Costa Rica. La trampa va a ofrecerla el dictador Leónidas Trujillo, de Santo Domingo.

Los Estados Unidos están dispuestos a sacrificar al asqueroso dictador, a su antiguo servidor, a cambio de la cabeza de la Revolución Cubana. Trujillo ha atentado contra la vida del presidente Rómulo Betancourt de Venezuela. Se lleva el caso a la reunión de la OEA. ¡Hay que poner fin a dictaduras criminales como la que sufre Santo Domingo! Los países de la OEA condenan a la dictadura trujillista y rompen relaciones diplomáticas y comerciales con ella. Pero los Estados Unidos se esfuerzan porque una condena semejante caiga también sobre Cuba, a la que presentan como una dictadura equivalente a la de Santo Domingo,

además de ser un instrumento de Moscú y de amenazar, por ende, la paz continental. Pero la "trampa Trujillo" no funciona. Cuba no es objeto de la condena buscada, pero sí de una declaración, rechazada por varios de los cancilleres que estaban en la reunión, que está encaminada, aunque sea posteriormente, a justificar la intervención estadounidense, ya sea mediante filibusteros o directamente. El artículo primero de la Declaración de Costa Rica dice: "Condena enérgicamente la intervención o amenaza de intervención, aun cuando sea condicionada, de una potencia extracontinental en los asuntos de las repúblicas americanas, y declara que la aceptación de una amenaza de intervención extracontinental por parte de un Estado americano pone en peligro la solidaridad y seguridad americanas. . ." Se insiste en la intervención y en la amenaza extracontinentales, y se las condena. No así lo que se refiere a la intervención que provenga del propio continente. Igualmente, se rechaza "la pretensión de las potencias chino-soviéticas de utilizada situación política, económica o social de cualquier Estado americano", "... por cuanto dicha pretensión es susceptible de quebrantar la unidad continental y de poner en peligro la paz y la seguridad del hemisferio."

Es la ya vieja historia, un pretexto más para una posible intervención y un buen pretexto lo puede dar la reanudación de relaciones de Cuba con la URSS y, más aún, la visita que ha hecho a La Habana el ministro soviético Mikael Mikoyan, en febrero de 1960. ¿Pero por qué la reanudación de relaciones con la URSS? Porque los Estados Unidos han iniciado la guerra económica contra Cuba. Primero la han dejado sin combustible, después se presiona a otros países para que no le vendan armas e implementos defensivos, y se termina disminuyendo la compra de azúcar.

"El ritmo de la revolución -dice el Che Guevara- se adaptará al ritmo de la contrarrevolución." A cada amenaza o golpe, la respuesta será inmediata. "Mientras nos compren el azúcar -había dicho-, la economía cubana estará a salvo. Si Estados Unidos quiere reducir o suprimir sus importaciones, ¡Y bueno!, le venderemos a otro. Los países del este están dispuestos a comprar. ¿Qué es lo que quiere Washington? ¿Echarnos en brazos de Moscú?" Así sucedería; el primer signo ha sido la visita de Mikoyan y la reanudación de relaciones con la URSS.

A la declaración de la OEA en San José de Costa Rica, Fidel Castro contestará el 2 de septiembre de 1960 con el discurso que se conoce como 1 Declaración de La Habana. Entre otras cosas, dice lo siguiente: "Como ustedes saben, el imperialismo aprovechó para acusar a la República Popular China de interferir en las cuestiones de América latina (como ha acusado también a la URSS)." "Cuando lo cierto es que hoy nuestro país no ha tenido relaciones diplomáticas con la República Popular China, sino por el contrario, tradicionalmente venía nuestro país manteniendo relaciones con un gobierno títere... Por tanto, el gobierno revolucionario de Cuba desea someter a la consideración del pueblo si está de acuerdo con que el pueblo de Cuba, en esta asamblea soberana y libre, acuerde establecer relaciones diplomáticas con la República Popular China. . . Por tanto -agrega ante los gritos de asentimiento-, desde este momento. . . Por lo tanto, cesan nuestras relaciones diplomáticas con el régimen títere de Chiang Kai Shek. . . y que si la República Popular China desea ayudarnos también en caso de que Cuba sea agredida por fuerzas militares del imperialismo, Cuba acepta la ayuda de la República Popular China." "Esto quiere decir que nosotros sí somos un país libre en América, que nosotros decidimos nuestra política nacional y nuestra política internacional de una manera democrática y de una manera soberana." La declaración que sigue a las palabras de Fidel Castro, de nueve puntos, es un programa de reivindicaciones nacionales, de reivindicaciones en favor de los trabajadores, un signo de soberanía y expresión del afán por conducir también por esta vía a toda la América latina. La presión estadounidense conducía a Cuba, en sus esfuerzos para no ser una víctima más del imperialismo, al lado del otro gran contrincante en la lucha por la hegemonía mundial, el socialismo. Al lado del socialismo ruso y del nuevo socialismo chino.

Los acontecimientos se precipitan en esta dialéctica de afirmaciones y negaciones. El 8 de noviembre es electo presidente de los Estados Unidos John F. Kennedy, del partido Demócrata, y su programa hace pensar que la tirantez va a terminar al asumir el gobierno. El 2 de enero de 1961, todavía bajo el gobierno de Eisenhower, se rompen las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba. Ya está puesta en marcha una agresión semejante a la que decapitó a la Revolución Guatemalteca; grupos de filibusteros se aprestan a invadir Cuba. El 20 de enero, Kennedy toma posesión de la presidencia de los Estados Unidos. Pero lejos de que la tirantez termine, el nuevo presidente aprueba la acción filibustera

preparada por los republicanos, que se realiza, previo bombardeo aéreo a La Habana, el 17 de abril en Bahía de Cochinos. Las tropas cubanas, en las que ya no forman los militares del pasado, infringen derrota total a los invasores. Kennedy se niega a dar el segundo paso, la intervención abierta con tropas de los Estados Unidos. Tiene en mente otros proyectos.

A la agresión contesta Fidel Castro declarando a la Revolución Cubana una revolución socialista y democrática. Lo que no puede perdonarnos el imperialismo, dice Castro, es "que estemos aquí, en sus narices, ¡Y que hayamos hecho una revolución socialista en las mismas narices de los Estados Unidos!" "Esa revolución socialista la defenderemos con estos fusiles". "Compañeros, obreros y campesinos, ésta es la revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes." A fuerza de invocar al comunismo para justificar / nuevas agresiones, los Estados Unidos habían hecho del fantasma una realidad. Al hacer de la guerra fría un instrumento para mantener y ampliar su hegemonía, habían decidido también a un pueblo a entrar en la guerra fría en forma abierta y voluntaria, esto es, eligiendo, en una acción defensiva, el aliado al lado del cual iba a luchar, y el contendiente a que tendría que enfrentarse.

#### *40. Cuba y la Alianza para el progreso*

El presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy, a partir del mismo momento en que se hace cargo del gobierno, en enero de 1961, muestra una especial preocupación por la América latina. Hace diversas referencias a la pobreza y al subdesarrollo en que se encuentran los pueblos que forman esta parte del continente, pero haciendo iguales referencias a la intervención de fuerzas extrañas en esta parte de América.

"Este hemisferio -dice- intenta seguir siendo dueño de su propia casa." Los problemas de esta América han de ser resueltos por los mismos americanos. Y habla, frente a la violencia como instrumento revolucionario, de la "revolución pacífica".

Sin embargo, como hemos visto, esta actitud no será obstáculo para que mantenga el plan de agresión de su antecesor, permitiendo la fracasada invasión de Bahía de Cochinos el 17 de abril. Ahora está allí, frente a los Estados Unidos, una pequeña





nación renuente en delegar sus derechos y dispuesta a todo para mantener su independencia.

Un poco antes, sin embargo, el 13 de marzo, el presidente Kennedy había anunciado ante el cuerpo diplomático su propósito de establecer un plan que permitiese la revolución pacífica en Latinoamérica. Propósito que fue seguido, al día siguiente, de una solicitud al congreso de los Estados Unidos, para crear el Fondo interamericano de progreso social. En la propuesta mostraría a los miembros del congreso lo importante y urgente que era una acción, de parte de una potencia como los Estados Unidos, para poner fin al tremendo desequilibrio económico, educativo y social que aumentaba en la medida en que crecía también la población. Un mundo que estaba más que predispuesto a la infiltración del comunismo y su expansión. Los Estados Unidos, al ayudar a estos países, se ayudaban a sí mismos. El desarrollo de la poderosa nación debería ser compartido con pueblos que lo hacían también posible. Pero, a su vez, los países latinoamericanos deberían esforzarse en alcanzar estas metas mediante una serie de medidas que sólo a ellos competía dar; medidas revolucionarias, desde luego, pero pacíficas, originadas en necesidades reconocidas por todas las fuerzas vivas de esos pueblos.

El presidente de los Estados Unidos proponía una Alianza para el progreso. Unidos los Estados Unidos y las naciones latinoamericanas tomarían las medidas que fuesen necesarias para la realización de una vieja meta, de un viejo sueño, el de abandonar el subdesarrollo. Desarrollarse, pero, por supuesto, como parte de una sola e ineludible unidad encabezada por la poderosa nación. En otras palabras, se invitaba a América latina a ser parte activa del nuevo y poderoso imperio. Ya no más como simple instrumento de grandezas extrañas, sino como parte de esa grandeza, como parte de su desarrollo, aunque fuese una parte pequeña, pero responsable y activa. Al parecer, algunos de los responsables de estas ideas fueron varios líderes del nacionalismo liberal latinoamericano, de aquellos que seguían insistiendo en la formación de burguesías nacionales que fuesen algo más que simples amanuenses de intereses extraños y que hiciesen, aunque en forma limitada, algo de lo que otras burguesías en el mundo habían hecho por sus países.

El mismo Castro reconocía la importancia que para el desarrollo de Latinoamérica tendría la colaboración de los Estados

Unidos. Sin embargo, la invasión de Bahía de Cochinos, pocas semanas después del anuncio, hizo pensar de inmediato que se trataba de una medida simplemente política, como lo habían sido las cartas y proclamas de los aliados antes de terminar la guerra. Una medida para tratar de evitar que se repitiesen situaciones como la de Cuba, que estaban sirviendo de ejemplo y que podían ser contagiosas en Latinoamérica. La Revolución Cubana, después de la agresión, lejos de aceptar el plan de Kennedy se enfrentará a él mostrando los negativos alcances del mismo, mostrando cómo eran sólo expresión de la inseguridad de un sistema que se veía afectado en sus intereses. Sin embargo, entre el 5 Y el 17 de agosto del mismo año, se reúnen en Punta del Este, Uruguay, los representantes de todas las naciones latinoamericanas, incluyendo Cuba y los Estados Unidos, para establecer los compromisos que esa Alianza implicaba. Por Cuba estaría Ernesto Che Guevara.

¿Qué pretendía la Alianza para el progreso que nació bajo el impulso del presidente Kennedy? La Alianza para el progreso, aceptada por los representantes de los gobiernos americanos, exceptuando Cuba, señala en lo general, los siguientes objetivos: "La Alianza para el progreso -dice el documento- tiene como propósito aunar las energías de los pueblos y gobiernos de las repúblicas americanas, para realizar un gran esfuerzo cooperativo que acelere el desarrollo económico y social de los países participantes de la América latina, a fin de que puedan alcanzar un grado máximo de bienestar con iguales oportunidades para todos, en sociedades democráticas que se adapten a sus propios deseos y necesidades." Todas las naciones americanas, incluyendo los Estados Unidos, participarían en esta tarea. Una tarea que significaba la realización del viejo sueño latinoamericano, el sueño perseguido, una y otra vez, a lo largo de la historia. Las metas por alcanzar eran, entre otras, la reducción de distancias "entre los niveles de vida de la América latina y los de los países desarrollados". Se trataba de vencer el subdesarrollo incorporando a Latinoamérica al conjunto de pueblos que habían alcanzado un auténtico progreso. Se señalaban los objetivos concretos respecto al nivel de ingresos por persona, los problemas del analfabetismo, mortalidad infantil, mínimo de calorías, etc. Para ello, también se consideró necesario "poner los beneficios del progreso económico a disposición de todos los sectores sociales, mediante una distribución más equitativa del ingreso nacional, elevando con mayor rapidez los ingresos y niveles de vida de los sectores más necesitados de la población, y tratar, al mismo tiempo, de que los

recursos dedicados a la inversión representen una porción mayor del producto nacional". Diversificación equilibrada en las estructuras económicas nacionales, cambios en las exportaciones y en la importación, así como estabilidad en los precios e ingresos que venían de las exportaciones. "Acelerar el proceso de una industrialización racional para aumentar la productividad global de la economía..., poniendo especial atención en el establecimiento y desarrollo de industrias productoras de bienes de capital" Aumentar en forma considerable la producción agrícola.

"Impulsar, dentro de las particularidades de cada país, programas de reforma agraria integral, orientada a la efectiva transformación de las estructuras e injustos sistemas de tenencia y explotación de la tierra. . . , con miras a sustituir el régimen de latifundio y minifundio por un sistema justo de propiedad: para que "la tierra constituya, para el hombre que la trabaja, base de su estabilidad económica, fundamento de su progresivo bienestar y garantía de su libertad y dignidad".

"Eliminar el analfabetismo en los adultos del hemisferio." Asegurar a los niños el mínimo de educación primaria, ampliar las posibilidades de la educación secundaria y superior, así como la ampliación de la capacidad de investigación pura y aplicada que permita la formación del personal capacitado que requieren sociedades en rápido desarrollo. Aumentar la esperanza de vida al nacer, mejorando la salud individual y colectiva. Erradicar enfermedades, prever la posibilidad de las mismas y controlarla; mejorar, en general, todos los servicios encaminados a la prevención y curación de enfermedades. "Aumentar la construcción de viviendas económicas para familias de bajo nivel de ingreso." Dotar a todos de los servicios públicos indispensables. Mantener niveles de precios estables, que impidan privaciones sociales y la mala distribución de los recursos, manteniendo el ritmo adecuado de crecimiento. Fortalecer los acuerdos de integración económica, para llegar a la creación de un mercado común latinoamericano que "contribuya de esta manera al crecimiento económico de la región". Adoptar "las medida que sean necesarias para facilitar el acceso de las exportaciones latinoamericanas a los mercados internacionales". ¿Cómo iba a ser realizado todo esto? ¿Cuál iba a ser en definitiva el mecanismo para el logro de esta revolución pacífica? Los Estados Unidos ofrecían una amplia ayuda, pero a condición de que los gobiernos latinoamericanos se comprometiesen a tomar una serie de medidas que hiciesen de

esa ayuda parte, pero sólo una parte, del esfuerzo que necesitaban realizar los pueblos latinoamericanos para vencer el subdesarrollo. La última palabra, en este cambio de estructuras, la darían los propios pueblos latinoamericanos. Sus gobiernos se encargarían de crear las posibilidades de este cambio, realizando reformas sustanciales en su sistema. Reforma agraria, un riguroso sistema fiscal que impidiese que los sacrificios que eran necesarios volviesen a caer sobre un grupo en beneficio de otro. Era menester ofrecer salubridad, reforma educativa, seguridad social, diversificación en la explotación de la riqueza nacional y diversificación en su comercio, así como intensificación de las medidas para la industrialización de Latinoamérica.

¿No eran éstos los programas enarbolados por revoluciones como la mexicana, la guatemalteca, la misma cubana? ¿No habían sido éstas las banderas de movimientos nacionalistas como el aprismo, el varguismo, el peronismo y otros muchos? ¿No eran estas mismas demandas, a veces convertidas en exigencias, las que habían originado la acusación de totalitarismo o comunismo para sus demandantes? ¿Se había infiltrado el comunismo en la misma Casa Blanca, en Washington? ¿Iba a infectar a la OEA? Pero ¿a quién se iba a pedir la realización de esta revolución pacífica? No a los pueblos, que habían visto anulados sus intentos en varias y memorables ocasiones. Se les iba a pedir a los latifundistas, a los negociantes y a los mismos inversionistas de los Estados Unidos. ¿Un absurdo? ¿Acaso eran Kennedy y sus consejeros comunistas? Pronto correría esta conseja entre los diversos intereses que en Latinoamérica y los Estados Unidos se sentían afectados por plan tan descabellado.

Pero será esta misma conseja la que cree el ambiente de hostilidad al presidente estadounidense, que culminaría con su asesinato.

Otra era, sin embargo, la preocupación del presidente Kennedy: salvar el sistema por él encabezado. Sistema amenazado por una serie de errores, producto de ambiciones y egoísmos que estaban llevando a los pueblos, al sur de la poderosa nación, por el camino de la revolución, en su expresión más violenta. Allí estaba ya, como ejemplo, Cuba, obligada, paso a paso, a abandonar un sistema en el que no tenía otro papel que el de peón o esclavo. La reforma propuesta por Kennedy coincidía,

en un cien por ciento, con el espíritu de las reformas que las burguesías nacionalistas latinoamericanas consideraban necesarias para lograr su propio desarrollo. La prosperidad de una determinada clase no podía ya levantarse sobre la miseria de la gran mayoría. De la relativa prosperidad de esta mayoría nacional dependerá la posibilidad de la existencia de una burguesía en Latinoamérica y el fortalecimiento de sus naciones. De allí los diversos intentos de revoluciones encaminadas a elevar los niveles de vida de todos los nacionales para crear los mercados que sólo mayorías con posibilidades de adquisición harían posibles; esto es, los mercados para la soñada industrialización de Latinoamérica.

Los Estados Unidos, para mantener la hegemonía de su sistema, necesitaban, también, de un conjunto de pueblos con suficiente capacidad de absorción para mantener su poderosa industria. Una industria de la que sería simple subsidiaria la latinoamericana. Pero una industria que de cualquier forma necesitaba de subsidiarios relativamente fuertes. De grupos sociales y económicos capaces, activos, propios de la sociedad capitalista en su máxima plenitud, en pleno auge. Lo que se va a pedir a los hombres de negocios -pequeños y grandes; a los latifundistas, a los inversionistas- será una simple inversión que permita elevar la capacidad adquisitiva de millones de latinoamericanos. Una inversión que daría, en un futuro inmediato, extraordinarios frutos. De no aceptarse el reto, estos millones de latinoamericanos, como otros millones de hombres en otras partes del mundo, tomarían, ante la desesperanza, otros caminos. Caminos que serían la plena negación del régimen que el presidente Kennedy trataba de salvar. "Estoy orgulloso de un programa y de un país -dirá Kennedy dirigiéndose a sus compatriotas- que ayuda a armar, alimentar y vestir a millones de personas que viven en las mismas vanguardias de la libertad.

Estoy especialmente orgulloso de que este país haya anticipado para los años sesenta un vasto esfuerzo cooperativo para conseguir el desarrollo económico y el progreso social a través de las Américas. . ."

La Revolución Cubana era la protagonista central del cambio continental originado por la nueva actitud de los Estados Unidos frente a los pueblos latinoamericanos. La guerra fría, ante la actitud de Cuba frente a las presiones de que era objeto, tomaba un cariz no previsto y peligroso para la zona de influencia del

imperio estadounidense. La guerra fría, en relación con la cual habían actuado los Estados Unidos en diversas regiones latinoamericanas para calificar y frenar viejas demandas del nacionalismo latinoamericano, tomaba cuerpo real.

Cuba, encallejonada, tomaba abiertamente una postura y partido en esta guerra fría. Se transformaba en parte real de esta guerra al recibir la ayuda material de la URSS y al establecer abiertas relaciones con China y el resto de las naciones comunistas. La oportunidad para comprender y asimilar el nacionalismo de la Revolución Cubana, tal y como se había hecho frente a la Revolución Mexicana en vísperas de la segunda gran guerra, había pasado. La nación cubana, en un real acto de soberanía, y para asegurar su defensa e integridad, se alineaba con el gran opositor del capitalismo. Ernesto Che Guevara, en la reunión de Punta del Este, en que se aprobarían las bases de la Alianza para el progreso, relataría la historia de estas presiones y de las respuestas que, en cada caso, encontraron las mismas en la Revolución Cubana. La Alianza para el progreso será, a su vez, la respuesta de los Estados Unidos a la resistencia cubana. La respuesta que- podría acaso favorecer al resto de Latinoamérica para que la misma no siguiese el camino cubano.

"Una nueva etapa comienza en las relaciones de los pueblos de América", dice el Che refiriéndose al punto V del informe preparatorio de la nueva Alianza. Esto es cierto, agrega, "nada más que; esta nueva etapa comienza bajo el signo de Cuba,. territorio libre de América, y esta conferencia y el trato especial que han tenido las delegaciones y los créditos que se aprueben tienen todos el nombre de Cuba, les guste o no les guste a los beneficiarios, porque ha habido un cambio cualitativo en América, que es que un día se puede alzar en armas, destruir a un ejército opresor, implantar un nuevo ejército popular, plantear frente al monstruo invencible, esperar el ataque del monstruo y derrotarlo también; y eso es algo nuevo en América, señores: eso es lo que hace hablar este lenguaje nuevo y que las relaciones se hagan más fáciles entre todos, menos, naturalmente entre dos grandes rivales de esta conferencia." Sin embargo, el Che, hablando en nombre de la Revolución Cubana, no se muestra reacio a lo que Kennedy ha llamado revolución pacífica. ¡Que venga la misma, si es auténtica revolución! Pero no si es un simple paliativo, una promesa para frenar la auténtica revolución. Dice el Che: "Nosotros hemos diagnosticado y previsto la revolución social en América, la

verdadera, porque los acontecimientos se están desarrollando de otra manera, porque se pretende frenar a los pueblos con bayonetas, y cuando el pueblo sabe que puede tomar las bayonetas y volverlas en contra de quien las empuña, ya está perdido quien las empuña. Pero si el camino de los pueblos se quiere llevar por este del desarrollo lógico y armónico, por préstamos a largo plazo, con intereses bajos, como anunció el señor Dillon, a cincuenta años de plazo, también nosotros estamos de acuerdo." Lo importante es que esta intención sea cierta, que no sea una promesa para frenar una revolución que se hace cada vez más urgente. Pues una cosa es la que puede ofrecer el presidente de los Estados Unidos, y otra lo que le permitan cumplir otras fuerzas de intereses. Cuba ha seguido ya otro camino, el que le está permitiendo la ayuda de los países socialistas. Cuba está dispuesta a participar en la Asociación latinoamericana de libre comercio, pero como un socio más, sin cortapisas, con sus modos de interpretar y ver la economía, cumpliendo con los requisitos que allí se señalen, "siempre y cuando -dice el Che- se respete de Cuba su peculiar organización económica y social, y se acepte ya como un hecho consumado e irreversible su gobierno socialista".

Sin embargo, la reunión, a bolsa abierta, para el desarrollo latinoamericano, parece llevar una sola intención: los países latinoamericanos a Cuba. Instrumentarlos, en nombre de una supuesta ayuda para el progreso que antes no había sido concedida. Los Estados Unidos, dice el Che Guevara recordando una frase de Fidel Castro, han ido a la conferencia de Costa Rica "con una bolsa de oro en la mano y un garrote en la otra". Ahora, completa el propio Che, "los Estados Unidos vienen con la bolsa de oro -afortunadamente más grande- en una mano, y la barrera para aislar a Cuba en la otra". Una fuerte campaña contra Cuba, que recuerda otras similares, se ha desatado en los medios de información estadounidense. El departamento de Estado norteamericano, agrega, viene diciendo: "Es que hay que hacer que los países de Latinoamérica crezcan, porque si no, viene un fenómeno que se llama castrismo, que es tremendo para los Estados Unidos." Evitar su posibilidad es la intención de los Estados Unidos. Una situación, dice el líder de la Revolución Cubana, que debe ser aprovechada por' los pueblos latinoamericanos. Una situación, por supuesto, que no funcionará respecto a Cuba, ya que ésta ha decidido seguir su propio camino. "Pues bien, señores -agrega-, hagamos la Alianza para el progreso en esos términos; que crezcan de verdad las economías de todos

los países miembros de la Organización de los Estados Americanos: que crezcan, para que consuman sus productos y no para convertirse en fuente de recursos para los monopolios norteamericanos; que crezcan para asegurar la paz social, no para crear nuevas reservas para una eventual guerra de conquista; que crezcan para nosotros, no para los de afuera." Respecto a Cuba, "queremos, dentro de nuestras condiciones, estar dentro de la familia latinoamericana; queremos convivir con Latinoamérica; queremos verlos crecer, si fuera posible, al mismo ritmo que estamos creciendo nosotros, pero no nos oponemos a que crezcan a otro ritmo. Lo que sí exigimos es la garantía de la no agresión para nuestras fronteras". "No nos oponemos a que nos dejen de lado en la repartición de los créditos, pero sí nos oponemos a que se nos deje de lado en la intervención de la vida cultural y espiritual de nuestros pueblos latinoamericanos, a los cuales pertenecemos."

Meses más tarde, a partir del 22 de enero de 1962 y en el mismo lugar, en Punta del Este, se reunirían los ministros de Relaciones Exteriores del continente convocados por la OEA. En esta reunión se buscará, como en el caso de la Revolución de Guatemala, la justificación que permitía ese castigar a la rebelde Cuba. ¿Cómo hacerlo sin violar los principios de autodeterminación y no intervención? Una vez el pretexto lo daría el fantasma del comunismo amenazando la unidad americana, En esta ocasión tendrían como apoyo las palabras de Fidel Castro, declarándose "marxista-leninista" (2 de diciembre de 1961). Se considera que el marxismo es incompatible con la democracia americana. Había por ello que aislar, someter a cuarentena, a la peligrosa nación. Pero en esta ocasión no contarán los Estados Unidos y sus segundones con el apoyo incondicional de la mayoría de gobiernos latinoamericanos. Una vez declarado que el marxismo-leninismo era incompatible con el sistema americano, se excluía a Cuba de este sistema para pasar, a continuación, a los embargos, a diversas formas de aislamiento y a la ruptura final de relaciones con la rebelde nación del Caribe. Pero gobiernos como los de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador y México se abstendrán, poniendo en tela de juicio el derecho de la OEA para votar la exclusión y otras medidas represivas. Se aceptó sólo por mayoría la suspensión del comercio de armas y materiales de guerra para Cuba, al igual que el estudiar la conveniencia de extender esta suspensión a otros artículos. En cada caso hubo abstenciones, sin obtener la acostumbrada unanimidad justificativa. Los Estados Unidos, unilateralmente, realizarán el embargo y la suspensión de

comercio con Cuba. Excluida Cuba de la OEA, sería ahora menester aislarla. Aislamiento que se fue logrando poco a poco en Latinoamérica, ablandándose las resistencias que habían impedido la justificación que se creyó poder; encontrar en esta reunión. Sólo México, manteniendo su carácter especial, quedó como único enlace entre Cuba y el resto de América.

Este aislamiento, sin embargo, junto con la expulsión de Cuba de la OEA, no dio origen a la anulación de la Revolución Cubana, tal y como en el pasado inmediato, medidas más o menos semejantes habían originado la de la Revolución Guatemalteca. La Revolución Cubana, expuesta como estaba a perecer, se incorporará, abiertamente, a la guerra fría, aceptando la protección de uno de los grandes contendientes de la misma, la URSS. La URSS tenía, ahora, un pie frente a los propios Estados Unidos. Esta posibilidad la había dado esta nación con la intransigencia de los intereses que conducían su política.

Cuba ya no hablará más de una revolución liberal. Su meta era ahora una revolución socialista, ligando de esta forma su suerte a la de las naciones socialistas del mundo. Un extraordinario cambio en la dialéctica de las relaciones entre los Estados Unidos y la América latina.

#### 41. Cuba. La revolución socialista

"¿Cuál es el socialismo que debemos aplicar? ¿El socialismo utópico? Teníamos sencillamente que aplicar el socialismo científico. Por eso les empecé diciendo con toda franqueza -dice Fidel Castro- que creíamos en el marxismo, que creíamos que es la teoría más correcta, más científica, la única teoría verdadera, la única teoría revolucionaria verdadera. Lo digo aquí con entera satisfacción) con entera confianza: soy marxista-leninista y seré marxista-leninista hasta el último día de mi vida." ¿Marxista-leninista? ¡Una traición a Latinoamérica y su democracia! Las palabras del líder cubano, transmitidas por televisión y radio en toda la isla el 2 de diciembre de 1961, daban a los Estados Unidos y sus seguidores la buscada oportunidad y pretexto para aislar y castigar a los rebeldes. Tal se haría en Punta del Este en la reunión de cancilleres de que hemos hablado. ¿Traición? ¿A qué? ¿Cómo es que la Revolución Cubana había desembocado en una revolución comunista? ¿Había engañado

Fidel a sus seguidores y a la opinión mundial simulándose liberal? En otro lugar hemos expuesto las opiniones del Che Guevara sobre este supuesto engaño. El mismo Fidel en dicho discurso confiesa sus prevenciones frente al partido comunista, frente a los comunistas, prevenciones que son producto de la propaganda y educación por él recibida. ¿Pero cómo es que habían llegado los revolucionarios cubanos a la solución marxista-leninista? ¿Negaba esto todo el pasado, todo lo que había venido declarando?

No, no se trataba de una negación, al menos de una negación en sentido formal; en todo caso, de una negación en sentido dialéctico. Marx y Lenin no eran la negación de José Martí. La Revolución se declaraba marxista-leninista sin dejar por ello de ser martiana. La Revolución, simplemente, había logrado un mayor avance. El cambio alcanzado era la respuesta a los múltiples obstáculos con que estaba tropezando. Martí representaba una etapa de este cambio; por ello, llevar el cambio a sus últimas consecuencias no implica negar a Martí.

Simplemente, era llevar hasta los extremos un cambio que ya había sido previsto. Martí sabía ya que la América iba a ser víctima del expansionismo estadounidense, y frente a este expansionismo enarboló, como otros próceres latinoamericanos, la bandera nacionalista y anti-imperialista. Ahora, el expansionismo conducía a nuevas batallas. Era menester luchar por transformar las estructuras que había impuesto el nuevo imperio a las colonias. Pero ahora, las doctrinas y las metas son ya otras distintas de las que señaló el nacionalismo, distintas de las que se marcó la burguesía nacionalista latinoamericana.

Fidel y sus seguidores habían sido, también, liberales, nacionalistas, burgueses; pero en su lucha contra el imperialismo se habían encontrado con metas más amplias, con las propias de una nueva sociedad, las que ya preveían Marx y Lenin. Esto no significaba negar una revolución para realizar otra, simplemente era llevar la misma. la que iniciara Martí y sus pares latinoamericanos, a sus últimas consecuencias. "¿Cuál es el mérito de Martí, lo que nos admira de Martí?" -pregunta Fidel Castro- "¿Martí era marxista-leninista? No, Martí no era marxista-leninista. Martí dijo de Marx que, puesto que se puso del lado de los pobres, tenía todas sus simpatías." Porque la Revolución de Cuba, al iniciarse el siglo, no pretendió otra cosa que emanciparse de España. Pero no, seguramente, para caer en una nueva



dependencia. Esto lo temía y preveía el propio Martí. "Martí prevé en el año 1895 el desarrollo de los Estados Unidos como potencia imperialista. y escribe y alerta al pueblo contra eso, y se pronuncia contra eso."

Por emancipar a Cuba mueren muchos cubanos; pero no fue para caer en un nuevo dominio, bajo nuevos explotadores. Los cubanos no han luchado para que se mantenga la explotación. La Revolución, en su nueva etapa, traicionaría a los que murieron si no intentase cambiar la realidad que todos ellos trataron de cambiar. "¿Y había muerto toda esa gente para que los latifundistas siguieran siendo dueños de miles de caballerías de tierra?", pregunta Fidel. "¡para tan poca gloria no valía la pena que hubiese muerto un solo cubano! ¡Para tan poca gloria no valía la pena levantar un arma! Esgrimir un arma, combatir, luchar, sufrir lo que sufrió nuestro país, tenía que ser por algo, mucho más que todo esto." "¡Qué equivocados estaban, que creían que ciertas conquistas de nuestro país, que ya fueron trazadas incluso desde la guerra del 95, iban a quedar truncas, y las cosas iban a seguir como estaban!" Se trata de una sola y gran Revolución, que se inicia con Martí y sus pares y se continúa a través de los lineamientos que para esta época señalaran Marx y Lenin. Fueron estos últimos los que hicieron posible el primer Estado socialista, los que señalaron caminos que pueden ser seguidos por otros pueblos. ¿Cómo se descubren estos caminos? . . . "Mientras más experiencia nos enseña la vida, mientras más conocemos lo que es el imperialismo -dice Fidel Castro- . . ., mientras más tenemos que enfrentarnos a este imperialismo, mientras más conocemos esa política imperialista en todo el mundo. . ., mientras más penetramos y nos damos cuenta de las garras sangrientas del imperialismo, de la explotación miserable, de los abusos que comete en el mundo, de los crímenes que comete contra la humanidad, más nos hacemos sentimentalmente marxistas, y más vemos y descubrimos todas las verdades del marxismo. Mientras nosotros mas tenemos que enfrentarnos a la realidad de una revolución y a la lucha de clases, en el escenario de una revolución, más nos convencemos de todas las verdades escritas por Marx y Engels y de las interpretaciones verdaderamente geniales que del socialismo hizo Lenin". Es la revolución en marcha, en acción, la que origina el supuesto cambio, el encuentro con el socialismo. "Me considero hoy más revolucionario de lo que era todavía el primero de enero. Es decir, todas las ideas que hoy tengo las tenía el primero de enero". Esto no le viene de un mayor conocimiento de las teorías

de Marx y Lenin, sino de la experiencia en vivo, en carne, de todo un pueblo, de la Revolución. y es esta experiencia la que está mostrando los asertos del marxismo, lo que los revolucionarios vieron antes de la acción, una acción que prueba, científicamente, lo que la teoría había anticipado. Es esta acción, la lucha, la resistencia a las múltiples presiones de que ha sido objeto la Revolución Cubana, la que lo ha conducido por las vías que marcha ya el marxismo-leninismo.

Ernesto Che Guevara se preguntaba ya en agosto de 1960: "¿Es la Revolución Cubana comunista?". A esta pregunta algunos contestarán que sí, otros que no. "Y si a mí me preguntaran si esta revolución que está ante los ojos de ustedes es una revolución comunista, después de las consabidas explicaciones para averiguar qué es comunismo, y dejando de lado las acusaciones manidas del imperialismo, de los poderes coloniales, que lo confunden todo, vendríamos a caer en que esta Revolución, en caso de ser marxista -y escúchese bien, digo marxista-, sería porque descubrió, también, por sus métodos, los caminos que señalara Marx." Sus métodos, los propios de su acción, de la forma propia como la revolución ha buscado la emancipación real de su pueblo, la felicidad del mismo, son los que le han conducido por los caminos de Marx.

Caminos que también han tomado y están tomando otros pueblos, de acuerdo con su personalidad, de conformidad con los instrumentos de acción con que cuentan. "Y esta Revolución Cubana, sin preocuparse por sus motes, sin averiguar qué se decía de ella, pero oteando constantemente qué quería el pueblo de Cuba de ella, fue hacia adelante y de pronto se encontró con que no solamente había hecho o estaba en vías de hacer la felicidad de su pueblo, sino que se habían volcado sobre esta isla las miradas curiosas de amigos y enemigos, las miradas esperanzadas de todo un continente y las miradas furiosas del rey de los monopolios."

La Revolución Cubana no era un caso excepcional, sino un caso más entre los que se presentan en otros muchos pueblos de América latina, de Asia y de África. Sus caminos son los mismos que, a nivel planetario, señalaba ya el marxismo. Por ello, buscándose a sí misma, la Revolución Cubana se encontraba con otros muchos pueblos en situación semejante a la suya; la lucha de éstos era su lucha, buscando ya una sola y gran solución. El imperialismo, ya en orden planetario, al resistir los esfuerzos de

diversos pueblos por romper las cadenas que les había impuesto, hacía a éstos conscientes de que se trataba de una sola gran lucha, de algo que tendría que ser resuelto al único nivel en que se planteaba, el planetario, el mundial.

"No hay fronteras en esta lucha a muerte -dice el Che en Argel en 1965-, no podemos permanecer indiferentes frente lo que ocurre en cualquier parte del mundo; una victoria de cualquier país sobre el imperialismo es una victoria nuestra, así como la derrota de una acción cualquiera es una derrota de todos. . .; si no hubiera ningún otro factor de unión, el enemigo común debiera constituirlo." Hablando de la Revolución Cubana agrega: "Nosotros no empezamos la carrera que terminará en el comunismo con todos los pasos previstos, como producto lógico de un desarrollo ideológico que marchara con un fin determinado; las verdades del socialismo, más las crudas verdades del imperialismo, fueron forjando a nuestro pueblo y enseñándole el camino que luego hemos adoptado conscientemente. Los pueblos de África y de Asia que vayan a su liberación definitiva deberán emprender esa misma ruta; la emprenderán más tarde o más temprano, aunque su socialismo tome hoy cualquier adjetivo definitorio. No hay otra definición del socialismo válida para nosotros que la abolición de la explotación del hombre por el hombre. . ."

Jean Paul Sartre, al visitar Cuba en 1960, señala cómo lo sorprendente era no encontrar una ideología. Ya que ésta se iba perfilando con la acción, en función de los tropiezos que sufría !a Revolución, en relación con las presiones de que era objeto. Sus hombres se resistían a ser vencidos y se enfrentaban, paso a paso, a las presiones para sostenerse. Uno de los jefes de esta Revolución, dice Sartre, indicaba que la misma no podía señalarse objetivos a largo plazo, sino siempre en relación con una realidad que demanda una y otra solución con carácter inmediato, "porque es una *re-acción* o, si se quiere, algo que rebota". Nuestras improvisaciones no son otra cosa que una técnica defensiva: "la Revolución Cubana debe adaptarse constantemente a las maniobras enemigas. ¿Acaso las medidas de *contra-golpe* darán nacimiento a una contra-ideología? En esta lucha permanente, cotidiana, algunos revolucionarios desertarán, mientras otros se irán radicalizando." "Queriendo aplastar vuestra Revolución -agrega Sartre-, el enemigo le permitía convertirse en lo que ella era." La Revolución que empezó por golpe, *putsch*, fue dejando unos objetivos para tomar otros, "más populares y más profundos,

en una palabra, más revolucionarios". La lucha para lograr la honestidad en el gobierno tropezó, necesariamente, con las fuerzas que utilizaban la deshonestidad de los gobernantes, debiendo enfrentarse a estas fuerzas en otros términos que no eran ya los primitivos. "Si se quería que un gobierno fuese honesto, era preciso actuar -dice Sartre- sobre las causas que habían corrompido al personal dirigente. En otras palabras, la democracia burguesa no era más que una broma pesada si no se la fundaba sobre la soberanía nacional. Y esta soberanía, a su vez, aun cuando todos los países del mundo la reconocían de palabra, continuaría siendo una abstracción vacía en tanto que no fuese consecuencia concreta de la independencia económica. Los primeros objetivos de la lucha revolucionaria se mostraban ya, descubriendo una finalidad más radical y más imperiosa." Había que cambiar todo, si se quería cambiar lo que había sido la primera meta. Radicalizar, reconstruir, hacer un mundo nuevo, iba siendo, paso a paso, la ruta a seguir. La revolución nacionalista sólo podría ser la consecuencia natural de una revolución que acabase con lo que impedía todo nacionalismo, con lo que sometía a hombres y pueblos, la explotación del hombre por el hombre. Poner fin a esta explotación tendría que ser la única meta de una revolución que había sido liberal, humanista y nacionalista; todo ello se realizaría en una revolución socialista.

#### 42. Consecuencias de la Revolución Cubana

La Revolución Cubana había elegido libremente su camino ante la presión del imperialismo estadounidense. Este, por su parte, tenía ya la justificación que había buscado para repetir acciones como la de Guatemala. Sin embargo, la reunión de cancilleres en Punta del Este no había resultado como se esperaba. Un fuerte núcleo latinoamericano se había negado a votar castigos y represalias. Se aceptaría, sí, la exclusión de Cuba de la OEA. Pero medidas como las de embargo sobre el comercio quedarían a la iniciativa estadounidense. Poco a poco y mediante presiones contra los gobiernos que no habían permitido la unanimidad para castigar a Cuba, se la irá aislando, alejándola del continente, hasta no tener otra liga que la que permitirá México al no aceptar la ruptura que se impondrá, al final, al resto del continente. La Revolución Cubana, para sobrevivir, ligará abiertamente su suerte a la del otro gran opositor de la guerra fría y con el cual podría tener mayor afinidad: la URSS. Esta tenía, al fin,

un pie dentro del continente americano, como los Estados Unidos, a su vez, lo tenían en multitud de lugares desde los cuales podrían cercar a la nación rusa. El 5 de febrero del mismo 1962, Fidel Castro, como respuesta a la acción exclutória de la OEA en Punta del Este, dará a conocer la II Declaración de La Habana. En ella se hablará ya de una revolución de carácter continental que, al lado de otras revoluciones en el mundo, pusiese fin a la estructura capitalista, basada en la explotación del hombre por el hombre.

La URSS, por su lado, dará al gobierno cubano todo su apoyo, económico y en armas. Cuba entra así abiertamente en la guerra fría, es parte activa de ella. El fantasma esgrimido por los Estados Unidos para justificar sus acciones represivas sobre Latinoamérica y sobre otras partes del mundo, se hacía realidad. El marxismo-leninismo era adoptado como doctrina por una nación latinoamericana. y los rusos, así como los representantes de la China comunista, ofrecían su protección ala isla del Caribe para que no fuese objeto de una acción represiva como las que ya habían destruido la independencia de otros pueblos.

La URSS hacía algo más: instalaba frente a los Estados Unidos *misiles*. Lo mismo habían hecho los Estados Unidos en Europa, en bases cercanas a la URSS. El 22 de octubre de 1961 el presidente Kennedy denuncia abiertamente la instalación de estas armas apuntando a los Estados Unidos y exige su desmantelamiento. El mundo tiembla ante la posibilidad de que se desate una tercera guerra mundial. El gobierno cubano está, simplemente, a la expectativa. El futuro de la guerra fría no está en sus manos, en ella es sólo una pieza de combate, la decisión la tienen los dos grandes en pugna. Estos negocian, sin que en estas negociaciones intervenga la nación que es ahora un simple instrumento de esa guerra. La URSS decide desmantelar los *misiles*, y los Estados Unidos, por su lado, garantizan la integridad de la isla y su gobierno socialista. Cuba se encuentra, a partir de ese momento, dentro de un nuevo marco de posibilidades e impedimentos para alcanzar sus metas. Y dentro de ese marco, que acepta para sobrevivir, tratará de mantener la independencia por la que tanto habían venido luchando los cubanos desde José Martí hasta el triunfo de la Revolución, de inspiración ya marxista-leninista.

¿Qué pasa en el resto de Latinoamérica? ¿En la América que trata de seguir la línea de desarrollo nacionalista, liberal .y

burgués;' En ella se hace sentir, de inmediato, la presión estadounidense. Jano Quadros, del Brasil, paga un acto de simpatía hacia el Che Guevara, cuando éste regresa de la reunión económica de Punta del Este, con una presión semejante a aquellas que se hicieran a Getulio Vargas, obligándole a dimitir.

Toma su lugar, mediante una fuerte pugna en la que logra salir triunfante, el vicepresidente Joao Goulart. El primero había renunciado el 25 de agosto, el segundo tomará posesión de la presidencia el 7 de septiembre. El voto de abstención de varios países para que no se sigan imponiendo represalias a Cuba, tenía que pagarse. Frondizi, de la Argentina, pagará esta deuda al ser derribado por un golpe militar, el 30 de marzo del mismo 1962. El gorilismo se hace presente.

¿Y la Alianza para el progreso? Las fuerzas más reaccionarias de los Estados Unidos, lejos de ver en ella un instrumento que a la larga habría de servir para su seguridad y para mantener su hegemonía evitando la repetición en un continente de revoluciones como la de Cuba, verán en esta Alianza un instrumento al servicio del comunismo, una punta de lanza del mismo. El mismo presidente Kennedy será objeto de desconfianza por este tipo de iniciativas, y se creará en torno suyo el ambiente que originará su asesinato el 22 de noviembre de 1963. La Alianza para el progreso no será bien vista, ni por los grupos de intereses que en los Estados Unidos nada quieren saber de concesiones que signifiquen pérdidas, ni por las burguesías y otros intereses locales en Latinoamérica, a quienes se exigía reformas como la agraria, una mayor carga fiscal para intereses con mayores posibilidades económicas, extensión de la educación, seguridad social y salud pública. Todo esto olía a comunismo, se parecía demasiado, en opinión de estos intereses, a lo que se trata de realizar en Cuba y habían querido realizar otros gobiernos revolucionarios en Latinoamérica.

El 31 de abril de 1961 es ajusticiado el cruel tirano de Santo Domingo, Leónidas Trujillo. Su muerte dará origen a una revuelta popular que se impone sobre quienes pretendían heredar a Trujillo. El 20 de diciembre de 1962, triunfa como candidato a la presidencia de la República Dominicana, en lo que se podría llamar primera elección democrática en ese pueblo, Juan Bosch. Kennedy vive aún, el presidente dominicano había tomado en serio lo de la revolución pacífica que éste había proclamado. Por ello se prepara

a dar los pasos que permitan la supuesta revolución en su pueblo. Los mismos pasos que los Estados Unidos exigían para conceder ayuda económica dentro de los términos de la Alianza para el progreso. Los militares, que luchaban por heredar a Trujillo, se alzan el 25 de septiembre de 1963 y derrocan al presidente electo democráticamente. La justificación es la ya vieja justificación: el gobierno de Bosch, dicen, es comunista. Sin embargo, el pueblo dominicano, que conoce ya la libertad, insiste en recuperarla y se alza en armas contra los militares que anularon su voluntad. Esto sucede el 25 de abril de 1965.

Los alzados no pueden ser ahora calificados de rebeldes, son por el contrario legitimistas que exigen se devuelva el poder al presidente Bosch, que representa la legalidad en la isla. Los militares golpistas están a punto de ser vencidos. ¿Cómo evitar la derrota? Pura y simplemente acusando a los legalistas de comunistas. La revolución legalista es ya, sin más, una revolución con metas comunistas. El presidente de los Estados Unidos, Lyndon Johnson, decide poner alto a la amenaza comunista y ayudar a los gorilas en peligro. Y como en los mejores tiempos de Teddy Roosevelt hace desembarcar infantes de marina y paracaidistas. Treinta mil hombres se lanzan sobre la isla para frenar a los 58 comunistas que, se decía, se estaban apoderando del gobierno de la Dominicana. Lyndon Johnson declarará: "Las naciones americanas no pueden, no deben permitir y no permitirán, el establecimiento de otro gobierno comunista en el hemisferio. Los Estados Unidos garantizar que esto no suceda." La OEA, por su lado, respaldará la medida represiva tomada a nombre de todos los países latinoamericanos por Johnson. Los Estados Unidos toman abiertamente el viejo papel de policías de la América y del mundo, para que no se altere el orden, el orden propio de los intereses que esa nación representa.

En el Brasil sucederá algo semejante bajo el gobierno de Joao Goulart, que se mantiene difícilmente en el poder, del que ha sido expulsado Jano Quadros por el gorilismo. El presidente brasileño, que se llama a sí mismo heredero de Getulio Vargas, se conforma con intentar algunas de las reformas que estaban exigiendo los mismos Estados Unidos bajo el plan de ayuda de la Alianza para el progreso. Esto es, un mínimo de reformas fiscales que permitan obtener algunas medidas para elevar el nivel económico del país; un simple esbozo de reforma agraria, que sólo afecta a tierras sin más dueño que la nación. Reformas en los

cuadros sindicales. Medidas que serán vistas de inmediato como peligrosas expresiones de la interferencia comunista. La Alianza para el progreso será, una vez más, vista como puerta abierta al comunismo, algo que permitirá y estimulará la entrada en Latinoamérica del enemigo que ya tenía un pie en el Caribe. Un golpe militar, en abril de 1964, una expresión más del gorilismo, obliga al presidente Goulart a renunciar. Los golpistas reciben, de inmediato, la felicitación del presidente de los Estados Unidos, Lyndon B. Johnson. Este considera que los golpistas han impedido una nueva Cuba en el continente y han frenado la marcha del comunismo. Esto es, se trata del más auténtico triunfo de las fuerzas libertarias y democráticas de América, encabezadas por los Estados Unidos.

Los Estados Unidos insisten, una vez más, en someter a Cuba a un mayor aislamiento, a una absoluta cuarentena. El 25 de julio de 1964, se pide, a través de la OEA, la ruptura de relaciones de todas las repúblicas latinoamericanas con Cuba. Tres votos en contra -México, Chile, y Uruguay- una abstención. Pero, poco a poco, salvo México, todas las naciones latinoamericanas aceptan la ruptura. Pese a ello el golpismo hace su aparición en Bolivia, en que un cuartelazo da fin al gobierno electo de Víctor Paz Estensoro, en noviembre de 1964.

En la Argentina, los golpistas se han visto obligados a convocar las elecciones, triunfando el candidato radical, Dr. Arturo Illia, que asume la presidencia en 1963. La situación en la Dominicana en 1965 originará su caída, al negarse a firmarla orden para que las tropas argentinas, al lado de las estadounidenses y las brasileñas, se conviertan en fuerzas de ocupación de la isla, para justificar la agresión estadounidense. Los militares le obligan a renunciar el 18 de junio de 1966. El comunismo, y la experiencia del mismo en Cuba, son ahora los pretextos. La revolución pacífica de Kennedy resulta ya una peligrosa experiencia que no puede ser permitida. Los latifundistas no están dispuestos a ceder tierras, ya que esta cesión abriría las puertas del comunismo. Los grandes o pequeños negociantes se negarán también a hacer concesiones que limiten en alguna forma sus grandes o pequeños intereses, ya que esto equivaldría igualmente a una invitación al comunismo. El sindicalismo y movimientos como el peronista en Latinoamérica, serán también reprimidos porque significaban, de permitirse, una apertura más al comunismo. El presidente Johnson había hablado claro: el imperio no estaba dispuesto a que se repitiese otra Cuba

y, para evitado, no se iba a seguir el camino señalado por Kennedy, ya que era como echar leña a la hoguera de la peligrosa doctrina.

La revolución nacionalista latinoamericana entraba en mora. Nadie se atrevía a hacer algo que de inmediato no fuese presentado como un acto pre-comunista. En el Perú, el presidente Fernando Belaúnde había llegado al poder por elección democrática en junio de 1963. De él se esperaban las reformas sociales, políticas y económicas que aguardaba la nación andina desde hacía varias décadas. Las reformas que el APRA había ofrecido y no había cumplido. Acción Popular es el nombre del partido del presidente electo y llega con un vasto programa de reformas. Sin embargo, Belaúnde, pese a la promesa de cumplir en corto plazo con estas reformas, se mantiene a la expectativa, temeroso de provocar una acción como la que había originado la caída de otros presidentes electos en Latinoamérica. En 1964, el candidato demócrata cristiano, Eduardo Frei, triunfa en Chile con banderas de reivindicaciones sociales, políticas y económicas. Reivindicaciones que se verán pronto limitadas ante el mismo temor de la acusación y el castigo que ha puesto fin a otros gobiernos.

Pese a todo, el ejemplo cubano seguirá vivo, originando nuevas expresiones en el alma de los pueblos latinoamericanos, permitiendo la aparición de movimientos revolucionarios, si no marxistas, sí dispuestos a reivindicar los derechos de sus pueblos. Entre ellos, la Revolución Peruana, encabezada y encauzada por un grupo de militares que se negarán a seguir siendo instrumento de oligarquías nacionales y extranjeras, los cuales derrocan a Belaúnde e intentan realizar lo que plataformas revolucionarias, como la de Acción Popular, habían dejado en simple promesa. Otro intento será la decisión del pueblo chileno al elegir el candidato socialista Salvador Allende a la presidencia de la República, con un programa adecuado a las circunstancias propias de este país y de la región de América de que es parte. La puesta en marcha de estos nuevos intentos revolucionarios en Latinoamérica irá señalando nuevos caminos a seguir para alcanzar el éxito, caminos de los que era adelantada la Revolución Cubana. ¿Nacionalismo a la manera peruana? ¿Socialismo a la manera cubana? ¿Socialismo por la vía democrática a la manera chilena? ¿O bien, la violencia abierta como se sentía ya en algunas regiones de América y el mundo, como Bolivia, en donde se perfilaba un nuevo

intento revolucionario que será prontamente aplastado por el imperio?



## Capítulo 9 LATINOAMÉRICA EN EL MUNDO

### 43. *El imperio a la defensiva*

El 25 de abril de 1965, el pueblo dominicano, apoyado por un grupo del ejército, decide recuperar su libertad y hacer expresa la dignidad de sus hombres, enfrentándose a los golpistas militares que, en 1963, habían hecho mofa de su voluntad al derrocar al presidente constitucional, el doctor Juan Bosch. Al ser muerto Leónidas Trujillo, el sufrido pueblo dominicano había sabido de la libertad y dignidad humanas, que los intereses del coloso del norte habían regateado por décadas imponiendo testafierros y sangrientos dictadores como Trujillo. El pueblo estaba decidido, ahora, a evitar una nueva burla y sometimiento, enfrentándose a los herederos del dictador, quienes pretendían ocupar su lugar al servicio de los intereses del imperialismo. En esta ocasión los alzados no eran, precisamente, rebeldes, sino representantes de la legalidad, de la legalidad que los golpistas militares habían violado. Someter a los golpistas y devolver el poder al presidente derrocado era, simplemente, una acción legal. Era la violencia legal, dispuesta a someter a las violentas fuerzas de la ilegalidad. Estas fuerzas, pese a los esfuerzos realizados, a la violencia desatada, nada podrían contra la decisión de un pueblo dispuesto a hacer cumplir su voluntad. ¿Un nuevo acto libertario como el de Cuba?

Por supuesto que no. El imperio no iba a permitir otro foco de resistencia frente a sus costas, como no lo estaba permitiendo a millares de millas más allá de los mares, en la tierra de los aguerridos vietnamitas. El imperio peligraba en esta parte del mundo, como peligraba frente a las demandas de los pueblos de Indochina, África, Medio Oriente o cualquier otro lugar en que esas demandas significaban deterioro o limitación en los intereses que habían hecho posible el imperio. ¿Cómo parar el golpe? Pura y simplemente actuando descarada y arbitrariamente. Teddy Roosevelt había mostrado cómo se creaba un nuevo imperio, garrote en mano y a garrotazo limpio. Con el mismo garrote, técnicamente más eficaz, se podía ahora defender al imperio creado, impidiendo cualquier acto en su contra. Una vez más, en vista de que la fuerza de los testafierros vacilaba, miles de "marines", con auxilio de paracaidistas bien armados, restablecerían el orden de la ilegalidad.

Día a día desembarcan tropas, hasta llegar a 30.000 hombres, para someter a los "58" peligrosos comunistas que ponían en jaque el orden continental. Algo semejante se estaba haciendo en Vietnam para someter a otros revoltosos que hablaban de legalidad, autodeterminación, no intervención y otras ideas que quién sabe quién, y en quién sabe dónde, se habían pronunciado en el pasado; acaso en el mismo continente, por boca de algún Washington, Jefferson o Lincoln. Todo esto carecía ahora de significado; lo importante era defender el mundo que estos mismos hombres habían creado en nombre de la libertad. Era este mundo el que estaba en peligro como consecuencia de la insistente demanda de ampliación del mismo. Una ampliación que no podía ser admitida. ¿Cómo destacar el mundo de la libertad frente al totalitarismo y la tiranía, si éstos dejaban de existir?

¡Por ello, una Cuba más no iba a ser permitida en América y, de ser posible, en ninguna otra parte del mundo! El presidente Lyndon Johnson hablará, no sólo en nombre de los Estados Unidos, sino de todas las naciones del continente y del mundo cuyo orden se encontraba en peligro. El orden del poderoso imperio. "Las naciones americanas no pueden, no deben permitir y no permitirán el establecimiento de otro gobierno comunista en el hemisferio." No importará que una decisión de esta naturaleza niegue el derecho de autodeterminación de los pueblos. Sobre este derecho está el del imperio encargado de que el orden que él representa no sea vulnerado. Por ello, sin titubeos, el presidente Johnson agrega: "Quiero que sepan, y que todo el mundo sepa, que mientras yo sea presidente de este país vamos a defendernos. Vamos a defender a nuestros soldados contra quienes los ataquen." "Vamos a defender nuestra nación contra aquellos que buscan destruir, no sólo a los Estados Unidos, sino a todas las naciones libres del hemisferio. No queremos enterrar a nadie. . . , pero no estamos dispuestos a que nos entierren."

La declaración no podía ser más precisa y sin tapujos. Lo que estaba siendo puesto en peligro, no tanto por el comunismo como por las demandas del nacionalismo revolucionario en América latina, como lo ponían en otras partes del mundo demandas semejantes, era el *status* del orden encabezado por los Estados Unidos. Una vez más la demanda anti-imperialista ponía en peligro los intereses del imperio. Y una vez más, como en otras ocasiones, tales demandas u otras semejantes, serán aplastadas

sin consideración. El imperio que la audacia de los McKinney y los Theodore Roosevelt hicieron posible, no iba a desaparecer, unas décadas más tarde, por debilidad de un presidente estadounidense.

Pero algo era cierto, que el imperio que había alcanzado su apogeo al término de la segunda gran guerra, ocupando los "vacíos de poder" de viejos imperios, estaba ya a la defensiva. Por ello el presidente Johnson habla de defensa contra la agresión, y será agresión todo acto que pretenda limitar su poderío para hacer posible los derechos que estas naciones reclamaban para realizarse. El imperio afirma, por el contrario, que defenderá a sus soldados en donde quiera que éstos sean atacados. No importa el lugar del mundo en que se encuentren en Latinoamérica, Asia, África, Oceanía y Europa. Ante los intereses del imperio deberán desaparecer los intereses de otras naciones. El nacionalismo, cualquier forma de nacionalismo, es ya un peligroso mito. Los Estados Unidos han dejado de ser una nación para transformarse en un imperio, o en todo caso, en una gigantesca nación de naciones. En el orbe no caben sino provincias, dependencias del imperio. El nacionalismo ha pasado a la historia. Quienes hablen de él se verán acusados como elementos subversivos, como aliados al único poder que enfrentaba al poder estadounidense, pugnando por establecer el comunismo. Los pueblos son ya, pura y simplemente, soldados en la guerra fría. ¡Con el imperio o fuera del imperio! Cuba tuvo que elegir. Pero una elección que no se iba a permitir a ninguna otra nación en Latinoamérica. Por impedida en el resto del mundo se luchaba en Vietnam, el Medio Oriente y África. Estados Unidos aceptan abiertamente su destino manifiesto, el de líderes del imperio. Un imperio no soñado por los más grandes creadores de imperios en la historia. Un imperio, que, por supuesto, reñía con lo que esta nación consideraba era también su misión, la misión libertaria, la de abanderada de todas las libertades del hombre, de todas las formas de expresión libertaria a que tienen derecho todos los pueblos. Como un eco de esta ya lejana concepción fueron las palabras del senador Robert Kennedy al referirse a la represiva decisión del presidente Johnson: "... nuestra determinación de impedir la revolución comunista en este hemisferio no puede interpretarse como una oposición a los movimientos populares que surgen contra la injusticia y la opresión, sólo porque quienes son objeto de esas revoluciones populares las acusen de estar inspiradas o dirigidas por comunistas. En todo caso, sabemos que las fuerzas revolucionarias cuentan también

con muchos demócratas no comunistas. . . Nuestro objetivo tiene que ser, no el forzar a los genuinos demócratas a asociarse con los comunistas como resultado de nuestras generalizaciones y nuestra condena de la revolución, sino más bien aislar a los comunistas asegurándoles a los verdaderos demócratas nuestro deseo de que se restablezca el orden constitucional... El establecimiento, mediante elecciones libres, de gobiernos democráticos dedicados al bienestar y la libertad de los pueblos. . . debe continuar siendo invariable propósito firme en la América latina." Lo contrario había conducido y conduciría a cultivar la posibilidad de comunismo en América.

En esta forma se había obligado a Cuba a aliarse en la guerra fría con el líder del socialismo en el mundo. De esta forma se estaba obligando a naciones, que no tenían otra meta que alcanzar formas de vida de las que eran modelo los propios Estados Unidos, a ligar su suerte a la de los líderes del mundo socialista. Era el imperio con su intransigencia el que estaba ampliando las posibilidades de extensión del comunismo, el imperio, que no quería saber de orden constitucional en otro lugar que no fueran los propios Estados Unidos, propiciando cuartelazos, protegiendo gorilatos al servicio del orden imperial, el que hacía posible el comunismo. ¡Bajo el imperio o fuera de él! No cabía otra disyuntiva. Inclusive, obrar como lo pretendía aún el puritanismo estadounidense, ya en crisis, equivaldría a cavar la sepultura del imperio. El imperio debía guardar la cara, esto es, no mostrar signo alguno de debilidad. El imperio había logrado ocupar todos los vacíos de poder de viejos imperios, había llegado a lo que era ya el máximo de crecimiento y expansión. Un crecimiento y una expansión que lo ponían en plena tensión. Una tensión que no podía ni debía ser disminuida.

Pero el imperio, como otros imperios en el pasado, se encontraba ya sometido a la presión de fuerzas internas y externas que iban minando su fortaleza. Día a día aumentaban los individuos y pueblos que ponían en entredicho esta fortaleza y se atrevían a enfrentada. Falta de respeto que, de extenderse, podría significar el principio del fin del imperio. Un imperio como jamás había sido formado en la historia. Los Estados Unidos, en nombre de los cuales había hablado el presidente Johnson y, posteriormente, el presidente Nixon, se saben en su apogeo material, pero ya moralmente escindidos. Ya no son los indiscutibles héroes del *Far West*, con que nacen a la historia. El

*Far West* es ya un pasado que empieza a causar remordimiento, con sus héroes y aventureros buscadores de vanagloria y enriquecimiento fácil. La matanza de My Lai en Vietnam hace recordar con vergüenza a los coroneles Chivington y Custer; poniendo en crisis el destino manifiesto de la nación y su historia. Crisis moral que, por supuesto, alienta aún más la subversión en las provincias. del imperio, así como la deserción de sus propios soldados.

Para poner fin a la amenaza o, al menos, para intentarlo, será menester que el imperio muestre todo su poderío. Habrá que utilizar todos los hombres y armas que sean necesarios para aplastar la subversión en cualquier punto de la tierra en que se presente. No más Chinas en Asia, ni más Cubas en Latinoamérica. Treinta mil hombres perfectamente pertrechados para aplastar la rebeldía en Santo Domingo. Cerca de un millón de soldados, armados con los más diabólicos instrumentos de destrucción, para acabar con la rebeldía en Indochina. Todo lo que sea necesario en cualquier otro lugar de la tierra para que prevalezca el imperio. Por ello, toda apertura de libertad, de democracia, tal y como la solicitaba ahora la moral puritana del imperio, será vista como expresión de debilidad que no puede ser permitida.

Pero al actuar así, el imperio va, a su vez, minando su propia fortaleza. Se ve obligado a poner de lado el instrumental y la táctica de dominio que hizo de los Estados Unidos un extraordinario imperio. Un imperio que no necesitaba ya de tropas y armamento para mantener su hegemonía y hacerla respetar. De su poderío económico había hecho el más eficaz instrumento de poder público, social y cultural en el mundo. Controlando toda la riqueza, impedía todo lo que atentase contra el control de la misma. En los inicios de su expansión, es cierto, había necesitado, al menos provisoriamente, de la presencia de sus infantes de marina en apoyo de las pretensiones de sus inversionistas. Pero alcanzada esta pretensión, del orden se encargarían los propios naturales, alentando las limitadas pretensiones de este o aquel grupo de intereses locales. De esta forma se iba manteniendo intocado el orden que interesaba al Imperio.

Los propios intereses locales se encargarían de reprimir cualquier acto que pusiese en peligro el orden establecido. De allí las dictaduras en Centroamérica y el Caribe y los gorilatos al sur de

esta misma América, así como diversos testaferros al servicio del mismo orden en este o aquel punto de la tierra.

Pero es ahora, precisamente, cuando esta forma de orden mundial está siendo puesta en crisis. Los testaferros, las dictaduras personales o de grupo, los gorilatos en que se apoya el neocolonialismo del nuevo imperialista, solicitan ya con insistencia el apoyo directo del imperio; piden su participación directa mediante el envío de armas y hombres, tal y como tuvieron que hacerla antiguos imperios en el pasado. En Vietnam, como en otros puntos de la tierra, el lacayo representante del Imperio solicita con insistencia asesores, técnicos, armas y, día a día, un mayor número de tropas metropolitanas. También los militares que habían heredado de Trujillo el papel de guardianes del orden del imperio, solicitan la intervención de la metrópoli que impida su aniquilamiento. Debe impedir que se haga de Santo Domingo un lugar más fuera de la hegemonía de la metrópoli estadounidense. Así, la nación que en sus grandes guerras había enarbolado la bandera de la libertad y la dignidad humanas, enfrentándose a este o aquel totalitarismo, tiene ahora que actuar como lo había hecho este mismo totalitarismo. El puritanismo estadounidense ve con horror a sus jóvenes matar y ser muertos en lejanas tierras, sin que la muerte que dan y la que reciben encuentre justificación ni gloria. No entiende ya cómo estos jóvenes tienen que morir y convertirse en asesinos, en tierras a miles de millas de sus fronteras naturales. No entiende cómo estas fronteras han de ser defendidas destruyendo lejanas tierras y matando a sus hombres, que no han salido de las propias y a los cuales se les acusa inclusive de agresores. El "imperio invisible" de los Estados Unidos se convierte en simple leyenda. Hombres concretos provenientes de esta nación, hombres de carne y hueso, tienen ahora que realizar la tarea policiaca, de orden, que habían confiado a los indígenas de las diversas provincias.

Las tropas estadounidenses tienen ya que hacer el "trabajo sucio" que antes se encomendaba a los cipayos. Los jóvenes estadounidenses tienen que morir en diversas partes del mundo, sin que esta muerte les aporte gloria y, por lo mismo, orgullo. Esos jóvenes saben ya que están muriendo para cuidar de los intereses del poderoso capitalismo estadounidense y, sabiéndolo, se niegan a seguir adelante. Son ya inútiles los intentos para mantenerse detrás de la barrera. En la medida en que el sistema representado por los Estados Unidos tiene éxito y logra su mayor expansión, la

necesidad de afianzar estos éxitos lo conduce a la creación de un ejército imperial, metropolitano, a la manera de los antiguos imperios. Ya del orden imperial sólo pueden ser responsables los interesados en mantenerlo, quienes esperan alcanzar de él mayor provecho. En la medida en que el capitalismo estadounidense se infiltra y penetra en todos los ámbitos de la tierra, la defensa del mismo no puede ya descansar en los limitados intereses de sus subordinados.

Lo más grave es que este mismo éxito ha llevado al propio imperio a diversificarse, a crear intereses que pueden inclusive estar sobre los de la metrópoli. En la segunda gran guerra fueron aniquilados los competidores, y los Estados Unidos tomaron su lugar en diversas partes del mundo. El imperialismo alemán y el japonés fueron vencidos, quedando sus intereses al servicio del capitalismo estadounidense. Los imperios de la Europa occidental, tanto el francés, como el inglés, el belga o el holandés, fueron lesionados en la guerra, y sus intereses, como los de los vencidos, subordinados al capitalismo estadounidense. Así, las que fueran colonias de estos imperios en Asia, África y América latina pasaron a la órbita estadounidense. El imperio llenó el vacío de poder que no podía ni debía ser ocupado por otra fuerza que no fuese la capitalista. Como ya se ha visto, lejos de ser los Estados Unidos el líder del anticolonialismo frente al imperio creado por la Europa occidental y el Japón, se apresuró a ocupar el "vacío" que éstos tenían que dejar.

Los Estados Unidos, al ocupar el "vacío de poder" que dejaba la derrotada Francia después de Dien Puh, en Vietnam, cargaron con los problemas del colonialismo francés y las graves consecuencias de la nueva ocupación. Lo mismo hicieron en diversas partes del mundo. Paradójicamente, en la medida en que la metrópoli del poderoso imperio se vio obligada a mantener un estado policial en diversas partes del mundo, con un elevado costo de vidas y riqueza, los intereses económicos que llenaron el vacío de los que fueran restos de los viejos imperios de Europa y Asia se acrecentarán hasta hacer de la propia metrópoli con sus elementos materiales y humanos, un simple instrumento de los mismos. Los Estados Unidos se encargan ahora de mantener el orden que las fuerzas nacionalistas y anti-imperialistas de diversas partes del mundo ponen en peligro, protegiendo y potenciando los intereses del capitalismo que en el exterior ha ocupado el "vacío de poder" del antiguo imperialismo. "En la segunda guerra mundial -dice

Gareth Stedman Jones-, los Estados Unidos anularon las pretensiones imperiales del Japón, contribuyeron al colapso de Alemania y minaron considerablemente la viabilidad del imperialismo inglés. Enfrentados a la amenaza del movimiento imperialista en estos sistemas coloniales moribundos, los Estados Unidos, cada vez en mayor medida, han tenido que llenar los vacíos y cargar con los costos militares y financieros. El resultado ha sido una curiosa inversión de papeles. Mientras los Estados Unidos vigilan policialmente al mundo y absorben una alta proporción de los costos infraestructurales de la defensa del sistema capitalista internacional, Alemania y el Japón –sólo ligeramente cargados de costos de defensa- se han expandido espectacularmente bajo la sombra militar norteamericana y ahora compiten en los mercados norteamericanos".

#### 44. *¿Fracaso y muerte del nacionalismo latinoamericano?*

Latinoamérica es parte del imperio. Al igual que en el resto del mundo bajo el sistema capitalista, son los intereses salidos de la gran metrópoli estadounidense los que se imponen y crean el horizonte de posibilidad de las llamadas burguesías locales. Las burguesías de la Europa occidental, como las que hicieron posible el Japón moderno, medran ahora a la sombra de los intereses del capitalismo estadounidense, dependiendo su desarrollo del desarrollo de éste. Un desarrollo, un crecimiento que, inclusive, dado que el capitalismo no tiene nación, patria, puede volverse contra su propia matriz. A la sombra del capitalismo estadounidense, cada vez más poderoso, se acrecientan los intereses de los capitalismos locales, lo mismo en Inglaterra, que en Francia, Alemania, Holanda o el Japón.

Latinoamérica no podía quedar fuera de este horizonte de posibilidad. El horizonte de posibilidad de las que hemos llamado burguesías nacionalistas. Los mismos grupos sociales que al nacer el siglo y frente al naciente expansionismo estadounidense se declararon anti-imperialistas. La gran preocupación de estos grupos de intereses, a los que hemos llamado burguesías nacionales latinoamericanas, fue la de incorporarse a un mundo del que se sabían fuera. Esto es, buscaban ser parte del sistema capitalista de otra forma que no fuese ya la de simples donadores de materias primas. En cierta forma esta aspiración ha sido lograda. Están siendo parte del sistema capitalista, de alguna

manera están creando sociedades industriales, transformando la sociedad colonial, heredada de las metrópolis ibéricas, en parte de la sociedad capitalista, sin dejar, por supuesto, el carácter colonial, aunque ahora de acuerdo con las formas establecidas por el capitalismo, es decir, el neocolonialismo.

Lo que va del siglo XX es la historia de los esfuerzos que esta burguesía nacionalista latinoamericana ha realizado para desarrollarse, para ser parte activa del sistema capitalista. Una burguesía distinta de las burguesías europeas y estadounidenses que hicieron posible este sistema. Un grupo social luchando por ser parte de un sistema que no ha creado, pero del cual es menester ser parte activa. Burguesía distinta de la que originó el sistema capitalista, porque su desarrollo, de ser posible, tendrá que depender del que le permita el sistema del que quiere ser parte. De allí, formas de orden social y políticas extrañas, distintas de las que se desarrollaron normal y naturalmente en las sociedades del mundo occidental. Formas como las del orden para la libertad, democracias dirigidas, instrucción liberal obligatoria, etc., que permitan crear los hábitos que en otras sociedades eran naturales y habían dado origen a los individuos y clases que habían hecho posible el capitalismo.

Peculiar de estos grupos latinoamericanos, será la preocupación por alcanzar un supuesto equilibrio de intereses y por realizar reformas sociales que creen el ámbito de posibilidad de mercados para sus igualmente posibles industrias. La industrialización nacional, a que aspiraban las burguesías latinoamericanas, necesitará de mercados para sus productos y éstos sólo podrían darse en la propia nación, entre aquellos grandes grupos sociales que hasta ayer habían venido siendo desplazados y condenados a pagar con sus sacrificios desarrollos que les eran extraños. Por ello, los representantes de esta burguesía en el siglo XX, se enfrentarán también a las oligarquías que hacían descansar su prosperidad en la explotación directa del hombre. Era menester proteger a los grupos sociales más débiles, llevar su nivel económico y social, al menos dentro de lo necesario, para hacer de ellos el posible demandante en el mercado de los productos de la soñada industrialización.

Sin embargo, será también esta misma historia de Latinoamérica del siglo XX la que deje bien claro que nada podrá lograr esta burguesía nacionalista que no permitan antes los

intereses del sistema del que quiere ser parte. No se permitirá nada que lesione, aunque sea en lo más mínimo, los intereses del capitalismo. La Revolución Mexicana, el primer y poderoso esfuerzo encaminado a transformar la sociedad heredada de la Colonia, irá aplicando frenos a su esfuerzo reformista en la medida en que éste pueda poner en peligro la estabilidad del país y su misma independencia. Otras revoluciones, como la de Guatemala y Bolivia, no tendrán siquiera la oportunidad de realizar dicho reajuste, al ser aplastadas por el poderoso puño del imperialismo. La Revolución Cubana, para subsistir, ligará su suerte a la del líder del sistema socialista, participando en la guerra fría desatada entre este sistema y el capitalista. En general, las burguesías nacionalistas latinoamericanas del siglo XX seguirán la misma línea de conducta de sus antecesoras, las burguesías liberales del pasado siglo XIX. Esto es, subordinarán sus intereses a los de la gran burguesía capitalista, medrando a su sombra y haciendo depender su raquítico desarrollo del desarrollo e intereses de ésta.

Al tomar tal actitud, sin embargo, no se podría decir que han hecho violencia sobre sí mismas, aceptando situaciones que considerasen inaceptables. El abandono de reformas sociales, cuando las mismas pueden alterar sus buenas relaciones con el sistema, no implicaba el abandono de sus propias metas. Nunca ha estado en sus propósitos, nunca ha sido su meta, una honda reforma social. Las reformas realizadas, o intentadas, no irán, no podrán ir más allá de lo que es la meta central de sus propósitos: su desarrollo, el de esta burguesía, la posibilidad de su propia existencia. Los intereses de las grandes masas de Latinoamérica habían sido y podían seguir siendo atendidos, pero sólo en la medida en que esta atención sirva al fortalecimiento y desarrollo de las burguesías nacionales latinoamericanas. Estas serán anti-imperialistas, pero no en defensa de los intereses de la mayoría de los pueblos, sino sólo cuando el imperialismo se resista a tomar en cuenta, aunque sea en un mínimo, sus intereses. Estas burguesías se enfrentarán al imperialismo, pero sólo en la medida en que éste se empeñe en mantener el *status* social que Latinoamérica había heredado de la Colonia, opuesto a los intereses y metas de las burguesías nacionales latinoamericanas. Pero dejarán de ser antiimperialistas en cuanto el imperialismo les ofrezca acomodo dentro del *status* capitalista, ya sea como socios menores o como empleados. Por ello, al ser abiertas las posibilidades de participación de estos grupos dentro del sistema, por mínimas que



éstas sean, el anti-imperialismo se transforma en colaboracionismo.

Desde el punto de vista ideológico y político, será ejemplar y característica, entre otras, la postura del APRA, que hará fincar el desarrollo latinoamericano en la subordinación de Latinoamérica a los intereses del inversionismo estadounidense. Otros muchos ejemplos podrían ser señalados. Por ello, el grupo latinoamericano, que al principio del presente siglo se enfrentaba al imperialismo y a las oligarquías surgidas en el último cuarto del siglo XIX, acaba transformándose en un nuevo grupo de oligarquías, subordinando, como los pasados, sus intereses a los del imperialismo occidental que ha logrado su máximo desarrollo en el siglo XX. Oligarquías que, al igual que las que surgieron en el pasado siglo XIX, cierran la posibilidad de desarrollo de otros grupos sociales, los cuales, al igual que los grupos que nutrieron las burguesías nacionalistas, acabarán enfrentándose a éstas.

Todo esto conducirá al abandono de las metas nacionalistas que estos grupos se habían marcado al enfrentarse al imperialismo. Al incorporarse al sistema capitalista, como socios menores o empleados, las metas nacionalistas van resultando estorbosas y anacrónicas. Ligan abiertamente su suerte al imperio, que ha extendido su hegemonía por la casi totalidad del planeta. Pero más que capitalistas, hombres de empresa, lo que surge en Latinoamérica son banqueros o agentes de negocios de los grandes consorcios y poderosos intereses del capitalismo internacional. El desarrollo nacional estará así supeditado a los intereses del desarrollo y defensa del capitalismo. y como en el pasado siglo XIX seguirá siendo más importante para las nuevas oligarquías el provecho circunstancial, derivado del eficaz servicio que ofrecían a los intereses del capitalismo, que no el originado en el desarrollo nacional. Grupos sociales que al saberse tomados en cuenta por el imperialismo, harán lo mismo que sus antecesores en el siglo XIX, esto es, serán abogados o amanuenses de los nuevos intereses. Ayer, ayudaban a los explotadores e importadores de materias primas; ahora, ayudarán a la creación de industrias subordinadas a los intereses del industrialismo internacional. Lejos de pugnar por la plena industrialización de Latinoamérica en beneficio de los propios nacionales, aceptarán la creación de industrias subordinadas, subsidiarias, no básicas, que el sistema va necesitando para su propio desarrollo. Industrias de las que no son agentes activos, sino simples subordinados, gerentes

encargados de su marcha o presta-nombres cuando algún impedimento legal limita la excesiva participación de capitales extranjeros en un país; o bien hábiles abogados, para hacer prevalecer tales intereses sobre las leyes nacionales, o banqueros, para mantener la circulación del capital invertido. Socios menores, pero socios al fin, después de una larga lucha por tratar de logrado. No importa ya el abandono de la posibilidad de hacer de las naciones latinoamericanas naciones semejantes a las que habían hecho posible el imperio capitalista. Se conforman con hacer de sus pueblos colonias del nuevo imperialismo. Las naciones latinoamericanas, y con ellas las grandes masas que las forman, serán mantenidas en el subdesarrollo, ya que el único desarrollo que se permitirá será el que mejor sirva al insaciable desarrollo y apuntalamiento del imperio.

"La burguesía industrial nacional -dice el peruano Ismael Frías-, en extremo débil y dependiente, está definitiva e irrevocablemente identificada con el neocolonialismo externo y el colonialismo interno dentro de los cuales vive y lucra como la totalidad de la oligarquía burguesa intermediaria, de la que ella es parte integrante. Al igual que el resto de su clase, dicha burguesía industrial actúa también como agente del imperialismo yanqui. Y, naturalmente, es enemiga jurada, lo mismo que la oligarquía en su conjunto, del más mínimo cambio revolucionario." Los hombres que forman las neo-oligarquías, dice en otro lugar, "son apenas hombres de paja (con y sin mínima participación accionaria de las poderosas empresas monopolistas norteamericanas. . . , su servilismo y entreguismo no tienen prácticamente límites". Respecto también a la transformación de las oligarquías en Latinoamérica, Aníbal Quijano, refiriéndose concretamente a la peruana, dice: "De una parte, la clase dominante de la sociedad se ha modificado sustancialmente; ha dejado de ser prácticamente oligarquía terrateniente para convertirse en una burguesía dependiente, que se recluta entre los grupos terratenientes vinculados a la producción de agricultura industrializable y de exportación, de los 'grupos dedicados al comercio internacional en gran escala y de los grupos financieros." Y Jorge Bravo Bresani dice: "La decisión, por lo que se refiere a la actividad de estos grupos, está en el exterior: empresas cuyos jefes locales no son más que lugartenientes y mandatarios. . . En suma, lo que queda en nuestras manos y que consideramos como oligarquía es únicamente un conjunto de intermediarios (una masa sin poder propio), pero con suficiente fuerza para mantener el orden de

intereses que le ha sido encomendado." "En el extremo ella no existe más que por delegación del exterior y por aceptación de las clases medias. En última instancia es sólo la más alta capa de la clase media, que se diferencia de su matriz al identificarse con intereses poderosos y foráneos".

45. *¿Furgón de cola del capitalismo o adelantados del socialismo?*

Una vez más, las clases medias latinoamericanas, lo mismo las que enarbolaron el liberalismo en el siglo XIX, como las que levantaron el nacionalismo en el siglo XX, abandonaron lo que idealmente parecían ser sus metas, vendiendo su primogenitura por el plato de lentejas que les ofrece una y otra vez el imperialismo europeo y el neoimperialismo encabezado por los Estados Unidos. En ningún caso surgió el tipo de sociedad que pretendieron crear. Esto es, sociedades semejantes a las que habían hecho posible la sociedad capitalista. Se conformaron con ser servidores de ellas, como sus equivalentes, en la Colonia, lo habían sido de los intereses de las metrópolis ibéricas. Buscando preservar sus limitados intereses, acabaron por renunciar a la posibilidad de su propio desarrollo, subordinándolo a los intereses del sistema visto como único campo de posibilidad. En otras palabras, fracasaron en su intento por semejarse a las clases medias que dieron origen al mundo moderno y al sistema capitalista. De este fracaso habla Ernesto Che Guevara cuando dice: ". . . las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo -si alguna vez la tuvieron- y sólo forman un furgón de cola".

¿De dónde ha de partir ahora la iniciativa para un real cambio tanto en Latinoamérica como en el resto de los pueblos que son simple instrumento del sistema capitalista? Una vez más se vuelve a hablar de las grandes masas trabajadoras del campo y de la ciudad; pero, una vez más también, de la clase media. No ya, por supuesto, de la clase media que originó las oligarquías en el reciente pasado y en el presente, sino de grupos sociales, cada vez más amplios, que no son precisamente parte de estas oligarquías. Grupos sociales cuyos marginados intereses y aspiraciones tropiezan con los de las oligarquías y con los extraños intereses que ellas representan. Parece que se repitiera la historia. La pseudo-burguesía liberal latinoamericana del siglo XIX, al

transformarse en oligarquía, entró en conflicto con grandes núcleos de la misma clase media que fueron puestos al margen del poder. Fueron estas mismas clases medias desplazadas las que se enfrentaron y vencieron a las oligarquías; liberales enarbolando el nacionalismo, el antiimperialismo y la anti-oligarquía. La historia parece repetirse. La misma burguesía nacionalista, al transformarse en oligarquía, obstaculiza las posibilidades de cambio y desarrollo de otros grupos sociales, como son el proletariado del campo y el de la ciudad, pero también de grupos medios, cada vez más numerosos, que el mismo desarrollo del subordinado industrialismo latinoamericano ha acrecentado.

El desarrollo del subdesarrollo ha dado origen a nuevos grupos sociales que no encuentran ya acomodo dentro del sistema creado por las oligarquías latinoamericanas, pero tampoco dentro de los grupos sociales mayoritarios, los trabajadores del campo y de la ciudad. Numerosos miembros de estos, nuevos grupos, a los que también podemos llamar medios, provienen ya de una gran parte de los grupos que llamamos mayoritarios. Son muchos los jóvenes a los que se han abierto posibilidades de instrucción, lo que ha originado a su vez la presión, exigencias y demandas cada vez más amplias de tales grupos. El núcleo del descontento contemporáneo, no sólo en Latinoamérica, sino en la casi totalidad de nuestro mundo, lo forma este amplio grupo, en cuyo centro se encuentran técnicos, profesionistas, intelectuales y estudiantes. Grupo social con una alta conciencia de su marginalización, de su estar fuera del sistema en general y de una determinada oligarquía en concreto. Se vuelve a repetir así la situación que antecedió a los movimientos nacionalistas en Latinoamérica en los finales del XIX Y en las primeras décadas del XX.

Salvo que estos grupos no se declaran ya los adelantados de una supuesta burguesía nacional, capaz de hacer por los pueblos latinoamericanos lo que sus equivalentes hicieron por los pueblos de la Europa occidental y los Estados Unidos. Ponen, por el contrario, el acento en el logro de metas sociales cada vez más amplias. Metas que se alcanzarán a través de reformas sociales en las que han de participar las mayorías latinoamericanas desplazadas una y otra vez. Otros son ya, o pueden ser, los modelos a realizar, y éstos no son ya los de las naciones capitalistas ahora en crisis. Se trata de grupos medios que se saben desplazados del sistema que dio origen a su clase, o bien, originarios de los grandes grupos sociales a los que aún no se ha

hecho justicia. Hijos de campesinos, obreros y pequeña burguesía, pero también insatisfechos hijos de la propia oligarquía. Grupos sociales que se saben parte de un sistema en el que no tienen otro papel que el de dóciles instrumentos. Grupos que se consideran desplazados de los puestos de mando, en manos de la celosa oligarquía poco dispuesta a abandonar prebendas. Son estos individuos los que forman los nuevos grupos medios, los que aspiran a tomar la dirección de la sociedad y los que encabezan el descontento. Descontento siempre latente en diversos grupos sociales que han sido tomados, una y otra vez, como instrumentos de un desarrollo y prosperidad que les son ajenos. Dentro de una conciencia más crítica, expresada en una mayor politización, los individuos que provienen de estos grupos, al encabezar el nuevo descontento, van tomando conciencia de una realidad que el espejismo de un supuesto desarrollo social, fuera del alcance de los grupos medios latinoamericanos, había ocultado.

Pero ¿se repetirá una vez más la historia? ¿La dirección del descontento hará de estos grupos medios los nuevos dirigentes de la futura sociedad latinoamericana, tal y como sus equivalentes lo fueron de la liberal y nacionalista? Y, de tomar tal dirección, ¿acabarán también como en el pasado aceptando el papel de instrumentos de un sistema al que estarán una vez más subordinados? ¿Se formarán nuevas oligarquías? ¿Nuevas formas sociales que no sean precisamente las que viene reclamando la realidad latinoamericana?

Como negación a esta nefasta posibilidad se presentó la Revolución Cubana y, acaso también, pueda serlo la Revolución Chilena. Los líderes de estas revoluciones latinoamericanas se han enfrentado a su realidad en lo que les es propia, y se han mostrado dispuestos a realizar transformaciones más allá de las que reclamarían sus limitados e inmediatos intereses. Encabezando el nuevo descontento, van haciendo suyas reivindicaciones que van más allá de los acomodos de poder en que, una y otra vez, terminaron los intentos revolucionarios de las burguesías en Latinoamérica. Intentos que terminaron en simples acciones reformistas tendientes tan sólo a satisfacer los limitados intereses de estos grupos.

El nuevo descontento plantea soluciones más hondas, cambios de estructuras, transformaciones que tocan la raíz misma del problema, como el de la descolonización, el de la emancipación

frente a la dependencia, emancipación frente a cualquier forma de subordinación. No más la relativa emancipación dentro de la dependencia, desarrollo dentro del subdesarrollo, sino desarrollo puro y simple e independencia absoluta. Algo que sólo podrá lograrse si se realizan reivindicaciones sociales que nunca han sido satisfechas. Esto es, si los nuevos grupos actúan como parte de los grupos sociales que, en el pasado, sólo fueron considerados como instrumentos de sus limitadas reivindicaciones, buscando apenas su propio desarrollo. Ya no deberán ser manipulados los grupos sociales más desamparados, sino que hay que participar con ellos en la solución de problemas que son comunes a todos. El enemigo común es el subdesarrollo, y no es con el enemigo con el que se ha de pactar para el logro de una particular reivindicación. Es el obstáculo común el que ha de vencerse para lograr la satisfacción de reivindicaciones en las que va implícito el futuro de la sociedad latinoamericana en su totalidad. La emancipación será incompleta, como lo muestran los fracasados intentos de las burguesías latinoamericanas, si no abarca los intereses de la totalidad de la sociedad, de la cual los grupos medios son sólo parte. De no ser así, se volvería a caer en nuevas formas de dependencia, tal y como sucedió una y otra vez a los grupos que, en vano, trataron de semejarse a los que fueran sus grandes modelos en Europa y los Estados Unidos.

#### 46. Los nuevos revolucionarios latinoamericanos

En Cuba, un grupo de jóvenes de mentalidad burguesa había desembarcado en el *Gramma* tratando de realizar una revolución. Una revolución, pura y simplemente, burguesa, esto es, encaminada a realizar los sueños de grupos medios liberales del siglo XIX y los nacionalistas del siglo XX. Tropezaron, como todas las rebeliones nacionalistas, con el imperialismo y sus aliados, con la oligarquía en que se había transformado la revolución nacionalista precedente. El nuevo grupo, trataba de no ser "furgón de cola" del imperialismo, sino ariete del socialismo, considerando esta solución como la única capaz de satisfacer las reivindicaciones de los grandes grupos sociales que una y otra vez fueron mediatizados. En vez de ligar su suerte al imperialismo y formar otra oligarquía, el nuevo grupo social se incorporó abiertamente a aquellos que en vano habían tratado de alcanzar la satisfacción de viejas reivindicaciones. La lucha, al lado de estos grupos marginados,



haciendo de la guerra la única posibilidad de satisfacción de sus reivindicaciones, va a cambiar la mentalidad de los adelantados del nuevo descontento. Ernesto Che Guevara ha descrito emotivamente la transformación que él, Fidel Castro y quienes marchaban en esta aventura, fueron sufriendo al pugnar por alcanzar unas metas que no habían sido contempladas en sus primeras acciones. Es ésta -dice el Che Guevara- una revolución singular, en la que algunos han creído ver un desajuste con respecto a una de las premisas de lo más ortodoxo del movimiento revolucionario, expresada por Lenin así: 'sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario'. Convendría decir que la teoría revolucionaria, como expresión de una verdad social, está por encima de cualquier enunciado: es decir, que la revolución puede hacerse si se interpreta correctamente la realidad histórica y se utilizan correctamente las fuerzas que intervienen en ella, aún sin conocer la teoría." "...Hablando correctamente de esta revolución, debe recalcarse que sus actores principales no eran exactamente teóricos, pero tampoco ignorantes... Esto hizo que, sobre la base de algunos conocimientos teóricos y el profundo conocimiento de la realidad, se pudiera ir creando una teoría revolucionaria." Que no podía volver a caer en los errores de los grupos que aspiraron a hacer otras revoluciones. La experiencia de los grupos liberales y nacionalistas mostró cómo les hacía falta el conocimiento de la realidad que trataban de transformar. De allí el utopismo, las limitaciones y el fracaso de revoluciones que, una y otra vez, acabaron en acciones reformistas, destinadas sólo a acomodar dentro del sistema las limitadas ambiciones de los grupos que habían hablado de grandes transformaciones. Estos en ningún momento tocaron el problema de la dependencia, salvo líricamente el de la no subordinación a este o aquel poder imperial; a lo más que se aspiró fue a lograr la postura más cómoda dentro de la subordinación. Forma de dependencia en la que resultaba una imposibilidad la pretensión de formar naciones semejantes a las que habían hecho posible el imperio. El imperio, un poder imposible de limitar y aún menos de esperar que se autolimitara. Por ello los grupos medios latinoamericanos, lejos de llegar a ser como los grupos medios europeos y estadounidenses que les servían de modelo, a lo más que podían aspirar era a ser sus amanuenses, sus representantes, sus intermediarios y guardianes del orden que les era propio. La posibilidad de

alcanzar la anhelada semejanza dependerá, simplemente, de la capacidad de las clases medias latinoamericanas para romper toda forma de dependencia. Y los intentos, cuando los hubo, recibieron de inmediato, la más violenta respuesta.

La solución, sin embargo, seguía siendo la misma, la de la emancipación total, la de la negación de cualquier forma de dependencia. Una negación que debía realizarse en su más amplia expresión, enfrentando la totalidad de la dependencia. Había que actuar, no ya a nombre de un determinado grupo social, sino a nombre de todo un pueblo, para la totalidad del mismo; parte de este mismo pueblo eran los grupos medios que ahora deberían ya actuar en pro de reivindicaciones totales. Las oligarquías latinoamericanas, para poder mantener sus limitados privilegios, habían renunciado a los sueños nacionalistas de sus mayores, aceptando un pequeño puesto en el sistema al que ligaban su suerte; los nuevos grupos medios tratarán ahora de llevar a sus últimas consecuencias revoluciones que antes se frustraron, ligando su suerte a la de los grupos sociales siempre marginados. . En este sentido, las ideas de los más auténticos líderes del liberalismo y el nacionalismo latinoamericano tendrían que coincidir con las de los revolucionarios socialistas latinoamericanos. Los ideales de un Bolívar y un Martí eran los mismos ideales de los revolucionarios de nuestros días, empeñados en realizar ideales semejantes, buscando como ellos resquicios en la realidad en que tales ideales pudiesen ser posibles.

En tal sentido son las ideas de Salvador Allende, presidente constitucional de la República chilena, respecto a la realización del socialismo por y para la clase trabajadora. Dentro de esta clase quedan incluidos sectores sociales considerados de clase media; de la clase media que ahora toma la vanguardia en las revoluciones que se intentan en Latinoamérica y en varios lugares del tercer mundo. Alan Hower, del *Televisión News Service* de Nueva York, preguntó al presidente Allende: "¿Cuáles son las pre-condiciones necesarias para tener en Chile una república de obreros y campesinos?". A lo que Allende contestó: "Nosotros no hemos hablado nunca de una república de obreros y campesinos. Hemos hablado siempre de un gobierno de trabajadores y no circunscribimos a los obreros y campesinos, la responsabilidad del manejo y la intervención del gobierno."

Esto es, la responsabilidad de un gobierno socialista recaerá, tanto en su etapa de transición como en la de su institución, en un grupo social más amplio, de trabajadores, pero no pura y simplemente de obreros y campesinos. ¿Quiénes forman estos grupos considerados, también, como trabajadores? "Pensamos -agrega- que los empleados, los técnicos, los profesionistas, los pequeños y medianos comerciantes e industriales son fuerzas sociales que deben estar y están con nosotros para la gran tarea nacional que tenemos por delante."

En otras palabras, al lado de las grandes masas de trabajadores de las fábricas, de las industrias y del campo deberán estar grupos sociales que también trabajan en otras áreas de la vida social y no perciben los legítimos frutos de este trabajo. Grupos sociales, clases medias, que no forman parte ni de la burguesía nacional, ni de la oligarquía que la misma ha formado y puesto al servicio de intereses que trascienden los nacionales. La posición de estos nuevos grupos, dice Allende, es muy distinta "a la posición de los sectores de la alta burguesía, a los sectores de la oligarquía vinculados al capital foráneo o a los terratenientes". Obreros, campesinos, empleados, técnicos, profesionistas y, por ende, quienes se preparan para esta actividad como los estudiantes, al lado de pequeños y medianos comerciantes e industriales, forman lo que llama Allende los trabajadores y son ellos, también, los que harán posible el socialismo a que aspira la Revolución Chilena. Todos ellos, dice Allende, son trabajadores; ya he definido, agrega, "lo que entendemos por trabajadores: todos aquellos que viven de su propio trabajo, de su propio esfuerzo y no fundamentalmente de la explotación del hombre por el hombre".

Es esta ineludible situación, que la realidad histórica y social ha impuesto a pueblos sometidos, bajo dominio, bajo dependencia, como los latinoamericanos, la que ha sido olvidada por los grupos medios, que enarbolando banderas liberales y nacionalistas intentaron crear sistemas sociales semejantes a los de la sociedad capitalista, siendo que, dentro de la misma, no podían ser sino un puro y simple instrumento. Estos grupos encabezan revoluciones, pero pretendiendo hacer de ellas un instrumento al servicio de sus limitados intereses. Intereses limitados, dependiendo de los intereses de la sociedad que en vano trataron, una y otra vez, de imitar. Dentro de la sociedad capitalista no tienen otro papel que el de simples servidores.

Grupos que llegaron tarde a la historia del desarrollo del capitalismo y que no tienen dentro de él otro lugar que el de servidores leales o trabajadores explotados. No pudiendo crear un sistema propio dentro del capitalismo, participan en él como instrumentos de la explotación del hombre por el hombre. La conciencia de esta situación es la que ha hecho, en nuestros días, que individuos que tienen su origen en estos grupos medios ligen su suerte, no ya al explotador, sino a los explotados, de les que se saben parte. Esto es, conciencia cada vez más amplia en Latinoamérica que va aumentando el número de combatientes al servicio de una nueva nación que debe ser de trabajadores al servicio de sus propios fines. Por ello, dice Allende: "He hablado de los trabajadores y he dicho que éste es un gobierno de los trabajadores. Y dentro de los trabajadores, indiscutiblemente el factor más importante es el proletariado."

#### *47. La nueva iglesia latinoamericana*

Fue herencia de la colonización ibera lo que el mexicano José María Luis Mora llamó "cuerpos de intereses", los propios del clero y de la milicia. Sobre estos cuerpos descansó el orden que sucedió al colonial en Latinoamérica. A ellos se enfrentó la revolución liberal a lo largo de todo el continente latinoamericano. Guerras fratricidas ensangrentaron por varias décadas a los pueblos que se habían emancipado políticamente de las metrópolis iberas, pero no de los hábitos, costumbres y cuerpos de intereses que ocuparon el vacío de poder dejado por las metrópolis. A estos cuerpos de intereses se enfrentaron los grupos medios que, en Latinoamérica, aspiraron a hacer de sus pueblos naciones semejantes a los grandes modelos, europeo y estadounidense. El liberalismo, tomando diversos nombres, se enfrentó al conservadurismo, cuyos pilares eran el clero y los militares. Cuerpos de intereses empeñados en mantener el orden colonial, ya fuera del control de las metrópolis. Triunfante el liberalismo, estos mismos cuerpos se hicieron parte activa del supuesto orden liberal-burgués, al transformarse en oligarquía.

Al iniciar el imperialismo estadounidense su expansión sobre Latinoamérica, la oligarquía, el clero y la milicia se aprestaron a servir a tal expansión, tropezando de inmediato con la resistencia de los grupos medios, desplazados del sistema, que enarbolaron la bandera nacionalista y antiimperialista. El clero y los



militares se mostraron eficaces servidores del nuevo imperio, instrumentos del neocolonialismo. Paradójicamente, cuando se habla del papel del clero haciendo esfuerzos para frenar la modernización de Latinoamérica para así servir mejor a los intereses de su cuerpo, se piensa en una iglesia al servicio de Calvino, esto es, al servicio de los intereses del puritanismo que originó el imperialismo estadounidense.

Los nacionalistas latinoamericanos en el siglo XX, como los liberales en el siglo XIX, se enfrentarán abiertamente a estos cuerpos, los cuales impedían la realización de metas que se habían marcado ante la expansión estadounidense. En esos cuerpos encontrará el Imperialismo sus mejores aliados y los guardianes de sus acrecentados intereses. Por ello, al transformarse el propio nacionalismo latinoamericano en un nuevo conjunto de oligarquías, el imperialismo encontrará más seguro hacer depender la defensa de sus intereses de cuerpos como el militar, que, transformado en gorilato, irá desplazando al titubeante núcleo nacionalista latinoamericano, no considerado ya como un buen instrumento para los fines del imperio. A lo largo de esta historia, los militares, apoyados por el imperialismo, irán desplazando a los grupos medios nacionalistas que aún se empeñaban, aunque fuese limitadamente, en hacer realidades para sus pueblos los que fueran sueños del liberalismo y del nacionalismo latinoamericano. Al lado de los cuerpos encargados del orden estará también la bendición de un clero, justificándolos. Una situación que cambiará hondamente a partir de la década de los sesenta.

El 28 de octubre de 1958, muerto el papa Pío XII, la iglesia designa a un anciano cardenal, Angel Roncalli, de origen humilde, como sucesor del pontífice. Por su edad se le consideró como un papa de transición, pero ya el mismo nombre por él adoptado, Juan XXIII, indicará que no será así. Con tal nombre buscaba ligar a la iglesia con su origen, con el ya olvidado pasado, con la doctrina impresa por Jesucristo al fundarla. *Mater et magistra* señala este extraordinario cambio, el de la vuelta de la iglesia servidora de' pobres y humildes. No más iglesia como intermediaria de Calvino o de Lutero para afianzar el mundo que éstos habían originado. Frente a los nuevos poderes, los del capitalismo -curiosamente intrincado con el nacimiento y desarrollo del protestantismo, como lo ha mostrado Max Weber-, están los pobres, los una y otra vez explotados. Estos, los muchos, son los que deben ser atendidos

por la iglesia. Pero no para seguir prometiéndoles felicidad en otra vida, la felicidad que el racionalismo contemporáneo ha puesto en duda, sino la felicidad en esta vida actual y concreta.

Los pobres no tienen por qué sufrir con resignación las penas de esta vida, a cambio de la supuesta felicidad en esa otra vida beata, utópica. Es aquí y ahora donde han de realizarse cambios que hagan de los pobres partícipes de la prosperidad y de la riqueza a que su trabajo está dando origen. Abolición de todas las desigualdades, participación obrera en los beneficios del capital, coestión en las empresas, etc., son metas que aproximarán a la iglesia al socialismo. Y para que todo esto sea posible, el papa convoca al II Concilio Vaticano, que ha de despertar a la iglesia en mora, y para que con su acción escape de las manos de Lutero. La iglesia así renovada hará saber a los pobres, a los débiles y a los enfermos que "no están solos, ni separados, ni abandonados".

El sucesor del papa revolucionario, de una revolución realizada en cuatro años y medio, es Paulo VI, que mantiene la línea post-conciliar y la prolonga con la encíclica *Populorum progressio*, dada a conocer el 26 de marzo de 1967. Aquí se vuelve a hablar de la miseria en medio de la opulencia, del obligado subdesarrollo de unos pueblos para que paguen el insultante desarrollo de otros. Se habla de la dependencia colonial y de los imperios del capitalismo. Se habla de la violencia para acabar con toda protesta, con todo lo que trate de poner fin a la injusticia. Injusticia que acaba siempre desembocando en atroces guerras que, como siempre, sufren las explotadas mayorías. Los intereses atacados por la encíclica no vacilan en acusar a la misma de sostener un marxismo embozado. La iglesia, sin embargo, temiendo la aceleración de sus miembros, da origen a opiniones, declaraciones y explicaciones, tratando de hacer menos alarmante su participación en el ineludible progreso social del mundo. Pero ya es tarde; la iglesia esta en movimiento, sus miembros se agitan, discuten y dan pasos para no ser más parte del "cabús" del carro capitalista, para no seguir siendo instrumentos en manos de Lutero y Calvino. Buscan ser militantes activos al servicio de los pobres, ayudándoles en sus reclamaciones de justicia y estimulándolas. Quieren la felicidad del hombre, pero en la tierra; aquí y ahora y para todos los hombres sin discriminación alguna.

Pablo VI rompe con el enclaustramiento del Vaticano y se desplaza hacia donde están los pobres, los pobres que tanto amaba Jesús. Primero a la India, después a América latina. El 22 de agosto de 1968 desciende en Bogotá. Un año difícil en la historia de muchas naciones del mundo; y en una parte del mismo, no menos difícil y conflictiva. Los ricos, hipócritamente, esperan palabras que justifiquen sus intereses, pero también las esperan los pobres. Los pobres, que están siendo alentados por la Iglesia de *Mater et magistra* y *Populorum progressio*. Varios sacerdotes en Latinoamérica no sólo se niegan a seguir siendo instrumentos de oligarquías e imperialismos, sino que, inclusive, mueren con las armas en la mano para reivindicar los derechos de los pobres. Un signo de esta iglesia es Camilo Torres, muerto dos años antes luchando por los pobres con algo más que oraciones y buenas intenciones. Algo semejante esperan los que ya son llamados los "subversivos de Jesús". "El deber de todo cristiano -dicen- es ser revolucionario. El deber de todo revolucionario es hacer la revolución." ¿Podrá convivir el ratón con el gato?, ¿el tiburón con las sardinas? A la violencia del golpe en la mejilla, ¿se debe contestar ofreciendo la otra mejilla? ¿Es esto cristiano? Los subversivos dentro de la iglesia exigen cambios; pero cambios inmediatos que satisfagan necesidades actuales. No hay otra vía.

Entre el 26 de agosto y el 6 de septiembre de 1968 se reúne en la ciudad de Medellín la Segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM). Conferencia que había sido inaugurada por el propio pontífice en Bogotá. Allí, su santidad había puesto énfasis en el rechazo de la revolución y de algunos aspectos que habían sido destacados por su propia encíclica *Populorum progressio*. Se olvidan, inclusive, los problemas de la dependencia originados con el colonialismo y el neocolonialismo. El CELAM toma otra actitud, partiendo de su realidad, que es también la del llamado tercer mundo. La palabra clave en la Conferencia será la de "liberación". Se habla allí de aspiraciones liberadoras, de compromiso liberador, de educación liberadora, de proceso de liberación y de signos de liberación. Al CELAM, en su primera reunión ordinaria, en 1955, sólo le había preocupado la falta de sacerdotes, y en otras reuniones se había mostrado combativa frente al comunismo. En 1968 se realiza un gran cambio. Se habla de la injusticia, de la dominación y de la dependencia, Y frente a la dependencia se habla de libertad y de liberación. Por encima de los nuevos y tibios discursos del papa frente a la revolución estaba su propia encíclica, en la que se había enfrentado a la dominación y al

neocolonialismo. Será esta revolución, expresión del papa y de la iglesia, la que ofrezca la base de la declaración final del CELAM en Medellín. El episcopado, la iglesia latinoamericana, hablará ya por sí misma, haciendo sentir el afán de liberación que le embarga.

¿Qué significado tiene para la iglesia el descontento que, llevado a la desesperación, se transforma en violencia? "A la luz de la fe que profesamos -dice el mensaje final del CELAM a los pueblos latinoamericanos- hemos realizado un esfuerzo para descubrir el plan de Dios en los 'signos de nuestro tiempo'." "Las aspiraciones y clamores de América latina son esos signos que revelan la orientación del plan divino." Los signos apuntan a la liberación, y hacia ella deberá encaminarse la iglesia en Latinoamérica. La iglesia es parte de la historia de esos pueblos; pero deberá ser parte positiva de la misma, uniendo su suerte a la de los millones de hombres que han venido sufriendo dominio, violencia y explotación. "La iglesia, a pesar de sus fallas y limitaciones, ha vivido con nuestros pueblos el proceso de colonización, liberación y organización -dice el CELAM-. Está incorporada a su historia y es como parte del ser latinoamericano." La iglesia no pretende competir con los diversos intentos de solución, sino participar en ellos. "Quiere más bien alentar los esfuerzos, acelerar la urgencia, ahondar la profundidad, acompañar todo el proceso de cambio con la luz de los valores evangélicos." "Queremos sentir los problemas, percibir sus exigencias, compartir las angustias y descubrir los caminos." Al lado, hombro con hombro con los pobres, con los humildes, con los que sufren injusticia y dominación.

"América latina -sigue el mensaje- parece vivir bajo el signo trágico del subdesarrollo, que no sólo aparta a nuestros hermanos del goce de los bienes materiales, sino de su misma realización humana." "Diariamente llega hasta nosotros el grito de angustia, y no pocas el de desesperación." "En este vía crucis de nuestros pueblos se presenta un hecho nuevo: la toma de conciencia rápida y masiva de la situación, sobre todo por parte de los grupos humanos postergados, que son los más luminosos. Este despertar se caracteriza por el deseo consciente de participar en los bienes de la civilización y de la cultura, así como en el afán de ser sujetos decisivos de su historia." "Nuestros pueblos aspiran a su liberación y a su crecimiento en humanidad, a través de la incorporación y participación de todos en la misma gestión del proceso personalizante." Habrá que integrar los esfuerzos de estos

pueblos, participar en ellos, no para conducidos, sino para actuar como parte de los mismos. "A fin de que esta integración responda a 'la índole de los pueblos latinoamericanos -sigue el mensaje-, deberá contarse con los valores que les son propios, con todos y cada uno, sin excepción. La imposición de valores y criterios extraños constituirá una nueva y grave alienación.'" "Estimamos. . . irreconciliable con nuestra situación de subdesarrollo, tanto la inversión de recursos en la carrera de armamentos, la burocracia excesiva, los gastos de lujo, las ostentaciones, como la mala administración de la comunidad," "Forma parte de nuestra misión denunciar con firmeza aquellas realidades de América latina que constituyen una afrenta al espíritu del evangelio."

América latina y, con América latina, otros muchos pueblos en situación semejante, buscan su liberación, luchan por alcanzar el desarrollo propio de las comunidades de hombres. Por ello, el mensaje agrega, pasando del plano latinoamericano al plano internacional, el del hombre sin más: "América latina intentará su liberación a costa de cualquier sacrificio, no para cerrarse sobre sí misma, sino para abrirse a la unión con el resto del mundo, dando y recibiendo en espíritu de solidaridad." "En forma particular juzgamos decisivo en esta tarea el diálogo con los pueblos hermanos de otros continentes, que se encuentran en situación semejante a la nuestra. Unidos en los caminos de las dificultades y de las esperanzas, podemos llegar a hacer que nuestra presencia en el mundo sea definitiva para la paz." Respecto a los pueblos que ya han vencido las dificultades por las cuales atraviesa Latinoamérica y los pueblos del tercer mundo, el mensaje les recuerda que éstos no exigen para sí mismos nada que ellos no hayan exigido o exijan para sí. "Les recordamos que no puede haber paz sin respeto de la justicia internacional. Justicia que tiene su fundamento y e presión en el reconocimiento de la autonomía política, económica y cultural de nuestros pueblos. "Tenemos fe en los hombres, en los valores y en el futuro de América latina", termina diciendo el mensaje.

La iglesia, una parte importante de ella, abandonando toda actitud paternalista, liga su suerte a los pobres, a los que han venido y vienen sufriendo injusticias. Se sabe parte del pueblo, parte de su historia, como parte de la historia del hombre. Frente a esta nueva actitud surgirá la acusación de los poderes establecidos, del sistema, llamando a los miembros de esta iglesia subversivos. Los altavoces de la oligarquía latinoamericana, los de

los grupos sociales que han preferido ligar su suerte al explotador, aunque sea con el carácter de sirvientes, enarbolan las viejas banderas liberales contra lo que llaman la intromisión de la iglesia, del clero, en la vida pública. Su poder es espiritual, declaran, por ello los sacerdotes no tienen por qué hacer denuncias justas o injustas. El liberalismo deberá enfrentarse una vez más a este nuevo intento clerical; como antes se enfrentó al clero, empeñado en mantener el *status* colonial. La iglesia no tiene que hacer nada en este mundo, sus miembros deberán mantenerse al margen, o, por supuesto, apoyando espiritualmente el orden creado por el liberalismo, que si bien no libera al hombre, ha originado la prosperidad para los mejores y más aptos.

Se trata, sin embargo, de otra iglesia. Sus seguidores no son ya el clero que excomulgó a los primeros liberadores latinoamericanos y bendijo la sentencia de su muerte. Tampoco es ya el clero que ofrece el cielo a los humildes a cambio de su pasividad en la tierra. Es un clero de hombres, de hombres cristianos, que quieren hacer realidad el espíritu del evangelio.

Así lo reconocerán revolucionarios latinoamericanos como Lázaro Cárdenas cuando dice, al hablar de las corrientes liberadoras de la América latina de nuestros días: "Entre éstas, tiene especial significación la alianza inusitada con clérigos católicos que, imbuidos de verdaderos sentimientos humanistas, han levantado su voz y luchan por liberar social y nacionalmente a los pueblos latinoamericanos." Nada tienen que ver estos clérigos con los que combatiera la Reforma y la Revolución. Su voz, sus denuncias, lejos de estar contra los pueblos están a su lado. Salvador Allende hablará, por su lado, del aporte de esta iglesia a la lucha de los pueblos latinoamericanos por la justicia y la liberación. "Ya los obispos de la iglesia católica -dice en su conferencia de Medellín- criticaron duramente al sistema capitalista, por ser éste generador de la violencia institucionalizada, en nombre de la cual se pretende muchas veces imponer una falsa paz."

#### 48. Los militares revolucionarios

El 3 de octubre de 1968 las agencias de noticias informaron de un nuevo golpe militar en el Perú. ¿Un nuevo gorilazo? El presidente constitucional, Fernando Belaúnde Terry,

había sido expulsado del poder. Los golpistas se declararon de inmediato nacionalistas y revolucionarios. Su primer acto, una semana después, fue la ocupación por el ejército de la planta de la International Petroleum Company (IPC), y a continuación la expropiación y decomiso de propiedades y bienes de la compañía. De inmediato se dieron las presiones internas y externas que fueron denunciadas por el gobierno militar peruano. ¿Qué había pasado? Poco antes, en agosto del mismo año, pese a las promesas de nacionalización del petróleo hechas por el presidente Belaúnde, éste había celebrado un acuerdo no satisfactorio para el Perú, con la empresa petrolera. El golpe militar fue la inmediata respuesta del ejército a tal acto. Se expulsará al presidente Belaúnde Terry por "haber traicionado los verdaderos intereses de la nación". A este acto revolucionario siguió otro en junio de 1969: la reforma agraria. A ellos seguirán medidas reivindicatorias sobre minas, bancos, prensa, etc. El líder del gobierno militar, general Juan Velasco Alvarado, insistirá, una y otra vez, en la necesidad de "romper la espina dorsal de la oligarquía". De la oligarquía que consideraba a los miembros del ejército como simples "perros guardianes de sus privilegios". Son estos privilegios, lo declaran los militares peruanos, los que han mantenido el subdesarrollo en el Perú, al igual que en otras partes de esta América. Son ellos los que han impedido la incorporación del Perú en el desarrollo mundial. De allí la necesidad de acciones como las que implicaban recuperar para la nación sus propias riquezas. Entre ellas el petróleo. La reforma agraria sería a su vez punto de partida de todo posible desarrollo. Nacionalizaciones y reforma que habían sido esgrimidas demagógicamente, pero nunca realizadas por el APRA ni por Acción Popular. Ahora serían una realidad. Los militares daban ya este paso. ¿Los militares podían tomar la iniciativa en un proceso en que había fracasado la burguesía nacionalista latinoamericana? ¿Se pondría fin al proceso que sólo había conducido a nuevas oligarquías, siempre al servicio de los intereses del imperialismo?

Los que fueran considerados perros guardianes de la oligarquía y el imperialismo tomaban su puesto en el proceso de liberación y cambio de un pueblo en Latinoamérica. Lejos de aceptar, como lo hacían los brasileños, el papel de guardianes del orden capitalista estadounidense en Sudamérica, se transformaban en puntales de una revolución que ya estaba en marcha tanto en esta América como en otras partes del mundo. Las metas eran nacionalistas, pero aspirando a un nacionalismo que consideraba

en bloque los intereses de todos sus miembros, de todos los grupos sociales que uniformemente habían de desarrollarse como parte que eran de la nación.

Frente a esta revolución, un tanto inusitada en Latinoamérica, un marxista, Ismael Frías, no vacila en afirmar: "Estamos muy lejos de crear sistemáticamente la ilusión de que este régimen fatalmente habrá de transformarse en socialista, por obra y gracia de nuestros jefes militares. Como marxistas negamos que exista la fatalidad histórica. Lo que afirmamos es que la Revolución Nacional, comenzada el 3 de octubre de 1968, tiene ante sí dos alternativas a elegir: avanzar hacia el desarrollo por la vía no-capitalista, vale decir socialista, o, por el contrario, retroceder por el camino capitalista hacia una nueva forma de dependencia y atraso neocoloniales. Luchamos en favor de lo primero naturalmente." ¿Harán entonces los militares lo que no fueron capaces de hacer los civiles nacionalistas en Latinoamérica? "Y no ocultamos nuestra esperanza nacional - agrega Ismael Frías- en que los jefes de la fuerza armada que tuvieron la histórica iniciativa de empezar la ruptura de la dependencia externa y la quiebra de la dominación interna que padecía el Perú, se decidan a tiempo por el socialismo. ¿Por qué no han de poder hacer ellos lo que ya habían hecho otros militares del tercer mundo, como los egipcios, los sirios y los birmanos?"

Un ejército al servicio de la nación, y por ende del pueblo que la hace posible. Y en función de este servicio, los militares peruanos justifican una acción que no consideran golpista, sino revolucionaria. "El gobierno anterior -dice el general Velasco Alvarado-, nacido legítimamente por voluntad popular en 1963, se constituyó y se hizo ilegítimo en su ejercicio por su servicio incondicional a los intereses de grupo; por proporcionar apoyo a los apetitos económicos de quienes en casi toda nuestra vida republicana hicieron escarnio de nuestra soberanía y nos explotaron con alma de traficantes de esclavos. Tanto el gobierno como el parlamento incumplieron la Constitución. Por eso, ante la conciencia más exigente, el advenimiento del gobierno revolucionario fue un imperativo que nuestros mayores habían grabado como mandamiento supremo en el artículo 213, que ordena a la fuerza armada "asegurar el cumplimiento de la Constitución y de las leyes". Frente al gorilismo que se presentaba como defensor del orden que la subversión ha alterado, el nasserismo latinoamericano se presentará como defensor de los

intereses del pueblo. Intereses que habían sido puestos de lado por el civilismo corrupto. Estos grupos, supuestamente revolucionarios, habían hecho al pueblo promesas que una y otra vez eran olvidadas. Los militares, considerándose parte del pueblo, se imponen la tarea de cumplir tales promesas. En el Perú, el presidente constitucional Belaúnde, pese a haber prometido realizar reformas en determinado plazo, transcurrido éste, las mismas pasarán al olvido, preocupado él tan sólo por mantenerse en el poder, buscando componendas con la oligarquía y los intereses extranjeros que ésta representaba. "Nuestros esfuerzos - dice Velasco Alvarado en otro lugar- están cimentando el resurgimiento del Perú, pese al resentimiento de unos pocos y las presiones de toda índole que estamos soportando de parte de elementos extranjeros que creyeron que el Perú sería eternamente feudo." Deseamos, agrega, que "no se piense de nosotros como de un país al que se puede mantener en estado semicolonial o mediatizado por la compra de voluntades o por la amenaza". Internamente "[queremos] que se llegue al convencimiento de que propugnamos una revolución pacífica que, evitando el caos y la violencia, haga realidad una distribución más justa de la riqueza, y logre mejorar aceleradamente los niveles de vida hasta alcanzar uno humano, aceptable y digno para la mayoría. . ."

Frente a las presiones y pretensiones de los Estados Unidos, el jefe militar revolucionario expone ideas que recuerdan las del cardenismo en México, el peronismo en la Argentina y el varguismo en el Brasil. "El Perú, como país soberano y libre, no acierta a comprender, ni podrá aceptar, que una nación poderosa que guía los destinos del mundo occidental pretenda aplicar sus leyes fuera de su territorio; y, lo que es más grave. amparar con ellas los intereses de una empresa que manifiestamente actúa al margen de las leyes peruanas y de la moral, y que procede con prepotencia, sin importarle ni la dignidad ni la soberanía de nuestro país." Y frente a este mismo imperialismo se va más allá, se plantea la necesidad de enfrentarlo a nivel continental. "Así como en la gesta libertadora del siglo pasado. los pueblos iberoamericanos lucharon hermanados por alcanzar su libertad política -dice Velasco Alvarado-, la cruzada que hoy libran por superar su estado de subdesarrollo reclama que, como ayer, estrechen filas en torno a su emancipación económica." Fue así como unieron sus fuerzas en el pasado los patriotas argentinos, chilenos, peruanos, ecuatorianos, colombianos y venezolanos, bajo el mando de un Bolívar, un San Martín, un Sucre y otros grandes

libertadores, hasta lograr la independencia latinoamericana. "La batalla que hoy se libra en este pedazo de la tierra de San Martín y de Bolívar, es un enfrentamiento desigual en que se juega mucho del destino de nuestro continente que hoy, más que nunca, eleva al rango de su conciencia más preclara la convicción de que el camino de su unidad es el camino de su salvación definitiva." ". . . por ser la causa del Perú una expresión veraz de la causa de todo el continente, nosotros esperamos y demandamos la solidaridad de los pueblos fraternos de América latina." "Las armas de esta milicia, como las de la milicia que hizo posible la independencia política de la América latina, están prestas a realizar la segunda y definitiva independencia latinoamericana." "Somos conscientes - dice el líder peruano- de la oposición despiadada de quienes siempre han sido usufructuarios directos del subdesarrollo de nuestra patria. Pero, también, sabemos que la fuerza armada del Perú y su gobierno tienen la más profunda convicción de que las imperativas tareas de la transformación nacional no pueden ser eludidas ni postergadas por más tiempo."

#### 49. *Encuentro con el mundo y el hombre sin más*

La clase media -aquella que vive de su trabajo sin explotar a otros hombres, grupos o clases y que, inclusive, es objeto de explotación- toma así conciencia más clara de su situación en una sociedad que, en forma alguna, puede semejarse a la de la gran burguesía internacional que la explota. Conciencia de que dentro de la sociedad capitalista no tiene otra alternativa que la de ser servidor, lacayo, de los intereses de esta sociedad, o bien la de ligar su suerte a las grandes masas de trabajadores que, como ella, son objeto de inhumana explotación. para luchar al lado de estos grupos por cambiar la misma. Las oligarquías, cuyos miembros tuvieron ya la oportunidad de elegir, lo habían hecho ya, ligando su suerte, como siervos, a los intereses del imperio originado por el capitalismo. Pero los grupos medios, a que se refería el presidente Salvador Allende, como trabajadores, van tomando su puesto, en varios lugares de Latinoamérica, al lado y como parte de la gran comunidad de pueblos latinoamericanos. A estos grupos se suman, como otra expresión de los mismos, los miembros de la iglesia postconciliar latinoamericana, que han hecho suyas las ideas revolucionarias de Juan XXIII y Pablo VI, poniendo de lado aquellas ideas que niegan la necesidad de la revolución libertaria en Latinoamérica y otras zonas del mundo. Y



al lado de estos mismos grupos, como expresión también de esos grupos medios, una milicia como la peruana que se niega a seguir haciendo de perro guardián de intereses extraños a los de su pueblo, poniendo, por el contrario, la fuerza que las armas en sus manos representa, al servicio de los intereses de este pueblo. Enfoques distintos, pero que tienden a una sola y gran meta, la transformación social, política y económica de los pueblos latinoamericanos.

Las burguesías nacionalistas latinoamericanas pugnaron por la creación de sociedades en las que se equilibrasen los intereses de los diversos grupos que las formaban. Hablaron de un equilibrado reparto de sacrificios y de beneficios. Pero lo importante fue el mantenimiento de la gallina de los huevos de oro. Esto es, del pueblo del cual dependía la posibilidad del desarrollo de esta burguesía. Se mantuvo un estricto control por lo que respecta a las ineludibles concesiones que era menester otorgar a la gran masa. Esto es, las concesiones indispensables para potenciar los mismos intereses de esta burguesía. Concesiones para permitir la existencia o posibilidad de los mercados que necesitaba la industria que esta burguesía pretendía crear. Décadas de experiencia demostraron, sin embargo, la imposibilidad de este equilibrio y, menos aún, de la aparición de fuerzas sociales capaces de hacer por las naciones latinoamericanas lo que sus equivalentes en Europa y los Estados Unidos habían hecho por las grandes naciones capitalistas. Los intereses de estas mismas naciones, los intereses de los supuestos modelos, impidieron la misma posibilidad del desarrollo que era menester alcanzar para hacer de Latinoamérica un conjunto de naciones de corte capitalista.

De todo ello se toma ahora conciencia. Conciencia de la lucha contra el imperialismo, pero a niveles que no son ya los que se plantean dentro de la metrópoli capitalista. Ya no es la relación de explotación vertical que realizan los dueños de los instrumentos de producción sobre los trabajadores, haciendo de ellos instrumentos; la explotación es aquí horizontal, y origina un conjunto de naciones que se han desarrollado a costa de la explotación de una gran mayoría de pueblos mantenidos en el subdesarrollo. Es la explotación del imperialismo sobre sus colonias. Una explotación que abarca, sin discriminación, a los diversos grupos en que pueda estar organizado el orden de las colonias. Un orden dentro del cual las oligarquías no tienen otro

papel que el de testaferros de un orden extraño a sus pueblos. El imperio explota, utiliza, mediatiza por igual a los diversos grupos que forman el orden propio de los pueblos colonizados. Orden dentro del cual sólo cabe la complicidad a cambio de los limitados privilegios que se pueden otorgar a la misma. Otros, sin embargo, podrán elegir el enfrentamiento a un orden que no puede ser considerado como propio. En todo caso se partirá de la conciencia de que se pertenece a la gran masa de los explotados, independientemente del grado de esta explotación. Dentro de tal grupo podrán estar alineados los trabajadores del campo y de la ciudad, los técnicos, los profesionistas, los pequeños industriales, comerciantes, sacerdotes y militares que no hacen de la explotación del hombre por el hombre una forma de sobrevivencia.

Será la unidad de estos grupos, como parte de los pueblos que sufren la explotación horizontal del imperialismo, la que permitirá su propio fortalecimiento y la posibilidad de un cambio estructural que posibilite su participación en otro orden que aquel en que sólo son considerados como instrumentos. Unidad a nivel nacional, pero también internacional, la de los pueblos que forman las colonias en que logra su desarrollo el imperialismo contemporáneo. Unidad interna frente a la explotación vertical y externa, y frente a la explotación horizontal que hace también posible la primera. Solidaridad a nivel nacional, continental y mundial. En este sentido la América latina va tomando conciencia de que su lucha por desarrollarse y romper las nuevas formas de dependencia tiene que alcanzar niveles que trasciendan los nacionales y continentales. Los pueblos latinoamericanos forman parte de una comunidad más amplia formada por pueblos explotados. Comunidad en la explotación, que al hacerse consciente, ha de transformarse en comunidad para la liberación. Así lo han entendido y lo están entendiendo los líderes de la revolución anticolonialista, empeñados en poner fin al subdesarrollo y a las múltiples formas de dependencia impuestas por el sistema capitalista.

Arturo Frondizi, de la Argentina, en un libro publicado en 1954, con el título *Petróleo y política*, que desapareció del mercado al lanzar éste su candidatura a la presidencia, hace un magnífico estudio sobre las relaciones que guarda la Argentina, al igual que otros muchos pueblos, con los intereses del imperialismo, de los que son simple instrumento, denunciando las formas de penetración y mantenimiento del neocolonialismo. Hablando del

anti-imperialismo, dice: "El anti-imperialismo, que tiene una firme base de sustentación emocional y económica en la idea nacional, no es una lucha que se circunscriba a un país. Los pueblos de esta parte del mundo debemos abarcarla especialmente en dimensión latinoamericana, pero sin dejar de comprender que responde a un proceso mundial de emancipación y de lucha por alcanzar las más altas formas económicas. Es por ello que los bajos niveles de desarrollo nos unen, no solamente a los países de nuestra América, sino también a los lejanos pueblos de Asia y África y Oceanía, donde millones de seres humanos tienen problemas aún más angustiosos que los nuestros." "Cuando hablamos de la revolución nacional -dice en otro párrafo refiriéndose a la emancipación política latinoamericana iniciada en 1810- estamos haciendo referencia a todo el proceso de la revolución de América latina, que, a casi ciento cincuenta años de su iniciación, está detenido por la miseria, la ignorancia, el atraso y la falta de libertades y derechos." Una revolución que ha sido frenada una y otra vez por diversos intereses externos que buscaron y buscan su expansión, y por los limitados intereses de grupos que prefirieron el mantenimiento de los mismos a costa del sacrificio de los de sus naciones." Hemos afirmado -sigue Frondizi- que debemos realizar la revolución como 'cambio absoluto tanto en el régimen interior como exterior' de nuestra sociedad; que esa revolución está históricamente vinculada a nuestro pasado y que también lo está en los momentos actuales con el proceso que atraviesa América latina." La revolución, si ha de continuar, tendrá que tener claras sus metas para evitar las desviaciones que ha sufrido a lo largo de la historia, supuestamente independiente, de los pueblos latinoamericanos. Allí están la historia liberal y nacionalista latinoamericanas como frustradas salidas de la revolución. "Cuando se sabe qué se quiere -agrega Frondizi-, ha llegado la hora de la acción. Esta es nuestra hora.

La hora de los pueblos que en mayor o menor grado estamos sometidos a la acción del imperialismo y de oligarquías internas. y ello es así, porque la historia es en este momento realmente historia universal, pues los hombres de todas las regiones geográficas y de todos los sectores sociales reclaman un puesto en la creación y en el goce de los valores materiales, espirituales y morales, científicos y técnicos. Los 170 millones de seres humanos que vivimos en América latina tenemos un verdadero privilegio al luchar realmente por la emancipación de naciones y de pueblos, ya que nuestra lucha es parte de la gran

lucha mundial que en estos momentos se realiza por dignificar moral y materialmente al ser humano."

El mexicano Lázaro Cárdenas se referirá en 1969 a los tropiezos que ha tenido la Revolución Mexicana, surgidos de los intereses que ella misma ha originado. Intereses -dice- que han "motivado estancamientos, congelamientos y aún retrocesos." ". . . grupos privilegiados han hecho y han aumentado sus grandes fortunas sin escrúpulos -dice-, abusando de las oportunidades que ofrece un desarrollo económico que se debe, básicamente, al trabajo productivo de los obreros y campesinos; a las obras de infraestructura construidas por el Estado y a la promoción de técnicos y profesionistas preparados en los centros de enseñanza media y superior que el régimen de la Revolución ha creado e impulsado." Todos estos intereses, olvidando su origen y coincidiendo con los extranjeros empeñados en expoliar al país, han dado origen a la mora en el camino y continuación de una Revolución que no ha cumplido con todos sus postulados. Resultado de esta situación serán, para Cárdenas, los sucesos de 1968 en México. Los que son, a su vez, parte de la gran revolución que se hace sentir en la casi totalidad del mundo contemporáneo. Desde este punto de vista, la Revolución Mexicana tiene un especial lugar en un movimiento de alcance planetario. "Vivimos en una época de inconformidad es -dice Cárdenas-, en una atmósfera revolucionaria de dimensiones universales en que todo se pone a juicio, lo mismo los conceptos filosóficos tradicionales que los métodos de aplicación de las ideas más avanzadas. Estas reconsideraciones se plantean al influjo de una fuerte corriente liberadora que sacude la conciencia de los pueblos de todas las razas y latitudes, y en la que convergen religiosos de los más variados credos y jerarquías, estadistas, científicos, escritores, artistas y representantes de tendencias políticas y sociales disímiles, para rescatar al hombre y a las naciones débiles de la explotación. Inspirada en un nuevo humanismo, esa poderosa corriente persigue satisfacer las necesidades materiales y espirituales y las tendencias nacionalistas de los pueblos en el respeto a las libertades individuales y a su auténtica y real autonomía; y que, en la paz, la ciencia y la técnica sirvan al hombre en vez de esclavizado o aniquilado." "En nuestra América, la corriente liberadora repercute con señalada violencia involucrando a los jóvenes que, con razón, consideran tarea primordial el logro de la independencia económica de sus respectivos países, mostrándose sensibles a cualquier cambio positivo de sus

gobiernos en esa dirección, y estableciendo alianzas múltiples con los sectores dispuestos a defender al pueblo de la explotación oligárquica e imperialista."

Ya se tiene así conciencia de que para la liberación de los pueblos, lo mismo en Latinoamérica, que en Asia, África u Oceanía, habrá que enfrentarse a un solo y gran obstáculo, al imperio creado por el sistema capitalista. Gigantesco sistema l que ha impuesto su dominio a pueblos sobre los cuales hace descansar la posibilidad de su insaciable desarrollo. Sistema al que habrá que enfrentar como totalidad, mediante esfuerzos que han de ser igualmente totales. Esto es, mediante la unidad de todos los pueblos que son objeto de subordinación. Unidos en una lucha que ha de ser planetaria y que sólo planetariamente ha de ser resuelta. Ya no más la solitaria lucha heroica de un pueblo en contra del sistema, bajo la mirada conformista de los que han aceptado su situación o, en el mejor de los casos, que esperan que el éxito de esa heroica resistencia haga posible su propia lucha y, acaso también, su éxito. Como típico ejemplo de esta lucha aislada, admirada por todos los que saben que en ella se juegan su propio destino, pero sin ayuda real para su triunfo, lo es la resistencia vietnamita. "Vietnam -dice el Che Guevara-, esa nación que representa las aspiraciones, las esperanzas de todo un mundo pretérito, está trágicamente solo." "La solidaridad del mundo progresista para con el pueblo de Vietnam' semeja a la amarga ironía que significaba para los gladiadores del circo romano el estímulo de la plebe." En esa lucha se juega el futuro total de pueblos en situación semejante a la del pueblo vietnamita; por ello no puede abandonársele a su suerte, ya que esto significaría el abandono del propio futuro. "No se trata de desear éxitos al agredido -dice el Che-, sino de correr su misma suerte; acompañado a la muerte o a la victoria." "Los pueblos de tres continentes observan y aprenden su lección en Vietnam. Ya que con la amenaza de la guerra los imperialistas ejercen su chantaje sobre la humanidad." El pueblo de Vietnam ha mostrado que no teme esta guerra y el chantaje que su posibilidad implicaba; por ello, si todos los pueblos hicieran algo semejante, tal chantaje y el dominio que trata de mantener terminarían.

"En definitiva -sigue diciendo el Che Guevara-, hay que tener en cuenta que el imperialismo es un sistema mundial, última etapa del capitalismo, y que hay que abatido en una gran confrontación mundial" La batalla sostenida en Vietnam debe

ampliarse a otros puntos de la tierra en los que se encuentra aposentado el mismo enemigo. La lucha de Vietnam debe hacerse simultánea en Latinoamérica, Asia, Medio Oriente, África y Oceanía, creando múltiples y diversos frentes en los que las fuerzas del imperialismo' vayan atomizándose, desgastándose, minándose material y moralmente. "¡Cómo podríamos mirar el futuro de luminoso y cercano si dos. tres, muchos Vietnam florecieran en la superficie del globo!" "Si todos fuéramos capaces de unirnos, para que nuestros golpes fueran más sólidos y certeros, para que la ayuda de todo tipo a los pueblos en lucha fuera aún más efectiva, ¡qué grande sería el futuro y qué cercano!" En el pasado latinoamericano, el de su lucha por la independencia política, supieron combatir juntos, morir y triunfar, venezolanos, colombianos, chilenos. argentinos y peruanos. Luchando bajo capitanes que no tenían más nacionalidad que la que les daba su batalla contra un enemigo común.

Algo semejante debería ser la lucha para el logro pleno de la libertad; unidos luchadores de este o aquel pueblo. venidos de este o aquel continente.

Ernesto Che Guevara imagina a un solo y gran ejército planetario, universal, luchando por la libertad de los pueblos y la dignidad del hombre contra un solo y gran enemigo, el imperialismo. "Y que se desarrolle ice- un verdadero internacionalismo proletario; con ejércitos y proletarios internacionales, donde la bandera bajo la que se lucha sea la causa sagrada de la redención de la humanidad, de tal modo que morir bajo las enseñas de Vietnam, de Venezuela, de Guatemala, de Laos, de Guinea, de Colombia, de Bolivia, de Brasil. . . sea igualmente glorioso y apetecible para un americano, un asiático y aun un europeo." "Cada gota de sangre derramada en un territorio bajo cuya bandera no se ha nacido, es experiencia que recoge quien sobrevive para aplicarla luego en la lucha por la liberación de su lugar de origen. Y cada pueblo que se libere, es una fase de la batalla por la liberación del propio pueblo que se ha ganado." El Che, al morir en Bolivia, moría por la liberación de su propio pueblo y la de los pueblos que anhelaban tal liberación. Por ello, su figura alcanza nivel tanto continental como mundial. Es el héroe de la sola y gran batalla liberadora del hombre.

Latinoamérica, a partir de su propia lucha, toma ya conciencia de que está luchando planetariamente. Enfrentándose

al imperialismo estadounidense se enfrenta a un imperio cuyo poderío se ha extendido a la casi totalidad de la tierra. Se está dando, como lo profetizaba Hegel, una batalla de alcance universal. Una batalla en la que se definirá el futuro de la humanidad. Una batalla por la liberación del espíritu, cada vez más consciente de sí mismo. Esta lucha es parte de la larga lucha que los hombres han dado en el pasado, dan en el presente y darán en el futuro. La lucha por su liberación. Y como si recordase la profecía de Hegel, el Che Guevara afirma: "Hemos 'sostenido desde hace tiempo que, dadas sus características similares, la lucha en América adquirirá, en su momento, dimensiones continentales. Será escenario de muchas grandes batallas dadas por la humanidad para su liberación.'"

Franz Fanon, el americano que luchara en África por la liberación del mundo del que ésta, con la América latina, es parte, afirma: "Se trata, para el tercer mundo, de reiniciar una historia del hombre que tome en cuenta al mismo tiempo las tesis, algunas veces prodigiosas, sostenidas por Europa, pero también los crímenes de Europa." De lo que el mundo occidental afirmó sobre sí mismo y de lo que negó a otros pueblos y hombres, ha de surgir la afirmación de un nuevo humanismo capaz de abarcar a todos los hombres sin discriminación, incluyendo a los propios occidentales, a los propios europeos. Un humanismo auténtico, amplio, pleno, abierto a todos los hombres, incluyendo a los que, tratando de afirmarse a sí mismos, han negado la humanidad de otros hombres. Por ello, agrega Fanon, si queremos responder, inclusive, a las esperanzas de los occidentales, no tenemos ya por qué reflejar, por qué imitar y repetir "una imagen, un ideal de una sociedad y de su pensamiento, por los que sienten, aún los occidentales, de cuando en cuando una inmensa náusea". "Por Europa, por nosotros mismos y por la humanidad, compañeros, hay que cambiar de piel, desarrollar un pensamiento nuevo, tratar de crear un hombre nuevo."

#### 50. *¿Fin de la historia?*

La libertad; veámos al iniciar este libro, siguiendo a Hegel, ha sido el motor de la historia. Una larga y penosa historia en la que se van expresando los esfuerzos que ha hecho y hace el hombre por liberarse de la naturaleza, incluyendo en ella sus propios apetitos y ambiciones. Los apetitos y ambiciones que

llevan al hombre a hacer de su semejante un instrumento al servicio de los mismos. Contra estos apetitos y ambiciones tiene también que enfrentarse el hombre como se enfrenta a la naturaleza. La expansión del mundo occidental, que se presentó como la última gran expresión del espíritu como libertad, fue motivada por el apetito y la ambición, haciendo del resto de la humanidad un simple instrumento de los mismos. En nombre de la libertad, de su propia y concreta libertad, el occidental se empeñó en dominar a la naturaleza, pero involucrando dentro de ella a los otros hombres, a sus semejantes, los naturales de los pueblos sobre los cuales se hizo la expansión, viendo en ellos, como dice Toynbee, partes de la flora y fauna que había de dominar y utilizar.

Pero ha sido propia de la historia del hombre, expresado en la lógica dialéctica descubierta y expuesta por Hegel, la respuesta a esta actividad a través de la cual se ha manifestado una nueva y más amplia forma de la libertad. Los hombres y pueblos que han sido objeto de dominio han contestado al mismo reclamando para sí mismos los valores en nombre de los cuales el dominador ha justificado y trata de justificar su dominación. La libertad, de acuerdo con esta lógica, lejos de quedar angostada a los límites de la conciencia de sus supuestos difusores, se amplía y se convierte en conciencia de su realización en quienes han sido transformados en simple objeto de uso y dominio. En este sentido, si no la realización de la libertad, sí la conciencia de su necesidad ha alcanzado su máxima expresión, al ser reclamada por hombres situados en los más lejanos rincones del planeta. En este aspecto ha sido el mundo occidental el más extraordinario agente de su universalidad. Porque junto con su dominio ha hecho expresa la conciencia de la libertad en nombre de la cual trató de justificar su dominación. Por ello, Franz Fanon ha dicho: "Occidente ha querido ser una aventura del espíritu. Y en nombre del espíritu, del espíritu europeo por supuesto, Europa ha justificado sus crímenes y ha legitimado la esclavitud en la que mantiene a las cuatro quintas partes de la humanidad." Europa, el mundo occidental, se ha enfrentado a los grandes problemas del hombre y les ha ofrecido una solución, salvo que esta solución sólo la ha considerado válida para el tipo de hombre por él expresado. Los otros, esto es, la totalidad de los hombres que no encarnan el tipo de hombre por él expresado, fueron puestos no sólo al margen, sino transformados en instrumento del desarrollo de una parte de la humanidad de la cual estaban excluidos. "Todos los elementos de una solución de los grandes problemas de la humanidad han existido, en distintos

momentos, en el pensamiento de Europa -agrega Fanon-, pero los actos de los hombres europeos no han respondido a la misión que les correspondía y que consistía en pasar violentamente sobre esos elementos, en modificar su aspecto, su ser, en cambiados, en llevar, finalmente, el problema del hombre a nivel incomparable superior."

Todo esto es lo que no fue realizado por el mundo occidental, pero esto ha sido también lo que el mundo ha hecho consciente al resto de la humanidad, poniendo sus principios a niveles de posibilidad de realización nunca imaginados. Por ello, lo que parece ser la última etapa del espíritu hegeliano, esto es, la plena realización del espíritu como libertad, abarcando a toda la humanidad a través de la conciencia que esta humanidad tome de la libertad, parece haber sido realizado y, con ello, lo que podría ser el fin de los tiempos, el fin de la historia. Pero esta historia, sin embargo, ha de continuar para hacer ahora realidad la idea de libertad, la que ha ido expandiéndose entre todos los hombres. Los hombres hasta ayer marginados no aceptan ya rebajamiento alguno sobre su humanidad. Y es por el reconocimiento de esta su humanidad por lo que los hemos visto y los estamos viendo luchar. Podríamos decir que se ha iniciado una segunda etapa de la historia universal, la de la realización de la libertad como expresión propia del hombre sin rebajamientos que placen su posibilidad. No es así el fin de la historia, sino el auténtico inicio de la historia universal. No ya la historia universal como historia del mundo occidental afirmándose y expandiéndose. No ya la historia del mundo occidental en Asia, África, Oceanía y Latinoamérica, sino la historia que los hombres de estas regiones de la tierra, incluyendo al mismo occidental, han venido haciendo para universalizar la idea de libertad.

"Hace dos siglos -dice Fanon-, una antigua colonia europea decidió imitar a Europa. Lo logró hasta tal punto que los Estados Unidos de América se han convertido en un monstruo donde las taras, las enfermedades y la inhumanidad de Europa han alcanzado terribles dimensiones." Nosotros hemos expuesto la forma como esta nación hizo de la libertad un instrumento al servicio de una forma de dominación. Esto es, la forma como supieron estos hombres conciliar sus ideales puritanos con su insaciable ambición. Es esta poderosa nación la que ahora encarna este espíritu y esa ambición, ampliando el área de su dominación hacia horizontes nunca antes soñados. Expansión que, a su vez,

ha permitido a los pueblos que la han sufrido tomar conciencia de sí mismos como parte de la humanidad, como expresión concreta del hombre. Conciencia de sí mismos, pero también conciencia de los obstáculos que impiden la realización del ideal de libertad. El obstáculo que representa, para esta realización, el sistema del cual son ahora expresión y líder los Estados Unidos. En este sentido, la problemática que se planteó a la América latina desde los inicios en que el nuevo imperialismo se afianzó internamente y se expandió sobre, el mundo, es la misma problemática que se viene planteando a la totalidad del mundo ahora, bajo la hegemonía de este nuevo imperio. El Estado Universal de Hegel.

El mundo no occidental tiene ahora conciencia de que es aparte de un extraordinario y gigantesco sistema, dentro del cual sólo tiene el papel de instrumento. Un sistema que abarca la casi totalidad del planeta y que ha logrado, inclusive, establecer una nueva paz augusta, conciliando sus intereses con los de los representantes del mundo socialista, que buscan, también como los Estados Unidos, respiro para una tensión que resultaba ya insoportable. Con el presidente Richard Nixon se corona el nuevo, sistema imperial, poniendo fin a la guerra fría y a la posibilidad de los nuevos y agotantes Vietnamés de que hablaba el Che Guevara. Nueva *entente*, expresión de un nuevo esfuerzo de orden imperial que satisfaga a los viejos contrincantes, empeñados ahora en una especie de capitalismo socialista, ajeno, como su versión liberal, a los intereses concretos de los no menos concretos miembros de cualquier comunidad. Mantenimiento de formas de dependencia, de orden social o de supuesto orden para el logro de la libertad, vienen a ser ahora los instrumentos de posibilidad del nuevo orden. Y es a este nuevo orden al que ha de enfrentarse el hombre de nuestros días, para poner fin a formas de dependencia, cualquiera que sea su signo, y por el logro de una situación de solidaridad.

La iniciativa para el logro de la nueva paz imperial, siempre al filo de la navaja, la han llevado los Estados Unidos y su artífice, Henry Kissinger. Paz en Vietnam, previo acuerdo y entendimiento con las potencias socialistas, la URSS y China. Compromisos y ajustes en Medio Oriente, África, Asia y, por supuesto, la América latina, trastienda del imperio. Reajustes al imperio portugués en África-, la guerra árabe-israelí, que incorpora el mundo árabe a la hegemonía estadounidense. Y con ello la crisis petrolera, que despierta una gran conciencia de solidaridad en el tercer mundo, pero en la que las principales gananciosas vienen a ser las



transnacionales, dispuestas a enfrentarse a sus propias matrices, si con ello se acrecientan sus ganancias. Estas fuerzas, nacidas del mundo occidental en su expansión, pero con autonomía propia, son ajenas a los intereses y metas de las naciones en que realizan la explotación, o a las que llevan sus productos elaborados para su consumo. Fuerzas sin nacionalidad, una nueva forma de imperialismo, dispuestas a mantener su dominio no ya en beneficio de este o aquel imperio, sino de sus propios intereses.

La renuncia de Richard Nixon a la presidencia de los Estados Unidos fue expresión de la voluntad del pueblo de este país para el mantenimiento de la moral puritana que parece serle esencial. Puritanismo que siga permitiendo la justificación moral de un imperialismo por esencia inmoral. Richard Nixon, abierta, cínicamente, con el cinismo propio de una mente que había asumido el rol imperialista de su pueblo, trató de ser, el César Augusto de la nueva Roma. Cesarismo como expresión inequívoca de la misión imperial de los Estados Unidos en el mundo. La misión de la cual hablaban ya sin recato alguno de sus publicistas y líderes estadounidenses en los inicios de la expansión norteamericana al nacer el siglo XX. Conciencia de un imperio que dictaría sus propias premisas morales, aquellas que mejor conviniesen a sus intereses, para que no se volvieran a presentar crisis morales como la que la guerra en Vietnam había originado en la conciencia estadounidense. No podrían seguir compaginándose los ideales con los intereses. La libertad no podría seguir siendo un instrumento al servicio de la colonización, de la dominación, de la dependencia. Los Estados Unidos, pese a su pasado democrático y liberal, no estaban destinados a llevar estos valores, de los que se consideran sus exclusivos usufructuarios, a otros pueblos de la tierra. Ya que de ser así, se negarían como poder, esto es, como imperio. Porque el imperio subordina, no discute ni menos acepta ninguna otra instancia superior, aunque ésta sea moral, que ponga en entredicho su poder. Todo esto pretendió hacer que lo aceptara su pueblo Richard Nixon, presentándose él mismo como la máxima expresión del poderoso imperio. Un imperio que, al negar la posibilidad de un poder moral que le enjuiciase, negaba también la posibilidad de que este mismo poder, internamente, pusiese en crisis al imperio en nombre de la moral. A la vieja Roma la habían destruido los bárbaros, pero también la inseguridad moral que le aquejaba. Poner fin al puritanismo pareció ser la meta de Richard Nixon, El puritanismo, que había justificado el desarrollo del imperio, pero que no servía ya a los fines de su nuevo crecimiento.

Con Watergate triunfa el puritanismo estadounidense y con ello la necesidad del pueblo de los Estados Unidos de justificar sus actos, por brutales que éstos sean, ante su conciencia. La necesidad, de que habla McKinley, de dormir tranquilamente, esto es, sin renunciar a la conciencia.

La América latina, dentro de la *entente* que el nuevo imperio ha creado, sigue buscando, como lo ha hecho a través de la historia que aquí hemos relatado, la forma de realizar viejos ideales libertarios por los cuales han muerto millones de sus hijos. Ha buscado la forma, no tanto de negar el espíritu del nuevo gran imperio como de realizado dentro de sus propios pueblos. Tropezando una y otra vez en sus intentos. Fue así como se intentó y fracasó la reciente revolución en Bolivia; fue así también como la "Suiza de Latinoamérica", el Uruguay, se transformó en una tierra en que lo cotidiano es el destierro y la cárcel. Fue así, igualmente, como el Brasil, con una historia en la que la violencia parecía serle ajena, se transformó en una nación cuyos dirigentes, al ligar abiertamente su futuro al del imperio, se han transformado en sus ejecutores y represores entre sus vecinos en Latinoamérica.

La más dolorosa expresión de esta situación fue el asesinato de la democracia en Chile, en septiembre de 1973. Asesinato brutal, con el que se anuncia la aparición del neofascismo, dispuesto, como sus antecesores, a mantener el orden imperial y el orden propio de las oligarquías nacionales en que se han transformado las burguesías, con las que, al inicio de este siglo, soñaron nuestros nacionalistas y anti-imperialistas. El "hacia el socialismo por la vía democrática" se transformó en el "hacia el fascismo por la misma vía". Las instituciones democráticas, a través de las cuales el pueblo chileno hizo expresa su decisión de marchar hacia un mundo más justo, se transformaron en instrumento para impedir tal posibilidad. Cámaras, poder judicial y ejército se encargaron de desviar la voluntad del pueblo chileno. La clase media, celosa de sus pequeños privilegios, como servidora del sistema imperial, se negó a compartir su destino con el resto del pueblo. Los empleados, técnicos, profesionistas, pequeños y medianos comerciantes e industriales de que hablaba el presidente Salvador Allende como fuerzas sociales que participarían en la creación de una sociedad más justa, se unieron para anular estas posibilidades sacrificando a su presidente. Salvador Allende, veíamos antes, pensaba en estos hombres como parte de una sociedad de trabajadores, no

simplemente de obreros, entendiendo por trabajadores a todos los individuos que viven de su trabajo y no de la explotación del trabajo de otros hombres, de la explotación del hombre por el hombre. Estos grupos, sin embargo, prefirieron ligar su suerte al sistema que hace descansar su grandeza en la explotación del hombre. El presidente Salvador Allende, al respetar y tratar de hacer respetar celosamente el sistema a través del cual había alcanzado el poder, mostró la incompatibilidad de este sistema con metas que no fuesen las del sistema internacional del cual era parte el chileno. La provocación de uno y otro extremo completaron la obra y dieron la supuesta justificación para anular la incompatibilidad afianzando el sistema puro y simple de la explotación.

El triunfo del peronismo en las elecciones de marzo de 1973 en la Argentina, y el regreso del general Juan Domingo Perón, fueron una expresión más de los esfuerzos que vienen haciendo los pueblos en Latinoamérica para hacer realidad la idea de libertad dentro de un sistema empeñado en anulada para mejor servir a los intereses del mismo. ¿Vuelta al reformismo y al populismo? Con el peronismo, sin embargo, triunfa algo más que el reformismo y el populismo que había representado su líder; con este triunfo se hacen expresos anhelos de cambio más profundos. Con el peronismo triunfa la bandera de los viejos luchadores empeñados en hacer de esta América un conjunto de naciones semejantes a los grandes modelos del mundo capitalista. Es el triunfo del viejo ideal de nuestros nacionalistas y anti-imperialistas; de estos ideales fueron expresión el cardenismo mexicano, el varguismo brasileño y el peronismo argentino. En la Argentina vuelve a triunfar el peronismo acosado por el gorilismo militar de la supuesta "revolución libertadora". El peronismo perseguido por los entorchados y por los intereses que éstos defendían como sus "perros guardianes". Pero con el peronismo triunfa, también, una generación que no había conocido al líder, pero que hizo encarnar en su figura ideales de cambios que pretenden ir más allá del nacionalismo populista y reformista. Dos expresiones del peronismo que la muerte del líder (1974) impidió definir, pero que mantendrán a la nación argentina en una tensión fácilmente aprovechable por las fuerzas encargadas de mantener el sistema.

Soluciones intermedias, en defensa de los intereses de la América latina, se han ido ofreciendo en varios de sus países, como México, Venezuela y Colombia. Las cuales, junto con las que representan la Argentina, Perú y Panamá, plantean ya la necesidad

de una integración latinoamericana, con independencia de sus respectivas ideologías. Preocupación que el golpe contra Chile ha reforzado en lugar de frenar. A esto se han sumado crisis económicas como las sufridas por el sub-imperio brasileño, que considera ya la integración como la mejor solución a problemas que sólo pueden ser resueltos a nivel continental. Nuevas presiones, sin embargo, siguen manteniendo a la defensiva a la América latina, empeñada en soluciones que satisfagan las necesidades de sus pueblos. Presiones que hacen conciencia la necesidad de la integración, no sólo a nivel latinoamericano, sino al de los pueblos subdesarrollados o en vías de desarrollo; enfrentando obstáculos que les son comunes, los que le presenta el sistema de explotación capitalista.

Dentro de las presiones se encuentran las que representa la provocación, de la que ya hemos hablado. Provocación realizada en nombre de los mismos ideales y metas que se quieren alcanzar, buscando su imposibilidad o anulación. Es la provocación en la que encontraron justificación los golpistas chilenos, la que ha hecho del Uruguay una cárcel para el pueblo, de Bolivia un gran campo de concentración, y la que trata de llevar esta represión, en *nombre* del orden y la libertad, a la Argentina. Perú, Colombia, México y cualquier otro país que intente, aunque sea en lo más mínimo, desviarse de las metas propias del sistema.

Pese a ello, el espíritu como libertad se expande hasta los más alejados rincones del planeta. Los síntomas. de una mayor liberalización y preocupación por el logro de metas más elevadas de justicia se hacen sentir en los antiguos centros de poder europeos. Francia, Inglaterra e Italia; y también Portugal, Grecia e incluso España. Los africanos, al igual que los asiáticos se mantienen firmes en sus reclamos de independencia para sus pueblos y de mayor libertad y justicia para sus individuos. En tal sentido pareciera que las metas que el espíritu absoluto se ha marcado alcanzan su más alta expresión. ¿Se ha alcanzado el Estado Universal? ¿Es el fin de la historia de este espíritu? Más que el fin es el principio de otra de sus grandes etapas, el de su realización a nivel planetario. La realización de la libertad, una vez que ésta se está haciendo consciente entre todos los pueblos, entre todos los hombres. La lucha es ya por la liberación total del hombre. Lucha de la que es parte la historia de los pueblos latinoamericanos. El Estado Universal que representaría el fin de la historia no puede descansar en una relación de dominación y

dependencia. Este, para serlo plenamente, ha de ser expresión del deseo de todos y cada uno de sus miembros. Acción solidaria nacida en la conciencia de cada uno de ellos. Esto es, precisamente, lo que está en marcha, lo que está dando sentido a la marcha de una historia que es ya conscientemente, historia universal. Historia de la que ya se saben partícipes, todos y cada uno de los pueblos del mundo.